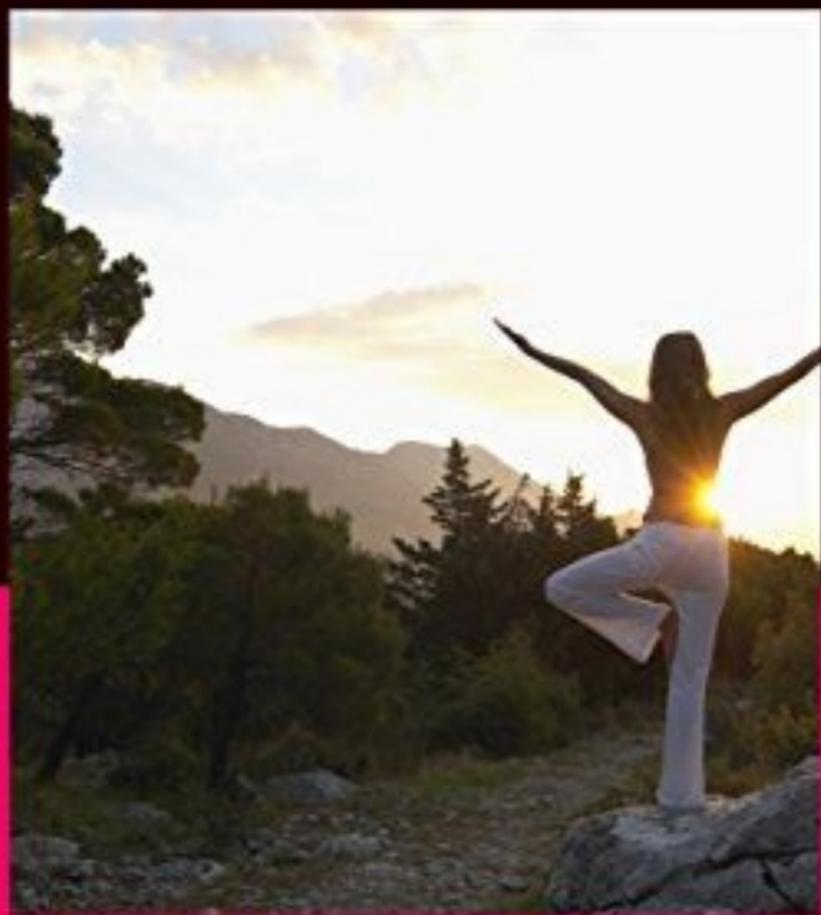


FRANCISCO DEL POZO PALOMO



La hija del
masajista

LA HIJA DEL MASAJISTA

Francisco del Pozo Palomo

Título original: La hija del masajista

© Francisco del Pozo Palomo

Autor: Francisco del Pozo Palomo

ASIN: B073S3YB93

Editor: Independently published (10 de Julio de 2017)

46910 Valencia – España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Una familia es una relación entre varias mentes diferentes. Si esas mentes se aman entre ellas, el hogar será tan bonito como un jardín de flores. Pero si esas mentes no viven en armonía, será como una tempestad que arrasa el jardín.

Buda

Índice

- [1 Hogar dulce hogar](#)
- [2 Cuando menos te lo esperas](#)
- [3 Aquel masaje Premium](#)
- [4 Todos somos Ana](#)
- [5 Caprichos del destino](#)
- [6 El rescate](#)
- [7 Dos semanas antes de la desaparición](#)
- [8 Investigación policial](#)
- [9 En los abismos de la red](#)
- [10 Una oferta perversa](#)
- [11 Un lugar de relax](#)
- [12 Gajes del oficio](#)
- [13 Vázquez, investigador privado](#)
- [14 La teoría Parceval](#)
- [15 Los más allegados](#)
- [16 Un plan arriesgado](#)
- [17 La jungla de asfalto](#)
- [18 New York, New York...](#)
- [19 Hotel California](#)
- [20 Aquella casa de la playa](#)
- [21 Empezar de cero](#)
- [22 Kate Sullivan](#)
- [23 Madame King](#)
- [24 Esa extraña pareja](#)
- [25 La cara oculta de la luna](#)
- [26 El amor está en el aire](#)
- [27 Al límite](#)
- [28 Sobreviviendo a la Navidad](#)
- [29 En la cuerda floja](#)
- [30 Problemas en el paraíso](#)
- [31 La ciudad de las estrellas](#)
- [32 El cielo puede esperar](#)
- [33 Ese oscuro objeto de deseo](#)
- [34 Amistades peligrosas](#)
- [35 Adivina quién viene esta noche](#)
- [36 La tormenta perfecta](#)
- [37 Susana](#)
- [38 Una vida por delante](#)
- [39 ¿Quién sería yo sin ti?](#)

PRIMERA PARTE

1

Hogar dulce hogar

Noviembre de 2011

Tengo que vestirme para llevar a mi hija al colegio. El reloj marca las 7:15 de la mañana. Mi esposa duerme profundamente en la cama de nuestra casa. El tipo de casa donde mi esposa ha vivido toda su vida. Ella dirige su propia empresa y acude a su despacho en el transcurso de la mañana.

Me despido besando su mejilla. Desciendo a la planta baja y me dirijo a la cocina. Como cada día debo preparar el desayuno a mi hija y llevarla al colegio, a unos minutos de casa, donde estudia hasta las cinco de la tarde. Nuestra asistenta llega a las diez de la mañana y no se marcha hasta las seis de la tarde, después de limpiar la casa, lavar y planchar la ropa y hacer la compra.

Mientras exprimo unas naranjas para zumo, aparece ella y se sienta a la mesa.

-Buenos días, papá.

-Hola, cielo.

Es mi hija. Tiene diecisiete años y ha salido a su madre. Su nombre de pila es Juliana, pero casi todos la decimos Ana. Mi suegra se llama Julia y deseaba que se llamara como ella. Mi madre se llama Ana y también quería que se llamara como ella. Así que para que todos quedaran contentos la bautizamos Juliana.

Estoy encantado con mi familia. Tengo una esposa estupenda, dueña de la editorial Candeal y estoy locamente enamorado de ella. Ambas son mi razón de vivir. Me hubiera gustado tener la parejita, pero Sara no está por la labor. Mi relación con mi esposa está bien afianzada, somos guapos y formamos una familia maravillosa. Mi hija es rubia como su madre aunque ha heredado mis grandes ojos oscuros. Es muy aficionada a la lectura; cuando vaya a la universidad quiere estudiar ingeniería como su abuelo materno.

-¿Estás lista?

Apura su taza de cereales y mientras me mira a través de sus preciosos ojos sonrío.

-Sí, papá.

-Si no nos damos prisa llegaremos tarde.

El día ha amanecido cubierto por una espesa niebla, aunque a medida que avanza la mañana se va despejando. A esta hora las carreteras siempre están atascadas y basta que caigan cuatro gotas para que el tráfico se convierta en un verdadero caos. Parece que todo el mundo quiera llegar a la misma hora a su puesto de trabajo. Ana prefiere ir en mi coche al colegio, aunque el autobús escolar pasa por la urbanización. Ha conectado su iPhone al equipo de música del coche y, mientras escuchamos la voz de Michael Jackson, chatea con su mejor amiga Zaida. Las canciones en inglés me ayudan a mejorar mi segundo nivel de Cambridge.

Cuando llegamos a la puerta del colegio, Ana se despide:

-Adiós, papá.

-Hasta luego, cielo.

Me quedo mirándola durante unos segundos: cada día está más guapa. El pánico me invade tan solo al pensar que algo malo le pueda suceder. Tengo miedo de que se eche novio, intercambien besos y que manosee sus pechos.

Otro día y otra vez a la tarea. Piso el acelerador y salgo disparado hacia el distrito financiero. Me gusta mi empleo. Soy quiromasajista y trabajo en el Saratoga Fitness Club, donde prima la apariencia y la satisfacción de encontrarse interesante y atractivo. La gente invade a diario nuestras instalaciones: pijas adineradas que se creen personajes en una novela de Danielle Steel; ambiciosos ejecutivos estresados con los párpados hinchados; adonis que no paran de mirarse a sí mismos. Es la lucha diaria: una competición donde triunfan los más inteligentes, pícaros y avispados.

*

Desde que llegué a Madrid no he parado de hacer cosas. No eran en realidad los grandes sueños que había tenido en mi infancia. Se trataba tan sólo de trabajos cutres que me permitían ir tirando. En mi pueblo natal, donde todos nos conocíamos, había tocado fondo. Aunque mi niñez fue feliz, no me gustaban las tareas de la granja. Me instalé en un pequeño apartamento en la Ribera del Manzanares, a tiro de piedra de la Casa de Campo: el principal pulmón verde de la ciudad. Por la mañana daba largas caminatas respirando el aire que brotaba de las primeras hojas, y hacía unas tandas de abdominales, flexiones y estiramientos. Aunque había crecido en un ambiente tranquilo, el bullicio de la gran ciudad me atraía, me permitía vivir en absoluta libertad y me ofrecía las oportunidades profesionales que forjarían mi futuro.

En aquella época, la normativa europea se habría pasado en España. El euro: la moneda única nos había deslumbrado. Parecía la panacea que iba a solucionar

todas las desgracias. Pero fue como un espejismo: todo se encareció. Lo que antes costaba 100 pesetas, ahora valía euro que equivalía a 165 pesetas. Y los salarios apenas subían.

Ese invierno fue más duro que otros. Una grave recesión golpeaba con fuerza al país. Los gobiernos de Zapatero habían dejado las arcas públicas hechas unos zorros. La troika comunitaria revoloteaba sobre nuestras cabezas como buitres hambrientos. La crisis económica se cebaba con los sectores más débiles de la sociedad. Embargos, desahucios, paro, corrupción..., eran el pan nuestro de cada día.

Desempeñé una retahíla de trabajos basura, hasta que comencé a trabajar como barman en la coctelería de un lujoso hotel de la capital. Pero el trabajo de barman y los horarios intempestivos no casaban con mis aspiraciones laborales. Así que me saqué el título de quiromasajista y cambié el esmoquin negro por el kimono blanco del spa del hotel.

Laura Bernal era una de mis mejores clientas: siempre me daba unas propinas fabulosas. Había semanas que el dinero que ganaba en propinas superaba a mi salario. Éramos jóvenes los dos, aunque nos llevábamos unos veinte años. Yo había cumplido los veintidós y Laura pasaba de los cuarenta. Entonces la diferencia de edad me parecía abismal. Yo era solo un joven inexperto frente a toda una mujer llena de experiencia en el mundo de los negocios. Creo que mi relación era muy interesada. Enseguida pensé que ella tenía la llave para abrirme las puertas del gran mundo. Era consciente del peso de las mujeres en la sociedad madrileña, y de cómo el apoyo de alguna de ellas podría alzarme muy alto. Una mañana, mientras estaba masajando sus pies, me dijo:

-Eres muy hábil dando mansajes, Alex. Además eres el tipo de hombre que gusta a las mujeres: atractivo, varonil, con sentido del humor.

A la señora Bernal no le faltaban mañas de lisonjera.

-Muchas gracias.

Me miraba como quien sabe con exactitud lo que quiere y está habituada a alcanzar sus objetivos con la rapidez que dicta su deseo. Me hizo una oferta irrechazable:

-Voy a abrir un gimnasio con spa y salón de belleza junto a Torre Picasso. Si quieres puedes venir a trabajar conmigo. Te pagaré el doble de lo que ganas aquí.

No podía rechazar semejante proposición, pero tampoco debía mostrar demasiado entusiasmo.

-Me lo pensaré –dije con indiferencia-. La semana próxima le doy una respuesta concreta.

Doña Laura prosiguió:

-Yo sé lo que quieren las mujeres y tú sabes dárselo. Tienes las cualidades físicas e intelectuales que se necesitan para triunfar.

-Pues no lo sabía –dije apretando suavemente la planta de su pie derecho.

-Desde que nos conocemos me he insinuado en más de una ocasión y tú no has entrado al trazo. Al contrario, te has mantenido al margen de mis deseos de un modo muy profesional.

-Doña Laura yo...

-No te disculpes. Sabes provocar placer y bienestar a los clientes y eso está muy bien. Sé que te gusta. Pero te aguantas y sigues a tu trabajo. No como esos machos idiotas que solo piensan con la entrepierna.

Me encogí de hombros. No sabía muy bien a qué se refería. Ya tendría ocasión de descubrirlo.

*

La gente que se pone en mis manos busca liberar tensiones musculares y combatir el dolor. Mi especialidad es la reflexoterapia. La persona que prueba mi masaje, repite.

Me va bien, incluso en esta época de crisis la cuestión económica no es un problema. Entre la editorial que dirige mi esposa y mis ganancias en el Saratoga no me puedo quejar.

Mi esposa está de muy buen ver. Los hombres la miran con deseo y las mujeres con envidia. Su economía le permite comprarse la ropa que le apetece y todo le sienta bien: lo mismo da que se ponga unos vaqueros que un vestido. Cuando viajo a mi pueblo natal, mis paisanos me dicen con cierta sorna: “¡Vaya braguetazo chaval!”. El día que se canse de mí, me temo que no le faltarán pretendientes. Había nacido en el seno de una familia adinerada, pero su rebeldía y genialidad la llevó a alejarse de un destino prefabricado y encauzar su propia vida. Era una mujer libre, se decía así misma toda convencida. Desde que me casé, soy el hombre más feliz del mundo. Aunque me asaltan dudas: ¿Y si le pasara algo a mi hija? ¿Y si mi esposa me abandona? Sería horrible. No quiero ni pensarlo. Un paso en falso, una traición, y todo se vendría abajo.

Por la tarde, cuando la jornada laboral me lo permite, voy a recoger a mi hija al colegio. Otra vez en casa, el placer de sentarnos a la mesa puesta y la familia reunida en torno a ella. Cuando mi esposa y mi hija están en casa todo

brilla de una manera especial: me siento más relajado y tranquilo. Son realmente las únicas personas en todo el mundo junto a las que me siento yo mismo por completo. Cuando estoy con ellas se me disipan las dudas, las preocupaciones, lo veo todo con más claridad. Después de cenar, mi hija sube a su habitación; mi esposa avía la cocina, y luego se sienta a mi lado en el sofá del salón. Enciendo el televisor para ver qué ponen. Una infinidad de noticias sobre desastres de la naturaleza, desahucios, guerras, injusticias... se suceden. Hago zapping y si no encuentro una película que nos guste, me distraigo leyendo una buena novela. Mientras trato de concentrarme en la lectura, comentamos el último libro que hemos leído. Como mi trabajo de día es físico, por la noche, la editora trata de cultivar mi cerebro y me toma la lección.

Sara me ha encargado que lea alguno de los originales que llegan a la editorial. A pesar de que no soy un experto, quiere saber mi opinión antes de publicarlo o rechazarlo. Piensa que mis ideas sintetizan el sentir de la mayoría de los currantes. Ella me ha inculcado el gusto por la lectura. “Leer un buen libro es uno de los mejores placeres que hay”. “Lee a Haruki Murakami, Ken Follett, Vargas Llosa”..., me repite. Ha cambiado totalmente mis hábitos culturales.

Ana tiene un ordenador portátil en su habitación y con frecuencia se conecta a Internet. Forma parte de la red de Facebook y chatea con amigos y amigas. Es una atractiva rubia de ojos negros que llama la atención. Me fijo en todas las chicas con melena rubia y hay muchas, pero las rubias de ojos negros escasean. Son la excepción en un mundo de mujeres rubias con ojos verdes y azules. Con dos años disfrutaba escuchando historias de amor y aventuras. No se dormía hasta que no oía la dulce voz de su mamá leyendo cuentos.

El culto al cuerpo se impone al consumo de cultura. Cada vez hay más gimnasios, spas, salones de belleza y menos librerías y editoriales. A veces me pregunto: ¿por qué nos esforzamos tanto si cada vez se lee menos? La gente prefiere navegar por internet, ver la tele o chatear por WhatsApp con sus amigos para contarse naderías. Pero no hay aplicación alguna que proporcione el placer de un masaje relajante, rodeado de velas y envuelto en aromas de esencias florales.

Yo creía que con los años la pasión desaparecería entre nosotros, que la rutina y el tedio acabarían apoderándose de nosotros. Pero estaba equivocado: con Sara no hay tiempo para el aburrimiento, cada día es diferente. No puedo dejar de amarla ni una sola noche, o ella acabará buscándose un amante, y no deseo perderla, de ninguna manera.

Cada noche doy las gracias a mi esposa, por hacerme sentir como el hombre más feliz del mundo. Se prepara para recibir mi masaje lleno de erotismo y placer. Se desprende ahora de la ropa y posa para mí con tan sólo unos tacones de aguja, mostrando las curvas y el trasero; me doy cuenta de que estoy completamente excitado, ansioso por hacer el amor con ella. Mis manos y mi cuerpo se deslizan al ritmo de sus orgasmos.

Al gemir un poco más alto.

-Baja la voz que vas a despertar a la niña –susurro.

-¡Ya no es una niña, cariño! Es la mejor manera de expresar lo que siento.

Dios mío, ¡cuánto quiero a esta mujer que tengo a mi lado! Acabamos exhaustos y sudorosos, así que nos damos una ducha.

Mientras nos secamos el uno al otro, me pregunta por el libro que estoy leyendo. Me limito a sonreír y a acariciarla el pelo. Me dejo caer en la cama, cierro los ojos y me abrazo a ella pensando en dormir.

Tengo la sensación de que estoy viviendo los mejores años de mi vida, aunque a veces nos peleamos por celos, sobre todo cuando ella piensa en alguna mujer deportista y atractiva tendida en la camilla del spa. Pero yo creo que eso es estupendo pues aviva nuestro amor. Ella sabe que en el trabajo me conformo con ser un simple objeto de deseo, nada más. No es fácil mantener el mismo fuego de la pasión después de dieciséis años de matrimonio. Para nosotros no hay secretos: nos contamos todo. Algo extraño en un matrimonio. Bueno, casi todo. Y ella se comporta de una forma tan desinhibida que jamás hubiera imaginado hacer toda clase de perversiones y juegos prohibidos.

Sus amigas dicen que tiene suerte, cuando les cuenta lo que hacemos todas las noches, y ellas dicen que no entienden cómo sus maridos consiguen mantener el mismo interés porque tienen que fingir. Añaden que tras varios años de matrimonio hay que echarle mucha fantasía para mantener el fuego. Me imagino separado de mi familia, y me veo hecho un paria saltando de cama en cama buscando amor.

Mi matrimonio va sobre ruedas; no hay razón alguna para sospechar de ella. Si mi esposa hubiera encontrado a otro me daría cuenta. No caería rendida, cada noche, a mi masaje especial *Premium*. ¿Será capaz de llevar una doble vida? Sería arriesgarse demasiado, aunque todo es posible. La editorial y la familia ocupan su vida. Acabaría dándome cuenta. ¿Qué sentido tiene fingir alegría, fingir orgasmos, fingir que todo va bien? Puede dejarme y marcharse con otro.

Si diera un paso adelante y me liara con doña Laura todo se iría al garete:

mi familia, mi empleo, mi futuro... Jamás la imaginé manoseándome encima de mí; prefiero pensar en mi esposa y en mi hija. Mi esposa tiene un sexto sentido muy desarrollado y acabaría dándose cuenta.

Cuando pienso en mi esposa siempre pienso en su trasero y su espalda. Lo primero que vi de ella, la primera vez que la vi, fue la parte trasera de su cuerpo. Una diosa de curvas perfectas y sensuales. Como una amazona tendida en la camilla del spa, con unas piernas divinamente torneadas. Reconocería su culo en cualquier parte. Y es que el trasero de Sara no parece de este mundo. Mientras el cuerpo aguante, seguiré siendo su elixir de amor.

Hay gente que toma antidepresivos, que se divorcia, que está harta y emprende una nueva vida en países lejanos. Otros hacen yoga, ejercicios de meditación... Sin embargo, estoy plenamente convencido de que no hay nada como un masaje completo de los míos.

Cuando menos te lo esperas

7 de febrero de 2012

Hacía frío. Era una de esas tardes de invierno en que el tiempo parece haberse detenido. En la radio del coche sonaba una cantata de Bach. A través de las ventanillas se veía un reguero de alumnos saliendo de las aulas y a un grupo de buenos padres de familia, la mayoría mujeres bien abrigadas, que esperaban en la acera.

Permanecí al otro lado de la calle, sentado en el coche, aguardando que Ana apareciera por la puerta. A eso de las cinco, los alumnos se dirigían en tromba hacia la puerta de salida: unos subían en el autobús escolar y otros en el coche de sus padres. Al cabo de unos minutos la calle estaba desierta, pero mi hija no había salido. Me bajé del coche y eché a andar hacia la entrada. Apresuradamente saqué mi móvil y marqué su número de teléfono. No obtuve respuesta. Avancé a grandes zancadas por el largo pasillo y me dirigí a su clase. No había nadie. Entré en el despacho de los profesores y pregunté por ella. No sabían nada.

Subí al coche y regresé a casa. Entré por la puerta trasera de la cocina. Elvira, el ama de llaves, planchaba tranquilamente una camisa.

-¿Has visto a Ana?

-No. ¿Pasa algo?

Ascendí los peldaños de tres en tres, gritando el nombre de mi hija.

Silencio.

-Ana, ¿estás en casa?

Entré en su habitación. Ni rastro de Ana. Las cosas estaban en su sitio. Abrí el armario ropero: faltaba algo de ropa.

-¡Ana!

No estaba en el colegio ni estaba en casa de mis suegros. Nadie sabía nada. Simplemente no estaba: ni en el colegio, ni en casa de su mejor amiga Zaida. Invasado por el pánico, marqué el número de urgencias de la policía para indicar que mi hija, Ana, de diecisiete años, había desaparecido. Cuando colgué el teléfono, comprendí que había algo que no iba bien.

En un principio esperé a la policía en la casa. Me senté en el sillón del fondo

del salón tratando de tranquilizarme. Seguí llamando al móvil de Ana y seguí escuchando el mensaje de su contestador, esa cadencia rápida con la que juraba que enseguida devolvería la llamada. Ana siempre devolvía las llamadas. Habían pasado dos horas, había dejado seis mensajes y Ana no me había devuelto la llamada.

Si no había llamado sería porque algo ajeno a su voluntad se lo impedía. Ana siempre avisaba cuando iba a llegar tarde a casa. Era muy ordenada y así se lo diría a la policía. No había dejado ni rastro. Todos los indicios apuntaban a un secuestro. No tenía motivo aparente para marcharse de casa. Anoche durante la cena se la veía feliz contando los muchos proyectos que tenía para el nuevo curso.

El cielo estaba cubierto de nubes oscuras. Al cabo de un rato apareció un coche patrulla. Yo seguía sentado mientras observaba a dos agentes dirigirse a la puerta de entrada. Dos policías jóvenes, habituados a tranquilizar a padres preocupados porque sus hijos adolescentes habían llegado tarde a casa. Un muchacho rubio con acento andaluz y un tipo alto y fuerte. Me levanté y fui hacia ellos.

-¿Señor Vázquez? Soy el agente Lucas Garcés -dijo el rubio- y este es el agente Pablo Sánchez. Tenemos entendido que está preocupado por su hija...

Sánchez miraba el jardín mientras se rascaba la cabeza. Después me miró e hizo una mueca que ya había visto en otros. Tengo unos rasgos armoniosos, según los cánones, atrapados en un cuerpo de gimnasio que irrita y produce envidia a muchos tipos.

-Pasen dentro -dije haciendo una seña con la mano. Ambos subieron la escalinata de la entrada con sus pistolas y cartucheras al cinto-. Echen un vistazo. Todo está en orden.

-¿A qué se dedica? -preguntó el poli grandullón.

-Soy quiromasajista. Me gano la vida tratando de poner en armonía los cuerpos de la gente.

Según me miraban ambos, parecían pensar: “Es el clásico guaperas de gimnasio que se liga a la chica rica, y ella se enamora perdidamente de él”.

-Tiene que ser divertido pasar el día tocando nalgas de mujeres -dijo el poli grandullón en voz baja.

-¡Qué va! Es tan aburrido como amasar pan. El sexo es lo último que se me pasa por la cabeza cuando doy masajes. Solo veo personas con defectos y dolencias que necesitan mi ayuda. Cuando trabajaba de barman era más entretenido: imaginaba a la gente en paños menores. Ahora, el cliente entra en

la sala de masaje sin ropa y cubierto por una toalla.

El poli de pelo rubio hizo un gesto extraño. Seguro que no tiene ni la menor idea. A estos tipos les das una placa, una pistola y coche a cargo del erario público y ya se creen los reyes del mambo. Para despejar dudas, me enrollé un poco.

-El masaje integral permite establecer una conexión saludable entre cuerpo y mente. Durante una buena sesión de masaje, el cuerpo produce endorfinas que aumentan la felicidad y activa el bienestar. Además activa el sistema inmune, generando un efecto relajante y tonificante para el sistema nervioso. Al practicar la respiración profunda el cuerpo lleva más sangre, por lo tanto nutrientes y oxígeno, a las células y alivia las tensiones corporales acumuladas.

-Lucas es un fanático del gimnasio -dijo Sánchez, señalando a su compañero.

-Voy todos los días que puedo –asintió Lucas.

-Antes era barman en un hotel de lujo. Luego me saqué el título de quiromasajista y, desde entonces, nunca me ha faltado trabajo.

-Habrás conocido a todo el mundo pijo de la capital –murmuró Lucas-. Ya sabes, toda esa gente famosa que sale en televisión.

Sánchez estaba examinando la cocina, mientras su compañero se dirigía por el pasillo hacia el cuarto de baño.

-Por mi gabinete desfila lo más granado de la ciudad.

-Me gustaría pasarme por allí, pero tengo entendido que no es un sitio barato –dijo el grandullón.

Asentí con la cabeza. En ese momento llegaron dos inspectores de la policía secreta.

-¿Señor Alex Vázquez? Soy la inspectora Pilar Guzmán. Este es mi compañero, el inspector Andrés. Tenemos entendido que siente cierta preocupación por su hija.

La mujer tenía el pelo negro recogido en un moño y su aspecto estaba lejos de los cánones habituales de belleza. Tenía los ojos pequeños, negros, incisivos, y su nariz era de un tamaño desproporcionado. El inspector era un hombre corpulento, serio, un tipo con unas manos enormes, vestido con un traje estrecho que resaltaba un físico robusto, macizo. Ambos despedían un olor a tabaco rubio.

-¿Ha telefoneado a amigos o familia, personas con las que podría estar su

hija? -preguntó Pilar.

-Sí. Pero nadie sabe nada. Nadie la ha visto desde el mediodía.

Necesité mucho tiempo para darme cuenta de lo que estaba pasando. A las siete de la tarde, cuando Sara, inquieta, se presentó en casa, todavía estaba convencido de que se trataba de un error. Nada más verla entrar, fui hacia la puerta y me abracé a ella.

-Mi esposa Sara García –dije, y continué-: La inspectora Guzmán y el inspector Andrés.

La inspectora alzó la vista e hizo una rápida composición de lugar. Por su forma de mirar parecía pensar: “Esta pareja no se conoció en un cursillo de ejercicios espirituales de Semana Santa. Más bien parece la rubia rica que cae en las redes del chulo de discoteca y, para llevar la contraria a todo el mundo, se casa con él”.

Los dos policías de uniforme observaban la sala de estar y la escalera como si estuvieran haciendo su cometido.

Subimos las escaleras acompañados de los dos inspectores y entramos en la habitación de Ana. La inspectora hizo una leve mueca con la boca.

-Todo está en su sitio –comenté.

Pilar asintió, abrió la puerta del armario, agitando con sus manos enguantadas las camisas y vestidos. Se agachó para extraer un par de zapatos de tacón alto.

-¿Quién limpia la casa?

-Nuestra asistenta –dijo Sara.

Los inspectores se miraron mutuamente como si pensarán lo mismo.

-¿Estaba metida en algún lio? ¿Alguien quería hacerla daño? –preguntó Andrés.

-No. No creo.

Miraban las fotos.

-Necesitamos alguna foto reciente –dijo Pilar.

Abrí un cajón y saqué el álbum de Ana. También le mostré algunos videos familiares.

Cuando regresamos a la planta baja, los dos policías uniformados se habían ido. Pilar encendió un cigarro, se acercó a terraza y dejó vagar la vista, sin fijarse en nada en particular.

-Estoy un poco desconcertada –suspiró mi esposa.

-No se preocupe, Sara -dijo Pilar en tono solemne.

Su expresión era un poema. Parecía que no sabían por dónde empezar.

-¿Cuándo vio a su hija por última vez? -me preguntó sin apartar la vista del jardín.

Hasta que no apagó el cigarro y vino hacia nosotros, no contesté:

-Esta mañana, a eso de la nueve en la puerta del colegio. A veces, cuando el trabajo me lo permite, vengo a recogerla por la tarde. Hoy me presenté sin avisar, pero al no verla me preocupé y la llamé por teléfono. No hubo respuesta. Entonces acudí a su clase. No había nadie, los alumnos ya se habían marchado. Eso no era propio de ella. Nos hubiera avisado si hubiera ido a algún sitio. Era muy cuidadosa con esos detalles.

-¿Dio su hija alguna muestra de que se disponía a viajar? –inquirió Pilar.

-Parecía la de siempre –respondió Sara-. Nada en las palabras o la actitud revelaba que fuera a marcharse. Tal vez estaba un poco más ensimismada, incluso algo inquieta, aunque con los adolescentes nunca se sabe.

-¿Qué podemos hacer para encontrar a nuestra hija? Porque está claro que aquí no está –murmuré.

-Nada. Ustedes permanezcan en casa a la espera de alguna novedad –dijo Pilar; luego agregó-: Permítame preguntarle, señora García: ¿qué cree usted que le ha sucedido a su hija?

-No sé qué pensar. Para eso está la policía.

La inspectora Guzmán asintió, intentando transmitir confianza. Sacó un bolígrafo de plástico barato y una pequeña libreta encuadernada en piel y se entretuvo con ella, tomando notas de todo cuanto se había dicho. Con una libreta en la mano siempre parece más intelectual y prudente.

Antes de marcharse, me pidieron la dirección y el teléfono de los padres de su amiga Zaida. Escribí la dirección en un bloc, arranqué la página y se la tendí.

-También necesito sus datos para ponerme en contacto con ustedes.

Anoté el nombre y el número de móvil de Sara y el mío respectivamente y se lo entregué.

-Si surge algo, no duden en llamar a la policía. Mientras tanto, piensen en cualquiera que haya mostrado interés por su hija –dijo Guzmán mientras caminaba seguida de su compañero hacia la puerta de salida.

Un poco más tarde, llegaron mis suegros, se abrazaron a Sara y se sentaron en el sofá. Estaban tan tristes y preocupados que se les saltaron las lágrimas.

Mi suegro, Luis García, preguntó asustado:

-¿Qué ha pasado?

-Nadie sabe nada: Ana ha desaparecido. Fue vista en el colegio Mirasierra a mediodía y, desde entonces, ni rastro de ella. Toda la zona está acordonada, están peinando el bosque.

-Es una pesadilla –dijo Julia aturdida-. ¡Una auténtica pesadilla!

Observé a Luis y a Julia un momento sin ser visto. Me pregunté lo enfadados que estarían conmigo por no haberlos llamado antes. Me senté en el sillón de la esquina, desalentado, sin saber qué hacer ni qué decir. Sentía una angustia infinita. No tenía la menor idea de lo que se supone que debería estar haciendo. No hay ningún manual de instrucciones que explique qué hacer cuando tu hija ha desaparecido. Mi suegra me miraba azorada, escudriñándome, juzgándome como si pensara: “Míralo ahí sentado sin hacer nada”. Ante esa situación tan incómoda, me puse en pie y dije:

-Me voy a la comisaría. Quizá sea útil.

Una hora más tarde, el capitán Márquez lanzó un mensaje de alerta general confirmando la desaparición de Ana Vázquez, diecisiete años, vista por última vez a mediodía en el colegio Mirasierra. Mandó emitir un comunicado de búsqueda de una mujer joven, blanca, 1,75 metros de altura, cincuenta y dos kilos, cabello rubio largo, ojos negros, con vaqueros azules y camisa de cuadros.

Las fuerzas del orden llegaban de todas las comisarías de la comarca. Mientras se llevaba a cabo una primera fase de registro en el colegio y en la urbanización con la esperanza de encontrar a Ana antes de la noche, las patrullas recorrían la zona norte de la capital intentando dar con alguna pista.

Tras aparcar mi coche al otro lado de la calle, me salté el cordón policial y me dirigí a la sala de reuniones de la comisaría.

Las unidades de la policía nacional y guardia civil llegaron a la zona, a las órdenes del capitán Márquez y la teniente Andrada. Miembros de la policía científica desplegaron su equipo en mi casa y en el colegio, donde fue vista por última vez.

Márquez y Andrada se cruzaron las miradas.

Márquez preguntó:

-¿Cree que la muchacha está en el bosque del Pardo?

-O desapareció en un coche, o está en el bosque. El colegio ha sido registrado a fondo. Ninguna novedad.

Andrada permaneció un momento pensativa.

-¿Qué ha podido pasar? ¿Estará lejos de aquí o en algún lugar del bosque?

-No entiendo nada –dijo Márquez-. Tenemos que encontrar a esa chica sana y salva.

-Estamos de acuerdo. Pero no hay ninguna pista, nada.

-¿Nadie la vio subirse en ningún coche? -preguntó de nuevo Márquez.

-Nadie. Un auténtico misterio. Pero hay controles en todas las carreteras de la provincia y hemos pedido las imágenes de tráfico.

Era noche cerrada, las nubes cubrían todo el cielo y no dejaban el más mínimo destello de las estrellas. Márquez ordenó a Andrada que cesara la búsqueda durante la noche.

-¿Cesar la búsqueda? -replicó Andrada-. Nada de eso. Probablemente esté retenida en contra de su voluntad, esperando a que vayamos a rescatarla.

-No pensarán abandonar a mi hija en el bosque –dije.

-No se preocupe, la vamos a encontrar. Los guardias pasarán toda la noche buscándola si es necesario, pero si está ahí, la encontrarán –dijo Andrada.

Márquez era un hombre curtido en mil batallas. Sabía que los guardias civiles eran muy valientes, pero trataba de convencer a la teniente de la realidad de la situación.

-Teniente Andrada, debe usted interrumpir la búsqueda. Este bosque es inmenso y es noche cerrada. Sería una pérdida de tiempo y una acción temeraria. Es mejor que sus hombres se vayan a descansar. Mañana al amanecer reanudaremos la búsqueda.

-Pero hay que encontrarla...

-Teniente, confíe en mi experiencia: pasar la noche fuera no servirá de nada. Si la pequeña está secuestrada, la encontraremos mañana.

Mientras tanto, en el barrio, la población estaba conmocionada. La gente se arracimaba alrededor del colegio, queriendo saber qué había pasado. Cuando la teniente Andrada volvió al lugar, se vio obligada a confirmar los rumores: Mi hija había desaparecido. Se oyeron gritos de pánico entre la gente; las madres se llevaron a sus hijos a casa, mientras los padres se sumaban a la búsqueda. Efectivos de la policía patrullaban las calles tratando de calmar a los ciudadanos, mientras los agentes municipales se encargaban de recabar información entre los vecinos. Los agresores sexuales conocidos de la zona estaban siendo entrevistados. Los vecinos estaban desconcertados y tenían miedo. La alcaldesa había recomendado “no ir solos por las zonas más

apartadas”. Pero también trataba de calmar y señalaba que “no debe crearse alarma”.

A eso de las diez y media, la teniente Andrada y el capitán Márquez hacían balance. Los primeros datos de la investigación indicaban que no había señal alguna de agresión en el colegio.

-¿Su hija se llevó algo? -preguntó Márquez.

-Ni ropa ni dinero. Solo la ropa que llevaba puesta –contesté.

-Tiene toda la pinta de un secuestro.

-Y ningún alumno ni profesor ha visto nada anormal.

-Quizá alguno la ayudara a escapar –añadió Andrada.

-¿Por la puerta principal?

-Quizá, en lugar de ir al comedor, se escapó por la puerta o la raptaron.

El capitán murmuró:

-No hay ningún indicio, nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Sólo sabemos que esa muchacha estuvo en el colegio hasta el mediodía.

-Entonces, ¿qué es lo que debemos hacer ahora? -preguntó Andrada.

-Esta noche ha hecho todo lo posible. Pero ahora, hay que prepararse para mañana. Mande a su gente a descansar, pero mantenga las carreteras vigiladas. Organice un plan de inspección del bosque, habrá que reanudar la búsqueda con las primeras luces del día. Sus hombres conocen el bosque como la palma de la mano.

El capitán Márquez se me acercó y al tiempo que ponía su mano sobre mi hombro, me aconsejó:

-Vaya junto a su esposa y descanse un poco. El móvil de Ana está siendo rastreado, su foto ha sido puesta en circulación. El teléfono de su casa está intervenido, por si acaso reciben alguna llamada solicitando rescate.

-Está bien capitán, gracias.

Luego se dirigió a la teniente Andrada:

-Envíe también un mensaje a todas las comandancias de la Guardia Civil, trate de describir a Ana Vázquez con exactitud. Una cinta del pelo, un piercing, un tatuaje..., serán de gran ayuda. Informaré a la Interpol, a la policía de las provincias vecinas y a la de fronteras. Duerma usted también un poco, si puede. Mañana reanudaremos la búsqueda con un helicóptero y perros rastreadores.

Aporté algún dato relevante acerca de mi hija y luego, di media vuelta y me marché. Había leído que si durante las primeras cuarenta y ocho horas no se producía ningún avance en el caso, lo más probable era que quedase sin

resolver. Las primeras cuarenta y ocho horas eran cruciales.

La zona permaneció agitada toda la noche por el ir y venir de coches patrulla y de curiosos alrededor de Fuencarral y el Pardo. Algunos se personaban de forma voluntaria en comisaría para participar en la búsqueda. Otros querían ir al bosque.

Mientras abandonaba la comisaría, me acordé dónde había aparcado el coche. Crucé al otro lado de la calle, me senté detrás del volante y puse en marcha el motor.

Hice dos veces el recorrido desde el colegio a mi casa, buscando alguna luz que me guiara en la noche y me llevara hacia mi hija, pero fue en vano. Cuando llegué a mi casa eran las dos y media.

3

Aquel masaje Premium

Agosto de 1994

Hacía tiempo que no estaba tan contento. Había conocido a una chica. Pero no a una chica cualquiera sino a un bombón de clase alta. Esto no tendría nada de especial, pues habitualmente daba masajes a las damas más refinadas de la ciudad, sino porque me había invitado a una fiesta de escritores en su casa.

Recordé la primera vez que la vi: alta y delgada, con hombros anchos y elegantes caderas. Fue un martes en la sala de masajes del spa. La invité a que se tendiera sobre la camilla mientras ella echaba el típico vistazo a las instalaciones.

-Está usted en buena forma física –dije para romper el hielo.

-¿Esta es su camilla?

-No tenga miedo, no le va a morder.

Sus ojos me escudriñaban mientras se quitaba el albornoz y se tumbaba boca abajo. Por la expresión de su cara, no parecía desagradarle demasiado. Era ella, pero yo todavía no lo sabía. En ese momento solo sabía que era una mujer rubia con facciones finas y aristocráticas que había venido para una sesión de masaje. ¿Por qué había acudido a mí?

-He tenido que esperar quince días para que me dieran hora –dijo con sequedad.

-Y eso que estamos en verano; normalmente tardan más de un mes –dije mientras amasaba su espalda-. Podría haber reservado hora con mi compañera.

-Tenía curiosidad por probar sus masajes.

-¿Por qué?

-Una tarde... -pensó la pregunta antes de responder-, mi madre tomaba el té con unas amigas y hablaban de usted.

-¿Ah, sí? Cosas buenas, espero.

Era muy hermosa. Tan hermosa que me distraía y hacía que los ojos me dieran vueltas y me entraran unas ganas tremendas de palpar sus largas piernas con más entusiasmo. ¡Cómo me gustaría follarme a esta joven ricura! Si ella supiera en lo que estoy pensando, saldría corriendo.

-Si no es indiscreción, ¿cómo se llama su madre?

-Doña Julia Martínez.

Ante aquella feliz coincidencia, mis labios esbozaron una leve sonrisa.

-Tiene usted una madre estupenda. Es una de mis mejores clientas. Debe estar muy orgullosa de ella.

-Bueno, ya sabe que no elegimos nuestra familia ni a nuestros vecinos.

Era la clase de chica que se comportaba como si jamás le hubiera faltado nada, una chica que gustaba a los hombres, una rubia capaz de seducirme sin proponérselo. El aroma de su perfume flotaba en la sala de masaje. Era un perfume caro, parecía Chanel, pero no sabría decir cuál. Había inhalado tantos a lo largo de mi vida.

Tras toda la lista de ardorosas secretarias, sensuales camareras y esculturales masajistas con las que había salido últimamente, era agradable sentirse en su órbita. Y aunque a veces sonreía, tenía un extraño sentido del humor.

Las sesiones de masajes se sucedieron dos veces a la semana. Fue entonces, cuando Sara y yo empezamos a estrechar lazos. Mientras mis manos se deslizaban por su piel blanca y tersa, me hablaba como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo. ¿Qué demonios había entre nosotros? Pertenecíamos a mundos distintos. Ella venía de una familia adinerada y yo era un currante cualificado. Una tarde, mientras friccionaba cada dedo de sus pies, me invitó a una fiesta de escritores que daba en su casa. ¿Qué pintaba yo en una fiesta rodeado de escritores, si mi afición por la lectura se limitaba a libros de autoayuda, de nutrición y al *best seller* de moda? También echaba una ojeada al papel cuché y a la sección deportiva de los periódicos para estar en la onda de mi distinguida clientela. Por otra parte, podría ser una ocasión estupenda para darme a conocer en un ambiente desconocido para mí. Y cuando alguien me pregunte cómo me gano la vida: “Me dedico a dar los mejores masajes que puedas desear. Bajo mis manos se desnudan conocidos escritores, actrices, periodistas...”, diré muy orgulloso.

Introduje en el GPS la dirección y me puse en marcha. Era sábado y apenas se movía el aire. Poco antes de que el sol se ocultara detrás de la sierra de Gredos, giré el volante para tomar una carretera que serpenteaba entre verdes praderas. Conducía despacio buscando el número de la casa. Cuando llegué, me bajé del coche y eché a andar hacia la puerta. La calle estaba desierta. Sólo se veían muros cubiertos de hiedra que impedían el paso a jardines salvajes en los que se alzaban grandes mansiones. Pulsé el timbre de la puerta que se abrió a los pocos segundos. Entre la vegetación se apreciaba la silueta de una

vivienda de dos pisos con amplios ventanales. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie.

Sara salió a recibirme. Llevaba un short vaquero y una camisa de cuadros atada a la cintura. Caminaba como si flotara. Era un año mayor que yo, así que tenía veinticuatro años, aunque aparentaba veintiocho. Me saludó con un beso en la mejilla, y atisbé algo enigmático en sus ojos.

-¿Dónde está la gente?

-¡Ah! Se me olvidó avisarte –dijo llevando una mano a la cabeza-. La reunión se ha cancelado.

-Me tomas el pelo.

Aquello tenía toda la pinta de una encerrona. Al observar mi expresión escéptica, enmendó:

-Deseaba estar contigo.

Sonreí. Nos miramos durante unos instantes, como niños atrapados por la vista de una golosina.

-Eso parece más creíble.

-Ya que estás aquí, podrías preparar un cóctel –insinuó invitándome a entrar en la casa.

Y yo ingenuamente la seguí sin pensar que un posible novio pudiera estar vigilándonos. No se oía ni una mosca. Tras mostrarme la cocina y el gimnasio, pasamos a un salón. Busqué su rostro en la librería de enfrente; allí estaba, fotografiada decenas de veces. En unas sola y en otras con sus padres. En todas aparecía risueña. La estancia era amplia y acogedora, y estaba decorada con muebles modernos, suelo de madera y, al fondo, un mueble bar rinconera y varios taburetes tapizados en piel.

-¿Estás sola?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-¿Qué te apetece: un Manhattan, un Cosmopolitan o un mojito bien fresquito?

-Un Manhattan está bien –contestó mientras se encaramaba en un taburete.

Pasé detrás de la pequeña barra de caoba, cogí una botella de Bourbon, otra de Martini y llené la coctelera con hielo.

-Tengo entendido que tus normas te impiden liarte con las clientas.

-Así es, pero las normas están para saltárselas.

Hizo una mueca de agrado. El panorama había cambiado por completo. Esperaba encontrarme con un puñado de escritores y aguantar su rollo

cultural, pero en cambio, estaba a solas con una rubia tentadora. ¿Qué cojones quería de mí? Tras mezclar los ingredientes, agité varias veces la coctelera y llené dos copas. En ese instante sonó su teléfono. Para demostrarme su interés, no contestó la llamada, cruzó las piernas y apoyó la barbilla sobre una mano. Sonreí ante esa muestra de atención.

Alzamos las copas y brindamos:

-Por nosotros –repetimos casi a un tiempo.

-¡Exquisito! -exclamó tras echar un trago. Luego mirándome fijamente a los ojos, dijo-: Necesito un entrenador personal y he pensado en ti.

-Me siento muy halagado, pero es una enorme responsabilidad. Tengo que...

No había terminado la frase, cuando ella me interrumpió:

-No te preocupes, soy muy rica. Te pagaré lo que me pidas. ¿Cuáles son tus condiciones?

-Depende.

-¿Depende de qué?

-¿Cuántos días a la semana? ¿Dónde? ¿Qué clase de ejercicios?

-¿Cuál es tu horario de trabajo?

-De nueve a cuatro de la tarde.

-Fantástico. Los martes y viernes a las siete aquí en mi casa. ¿Te parece bien?

Apenas me dejaba pensar. Era como si lo hubiera previsto todo.

-Necesito mantenerme forma. Paso muchas horas en mi despacho. Quiero conservar mi peso, cuidar mi figura. Veo a mis amigas casadas que engordan, y les cuesta mucho alcanzar su peso ideal.

-Yo te ayudaré. No debes obsesionarte. Haremos los ejercicios específicos que te permitan mantener el culo prieto, el vientre plano y una silueta estilizada envidiable. Hay una amplia variedad de actividades en las que se entrena el cuerpo de maneras muy distintas como el zumba step, aquagym. Podemos empezar con el BodyBalance: una mezcla de pilates, yoga, tai chi y estiramientos. Es la mejor forma de despejar la mente a través de una gimnasia suave con música relajante.

Se puso de pie, rodeó mi cuello con sus brazos y me plantó un beso en los labios. Metí mi lengua en su boca deleitándome con su sabor. La besé porque no tenía novia y porque me gustaba. Ella era una joven heredera prometida con un hombre rico, y yo un joven soltero con ambiciones.

De pronto, se arrodilló en el suelo, bajó la cremallera de mis pantalones y empezó a lamer mi sexo. Agarré su cabeza moviéndome a su ritmo durante un rato. ¡Dios, qué maravilla! Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto. Estaba desconcertado. Esa mujer pretendía llevarme al huerto.

Se levantó anunciando su intención de subir hasta la planta de arriba apoyando una mano sobre la parte baja de mi cintura mientras apuraba su copa de un trago. Estaba desatada. Si con un sorbo me había hecho una mamada, tras beberse el cóctel de un trago, no quería imaginar lo que me esperaba.

-¿Así recibes a los invitados?

Soltó una carcajada tan sonora que me contagié la risa.

-¡Deberías sentirte afortunado! Esto que acabo de hacerte jamás lo había hecho con nadie, ni con mi novio.

-¡Vaya, estoy de suerte!

Al llegar a su dormitorio, encendió unas velas perfumadas que había sobre una repisa de mármol. Aquella habitación era tan grande como mi apartamento, y estaba decorada en colores neutros. Desde los ventanales se veían iluminadas las cuatro torres de Madrid. Sobre la cabecera de una enorme cama había un cuadro que me recordaba el jardín de las delicias. Apuntó el mando hacia el aparato de música y una suite de Bach envolvió la estancia de una dulce melodía. En menos que canta un gallo, estaba desnuda y tendida boca abajo en la cama. Era tan fácil sucumbir a sus encantos. Tenía tantas ganas de follarla como ella de ser follada.

-Quiero que me des uno de tus mejores masajes, por favor. Pero no mires el reloj como haces en el spa que siempre me dejas con ganas de más.

-Tranquila, la noche es larga y el tiempo infinito.

Acabé de desnudarme y me puse manos a la obra. Se va a enterar esta pija cachonda lo que es un masaje completo: un especial *Premium* de los míos.

-En el cuarto de baño encontrarás aceite de lavanda –murmuró.

Entré en el baño, cogí el frasco de lavanda y eché unas gotas en mis manos. Empecé despacio, masajeando sus piernas, su espalda, los hombros... Más tarde, los dedos de un pie y los del otro. Un aroma femenino, vaginal y sensiblemente lascivo alteraba mis hormonas. Sin prisas, lentamente, y sin saber cómo reaccionaría, decidí aplicar el masaje cuerpo a cuerpo. Con delicadeza acaricié suavemente la pendiente sedosa de sus caderas, bajando y bajando hasta sus prietas nalgas bronceadas. Sintió mi sexo elevándose contra ella con una fuerza silenciosa, deslumbrante y potente, y se entregó a mí. Me adentré dentro de ella, despacio, suavemente. Ella gemía, jadeaba y gritaba mi

nombre, y yo volví a penetrarla lentamente hasta el fondo. Sus muslos se contrajeron, inevitablemente. Todo su cuerpo ardía y palpitaba. Hicimos el amor de todas las formas posibles hasta quedar exhaustos.

Se la veía relajada y satisfecha. El masaje había surtido efecto. Se había incorporado un poco, apoyando un codo sobre la almohada y la cabeza sobre la mano.

-¡Ha sido increíble! Es infinitamente mejor que el fugaz polvo quincenal con que me obsequia mi novio.

-Eres la primera cliente con la que me he acostado.

Sonrió mientras acariciaba mi pelo alborotado.

-Voy a darme un baño en la piscina. Entretanto podrías preparar algo para beber. Estoy sedienta –dijo saltando de la cama.

-¿Qué te parece otro cóctel?

-Estupendo.

Me puse los calzoncillos y bajé al salón. Tras preparar la bebida, crucé el jardín y me dirigí hacia ella. El cielo estaba abovedado de estrellas. Era una de esas calurosas noches de verano que lo último que apetece es irse a dormir.

Sara se acercó al borde de la piscina, cogió la copa y dio un trago largo. La luz de la piscina iluminaba su cuerpo desnudo removiendo mis más bajas pasiones. Sus ojos azules me miraban llenos de deseo como queriendo decir: “No sé cómo he podido vivir estos años sin disfrutar de tus magníficos masajes”. Pero en cambio, me tendió la mano y susurró divertida:

-Se te da bien. Jamás había gozado tanto. Ven conmigo.

Me quité los calzoncillos y me sumergí en el agua aferrándome a sus caderas. La noche acababa de empezar. Nuestros cuerpos se enredaron en acrobáticas y flexibles posturas bajo el agua, apoyados en la escalerilla, en las hamacas del jardín.

-Me gusta lo que me haces –musitó con la voz entrecortada.

Tras un buen rato de ejercicios juntos, me había entrado un hambre atroz. Pero cómo hacérselo saber sin parecer descortés. Quizá ella estuviera a dieta. Una comilona justo antes de tener sexo no es lo más adecuado, pero pasar hambre tampoco ayuda a la libido y a esas alturas empezaba a perder fuelle.

-¿Te apetece cenar algo?

-Perdona. Contigo pierdo la noción del tiempo. En la cocina encontrarás algo para picar.

Estaba anudándome una toalla alrededor de la cintura cuando volvió a sonar

su móvil. Sara hizo una mueca extraña. Soltó una expresión que no llegué a entender y lo apagó sin contestar.

La cocina estaba limpia como una patena. El reloj que colgaba de la pared marcaba las cinco y cuarto de la madrugada. La nevera estaba llena de todo tipo de alimentos y bebidas con una pinta excelente. Saqué una bandeja tapada con lámina de plástico transparente que contenía un buen surtido de ibéricos y llené una cesta de frutas tropicales. Descorché una botella de rosado espumoso y lo dejé sobre la mesa de la terraza.

Sara se había enfundado mis calzoncillos de algodón blanco. Su larga melena, recogida y envuelta en una toalla a modo de turbante, dejaba al descubierto su cuello largo y esbelto como los brazos y las piernas.

-¿Has cortado tú el jamón?

-La asistente se encarga de todas esas cosas.

Esta mujer se moriría de hambre si alguien no llevara la comida a su mesa. La hija única y solitaria de un matrimonio privilegiado también tenía sus propios desafíos. No sabía por qué lo había hecho. Era como si me hubiera hechizado y empujado hacia aquella frenética situación. Quizá pretendiera demostrarme que era una mujer independiente, libre y dueña de sí misma. Yo esperaba que todo siguiera como antes, que madre e hija siguieran siendo mis clientas favoritas. Nadie debía saber lo que había pasado. Me senté al otro lado de la mesa y llené las copas de vino.

-¿No temes ser descubierta por lo que has hecho?

Alcanzó su copa y dio un buen trago de vino.

-Para nada. Lo que hemos hecho está mal, pero no me arrepiento -contestó con toda naturalidad-. Tú eres mi entrenador. Sólo practicamos ejercicios de mantenimiento.

-Cierto. Solo gimnasia de mantenimiento integral. ¿Qué hay de malo en eso?

-Nadie ha dicho que eso sea malo.

Tras varias copas de vino, la lengua se nos fue soltando. Me contó que su novio era muy guapo, que en los cuatro años que llevaba de relaciones no había conseguido un orgasmo, que su novio acababa en dos minutos y que se quedaba peor que estaba.

-Sabes hacer feliz a una mujer. Me gustaría saber dónde lo has aprendido -susurró sin dejar de mirarme.

-Dos amigas lesbianas me abrieron a un mundo femenino plagado de placeres ocultos. Ellas conectan mejor a distintos niveles, conocen mejor las

necesidades fisiológicas y afectivas de otras mujeres. Están mucho más abiertas a experimentar con el sexo contrario que los hombres.

-Estoy impresionada. Eres tan joven y has vivido tanto. Despiertas en mí placeres desconocidos. Esto que ha ocurrido es fantástico. Nunca me había pasado. Has sabido encontrar en mí un manantial inagotable de placer.

Después de aquella experiencia *Premium*, era consciente de que no volvería a verla en el spa. Probablemente había perdido una clienta, pero había ganado una amiga.

-Más allá de lo placentero que puede llegar a ser, el sexo también tiene numerosos efectos positivos sobre nuestra salud: quema calorías, ayuda a dormir, reduce los niveles de estrés, fortalece el corazón, alivia el dolor, mejora el sistema inmunológico.

-¿Eso lo has leído en un manual o realmente lo has experimentado en tu cuerpo?

-Ambas cosas a la vez.

-Me gustaría conocer a alguien al que poder amar tanto como para casarme con él.

-Pero, ¿no dices que tienes novio y que te vas a casar el próximo año?

Asintió con una mueca de resignación.

-¿A qué se dedica tu novio?

-Trabaja como bróker en Londres, manejando el dinero de los demás.

-¿Tu novio no será uno de esos oscuros personajes que se ven involucrados en multitud de escándalos financieros en los últimos tiempos?

-No me cuenta sus andanzas financieras –dijo encogiéndose de hombros-. Quizá la culpa con mi novio sea mía.

-No digas tonterías. Tú eres normal. He sentido tus jadeos, tus intensas palpitations, tus orgasmos encadenados. El rarito será de tu novio. Tengo clientas que se quejan de lo mismo: “Mi marido es torpe en la cama”.

-No sé qué camino tomar. Todas mis amigas ya están casadas. Aunque no todas están felizmente casadas. Mis padres y mis amigas desean verme casada.

-Con tu novio rico, como Dios manda.

-¿De qué me sirve tener un novio guapo y rico si no me deja satisfecha, si no estoy enamorada de él? Hacemos el amor, pero es pura rutina. Algo en mi interior me dice que no debo casarme con él. Contigo todo ha sido positivo: he sentido un cosquilleo en el estómago, me has llevado al séptimo cielo... Con mi novio apenas siento nada.

-Ninguna relación es perfecta, dicen mis clientas.

-No sé si hago bien en no conformarme. No quiero verme casada con un hombre que no me hace feliz y al que no amo. Por mucho dinero que tenga.

-¿Dónde os conocisteis?

-En el Círculo deportivo. ¿Lo conoces? Golf, canchas de tenis, piscinas, mucha gente guapa y glamurosa. El tipo de sitio donde a un chico como tú no le dejarían pasar ni recomendado.

Aunque no dijo toda la frase, me la imaginé.

-¿Tan feo y poco glamuroso soy? –pregunté con retintín.

Se dibujó una leve sonrisa en la comisura de su boca.

-¡Todo lo contrario! Simplemente, no perteneces a ese círculo social.

La velada iba sobre ruedas intentando conocernos mutuamente. Me dejaba llevar por la mujer perfecta, con su media cogorza, escuchaba su dilema sentimental, trataba de comprender sus comentarios acerca de su novio. Su mirada era fría y enseguida supe que era una de esas mujeres que no soportan a la gente gilipollas. Yo en cambio, contaba las noches que salía de fiesta por bares y discotecas, tratando de encontrar a mi media naranja. No tenía dificultad en darme a conocer. Y tuve encuentros con mujeres estupendas, listas, atractivas, pero como ella ninguna.

-Pasada la primera fase del enamoramiento la cosa cambia y el sexo se vuelve menos frecuente. Para que la llama del amor no se apague, la pareja tiene que mantener relaciones con frecuencia.

-Eso es casi imposible. Mi novio trabaja en Londres y viene a verme cada dos semanas.

-A veces, el motivo de no mantener relaciones es la falta de atención por la pareja. Quizá sea porque tu novio trabaja mucho, está estresado o porque pasáis poco tiempo juntos.

Sara asintió con la cabeza.

-Dedica más tiempo a su móvil y su tablet que a mí, y una relación es algo vivo que hay que alimentar.

-Claro. Mantener una relación de tipo sexual, significa estar con tu novio, compartir con tu novio, disfrutar de momentos en pareja, pasear juntos a la luz de la luna o pasar una tarde sin teléfono móvil, sin hablar de los problemas del día a día o hacer juntos un viaje de fin de semana.

Sara me miraba con asombro ante mis explicaciones.

-Tal vez sea poco realista esperar que dos personas con estilos de vida,

preferencias y biorritmos diferentes se sientan atraídas en el mismo momento por el deseo, y más aún después de cuatro años de noviazgo.

-Tienes toda la razón.

Todo esto que me estaba sucediendo, creía que solamente se daba en las películas románticas de Hollywood. Sin embargo, me estaba ocurriendo a mí y necesitaba tiempo para que mi cerebro pudiera procesarlo.

Pensaba que era un lígüe por despecho o quizá un soplo de aire fresco en su encorsetada vida social. Sin embargo, al despuntar el alba, Sara me prometió solemnemente:

-Me casaré contigo si cada noche me das un masaje completo como el de hoy.

Todos somos Ana

Febrero de 2012

Eran las tres de la madrugada y Ana no había llegado. Las mismas preguntas golpeaban sin cesar mi cabeza: ¿qué había sucedido? ¿Qué le había pasado? ¿Dónde podía estar Ana? ¿Cómo era posible que la policía no encontrase el menor rastro de ella? Cuanto más lo pensaba, más vueltas le daba a una idea: ¿y si Ana había querido borrar pistas? ¿Y si se hubiera fugado con un amigo? Resultaba increíble, pero no había ni una sola pista.

Me quedé dormido en el sofá. Cuando volví a abrir los ojos, había amanecido. La tele seguía encendida. En la pantalla aparecieron, ante mi asombro, imágenes del colegio Mirasierra y escuché al presentador decir: según se desprende de los primeros datos de la investigación, es aquí, en su colegio de Madrid, donde Ana Vázquez, una joven de diecisiete años desapareció el martes pasado, sin dejar rastro. A su alrededor nada más que una urbanización con lujosos chalés cercados por vallas altas y jardines de césped bien cuidado. Es un lugar donde hay vigilancia las veinticuatro horas; uno de esos sitios tan tranquilos que uno se cree allí a salvo de todo.

La policía seguía sin descanso cualquier pista que pudiera dar con el paradero de mi hija. No se escatimaron medios ni esfuerzos. Vecinos y agentes de la Guardia Civil dieron grandes batidas por los barrios de la zona norte, el monte del Pardo... Rastrearon palmo a palmo cada arroyo, sendero, hondonada..., sin resultado alguno.

De pronto todo empezó a girar a mi alrededor; me dejé caer sobre el sofá, completamente aturdido. Ya no oía nada: ni la televisión, ni a Sara, que seguía en el salón y que decía:

-¿Alex? ¿Estás oyendo? Ni rastro de nuestra hija. Han secuestrado a nuestra Ana.

-He rastreado su móvil, pero tiene el localizador sin activar.

En mi cabeza se apelotonaban las contradicciones a un ritmo alarmante, como en un mal sueño.

Las imágenes se sucedían con rapidez. Conectaban en directo con el colegio de Ana y los alrededores de nuestra casa, a ochos kilómetros del colegio. Periodistas de diferentes medios habían llegado a la zona para seguir de cerca

la investigación. La noticia corría como la pólvora gracias a los medios digitales y las redes sociales: Ana, diecisiete años, una joven hermosa había desaparecido. Repetían una y otra vez su descripción: Mujer joven, blanca, 1,75 metros de altura, cincuenta y dos kilos, cabello largo rubio, ojos negros, vestida con vaqueros azules y una camisa de cuadros. Lleva como única joya una pulsera de cadena.

Mi hija era una muchacha maravillosa. De las que nunca se olvidan: simpática, agradable, sobresaliente en todo, radiante. Tenía un no sé qué que iluminaba todo a su paso. Me encantaba su forma de caminar. Esa leve oscilación que llenaba de gracia su andar elegante y seductor a la vez; dominante y provocador a un tiempo. Y cuando íbamos a patinar, se movía libremente por la pista de hielo, ágil, haciendo ondular su larga melena rubia. Tenía luz propia. Ana era algo especial.

Me levanté del sofá y me pasé la mano por el pelo alborotado. Sara no podía dar crédito a todo lo que estaba escuchando.

-Me voy al bosque. Quiero sumarme a la búsqueda de Ana.

-¿Quieres que te acompañe? –dijo con una voz extraña.

-Es mejor que te quedes aquí. Si necesitas algo, me llamas al móvil.

Mientras conducía hacia la zona que debíamos batir aquella mañana, encendí la radio del coche. Tras la desaparición de Ana, toda la comarca estaba en alerta general. La policía buscaba a toda persona que pudiera aportar información. Jamás había visto tanta policía en la zona. Había vehículos de toda la provincia. En la nacional 1, un fuerte dispositivo de seguridad controlaba los vehículos que entraban y salían de la capital. Un sargento de la Guardia Civil de Tráfico al reconocermelo, me preguntó:

-¿Alguna novedad?

-Nada, ni rastro –dije-. Lo único que me preocupa es que a mi hija la encuentren en buen estado. No tengo noticias nuevas y sólo espero que cuando éstas lleguen sea para decirme que mi hija está a salvo.

-Confíe en nosotros, Alex, nos ocuparemos de esto. Tenemos tantas ganas como usted de encontrar a Ana.

-Muchas gracias.

Nos pasamos los días siguientes buscando a Ana: peinamos toda la zona. Todos los indicios apuntaban a que probablemente se encontraba en alguna parte de ese bosque. Se organizaban grandes batidas para localizar a mi hija. No encontramos el menor rastro de Ana. Dos semanas después, tuvimos que suspender la búsqueda, muy a pesar nuestro, porque los mandos policiales

acordaron que la investigación era muy costosa y de resultados inciertos. Aunque algunos no cejamos en nuestro empeño y continuamos las batidas sin descanso.

Me pasaba horas en el colegio, preguntando a los alumnos e intentando averiguar alguna pista. El jefe de estudios, Alberto Muñoz, me fue de gran ayuda: no escatimaba su tiempo para ayudarme a descubrir la verdad. Según los profesores, nadie había observado nada fuera de lo normal el día de la desaparición de Ana; ningún coche merodeando por los alrededores, ni a ella fugándose. Según todos, parecía que hubiera sido secuestrada por unas poderosas fuerzas oscuras.

-¿Sabes? -me dijo Alberto-. Ana es una muchacha tan encantadora..., tan buena con todo el mundo. Aquí todos la queremos. Es como nuestra hija. No tiene enemigos. Los profesores y los alumnos estamos muy preocupados.

A lo largo de esos días, me dediqué a interrogar a todas las personas que conocían a Ana. La directora del colegio me dio una lista con los nombres y direcciones de los compañeros de clase. Apenas conseguí nada: los mismos chismes, las mismas anécdotas de su infancia, sin gran interés para mis pesquisas. Zaida era la amiga que mejor conocía a mi hija, pero intuía que no me contaba todo lo que sabía.

La desaparición de Ana había conmocionado a toda la nación en especial a la sociedad madrileña. Autoridades, partidos políticos, estudiantes, asociaciones de vecinos y ciudadanos en general acudieron en masa a la manifestación convocada por el Ayuntamiento. Cuando llegamos, la plaza estaba tomada por unidades móviles de televisión. Sara y yo encabezábamos la manifestación junto a la alcaldesa y líderes políticos. Miles de manifestantes llenaban el Paseo de la Castellana. Una gran pancarta, en la que se podía leer “**TODOS SOMOS ANA**”, encabezaba la manifestación. Su foto colgaba de todas las farolas que flanqueaban la avenida, con la mirada relajada y segura de sí misma, aquellos ojos que parecían seguirte. Al terminar el recorrido, la directora del colegio subió a una improvisada tarima, se aproximó al micrófono y leyó unas palabras:

-Nuestra alumna, Ana Vázquez, lleva desaparecida casi una semana. Me faltan palabras para expresar adecuadamente la angustia que está padeciendo su familia, el profundo vacío dejado en nuestras vidas por la desaparición de Ana. Ana es el alma del colegio, es el corazón de su familia. Para aquellos que no han tenido la suerte de conocerla, es alegre y encantadora, dulce. Es deportista y cariñosa. Es mi amiga y nuestra compañera en todos los sentidos. Si alguien tiene cualquier tipo de información, le rogamos que se ponga en contacto con

la policía. Esta tarde nos manifestamos con la esperanza de que vuelva a casa pronto, sana y salva. Te queremos, Ana.

Durante largos días me ocupé en hacer toda clase de averiguaciones, envuelto en una nube de especulaciones morbosas. Para aprender las mejores técnicas usadas por detectives privados e inspectores policiales nada mejor que sacarme la licencia de investigador privado por Internet. A final de curso dispondría de un título que me permitiría adentrarme e indagar donde la policía no llega.

Tras dos semanas de intensa búsqueda, el comisario de policía Genaro Peláez se hizo cargo del caso. Esa mañana me dirigí a la comisaría. Hacía quince días que mi hija había desaparecido, pero tenía la impresión de que habían pasado meses. Estaba convencido que el colegio Mirasierra escondía extraños secretos, que los alumnos y profesores contaban mucho menos de lo que realmente sabían.

El comisario estaba sentado detrás de la mesa de su despacho. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura mediana, ancho de hombros, de pelo negro ondulado y brillante y barba de tres días. No era muy locuaz, pero cuando hablaba tenía una voz agradable, como de agua mansa. Y tenía una sonrisa que calentaba toda la habitación. En la pared del fondo había un tablón de corcho lleno de fotografías y notas.

Se levantó y vino a saludarme.

-Así que cobra usted por tocar las nalgas a la gente, ¿eh? ¿Da mucho dinero eso?

-No crea que es para forrarse. Lo justo para ir tirando... ¿Qué tal va la investigación?

-Creemos que alguna persona obsesionada con Ana pueda haberla raptado. Su hija es muy guapa -dijo volviéndose hacia mí, como defendiendo la teoría-. Cada año se producen en nuestro país cientos de denuncias por desaparición. Y más de doscientas son de jóvenes.

-Vaya, no lo sabía.

-Empecemos desde el principio, si quiere -dijo mientras hojeaba los informes policiales-. Ana desapareció la tarde del 7 de febrero de 2012. No sabemos si fue secuestrada o si se trató de una fuga: ni rastro de lucha, ni testigos. Aunque ahora todo apunta hacia la pista del secuestro. Principalmente porque no llevaba ni dinero ni equipaje.

-Yo creo que se fugó -dije.

-Bueno. Partamos de esa hipótesis, entonces -sugirió Peláez-. Sale por la

puerta del colegio y se fuga. ¿Adónde va?

-Que parara un coche y se la llevaran sin dejar rastro. El hándicap de Ana era además que podía ir escuchando música con los auriculares puestos, por lo que no podía reaccionar rápido.

-¿No se le ocurre ningún motivo por el que quisiera desaparecer?

-No. Pero ¿por qué? ¿Cómo? ¿Adónde?

-No lo sé. No tengo ni la más remota ni idea. Nadie dice nada. ¿Qué otra cosa pudo suceder? –dijo el comisario hundiendo los dedos en su espesa cabellera oscura-. Las imágenes de tráfico captaron a una joven subiendo a un coche. Tenemos la matrícula: es un Range Rover negro y pertenece a una empresa de alquiler de vehículos. Ha sido encontrado en Valencia como podía haber estado en Barcelona o Málaga.

-No dejo de pensar en Ana ni un solo minuto. En lo que le ha podido ocurrir. Y aunque trato de mantener la mente fría, la imaginación vuela. Cada día que me levanto pienso que es un día más que mi hija está desaparecida. Pienso todo el rato en qué le habrá podido pasar, cualquier cosa es posible, y el secuestro está entre ellas. Ayer recibí dos llamadas anónimas en mi móvil.

-¿Y?

-Era un número oculto. Se oía la respiración al otro lado de la línea, pero no pronunciaron palabra alguna.

-Quizá eran los secuestradores –dijo el comisario-. Pronto pedirán un rescate. Siempre lo hacen. Tenemos pinchado su teléfono; rastreamos cada llamada.

-Entonces, ¿qué debemos hacer?

-Esperar la llamada.

-No me ocultará usted nada, ¿verdad? Nada de importancia, quiero decir.

-No, no le oculto nada. Estoy preocupado y quiero encontrar a mi hija. Toda la familia está muy preocupada. Si averigua usted algo, llámeme a cualquier hora del día o de la noche.

Caprichos del destino

Noviembre de 1994

“Estoy embarazada, Alex”.

Era un mensaje de Sara. Eso fue lo primero que vi al mirar la pantalla de mi teléfono. En vez de contar a todo el mundo que estaba embarazada de su novio y casarse como estaba previsto, hizo todo lo contrario. Se dejó llevar por el corazón. Contó que esperaba un hijo de su entrenador personal. Sus padres pusieron el grito en el cielo. Sus amigas no daban crédito a lo que estaban oyendo. Todos quedaron desconcertados. Lo más prudente en una chica de su posición social era haber seguido con su rico prometido. Todos los planes de sus padres se vinieron abajo. De la noche a la mañana, la conciliación de intereses de las dos adineradas familias se fue al garete.

-No sé lo que me depara el futuro. Pero no estoy enamorada de mi novio, lo que es una garantía de que voy a caer en una depresión por verme obligada a casarme con alguien sólo por cuestiones financieras, por la familia o por el qué dirán.

Ella me propuso que nos casáramos. Yo no dije que no, y ella se lo tomó como un sí.

-Mis padres han trazado unos planes para mí que no incluyen casarme contigo. Es fruto de la verdadera pasión. Pienso tenerlo. ¿Quién me lo impide?

¿Qué iba a decirle? El asunto me resultaba bastante delicado de por sí, aquella cosa debía de estar moviéndose ya dentro de ella. Era preferible callar.

-Creí que tomabas precauciones. No lo hacíamos con protección.

¿Por qué se ha quedado embarazada de mí? Aquel embrión crecería y se convertiría en una persona. Tendría derechos, exigiría cosas, haría preguntas, y antes o después lo sabría todo y se convertiría en un individuo. La ecografía tenía el tamaño de una postal. Al principio, me sentía orgulloso, luego me despreciaba a mí mismo. ¿Qué debía hacer? A lo hecho pecho. La vida te lo da todo. De nada servía ya lamentarse; además, ¿qué podía hacer yo si la suerte estaba echada?

-Cuando llegue a casa, se lo contaré todo a mis padres.

-¿De veras?

No salía de mi asombro. Sara estaba decidida a llegar hasta el final con todas las consecuencias.

-¿Qué quieres decir con *todo*?

-Que tú eres el padre y que me quiero casar contigo.

-¿Y si no aceptan? ¿Y si no me quieren como yerno?

-¿Por qué no han de aceptar?

-Soy el masajista de tu madre.

-Cuando les hable del bebé, se les caerá la baba.

-Espero que sea una niña como tú.

Me abracé su estrecha cintura y besé sus labios.

-Sara, eres de lo que no hay.

Tal vez la esperanza de concebir un hijo con Sara.

-Quiero que nazca –dije en tono solemne.

Sara esbozó una ligera sonrisa en su boca.

-Creo que será una niña.

Mi vida iba a cambiar drásticamente: iba a poner fin a mi vida de soltero. A pesar de todo, me moría de ganas por casarme y tener un hijo.

-¿Sabe alguien lo nuestro? –pregunté.

-Únicamente tú y yo.

-Y el hijo es mío, ¿verdad? Quiero decir que estás realmente embarazada, que va a nacer...

-¡Claro que es tuyo! Mi novio usa preservativo.

No conseguía hacerme a la idea de que iba a ser padre. La creía a pie juntillas, sabía que Sara no me engañaría, sobre todo porque no había razón para ello. Era guapa e inteligente, elegante como su madre y muy rica. Y ahora estaba embarazada de mí. No necesitaba ninguna prueba de paternidad.

-¿Por qué quieres casarte conmigo?

-Para poder besarte cuando quiera y gozar de tus relajantes y excitantes masajes.

Sara tenía Estudios Literarios y Filología Moderna. Su padre había soñado con una hija ingeniera como él, pero su vocación tomó el camino de las letras. Leía con una rapidez asombrosa. Abría un libro y pasaba las hojas a una velocidad admirable. En esa época la gente leía en papel impreso y aún había a quien le importaba lo que ella editaba.

Como en su familia no faltaba el dinero, tras licenciarse en la universidad, Sara montó una editorial a su medida. Su padre la decía que esa inversión sería ruinosa: en los últimos años habían cerrado un montón de librería y editoriales. Pero ella era tenaz y trabajadora y se embarcó en una aventura que nadie sabía a dónde llevaría. El futuro: ¿Qui lo sa?

La chica pija estaba prometida con un bróker de reconocido prestigio. Según su madre era el chico perfecto: alta sociedad, familia política, dinero a espuestas. Pero eso no impedía que nos viéramos a escondidas en mi apartamento. Aunque su acaudalado novio la agasajaba con regalos, viajes, cenas en los mejores sitios de la ciudad soñando con un futuro prometedor juntos, nosotros seguíamos citándonos clandestinamente. Noches llenas de pasión, lujuria y desenfreno. Me había dejado seducir por la libertad y no estaba dispuesto a cambiar. La sensación de dejarme llevar por la vida sin calcular nada y sin controlarme no me desagradaba nada.

La idea de casarme con Sara me parecía que iba contra todas las leyes de economía. Pero, ¿quién puede resistirse a la fuerza arrolladora del amor? Las cosas hechas con amor siempre tienen disculpa. Me encantaba estar cerca de ella y oírla hablar, aunque no siempre prestaba atención a lo que estuviera diciendo.

Una chica inteligente, guapa y agradable como Sara, una chica con una editorial, una familia cariñosa. Y, mucho dinero. “No tienes ni que pensarlo. Es un buen partido”, diría mi abuela.

¿Qué dirá su encopetada familia? Estaba en su punto de mira y me iban a crucificar.

Lo normal sería que se casara con su novio y que todo continuara como hasta ahora. Y yo podría seguir siendo su entrenador personal.

Antes de casarnos, Sara había cometido una estupidez. Hizo lo que siempre me había dicho que la gustaría hacer: abrir una editorial. Para ello, le pidió dinero prestado a sus padres, más de cien mil euros, cantidad que era una bagatela para ella.

Cuando se quedó embarazada deseaba que fuera un niño para hacerle socio del Real Madrid y me acompañara a los partidos de fútbol.

Intuía comentarios de sus padres: “No os veo como pareja” “Simplemente no pareces el mismo cuando estás con ella. “Lo importante es que te haga verdaderamente feliz”.

Cuando nació era tan pequeña y arrugada. La cogí en brazos y me miró, y en ese momento fue como si me hubiera caído un rayo. Supe que era amor.

6

El rescate

Habíamos quedado en la Casa de Campo para realizar el intercambio, pero no sabíamos el lugar exacto ni la hora. La furgoneta camuflada de la policía estaba aparcada en la explanada del parque de atracciones. Me recosté en el asiento y esperé a que se hiciera de noche. Yo me limitaba a escuchar y a dar vueltas a largos pensamientos, mientras el comisario Peláez y la inspectora Guzmán grababan las llamadas telefónicas en su equipo.

Mi móvil sonó varias veces durante la hora y media siguiente. La llamada decisiva se produjo a las once y media. Peláez tenía los auriculares puestos y escuchaba la conversación.

-Bien..., todo a punto, Alex. ¿Listo? –dijo una voz con acento mexicano.

-Llevo así toda la noche. ¿Dónde quedamos?

-A las doce y media en el monumento al Sagrado Corazón. ¿Lo conoce?

-Por supuesto.

-Debe dejar el dinero a los pies de la peana de la estatua.

-Así lo haré –dije con voz clara y decidida.

-Si veo algo extraño o percibo algún movimiento sospechoso, no respondo de lo que pueda suceder a su hija –dijo antes de cortar la comunicación.

El comisario abrió rápidamente el navegador y lo buscó en el mapa. Luego señaló con el dedo. Se trataba de un lugar cercano al cerro Garabitas camino del Campus de Somosaguas. Yo conocía muy bien la zona, pues había practicado footing por aquellos parajes.

-Serán unos veinte minutos desde aquí -dijo Peláez muy deprisa-. Más vale que nos marchemos cuanto antes. Sólo disponemos de media hora.

-Pongámonos en marcha. El viento ha dejado de soplar y no me gustaría que apareciera la niebla. Me impediría ver el monumento.

El comisario me dio una palmada en la espalda, me tendió mi cazadora y bajamos de la furgoneta. Las luces del parque de atracciones ya se habían apagado; apenas había coches aparcados en la explanada. Mientras nos dirigíamos a mi Audi, seguí charlando con tranquilidad, aunque la procesión iba por dentro.

-El monumento está en una pequeña vaguada, según recuerdo. Está rodeado

por una valla de alambre, pero se puede entrar y llevar flores. Una carretera asfaltada asciende hasta el cerro Garabitas y hemos de esperar allí con los faros apagados. No hay casas alrededor.

-¿Hemos?

-Quiero decir que tengo que esperar en el coche... Si me ven, todo se irá al carajo.

-Ah, bueno.

Subimos al coche, puse el motor en marcha y encendí las luces. Era noche cerrada. No había luna, ni estrellas. Tuve que utilizar los faros antiniebla durante todo el tiempo. El comisario se agazapó en el asiento de atrás.

El todoterreno avanzaba por la oscura y solitaria carretera de Somosaguas a una velocidad creciente. Durante diez minutos recorrimos nuestro camino en medio del bosque hasta que aparecimos en los alrededores al parque zoológico. Dejamos atrás el zoo y giramos hacia el interior, a la altura del puente de la Culebra. La carretera serpenteaba a través de verdes colinas ondulantes. Una sensación de inquietud se iba apoderando de mí. Se sentía la soledad, los efluvios de la vegetación y el aroma a tomillo que flotaba en el aire. Peláez se inclinó hacia adelante desde el asiento de atrás y dijo:

-Esas luces a la derecha son la estación del teleférico. Detrás de aquel cerro está el monumento.

Su voz sonaba apagada y tensa.

-Tenemos que girar a la derecha en lo alto de la empinada cuesta. Mantenga la cabeza baja -le dije sin volverme-. Puede que nos vigilen durante todo el camino. Este coche destaca como un vestido de novia en un funeral. Y esa clase de tipos no se anda con chiquitas.

Descendimos al barranco de la Zorra, cruzamos un arroyo y luego volvimos a subir; y, al cabo de un rato, abajo y arriba otra vez. Luego la voz de Peláez susurró en mi oído:

-La próxima curva a la derecha. En la cabaña del guardabosques, doble allí.

-Vaya sitio que han ido a elegir...

-Esta gente es retorcida de cojones -dijo con amargura en la voz-. Saben que conoces bien este bosque.

Antes de llegar a la cabaña torcí a la derecha. Los faros del coche iluminaron por un instante el letrero que decía: Carretera del teleférico. Nos deslizamos por una estrecha carretera rodeada de encinas y malas hierbas. Las ranas croaban a coro y un búho ululaba en algún árbol cercano. Un manto de

oscuridad lo anegaba todo.

La carretera asfaltada se acabó de repente para convertirse en camino de tierra que se fue estrechando lentamente entre el follaje de la maleza. Las luces de la ciudad brillaban en la lejanía. Luego apareció en nuestro camino una barrera metálica pintada de rojo con un cartel que rezaba: BOMBEROS, NO PASAR.

Peláez se asomó por la ventanilla murmurando:

-Aparca detrás de esos arbustos.

Apagué el motor y la luz de los faros. Las ranas dejaron de cantar. Durante unos momentos el bosque permaneció en completo silencio, tan solo se escuchaba el murmullo de los coches a lo lejos. Más tarde, las ranas volvieron a cantar durante toda la noche sin tregua.

-Quédese en el coche. Voy a bajar a echar una ojeada –dije en voz baja.

-Vuelva con su hija –murmuró Peláez, hecho un ovillo en el asiento trasero.

Cogí la bolsa con el dinero y eché a andar entre los matorrales. Crucé al otro lado de la barrera y descendí por una estrecha y tortuosa senda. A mi alrededor solo había oscuridad, una calma un tanto sospechosa y el centelleo distante de la capital. Seguí adelante. La senda terminaba en una vaguada poco profunda, rodeada de retama. Era el camino más corto para llegar hasta allí. Me detuve sin hacer ruido y entré en el recinto de granito que rodeaba el monumento.

Los minutos pasaban lentamente, pero allí no aparecía nadie. Esperaba impaciente oír algún ruido y ninguno se produjo. Tuve tiempo para rezar no un avemaría sino todo un rosario. No veía nada, y no me atrevía a dar un solo paso, por temor a toparme con alguien.

Miré a mi alrededor. Desde la torre vigía un guarda forestal con unos buenos prismáticos podía estar observándome. Ver quién llegaba y se marchaba, ver quién se acercaba... Era su trabajo y estaría bien equipado para ver mucho más de lo que uno se imagina. Me sentía acechado. El sitio era adecuado para que alguien me golpeará con fuerza, me robara la pasta y me abandonara en el arroyo de la Zarza.

Abrí la bolsa y comprobé por última vez lo que había dentro. El fajo de billetes estaba dentro del sobre. Volví a colocar la goma que sujetaba la bolsa y la dejé a los pies de la peana del Sagrado Corazón. Me santigué con el pensamiento puesto en mi hija y me di la vuelta para salir del recinto. En una charca las ranitas de San Antón se pusieron a cantar con tanta energía que casi me da algo. Seguí esperando con la mirada perdida entre la maleza.

De pronto, una oscura silueta surgió de la negrura de enfrente. Y venía hacia mí. Era de mediana estatura y de complexión fuerte. Saqué mi linterna y le enfoqué a la cara. Su rostro estaba cubierto por un pasamontañas negro. Solo sus ojos quedaban al descubierto.

Di unos pasos adelante y escuché una voz masculina, acelerada y temblorosa.

-¿Dónde está el dinero?

Me acerqué al monumento, cogí la bolsa y se la entregué.

-¿Dónde está mi hija?

-En el coche. No se mueva de aquí. En diez minutos, liberaremos a su hija – dijo desapareciendo a toda prisa entre las sombras.

Después de diez minutos que me parecieron una eternidad, se oyeron sirenas gimiendo en la noche.

Sonó mi teléfono.

-Venga hacia el coche. Ha habido problemas –fue todo lo que dijo Peláez antes de colgar.

Giré en redondo y volví a recorrer la sinuosa senda por la que había venido. El Audi blanco relucía en la oscuridad. Me llegué hasta él y me senté detrás del volante.

-¿Qué ha pasado? –pregunté en voz alta.

El comisario se sentó en el asiento de copiloto y con voz agitada, me preguntó:

-¿Le diste el dinero?

-Por supuesto. Lo cogió y se largó a toda prisa. No le pude ver la cara: llevaba una máscara. Era un tipo de mediana estatura y complexión fuerte y hablaba con acento mexicano.

-Dese prisa. Arranque el motor y vamos hacia el cerro Garabitas.

-Tengo miedo -dije de pronto-. Estoy muerto de miedo.

El comisario ladeó la cabeza e hizo una mueca extraña.

-Tengo miedo de no encontrar a mi hija, de no ser nada.

-Tu hija puede estar en cualquier sitio. En un chalé, en un piso franco, en la costa levantina...

-Quiero a mi hija con todo mi alma. La tienen escondida en Madrid.

Le hablé de que mi vida no tenía sentido sin ella.

-El móvil es económico, han pedido rescate y ya tienen el dinero. ¿Qué más

quieren? –se preguntaba Peláez.

El comisario sacó la grabadora y le dio al play: “Si vemos coches de policía o algo sospechoso las consecuencias pueden ser imprevisibles. No respondo lo que pueda suceder a su hija. La próxima vez que se ponga en contacto, no quiero oír ni mierda ni peros. Si algo sale mal o alguien nos sigue, ella morirá lentamente. Si incumplen las condiciones del acuerdo, la chica morirá”.

-Estamos igual que estábamos; con toda la comisaría detrás del caso. Y el secuestrador anda suelto.

Cuando llegamos a la cima, tres coches patrulla de la policía rodeaban el coche del sospechoso. Una luz brillaba en lo alto de la torre vigía y el barrido uniforme del reflector nos rodeaba como el haz de luz de un faro.

Nos bajamos rápidamente del coche y nos dirigimos hacia allí. Un murmullo de voces me llegó desde la oscuridad. El aullido de las sirenas había cesado, pero las luces azules de los vehículos giraban de forma intermitente.

Un inspector de policía relató los hechos.

-Divisamos un figura en el asiento del copiloto que pensamos era su hija, pero al detenerlo descubrimos que no se trataba de un ser de carne y hueso, sino de un maniquí vestido de mujer.

-Puedo ser un ladrón, un estafador, pero de ahí a que haya secuestrado a una chica... -dijo el individuo de acento mexicano, hablando siempre a gran velocidad.

El tipo de acento mexicano estaba inclinado sobre un coche patrulla con la pierna separadas y las manos esposadas a la espalda.

-¿Dónde está el dinero? –preguntó el comisario.

-Lo dejé donde me ordenaron: en la puerta del cementerio de Húmera.

-Pero, ¿en qué lugar?

-En la papelería de la entrada –respondió con voz acelerada.

-Id y comprobarlo inmediatamente –ordenó Peláez.

-Malditos hijos de puta –dije entre dientes.

Adopté una postura de boxeador y estiré el puño para atizarle. Casi le alcancé la jeta. El comisario se interpuso y me sujetó el brazo a mitad de camino.

-Eso es una patraña sin pies ni cabeza. Si no nos dice la verdad, se le va a caer el pelo. Si no es así, nos gustará saber quién le ha contratado. Estoy seguro de que lo entiende.

-No soy un delincuente. Recibía las órdenes por teléfono. Me pagaron tres

mil euros por hacer este trabajo.

-¿Qué teléfono? –preguntó el inspector.

-Me llamaba desde un teléfono público.

-Si no le conocías, ¿por qué no te largaste con el dinero?

-Yo no conozco a esa persona, pero esa persona sabe dónde vivo, el colegio donde estudia mi hijo y sabe Dios cuántas cosas más –dijo casi sin aliento.

-¿A qué se dedica?

-Estoy en paro. Hago alguna chapuza para sacar a mi familia adelante.

-Como robar, trapichear con droga... ¿Voy mal encaminado?

El mexicano bajó la cabeza sin abrir la boca.

Me preocupaba y me enloquecía no saber dónde estaba mi hija y quién la tenía secuestrada.

-Váyase a casa y procure descansar –me dijo el comisario-. Esto no ha sido obra de unos delincuentes de poca monta. Detrás de este caso hay alguien gordo que mueve los hilos.

La agonía de la incertidumbre acabó por volverse inaguantable, y mis peores presagios se confirmaron. Cabizbajo y hundido, me despedí del comisario y volví a donde había dejado el coche.

Aunque no me tragué la milonga del cementerio, en ese instante me vino a la mente la imagen de Steve McQueen en *El caso de Thomas Crown* cargando en su coche las sacas llenas de dinero que había junto a una tumba.

Mientras seguía avanzando cautelosamente, resonaron en mi recuerdo los vagos rumores de las cosas horribles que sucedían en los secuestros. Cosas extrañas se contaban sobre los secuestros; cosas que yo había leído en los periódicos, pero que no por eso eran menos extrañas y demasiado horribles para ser repetidas, salvo en voz baja. ¿Seguirían privándola de libertad en algún lugar oscuro, o quizá la aguardaba un destino todavía peor?

Imaginaba la cara de gilipollas que se me quedaría cuando Sara se enterara que me habían robado, que había sido víctima de una estafa; que los cien mil euros que nos habían prestado sus padres se habían esfumado a cambio de nada.

El peso de las sombras me acechaba y me perseguía sin tregua.

Dos semanas antes de la desaparición

Estaba en la cocina dando pequeños sorbos a una copa de vino. De un momento a otro, Sara llegaría a casa.

-Ya estoy aquí –dijo entrando en la sala de estar.

-Hola. ¿Qué tal todo?

-Esta noche necesito un buen masaje. ¿Dónde está Ana?

-Ha subido a su habitación. Se encontraba un poco cansada.

-Me gustaría saber tu opinión –dijo mientras dejaba un manuscrito sobre la mesa.

-Lo leeré, pero sabes de sobra que no soy un experto.

Aunque era un gran aficionado a la lectura, lo que mejor se me daba era hacer cócteles y dar masajes. Juzgar lo que otros habían escrito no era lo mío. Los fines de semana, me entretenía en leer manuscritos inéditos que autores noveles hacían llegar a la editorial. A veces eran historias sin pies ni cabeza. Otras mi imaginación viajaba a lugares desconocidos que el autor había inventado o había vivido en primera persona.

Siempre me había sentido un tanto deslumbrado por mi esposa. Todo lo que ella hacía o decía me parecía bien. Me encantaba estar a su lado, verla sonreír y oírla hablar. A menudo me preguntaba por qué se había embarcado en esa aventura si cada vez se leía menos. Podía haber montado un salón de belleza: daría masajes y así toda la ganancia quedaría en casa. Yo me esforzaba por acompañarla en su sueño. Era una ocupación apasionante y al mismo tiempo bastante cansada. Los escritores mandaban cientos de manuscritos a la editorial. Nunca hubiera imaginado que había tanta gente que se dedicaba a escribir. Aunque la mayoría de esos manuscritos jamás serían publicados por ninguna editorial.

Y casi todos recibían la misma carta de contestación:

Estimado Señor:

En relación a su amable ofrecimiento de publicación de su obra: “El título”, que tan amablemente nos envió el pasado mes de mayo, le comunicamos que tras haber estudiado su proposición el Comité de lectura, tras valorar y efectuar el informe correspondiente, ha decidido rechazar su propuesta ya que

no se ajusta a nuestra actual línea de edición por lo que en estos momentos, tenemos que desestimar su publicación.

Agradeciéndole que haya pensado en nosotros para la publicación de su texto y sintiendo no poderle dar una respuesta afirmativa,

Le saluda atentamente...

Los escritores eran tenaces: seguían escribiendo y escribiendo con la esperanza de que algún día su texto cayera en manos expertas y lo lanzara al mercado. Siempre les quedaba el consuelo de la autoedición y publicarlo por su cuenta en Internet, pero eso era harina de otro costal.

Frente a una oferta que crecía exponencialmente, Sara pensaba que cada vez iba a ser más necesaria la figura del editor/a que seleccionaba con criterio lo que valía la pena leer y arriesgaba su tiempo y su dinero para ofrecer su resultado a los futuros lectores. Buscaba escritores amados u odiados, pero que no dejaran indiferente a nadie. Porque cuando ocurría algo así era que había un punto de vista singular que añadir a la historia de la literatura. El escritor que conseguía esto era el que nos interesaba publicar. Personas que quisieran llegar a ser conocidas como escritores para poder influir en la vida de la gente y poder transformar un poco la sociedad.

Si mi esposa hubiera montado una peluquería unisex cada semana había lucido un *look* diferente. Y si hubiera abierto un restaurante, sería el primero en probar los platos que allí se sirvieran. Habría sido más placentero, pero no tan interesante como todo eso que rodea a la creación de un libro para que el gran público pueda leerlo.

Cada vez fueron delegando en mi más y más trabajo, y poco a poco fui especializándome en lectura y análisis de manuscritos. En las oficinas de la modesta editorial había tantísimos manuscritos que no daban abasto. Nunca se sabe cuál puede ser bueno o malo, excelente o pésimo. De ese modo, había días en que me leía un par de manuscritos, y normalmente tenía que hacer un resumen de cada uno con sus pros y sus contras.

El domingo después de desayunar, cogí un manuscrito y me tumbé en una hamaca de la terraza.

-Hoy comemos en casa de mis padres –dijo Sara.

Asentí con la cabeza sin ningún convencimiento.

-¿Qué estás leyendo? –me preguntó.

-“Un político honrado”.

-¿Y qué te parece?

-Ya el título es una contradicción. Nadie cree que haya políticos honrados.

-Ahí está el meollo de la cuestión. A *Egoísmos y Vanidades* le debo la emoción de recuperar lo más fascinante de este oficio. El descubrimiento de una joven desconocida con una novela apasionante que logra atraer a la crítica, a gente que no lee y a la RAE. La ilusión de todo el equipo editorial, que contagió a los librereros, y estos a los lectores, haciendo que el fenómeno de ventas en España fuera el mayor del mundo, después de Alemania.

Mi esposa era una editora sin agentes de por medio. Le apasionaba su trabajo, pero pronto comprendió que no era el oficio romántico que había soñado. No se pasaba todo el día en su despacho leyendo originales, trabajaba estrechamente con márketing, promoción, comercial.

-¿Por qué hay tantas mujeres en este sector? –pregunté.

-El ojo clínico femenino es el que mejor sabe reconocer a un autor de éxito porque lo olfatea de manera innata. Buscamos siempre el número ganador. Se ha transformado el patrón de compra. Antes el libro más vendido alcanzaba el millón y medio de ejemplares, ahora rozas el éxito si superas los 250.000. Ya no se trabaja con los lectores, se les busca. La crisis ha polarizado las ventas, la gente no acude tanto a las librerías.

-La edición sigue siendo algo muy artesanal –dije, y Amazon es una oportunidad de reformular el negocio. La piratería es una vergüenza nacional y debe ser combatida.

-Es el atraco sistemático a la propiedad intelectual y está haciendo inviables las empresas editoriales. Cada día cierra alguna editorial. Las ventas digitales de Estados Unidos ya suponen un 30% de las ganancias de una editorial. Aquí todos leen en el metro con su dispositivo, pero las cifras no alcanzan el 4%, lo que significa que casi todos esos libros son piratas.

-Habría que reeducar al que se habituó a leer sin pagar. Lo peor es que no existe en España una cultura de la lectura en dispositivos electrónicos. Solo una de la acumulación digital. En algunos países europeos la televisión emite programas que estimulan la lectura y la gente lee en todas partes. A pesar de la crisis han construido una excelente red de bibliotecas, sus modelos de librerías resultan novedosos, entienden lo que significa la propiedad intelectual, tienen a los medios de comunicación como aliados permanentes y sus ferias son modélicas.

-Hay que despenalizar impositivamente el libro electrónico y llevar la lectura no solo a la escuela, también a contextos de inclusión social, al ámbito hospitalario, a los centros de día o a las terapias neurodegenerativas.

-Mi trabajo es más artesanal que negocio. Busco una edición impecable. Los editores pequeños asumimos más riesgos. Me tiro a la piscina cada dos por tres para diferenciarme de los demás. Estoy acostumbrada a remangarme. En una editorial como la mía hacemos de todo. Es casi imposible conciliar.

Lleva en la profesión más de una década y despegó con biografías de famosos y, después, con autores independientes. Fue un éxito y tuvimos que sacar varias ediciones. Lo inédito atrae como un imán a Sara, experta en recuperar joyas escondidas. Va saliendo adelante, pero cree que se publican demasiados libros en España, y eso hace que aguanten poco tiempo en las librerías.

-Publicar bien, seleccionar más, editar con mimo, cuidar todos los aspectos de libro. Nuestro futuro pasa por aprovechar lo bueno que nos ofrece la tecnología. Ni siquiera el libro digital ha modificado el modo de escribir ni de leer. El lector sigue sin querer ser interrumpido y pide una historia que lo absorba –me dice orgullosa.

8

Investigación policial

Había pasado más de un mes sin noticias de Ana. Los investigadores cruzaban datos del rastro de su teléfono móvil, sus relaciones cibernéticas, la inspección ocular del recorrido que hizo y el testimonio de la gente de su entorno. También se revisaron las imágenes de un botellón al que Ana asistió tres noches antes de su desaparición, en busca de algún hilo del que tirar. Con estas pesquisas todavía en trámite, los investigadores consideraron necesaria una ampliación del secreto de sumario del caso. La búsqueda se había ampliado a Polonia y Grecia. Desde hacía dos semanas, la alerta internacional en la búsqueda de Ana se extendió a cinco países europeos -Portugal, Bélgica, Italia, Suiza y Francia- con carteles con la imagen y una descripción de mi hija. Cabía la posibilidad de que se encontrara en cualquier punto de España, e incluso de Europa.

Desde entonces, la Guardia Civil había realizado batidas por el entorno de nuestra casa y del colegio junto a efectivos de Protección Civil, utilizando en ocasiones incluso medios aéreos. En todo este tiempo, ni los agentes ni los vecinos que habían colaborado en esta tarea habían hallado rastro alguno de mi hija. No se había encontrado su teléfono móvil ni vestigios de su ropa o señal alguna de forcejeo o violencia de algún tipo en el camino que Ana habría seguido aquella tarde del 7 de febrero cuando salió del colegio a mediodía. La policía había estado revisando las cámaras de vigilancia de puertos, aeropuertos y estaciones de tren y autobús con el fin de tratar de encontrar alguna pista que pudiera ayudar a conocer dónde se encontraba mi hija. El caso fue inmediatamente calificado como de alto riesgo por los efectivos del instituto armado.

La enorme repercusión mediática que había tenido la desaparición de mi hija y la llamada a la colaboración ciudadana hecha por SOS Desaparecidos y la propia Guardia Civil habían provocado la movilización de decenas de ciudadanos, que cada día llamaban para decir que habían visto a Ana en algún sitio o que conocían algún dato relevante para la investigación. Toda esta información era contrastada por los responsables de las pesquisas, que seguían la pista hasta que entraban en un callejón sin salida y les resultaba imposible confirmar sus sospechas. Había lanzado un mensaje claro y contundente a mi hija: Si no quieres volver no vuelvas, pero llama.

Mientras mi cabeza daba vueltas y más vueltas, saqué mi teléfono y llamé al móvil de Peláez.

-Comisario, pásese esta tarde por el Saratoga. Un masaje le sentará de maravilla.

-¿Cien euros por dejarme tocar el culo? Ni hablar.

-Tómese un respiro. Necesita relajarse un poco. Anda usted siempre muy tenso, como si se hubiera tragado el palo de una escoba.

-Quizá tenga razón. Tendrá que decirme cómo lo hace.

-Yo no toco culos, palpo los músculos lumbares para que todo fluya con naturalidad y no padezca dolor de espalda ni ciática. Los quiromasajistas somos personas como las demás, nacidas para sufrir y disfrutar como usted. Me ha fallado una clienta y he pensado que esa hora podíamos aprovecharla juntos.

-¿A qué hora?

-A las cuatro.

-De acuerdo, allí estaré.

A continuación colgó.

Cuando la última clienta de la tarde salía por la puerta, apareció Peláez, con puntualidad inglesa. Me miró de arriba abajo con su habitual cara de desconfianza. Luego se quitó la ropa, se tumbó boca abajo en la camilla y se esforzó en relajarse.

-¿No se puede averiguar quién me envía los correos electrónicos? – pregunté sin darle tiempo a reaccionar.

-Los envían desde una tapadera con e-mail falso –respondió con voz suave.

-¿Se sabe algo del Range Rover negro?

-Las cámaras de tráfico captaron la matrícula. Pertenece a una empresa de alquiler de vehículos.

-A pesar de que todas las hipótesis están abiertas, confío en que se haya fugado –dije mientras destapaba un pequeño frasco de esencia de lavanda.

-Iba a reunirse con un tipo llamado Frank. No se lo he comentado hasta ahora porque temía importunarle, pero creo que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa: la tarde de la desaparición, Ana había quedado con Frank en una calle cercana al colegio. Para huir juntos.

-¿A dónde?

-Se puede reconstruir el recorrido analizando los contactos telefónicos que están en manos de las operadoras –dijo el comisario-. Esto permite conocer

todos los repetidores por los que ha pasado en cada momento, con lo que además de averiguar el trayecto que ha seguido el móvil de su hija, también se puede saber la velocidad a la que ha pasado por ese camino, lo que ayuda también a determinar el medio de transporte que ha podido utilizar.

-En este punto también cabe la posibilidad de que en algún momento Ana se deshiciera de su teléfono, lo que implicaría que ni siquiera localizar el aparato llevara a hallar a mi hija.

-Es muy probable –dijo despacio con una voz que era un susurro.

-Estoy seguro de que la policía hace todo lo que está en su mano y más para dar con el paradero de mi hija. Pero en España desaparecen cada año más de doscientas personas y hay un veinte por ciento de fracasos en la búsqueda.

Saqué una página de periódico y empecé a leer en voz alta.

“Catalina, una chica sudamericana que trabajaba de camarera en un restaurante de la sierra había desaparecido en extrañas circunstancias. Nadie hablaba mal de esta guapa muchacha. La principal hipótesis de la policía es que el detenido, ahora en prisión provisional, pudo haber matado a su inquilina, descuartizado e introducido en bolsas de basura, que habrían acabado en los contenedores cercanos a la casa. Otra adolescente de Sevilla desapareció hace años, encontraron a sus asesinos, los juzgaron y no dijeron dónde la habían enterrado. Pero la justicia no ha condenado todavía a ninguno”.

-A veces, el sistema judicial va a paso tortuga y con la venda en los ojos.

-¡Relájese usted! Déjese fluir...

-Mi mujer me lo dice: Te traes los problemas a casa; no desconectas.

-Y no cumple como es debido en la cama.

-¿Eres adivino?

-A menudo la gente se confiesa conmigo y yo escucho en silencio. Siempre la misma historia: estrés, ansiedad, tensión... Apenas dedican tiempo a los preliminares y van directamente a meter... Y se convierten en eyaculadores precoces o pegan gatillazos.

-Pueden haberle ocurrido muchas otras cosas –me dijo-. Que se fugara con Frank y después discutieran. Que se largara con otro hombre que la estuviera reteniendo en contra de su voluntad a base de chantajes. Que se fuera sola o con una amiga. Que hubiera sido drogada y esté ahora en un centro de desintoxicación haciéndose una cura. Que se metiera en un lío del que no tenemos ni la menor idea. O que se encontrara en una situación realmente peligrosa.

-Parece mentira, estamos dando palos de ciego –dije deslizado mis manos desde la parte baja de la espalda hasta la cintura y apretando más fuerte entre los omoplatos.

-Los cinco miembros de la Sección de Análisis de la Conducta Criminal están trabajando en el caso. Estos expertos han ayudado a resolver más de la mitad de los casos que les han planteado. Dibujan la silueta del autor de un asesinato o de una violación al más puro estilo de la serie *Mentes criminales*. Elaboramos un perfil basándonos en la conducta de quien comete el delito.

-¿Y se ha avanzado algo?

-Estamos en ello. A estos expertos no les sirve de nada el perfil si no saben dónde, cuándo o cómo buscarlo, que es el valor añadido que les aportamos con las sugerencias operativas. Nosotros les indicamos la zona donde indagar, la hora del día, el tipo de trabajo que hacer...

-Se necesitan nuevas vías para localizar a mi hija, encontrar pruebas y atrapar al secuestrador.

-La sección también participa en los interrogatorios a los sospechosos. Nos ponemos en una sala contigua mientras los chicos le interrogan; analizamos sus respuestas y ofrecemos ideas a los entrevistadores, que tienen un pinganillo para escucharnos; les indicamos que interpreten más rápido, que hagan preguntas de sí o no y otras sugerencias análogas.

-Siempre se aprende algo en las teleseries policíacas.

-Luego -prosiguió el comisario-, grabamos el interrogatorio, lo analizamos con más calma y volvemos a ofrecer más sugerencias operativas. Estas resultan claves para atrapar a los culpables.

-Los secuestradores han vuelto a ponerse en contacto conmigo.

-¿Qué pedían?

-Otros cien mil euros de rescate. Esta vez exigí que me enviaran una prueba de vida de Ana.

-¿Y?

-He recibido este vídeo. Eche un vistazo –dije pulsando el play.

En la pantalla aparecía Ana vestida con short blanco, sandalias que dejaban los dedos al descubierto y top de color rosa pálido. Estaba sentada en un sofá hojeando la revista ¡Hola! La portada era de la semana pasada. Su pelo rubio caía en cascada hasta debajo de los hombros. Se la veía relajada y parecía que no se daba cuenta de que estaba siendo filmada.

-Sabemos que está viva. Reúna el dinero y ponemos en marcha el operativo

policial. Pero esta vez haremos las cosas a mi manera.

-Tendré que decírselo a mis suegros. No va a ser tarea fácil que vuelvan a darme el dinero.

-Su móvil se apagó en torno a las ocho de la tarde, según fuentes de la investigación, y antes de hacerlo un repetidor situó el terminal en la zona de Barajas, a casi veinte kilómetros de tu casa. El informe permitió saber que Ana salió del colegio andando pasadas las dos y media de la tarde. Llevaba su móvil encima y subió a un vehículo cerca del colegio –dijo el comisario de carrerilla.

-Luego, los repetidores la centran en una autovía por la que circuló menos de veinte kilómetros. En Barajas, el pueblo más alejado de la autovía en ese recorrido su rastro se acaba debido a que el móvil se apaga.

-En el trayecto recorrido hay cuatro radares de la DGT y también al menos una cámara que habría grabado cientos de matrículas. Se trata de establecer conexiones y cruces entre unos y otros, sumados a los miles de teléfonos que captaron todos esos repetidores. Primero peinarán los de Orange, la compañía que tiene Ana y después seguirán con las demás. Los agentes están visionando todas las cámaras de la zona para localizar los vehículos que circularon aquella tarde y sus matrículas, con el fin de comprobar posteriormente quién está detrás de esas placas. Esta información la están contrastando con el análisis de los repetidores de telefonía, que está arrojando información relativa a los usuarios cuyos terminales se encontraban cerca del de Ana en aquel momento.

-Es algo extraño cómo me siento... por una parte me siento nuevo. Me has quitado de encima un peso de años -dijo en un suspiro el comisario.

Se incorporó. Le cubría una pequeña toalla. La apartó, puso los pies en el suelo y comenzó a vestirse.

-Tenga cuidado al salir. Hay mujeres que quitan el hipo.

-Soy fiel a mi esposa.

-Ya. Eso dicen todos hasta que dejan de serlo.

-Muy bonito y tranquilo aquí –dijo-. Este trabajo te viene como anillo al dedo.

Abrió la puerta y se marchó. Los policías nunca dicen adiós. Se dejan llevar por el transcurso de los acontecimientos, sorprendiéndose conforme va avanzando la investigación.

Trataba de mantenerme esperanzado, pero hasta ahora solo había conjeturas sin avance alguno. Los voluntarios, dirigidos por la teniente Andrada,

continuaron su búsqueda durante varias semanas, hasta las provincias limítrofes. Pero en vano. Era como si mi hija se hubiera volatilizado.

La delegada del Gobierno en Madrid explicó que la investigación sobre la desaparición de Ana continuaba en curso por parte de la Guardia Civil y la unidad central operativa y, sin descartar ninguna hipótesis, continuaba en fase de analizar datos y contrastar todo lo que habían recogido. La memoria del teléfono móvil de Ana, los contenidos que figuraban en la nube, junto con la declaración de testigos y las imágenes registradas en las cámaras de seguridad conformaban un volumen de datos que, se iban contrastar para establecer las posibles líneas de actuación y aclarar por dónde se iba a tirar. No había nada descartado: en función del análisis de todos los datos, se establecerá una línea preferente de actuación; dejemos trabajar a los investigadores, dijo la delegada, quien señaló que cualquier dato que pueda esclarecer o apoyar la investigación será bienvenido, para incorporarlo al caso.

En los abismos de la red

El crudo rigor de su ausencia no me dejaba dormir, así que me levanté de la cama sigilosamente para no despertar a Sara. Estaba inquieto, preocupado por la suerte que pudiera estar corriendo Ana. Caminé de puntillas hasta el despacho y encendí el ordenador portátil de mi hija. Sabía que se conectaba con frecuencia a internet. Internet es muy útil, pero existen individuos sin escrúpulos que atraen a sus presas con todo tipo de artimañas para no dejarlas escapar.

Tenía que encontrar alguna pista, algún indicio, algo que me llevara hacia ella. Me puse a buscar información en las hemerotecas de los periódicos digitales sobre secuestradores, pederastas, violadores en serie... La imagen desesperada de Sean Penn en *Mystic River* me angustiaba hasta el infinito. Mi alma parecía que quisiera abandonar mi cuerpo e irse a un lugar mejor donde no tuviera que aguantar mi noche oscura.

Podía haber sido secuestrada por una banda y estar siendo explotada sexualmente en algún burdel o haciendo películas porno. O podía haber sido raptada por algún grupo terrorista perteneciente a la yihad, y estar en Siria o Irak. La idea de que pudiera estar con esos fanáticos mentalmente desequilibrados me sacaba de quicio. A la gente joven es fácil moldearla el cerebro. Las seducen por Internet y por Whatsapp. Dos chicas adolescentes habían desaparecido en los dos últimos años. Hay gente tarada que le gusta ese tipo de videos que se cuelgan en Internet: torturas en directo, pornografía obligada en directo, muertes en directo.

Cuando llegaba la noche y nadie me veía, todo me daba pavor: la vida de mi hija, su muerte. El pánico se apoderaba de mí al enfrentarme a lo desconocido, a la cruda realidad. Su foto salía en la portada de los periódicos. Los policías se empleaban a fondo. Todo el mundo estaba siguiendo este caso. Era horrible. Bastaba una simple mirada a la pantalla para que los negros presagios de los últimos días tomaran cuerpo. Me torturaba viendo desfilar su imagen por la pantalla del ordenador. Solo deseaba abrazarla una vez más. Si alguien ha hecho algo a mi hija lo pagará; lo encontraré y le mataré. Matar va contra la ley de Dios y la policía me encerraría en la cárcel.

Buceaba en Internet: la red está llena de peligros. Un estudio revelaba que los adolescentes españoles eran los que más usaban las salas de chats y

contactaban por esa vía con desconocidos. Y añadía que los adolescentes españoles estaban entre los que pasaban más tiempo en las redes sociales. Pero la ley reconoce que “los menores tienen derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen; también a la inviolabilidad del domicilio familiar y de la correspondencia, así como del secreto de las comunicaciones”.

¿Había espiado a mi hija lo suficiente como para protegerla de un posible agresor? Me había preocupado de con quién iba, pero no controlaba las horas que pasaba ante el ordenador, a qué páginas accedía y qué contenidos veía y publicaba. Si subía una foto, esa imagen ya no se borraba y podía caer en manos de cualquiera.

Abrí de par en par la puerta de la terraza, me sumergí en la oscuridad y respiré hondo por primera vez en toda la noche. Tengo que encontrarte. Mi vida cambió cuando viniste al mundo.

El futuro se presentaba incierto. El pasado no era más que un recuerdo. Lo único que es seguro y que merece la pena ser vivido es el presente. Me atormentaba imaginarme lo que sin duda me deparaba el destino. Saber lo que me esperaba era como sentir la espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza. ¿Qué me esperaba sino dolor, angustia y desesperación?

Despuntaba el alba cuando me puse el chándal, las zapatillas de deporte y salí a correr. Las calles de la urbanización estaban desiertas, solo resonaba la cadencia de mis pasos. Solo pensaba en ella. Desde que había desaparecido, ya no conseguía dormir. Entre ejercicios y carreras, recorría los dieciséis kilómetros que separan la urbanización del embalse del río Manzanares. Subía entonces por la Cañada Real y atravesaba el bosque del Pardo.

Una fina lluvia rociaba mi cara. Cada zancada que daba me abría una nueva incógnita: ¿Debía haber espiado a mi hija en internet? Desde los diez años tenía móvil y a esa edad hay que controlarlos férreamente. No soy policía ni mi hija una delincuente. Espiar a Sara o a mi hija entraña riesgos. Nuestra relación se basa en la confianza, y si me pillan la relación podía romperse de forma traumática.

Cuando llegué a la urbanización, me detuve para recuperar el aliento y caminé un momento por las calles mojadas, cubierto de sudor, sintiendo mi propio latido en las sienes.

Entré en la casa, tomé una ducha y, después de vestirme, me dirigí a la cocina. Mientras bebía un vaso de agua fría, oí a Sara que bajaba las escaleras.

-¿Quieres café? -pregunté metiendo una cápsula en la cafetera.

Sara asintió con la cabeza. Luego se me acercó y con la mirada llena de tristeza, murmuró en voz baja:

-¿Qué has averiguado de nuevo?

-Sabías que las tres cuartas partes de los adolescentes esconden a sus padres su conducta digital; y que muchos ignoran la solicitud de amistad de sus progenitores en Facebook.

-¿Dónde lo has leído?

-En una encuesta. Y alentaba a utilizar métodos de control para evitar sustos posteriores. Pero, ¿dónde está el límite?

-En el sentido común. Un hijo puede equivocarse, pero eso no significa que le cortes la libertad. Ana tenía ordenador y móvil en su habitación desde pequeña y no podíamos ver con quién hablaba y qué hacía.

-¿Huevos revueltos? –pregunté mientras echaba unas gotas de aceite de oliva virgen en la sartén.

-No tengo apetito –respondió con desgana.

-Tienes que alimentarte, no estás bien. Estás muy pálida.

-Estoy bien. Deja de preocuparte.

-Ana tenía su propio espacio, pero debíamos haber establecido límites, normas y una disciplina.

-¿Pedirla sus contraseñas bajo alguna amenaza? –inquirió Sara.

Serví el café, saqué azúcar del armario y leche de la nevera. Nos sentamos frente a frente.

-¿Tú hubieras dado tu contraseña a tus padres? Yo no. Teníamos que haber hablado más con ella y escucharla más; negociar sus horarios, con quién iba...

-Yo siempre la he inculcado valores y con la buena formación que tiene, no pensaba que se fuera a meter en ningún lío –dijo Sara mientras giraba la cucharilla dentro de la taza.

-Ana es muy guapa. Y no es consciente del peligro que entraña subir ciertas fotos o dar la dirección de casa o del colegio. Todo lo de las redes sociales es nuevo para nosotros y también desconocemos su peligro.

-¿En que nos hemos equivocado? –se preguntaba Sara con la mirada perdida en el vacío.

-Según el artículo del periódico digital, la edad mínima para entrar en una red social es de trece años, pero Ana tiene móvil y ordenador portátil desde su comunión, a los nueve años. A esa edad hay que observarla y controlarla de cerca; explicarle qué tipo de red visita, vigilar el acceso a ciertas páginas.

Cualquier persona podía encontrar a nuestra hija con el localizador del móvil.

-Si hubiéramos hecho un seguimiento rutinario del GPS de su móvil, con toda seguridad sabríamos algo más de ella. Tenemos que pedir el número de teléfono a sus amigas. Quizá consigamos averiguar algo. Aunque la policía ya habrá rastreado esos teléfonos.

-El estudio recomendaba limitar las horas de navegación e instalar un programa para detectar palabras clave.

-Claro –asintió con un gesto-. Bloquear algunos contenidos, como páginas eróticas o violentas. Si pasan más de tres o cuatro horas diarias delante del ordenador, se convierten en autistas.

-Ana se encerraba en su habitación. A partir de los doce o trece años, es difícil controlar lo que hacía con sus amigos... Sienten curiosidad por los contenidos sexuales y se encierran para que nadie los vea –dije echando un poco de sal a los huevos.

-Teníamos que haber puesto algún filtro para que no hubiera podido acceder a ciertas páginas cuando no estábamos presentes.

-¿Quieres otro café?

Sara hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Debíamos de haber hablado cara a cara con ella; incluso si se metía en páginas que no debía –dijo Sara casi sollozando-. No hemos estado al tanto de sus cambios de humor, de su comportamiento, de sus amigos, de los locales que frecuentaba.

-Nuestra hija ha estado en contacto con las drogas, el alcohol y quizá haya sido acosada como todas las adolescentes.

-Nosotros también pasamos por todo eso y lo superamos. Lo superamos porque teníamos otros alicientes. Si a nuestra hija le gusta viajar, el deporte u otras aficiones, ya se le pasará lo del botellón hasta las tantas de la madrugada.

-Ahora hay más libertad que hace treinta años, pero las redes sociales tienen un límite oculto que no se conoce. Nosotros veíamos con quién salía Ana, pero cuando se metía en las redes sociales no podíamos verlo –añadí con cierta confusión.

-Hay gente -pederastas o pervertidos- que utiliza todos los métodos posibles para atraer a los niños que se aíslan cada vez más porque se han convertido en adictos a las redes sociales. Algunos no son capaces de estar ni cinco minutos alejados de su móvil. Es una nueva enfermedad.

-Es cierto. El abismo de la red tiene un fondo muy oscuro donde se

esconden los malos, los mediocres, los hackers, los asesinos... Y de los juegos de azar on line, mejor no hablar. Cuando veo los anuncios con jóvenes de veintitantos me horrorizo. No hace falta ni ir al casino para engancharte - dije mirando los desconsolados ojos de Sara.

-Ana se ha encontrado ante un mundo desconocido que le ofrece de todo, y probablemente no ha sabido pedir ayuda directamente.

-Pediremos a la policía que interrogue al jefe de estudios del colegio -se esforzó Sara-. Y también a esa zorra de Patricia.

-Hemos estado tan ocupados que nos ha faltado tiempo para observarla, escucharla, sentirla. Y estar pendientes de sus cambios: si está muy triste y falla en las notas.... Estar ahí, pase lo que pase -dijo Sara mientras limpiaba las lágrimas que caían libremente por sus mejillas con una servilleta de papel.

-Estamos metidos en un mundo de prisas y no hemos dedicado el tiempo suficiente para charlar con nuestra hija. Debíamos de haberlo hecho para hacerla sentir que estábamos ahí. Yo demostraba mi cariño: cada mañana preparaba su desayuno, su bocadillo, la llevaba al colegio...

Me levanté y me puse a recoger la mesa. Metía los platos en el lavavajillas, pensando en nuestra mala suerte.

-Quieres que te acerque a la editorial.

-No, gracias -dijo con un hilo de voz.

Sara pasaba más tiempo delante del espejo. Estaba más delgada, su piel se había tornado más pálida y el cabello parecía haber perdido brillo y color como sus ojos.

Una oferta perversa

Sara se había apartado de mí. Estaba sumida en una profunda depresión y se había ido a vivir a casa de sus padres. A los ojos de su familia, yo era la causa de todos los problemas. La gente rica siempre encuentra el chivo expiatorio que carga con culpas ajenas. La cuerda siempre se rompe por el lado más débil. Habían perdido el dinero del rescate. Eran tiempos de crisis y no fue fácil reunir los cien mil euros. Aunque trabajara toda la vida no podría devolver tanto dinero.

Me senté al volante y puse el motor en marcha. Subí la rampa del garaje y salí a las calles para incorporarme a la nacional 6. El sol se ocultaba en ese momento por el horizonte. Antes de llegar a la falda de la montaña, giré por una carretera que subía en pendiente hacia las colinas donde se alzaban casas rodeadas de abundante vegetación.

Aparqué delante de la casa y eché a andar hacia la entrada. Laura estaba esperándome con la puerta abierta. Al acercar su rostro, besé sus mejillas.

-Está usted preciosa.

-Te tengo dicho que cuando estemos solos no me trates de usted –dijo casi ordenándomelo-. Tutéame que hay confianza.

Llevaba un vestido blanco salpicado con flores azules, insinuante, atrevido. No era una gran belleza, pero tenía aplomo. Aunque era baja, ligeramente por encima del metro sesenta, parecía mucho más alta gracias al vestido, los zapatos y el peinado. Se movía con elegancia, incluso cuando caminaba deprisa sobre sus altos tacones.

¿A qué venía tanto agasajo? Me recibió de punta en blanco y con la mesa puesta. Otras veces, me invitaba a una limonada, le daba el masaje y me despedía hasta la próxima semana. Sin embargo, esa noche me ocultaba algo que no llegaba a adivinar. Aquí había gato encerrado.

-Estoy al corriente de las noticias tanto en prensa como en televisión. Sé que estás pasando por una situación delicada –me dijo.

Asentí resignadamente con la cabeza.

-No te pido que traiciones a tu esposa. Sólo te pido algo más, como si formara parte de tu trabajo. Siempre he sabido compensarte.

Nuestra relación laboral era cordial. Me había acogido en su empresa y me había tratado como a un hijo. Pero se lo tenía que decir:

-Estoy muy agradecido de trabajar para ti.

-Hace años que no estoy con un hombre. Me conformo con el roce de tus manos. A veces, me llevas al orgasmo –dijo de sopetón.

Fue entonces cuando pensé: Joder, esta tía está intentando seducirme, y ahora mismo lo que menos me apetece es liarme con mi jefa. Pero tampoco me convenía contradecirla. Mi economía familiar iba de mal en peor. La editorial generaba pérdidas. Las tiradas de los últimos libros publicados no pasaban de 1.500 ejemplares. Ya ni me acordaba cuál fue el último éxito de ventas que lanzó la editorial.

-Si me permites el atrevimiento, ¿cuánto tiempo llevas sin hacer el amor?

-Años antes de que mi esposo muriera.

-Pero te conservas muy bien.

Su boca dibujó una sonrisa.

-Invitaciones a cenar, fiestas y viajes no me faltan. Pero una cosa es lo que quieren los demás y otra muy diferente es lo que deseo yo.

-¿Y?

-Te deseo a ti. Me gustaste en el preciso instante en que nos conocimos.

Entre tanto, Laura me seguía mirando con su típica mirada de jefa, como diciendo: “tú ya me conoces, aquí no entra cualquiera, pero contigo haría una excepción, ya lo sabes”. No sólo eso, sino que sus manos, de vez en cuando, me acariciaban.

-Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre como tú –me confesó sin reparos.

En su opinión, la mayoría de los hombres no daban la talla. Era de agradecer y animaba, pero yo no entendía lo que quería decir ni tampoco me lo creía. Pronto se dio cuenta de que mi economía estaba tocando fondo y, naturalmente, me consideró sujeto adecuado para ejercer sobre mí sus ocultas intenciones.

-¿Estás a gusto en mi empresa? ¿Confías en mí?

-Sabes que confío ciegamente en ti. ¿No te sientes sola en una casa tan grande?

Asintió con una mueca de resentimiento.

-Es difícil encontrar a la persona adecuada.

-Tienes una considerable fortuna y una envidiable posición social. No te faltarán pretendientes.

-Las palabras de los hombres que se me acercan suenan huecas. Siempre

cuentan el mismo camelo, los mismos rollos, las mismas citas, las mismas llamadas de teléfono lacónicas, vacías y sin imaginación.

-Debes de pasarlo a lo grande rodeada de tanto hombre rico.

Laura cogió la botella y llenó mi copa. Querrá que pille una cogorza. La miré receloso.

-¡Qué va! Son aburridos. En su porte, una jovialidad exterior, fingida, y, ya sabes, esa manera de hablar por alusiones en frases inacabadas, como si una estuviera al corriente de cuanto te dicen, y me acordara de ello, y pudiera suplir lo que se sobreentiende... Son tan superficiales y tan machistas como la mayoría.

Sus ojos incitaban al pecado.

-Todos los meses veo tus análisis clínicos y está sanísimo. Nunca has estado enfermo. Casado con una esposa envidiable. No querrás que mantenga relaciones con un pretendiente promiscuo y me arriesgue a contraer alguna enfermedad. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Eres mi amigo, mi hombre de confianza y gozas de mi protección.

¿Qué podía hacer sino decir que sí, asentir, y apurar de un trago la copa de vino?

En ese momento sus ojos se entornaron y una sonrisa burlona curvaba sus labios carnosos.

-Quédate esta noche conmigo.

Esta mujer conservaba una agilidad envidiable para su edad. Las inyecciones de botox y los arreglos de cirugía mantenían a raya las arrugas y la flacidez. Aunque la expresión de su cara se alejaba de lo natural. Resultaba extraño imaginar que alguien de aspecto tan saludable y potente necesitara de mis caricias y consuelo.

Estaba entre la espada y la pared. ¿Qué alternativas me quedaban? Debía dejarme llevar por ella, preferir el dinero a la belleza y al amor, y mis problemas económicos se esfumarían. Si la dejaba satisfecha todo lo demás vendría rodado. Bastantes preocupaciones tenía ya con la desaparición de mi hija. Aplicaría un masaje especial *Premium* y tan contenta.

La primera vez que la vi llevaba un bikini azul turquesa con lunares blancos. No tuve que esforzarme en aparentar para ganármela; no tuve que hacer nada, pues ella me consideraba un terapeuta intuitivo con habilidades naturales. Por otra parte, a ella no le importaba que estuviera casado y que tuviera una hija.

Conocía a la mujer que estaba sentada a mi lado desde hacía más de dieciséis

años. Conocía sus pies, su silueta femenina, desde la cadera hasta los hombros, su pelo negro azabache, y todo lo demás.

Salimos a la terraza y nos sentamos a la mesa. Sobre las bandejas de hielo, había caviar de salmón, ostras y otros manjares. En el interior de una cubitera otra botella de espumoso se refrescaba. Descorché la botella y llené las copas por la mitad.

Laura alzó su copa y brindamos.

-Salud. Por nosotros.

Una joven asistenta, ataviada con uniforme azul claro, retiró los restos del primer plato y colocó en el centro de la mesa una bandeja grande con la dorada a la sal y una ensalada mixta.

-Déjalo sobre la mesa y puedes marcharte –dijo Laura-. Mañana tómate la mañana libre.

-Buenas noches –dijo la asistenta antes de dar media vuelta camino a la cocina.

Yo había venido a dar un masaje a Laura, sin embargo parecía que estábamos celebrando las bodas de plata.

-Las clientas, mis amigas me hablan, me dejan notas en mi despacho. No te imaginas la de cosas que dicen de ti.

-¿Se quejan de mis servicios?

-Para nada. Eres especialista en conseguir fuegos artificiales en la entrepierna femenina. Pero a veces, me haces dudar de tu hombría. Desde que apareciste con el torso desnudo en la portada de Men's Health, la cifra de abonados ha aumentado considerablemente.

-¿Qué quieres decir?

-Por lo general están muy contentas. Algunas creen que eres homosexual, otras misógino y las más se sienten acomplejadas, poca cosa para ti.

-Sigo sin entenderte muy bien.

-Me dicen que se desnudan delante de ti con intención de provocarte, y tú ni te inmutas, sigues enfrascado en tu tarea. Y de los gais, ni te cuento.

-Soy un profesional. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Yo las digo que estás casado con una mujer muy hermosa y que eres feliz.

-Cierto. Si lo tengo todo en casa, ¿para qué buscarlo fuera?

-Te comprendo perfectamente, pero que te tilden de homosexual o de misógino, no beneficia ni a ti ni al negocio.

-¿Y?

-Te daré una lista de señoras a las que no las importaría que fueras algo menos profesional y un poco más lanzado.

-¿Y el precio del masaje?

-No te preocupes. Serán generosas si quedan satisfechas. Aunque no es fácil, lo más importante es que ellas sientan que te interesa lo que están contando. También, que se sientan comprendidas y atractivas.

Empezaba a tener la impresión de que todas las cachondas del spa se lanzaban sobre mí instintivamente.

-Siempre les escucho y trato con simpatía y amabilidad. Procuero que se sientan cómodas y relajadas.

-Cierto. Tu voz, tus gestos, tus acciones son muy agradables, pero tu mirada dice lo contrario. Por mucho dinero que tengan, tu forma de mirar hace que se sientan inferiores.

-Miro de manera natural, sin esfuerzo, tal y como siempre he hecho.

-Lo sé, pero provocas en nosotras algo difícil de explicar. Esa magia en tu mirar nos ha hechizado. Tu mirada profunda y oscura hace estragos.

Aún no había empezado a realizar la nueva tarea que me había encomendado y ya me sentía sucio, ruin, indigno de Sara.

-Los tiempos han cambiado, ahora las mujeres maduras somos tan sexis como las jóvenes. Tenemos una seguridad que nos hace muy atractivas, la confianza es algo que atrae a los hombres jóvenes. Pero debes ser muy discreto. De esto ni una palabra a nadie.

Nunca tuve menos fortaleza negociadora, ni menos reños para mandar a paseo a esa bruja explotadora. El dinero que ganaba en su empresa era lo único que realmente entraba en casa. La editorial siempre andaba con la cuenta corriente en números rojos. Y lo peor de todo era que ella lo sabía y se aprovechaba de ello.

-Hay jóvenes fisioterapeutas que vienen empujando fuerte. Sobre la mesa de mi despacho hay docenas de currículos de chicos y chicas recién licenciados.

-Yo... doña...

Al ver mi congoja, me quitó la palabra.

-No te preocupes. Aunque tú ya no seas un joven veinteañero, seguirás siendo mi preferido. Tienes condiciones para el trabajo. Empiezas el masaje con aceite de jojoba y, tras quince minutos, interpretas el lenguaje corporal de las mujeres hasta hacerlas gemir de placer. Muchas lo encuentran encantador y

sexy.

-Y entonces, ¿qué debería hacer?

En ese momento me tendió un sobre color manila.

-En este sobre encontrarás los nombres, direcciones y números de teléfono de treinta y cinco clientas. A la mayoría ya las conoces. Todas me han hablado muy bien de ti. Tienen fantasías contigo. Solo déjate llevar y colabora para que realicen sus fantasías ocultas. Déjate tocar por ellas... Necesitan a alguien que les haga sentirse deseadas. Más adelante añadiré gais a esta lista.

Fluye, fluye, fluye, dice el Libro. Nunca te apegues a nada ni nades contra corriente. Sé como el agua, que siempre llega a su desembocadura y todo lo vence, porque a todo se adapta.

-Alex, comprendo la situación por la que estás pasando y me gustaría ayudarte.

-Muchas gracias.

Y entonces me hizo una oferta que tampoco pude rechazar.

-Podrías sacarte cerca de treinta mil euros extra.

-Soy todo oídos, jefa.

-No seas cabrón; me vuelves a hablar así y ya puedes despedirte de tu paga de beneficios -contestó ella con una sonrisa. Luego dio un sorbo a la tercera copa de espumoso y retomó el hilo de la conversación-. Hay clientas que regularmente reciben tus masajes y están muy satisfechas por tus servicios. Muchas de ellas estarían dispuestas a pagar más si tú llegas a más. Como haces conmigo con tu masaje especial *Premium*.

-¿Cuánto estarían dispuestas a pagar?

-Te pagarían hasta dos mil euros. Todo lo que es divertido cuesta dinero... Serían íntegros para ti. Yo me conformo con los noventa euros del masaje clásico de la sauna.

-Pero...

-No te preocupes. No sería en la sauna. Tendrías que desplazarte a sus domicilios a la hora que ellas convengan.

La oferta era tentadora. Se trataba de que esas mujeres ricas y ociosas quedaran satisfechas.

-Consiste en mantener la estima de acaudaladas damas a cambio de dinero. No hay nada de malo en ello.

Ya me veía cebando el ego de aquellas mujeres. Ya me veía ensalzando las bondades del botox en el rostro de doña Engracia: "Tiene usted la piel muy

suave”. Alabando la última liposucción de Adela: “Tiene usted una figura perfecta”. Exaltando la vaginoplastia de la señora García: “Antes tenía el coño como un bebedero de patos, y ahora parece la vagina de una doncella”.

El pago del rescate fallido de Ana había dejado nuestra cuenta del banco tiritando. Laura me dio la oportunidad de ampliar mi horizonte laboral, mejorar mis ingresos y desarrollar nuevas experiencias en el ámbito del masaje tántrico.

-Jonás podría cumplir sus expectativas mejor que yo.

-Aunque es un joven físicamente muy bien dotado, no es el perfil que ellas buscan. Te quieren a ti. No puedes imaginar las cosas que hablan de ti. Eres capaz de lograr que tengan diversos orgasmos seguidos con tus manos. Te has convertido en un verdadero gurú sexual.

-Y quieren un quiromasajista a domicilio.

-Pues claro. Quieren a un macho y casado como tú, que las trate con esa indiferencia y desdén como tú sabes hacerlo. Cuanto menos caso les haces más les atraes. Ese lado oscuro de tu personalidad: algo canalla y maquiavélico, nos pone a cien.

-Qué jefa tan perversa tengo, no es posible. ¿Cómo se te puede ocurrir utilizarme de esa forma? Pareces una vulgar madame de burdel –dije en tono burlón.

-Lo único que pretendo es que entiendas que, si quieres ganar mucho dinero, ahí tienes una oportunidad de oro.

-Lo haré –dije porque era lo que ella deseaba oír-, pero no quiero que me tachen de rompehogares.

-Algunas me dicen: “voy a mi querido práctico” en vez de quiropráctico. El que las hembras paguen por sexo es una clara manifestación de la igualdad de géneros. Pagar por el placer nunca ha sido un tema digno de conversación, pero cuando las mujeres son las clientas, el tabú es total. Una de cada cuatro clientas tiene ganas de contratar un acompañante masculino. Admiten que buscan en internet a *escorts* tras cansarse de su vibrador cuando están solas.

Quería decir algo, pero no encontraba las palabras... El éxito de *50 Sombras de Grey* había disparado su negocio. Las clientas habían descubierto nuevas formas de experimentar el sexo y se sentían avergonzadas de pedírselo a sus parejas o a sus nuevas conquistas, por lo que recurrían a profesionales. Sabía lo que las ponía: qué partes de su cuerpo eran más sensibles, se excitaban más...

Si no hacía lo que me pedía no podría mantener el nivel de vida de mi

esposa. Me tenía cogido por los huevos. Laura era chantajista de mujeres; o eso me parecía a mí. Pero era algo más: una alcahueta de mucho cuidado. Informaba sobre la alta sociedad; estaba al tanto de las necesidades de las clientas y preparaba el escenario. Se relacionaba con mujeres que pudieran desear algo más que simple masaje y a las que llegaba a conocer muy bien. Una mujer en una posición excepcional para conseguir información sobre mujeres ricas.

Laura había esperado mi momento de debilidad y ese momento había llegado. Me conocía como si me hubiera parido. Cada dos días se ponía en mis manos para un masaje. Hasta sabía si iba sobrado de testosterona. Ahora era el momento de llevar a cabo sus fantasías. Y estaba segura de que yo accedería dócilmente a sus ocultas y poco confesables pasiones. No tenía escapatoria: necesitaba su paga semanal. Es cierto que ella me adoraba y yo, de alguna forma, me dejaba querer, porque era una dama que tenía relaciones y contactos muy interesantes.

-Vamos –me dijo levantándose de la mesa.

Me agarró de una mano y me llevó a su dormitorio. En el centro de la habitación había una cama enorme. Cuando nos quisimos dar cuentas estábamos desnudos sobre las sábanas. Me adentraba en un territorio de perversión sexual y fantasías desenfundadas.

¿Había despertado o seguía soñando? Un agradable olor a jazmín inundaba mis sentidos. Laura estaba inclinada sobre mí, mirándome fijamente. La luz de la mañana entraba a raudales por los grandes ventanales de la habitación.

-Estoy tan satisfecha de tus servicios que te voy a hacer una oferta: si cada quince días me das un masaje completo como el de esta noche, compartirás beneficios conmigo a final de año. Y te advierto que el año pasado superó los cien mil euros.

Siempre el puto dinero que todo lo puede. Temía seriamente que si me negaba a complacerla, encontrara un amante libre y generoso. Me levanté de la cama, fui hasta el cuarto de baño y me miré la cara en el enorme espejo. Sí, era yo. Tenía un aspecto fatigado. Había estado viviendo demasiado deprisa. Me aseeé, me vestí y la besé una vez más antes de abandonar la habitación.

Cuando llegué a casa era mediodía. Nadie me esperaba. Llegué a pensar que la editorial había desaparecido, pues llevaba tiempo que no levantaba cabeza. Estaba en quiebra técnica. Mi relación con Sara se iba deteriorando. ¿Cómo iba a ser igual si nos faltaba lo que más queríamos? El panorama que se abría ante mí era desolador.

Un lugar de relax

La sala de masaje donde trabajo está decorada al estilo oriental y no le falta detalle, incluyendo el ritual del lavado de pies y el recipiente con flores flotando en agua bajo la amplia camilla de madera. Las paredes están insonorizadas para garantizar una total intimidad. La puerta está cerrada a cal y canto. Solo se escuchan los sonidos de la naturaleza. El masaje más demandado es una mezcla de tailandés y balinés. A la luz de decenas de velas, una clienta está tumbada boca abajo en la camilla.

Era una de esas claras mañanas que nos ofrece Madrid al principio de la primavera. Ya llevaba un buen rato masajeando su espalda cuando se dio la vuelta y se puso boca arriba. Quemaba como un hierro candente. Tiré del borde de la toalla para cubrir sus partes íntimas y empecé a lamerle los pies con la lengua. Empecé por los dedos del pie derecho. Limpié concienzudamente la uña del dedo gordo, luego la pasé entre las junturas. Me detuve mucho rato en el dedo pequeño que era bonito, bonito. Noté que el pie derecho tenía gusto a fresas salvajes. La lengua inquieta se perdió a continuación entre los pliegues del pie izquierdo al que encontré un sabor que me recordaba al jamón de Jabugo. Y entonces sonó mi móvil.

Alargué la mano derecha muy despacio, casi como en cámara lenta. Arrastré lentamente el dedo índice por la pantalla y hablé en voz baja:

-Un momento, por favor.

Dejé el móvil sobre la mesita auxiliar de color blanco. Ella continuaba allí, radiante, bronceada y completamente desnuda. Respiré hondo y continué con el lameteo. La señora cerró los ojos y comenzó a suspirar y jadear. Al cabo de un rato, apartó la toalla y se incorporó lentamente. Sus ojos brillaban de una manera especial. Avanzó la mano y me acarició la mejilla con los dedos.

-Alex, me gusta lo que me haces –me susurró al oído. Luego, se puso el albornoz y abandonó la habitación.

-Gracias por esperar -dije al teléfono.

-¿Alex Vázquez?

-Sí, dígame.

-Soy la señora Montalbán. Le llamo para cancelar mi cita de las doce y media. Me ha surgido algo imprevisto y urgente.

-No se preocupe, señora Montalbán.

-Lo siento de veras –dijo, y colgó.

Para aprovechar esa hora libre, me quité el uniforme de masajista y me puse las mallas, la camiseta y las zapatillas. Tenía ganas de estirar las piernas. Así que me encaminé hacia la sala de *spinning* que se ubicaba justo al otro lado del vestíbulo.

La mayoría de personas que acuden a este exclusivo club son exitosas, poderosas y millonarias. No se acepta a cualquiera, y cualquiera no puede colarse. La clientela recibe a la entrada una toalla grande y otra pequeña y se sumerge en el spa: luces tenues, claraboya en el techo con luz natural y hamacas... Aquí las jornadas se disfrutaban en albornoz, entre aguas termales y masajes, y en la mesa se degusta una rica dieta macrobiótica. En la sala de espera, el tiempo transcurre entre las máquinas de oxígeno puro, los téis y las tabletas, donde la clientela puede consultar su agenda actualizada. Tras un rato en la zona de aguas, es momento de hacerse un masaje de tejido profundo para trabajar músculos, tendones y ligamentos.

Siempre huele a limpio. Dos señoras ataviadas con uniforme rosa se encargan de mantenerlo como los chorros del oro. Máquinas nuevas de última generación, sistema de llave personal que al insertarla en cada máquina te la programa y te indica el peso a poner y las repeticiones, así como la altura del asiento... Vestuarios forrados de madera con cabinas privadas y sauna incorporada, conectadas con el centro de belleza de la planta de abajo. La temperatura de las salas, además, es continuamente revisada por el personal del [gimnasio](#), para ajustarla si fuera necesario. La gente viene aquí porque va con su nivel y estilo de vida. No pueden permitirse, ni quieren acudir a gimnasios atestados de gente encantada de conocerse. Hacía cábalas sobre la cantidad de dinero que habrían invertido en este local: cientos de miles, sin duda; millones, tal vez.

Abrí la puerta con cautela. La clase ya había comenzado. Allí estaba Paco, el monitor, dirigiendo el cotarro. La voz bien modulada de aquel hombre alto de musculatura exquisitamente trabajada que, tras su cabeza lisa como una bola de billar, escondía una inteligencia lúcida y sagaz. Me encaramé en una bici de la última fila, como quien no quiere la cosa. La habitación estaba a media luz; los decibelios estaban a tope; sonaba buena música con ritmos muy marcados que hacían que tu cuerpo vibrara con ella. Aquella gente lucía cuerpos musculados y vestía mallas ajustadas. Había pantallas de televisión en las que se reproducían vídeos subidos de tono. Se notaba el ambiente caliente y sexy. Me costaba concentrarme y seguir el ritmo exigente que el monitor imponía.

Alguien había puesto los Beach Boys como música ambiental y sonaba *Surfin USA* a todo trapo, y supuse que la confusión reinante me había hecho pasar inadvertido a los ojos de los gimnastas. Aquella sala estaba plagada de pijos: Toñi, Bibiana, Carla... Borja, Alex, Hugo... Dios los cría y ellos se juntan. Se miraban al espejo más que la madrastra de Blancanieves.

En medio de aquella algarabía, Paco gritaba mientras pedaleaba:

-Vamos, vamos, vamos..., como si le fuera la vida en ello.

-Empiezas a hacer ejercicio... y no he dejado de hacerlo. Me pone a cien – susurró jadeante la rubia maciza que pedaleaba a mi lado.

-Te atrapa como la droga –murmuré-. Es ideal para ponerse en forma, mejorar la condición cardiovascular y para potenciar el tono muscular en general y las piernas en particular.

Aquellos atletas cuidaban su retaguardia mientras sudaban la camiseta; sus curvas desprendían una sensualidad suave y misteriosa. Había culos que parecían hablar. Los observaba y sacaba tantas conclusiones como si hablara con sus dueñas. Culos para todos los gustos, de todos los tamaños y formas. Culo redondo y potente, culo prieto, culo respingón, manzana, pera, flan, caído, sandía... Se trataba de hallar un culo que no fuera demasiado esférico, como el de la mayoría de las mujeres, ni demasiado plano, como el de casi todos los hombres, sino algo intermedio, algo digno de ser agarrado. Pero, a veces, alguien se giraba y te miraba de frente, entonces toda esa magia se venía abajo.

Ahora los ángeles más famosos de Victoria's Secret aparecían en la pantalla y deslumbraban con sensuales trajes de lencería fina. Caminaban a grandes zancadas bamboleando sus caderas al compás de una melodía muy agradable. Figuras de escándalo y rostros de impacto hacían pedalear con más ganas. El mérito consistía en darle emoción a una carrera tediosa sin meta.

Había que reconocer que este deporte tenía cierto punto sexy. Decenas de deportistas con la adrenalina a tope, con las mallas pegadas al cuerpo, empapadas de sudor, hidratándose cada dos por tres. Algunos parecían masoquistas, disfrutaban sufriendo, forzando el regulador, exigiendo a sus músculos el máximo, mientras que otros se lo tomaban con más calma, pedaleaban como si escalaran un puerto de primera y, al levantar el cuerpo del sillín, exhibían unos glúteos firmes, fuertes y tonificados, lo que animaba a seguir tras ellos.

Ahora sonaba la banda sonora de *Pretty Woman* y en las pantallas se sucedían imágenes del protagonista conduciendo un impresionante automóvil

camino de Hollywood Boulevard. Las chicas pedaleaban a ritmos vertiginosos mientras no perdían de vista la secuencia de la película. Más tarde, era la voz de Blondie en *American gigolo* y otra vez el mismo actor a bordo de un descapotable encendía las pupilas de las hembras.

Los hombres que se atrevían con las mallas ajustadas estaban muy orgullosos de lo que la naturaleza les había dado. Un ejercicio donde algunas féminas se quedaban tan impresionadas por el paquete de su compañero que no dejaban de mirarlo. Paco no había sido el único que había tenido problemas con su entrepierna. Otros deportistas también habían llamado la atención por el tamaño de sus paquetes. Aunque todavía no habían decidido si la enorme protuberancia que Paco guardaba en las mallas era pura realidad o un calcetín muy bien puesto. Deseaban verle completamente desnudo para comprobar la generosa dotación de su entrepierna.

Sin embargo, la práctica de este deporte no acaba de convencerme. Tener la próstata aplastada sobre el sillín o en un momento de descuido pillarme un huevo, no me atrae demasiado. Ellas lo tienen más fácil: el mismo roce con el sillín puede llegar a excitarlas. Sinceramente, donde esté una clase con la molona profesora de zumba que se quiten los sillines y los pedales.

Así pues, decidí que ya había pedaleado bastante. Volví a mi seductora sala de masaje, me puse el bañador y me dirigí hacia el circuito termal. Olía a piscina, a cloro, al ozono del solárium y a las hierbas de los gabinetes de masaje. Tras unos largos en la piscina, pasé bajo burbujeantes cascadas, caminé sobre cantos rodados, me di una ducha escocesa y al final entré en la sauna de vapor.

No se veía nada. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, vi a una mujer con un bikini blanco que dejaba al descubierto más atributos de los necesarios. Me acerqué y comprobé que era una de mis mejores clientas. Tenía treinta años muy bien llevados. Era la señora más sexy y elegante que pisaba el spa, pero no se daba ninguna importancia. Lo llevaba con naturalidad.

-Hola, buenos días –dije.

-Alex. ¿Cómo tú por aquí? -su voz era muy dulce, caso arrulladora.

Me senté junto a ella, agarrándome las rodillas.

-Una clienta ha cancelado su cita. Mientras tanto he estado pedaleando en la sala de *spinning*. Tanto ejercicio y sufrimiento solo para mantenerse en forma. Debe de haber algo más porque no tiene mucho sentido.

-Me atrae el sentido y aire zen que hay en el club. Cada vez que entro, me siento como si flotara. Tengo amigas que sienten placer en la silla del gran

capitán. La estimulación de los músculos abdominales provoca el clímax en algunas mujeres –dijo con su voz suave y envolvente.

-Eso tengo entendido. Es un tema tabú, pero cada vez más mujeres reconocen que son capaces de alcanzar el orgasmo mientras hacen ejercicio físico.

-El clímax se alcanza de manera espontánea sin estimulación propia o ajena.

Una intempestiva erección empujaba la suave tela de mi bañador. Y el tema de conversación no ayudaba a calmarla.

-En efecto, esto es más habitual de lo que pensamos. Pero ellas se lo callan, por aquello de lo políticamente correcto –murmuré.

-En un estudio en el que participaron medio millar de mujeres, más de cien confesaron haber llegado al orgasmo practicando yoga, en la bicicleta, levantando pesas o corriendo e, incluso, se excitaban caminando a paso ligero –dijo pasándose una mano por el pelo.

-Lo más llamativo del caso no es sólo que se pueda alcanzar el clímax sin estimulación, sino que este puede surgir fuera de un contexto sexual, es decir, sin los juegos preliminares antes del coito –dije-. Quizá sea ésta la razón por la que cada vez más mujeres acuden al gimnasio.

-Pues yo me siento incómoda rodeada de tanta gente y no quiero ni oír hablar de apuntarme a una clase en la que participa un grupo de personas. No aguanto el ambiente cargado y sudoroso de ciertas salas.

-Ya veo. Por eso viene cuando menos gente hay. La última tendencia consiste en mezclar ejercicios de fuerza y cardio con ejercicios de estiramiento y tonificación como el pilates o el yoga.

-Prefiero un entrenador personal en un ambiente reservado y tranquilo como mi casa, que ofrece las ventajas del entrenamiento, pero sin sus incomodidades –dijo sin apartar la vista de mi entrepierna.

-Una cuenta corriente abultada puede ayudar a conseguir el bolso de moda de Gucci. Pero un rostro impoluto, una figura envidiable y una actitud zen son más difíciles de lograr.

-Cuando tocas mi cuerpo con aceites esenciales y me acaricias los muslos y el trasero, subiendo lentamente a mi entrepierna pero sin llegar a tocar mi sexo, provocas en mí una mezcla de relax y excitación muy placentera. A veces, y esto que quede entre nosotros, he llegado al orgasmo encima de tu camilla.

-Una técnica milenaria que aprendí en un prestigioso templo de Bangkok. Restaura y mantiene el equilibrio físico y biológico –dije casi susurrando.

-Me acaban de instalar en casa una burbuja de aire puro. Es el tratamiento más impresionante que he conocido. Se realiza en el interior de la burbuja con una atmósfera totalmente pura.

-Es ideal para rejuvenecer rostro y cuerpo, pero también para aumentar la capacidad respiratoria, mejorar la calidad del sueño y reducir el estrés. El sueño de cualquier Dorian Gray moderno.

Levantó las piernas y el pálido brillo de su piel mojada pareció llenar la habitación. Cambié de postura, tratando de ocultar mi enorme erección.

-Me ha dicho un pajarito que te desplazas a domicilio para aplicar tu exclusivo masaje *Premium*.

-Cierto. Pero solo a damas que reúnan ciertos requisitos.

-¿Y tú crees que yo reúno esos requisitos?

-Alguno sí, pero otros no tengo ni idea. Desconozco su vida privada, familiar...

-Podrías venir a mi casa con total tranquilidad. Mi marido se pasa la vida viajando por medio mundo. Es un as de los negocios, pero sus habilidades como amante dejan mucho que desear.

-Una siesta dentro de esa burbuja de aire puro tiene que ser una experiencia inolvidable –dije poniéndome en pie.

-¿Te gustaría hacer el amor conmigo?

-¿Y a quién no le gustaría? Pero no creo que ahora sea el mejor momento.

-Nunca me han hecho una distinción tan tajante entre los negocios y el sexo. Alex, utilizas el sexo como arma. No me parece justo –dijo tranquilamente.

-Tienes razón. Lo utilizo para atraer clientas. Algunas de esas clientas son útiles y generosas. De vez en cuando, emerge una Venus.

-Tienes éxito con las mujeres –murmuró-. ¿Cómo diablos lo haces, encanto? ¿Con aceites relajantes? No puede ser por tu elegancia, ni por tu dinero, ni por tu personalidad. No tienes ninguna de esas cosas. No eres muy joven ni tampoco un adonis. Tus mejores tiempos han pasado y ahora te encuentras solo...

Me puse de pie sin decir nada, y coloqué mis manos entre mis piernas tratando de disimular la erección.

Se quedó sentada, mirándome, tocándose la melena con una mano mientras movía incesantemente la otra sobre su rodilla.

Yo no tenía que hacer más que dar media vuelta y salir. No sé por qué me resultó tan difícil.

Gajes del oficio

Las últimas luces del día se colaban a través de las ventanas. La casa estaba en silencio. Desde que Ana desapareció era una casa sin vida. Mientras hojeaba las primeras páginas de una novela, sonó el teléfono.

-¿Diga?

-¿Hablo con el señor Alex Vázquez?

-Sí, soy yo.

-Le llamo de parte de la señora Úrsula Smith. Le gustaría verle tan pronto como le sea posible.

-¿Dónde?

-En su casa de Miraflores. Le espera en una hora.

-Allí estaré.

En mi huida hacia adelante, pensé darme a las drogas y a la bebida, pero decidí leer cada manuscrito que caía por la editorial y dar masajes sin parar. Necesitaba trabajar porque necesitaba el dinero.

Tras asearme para la ocasión, subí al coche, puse en marcha el motor y me incorporé al tráfico de la calles. Dejé atrás el bulevar de la Castellana, el entorno financiero de las Cuatro Torres y a medida que me acercaba a la sierra se desplomó la temperatura. La carretera empezó a serpentear y ascender entre grandes casas tranquilas, con muros y setos casi de cuatro metros de altura.

La noche se había echado encima, así que aminoré la marcha para ver los números de las casas. Cuando llegué al 84, salí del coche y toqué el timbre. El portón metálico se abrió lentamente.

De vuelta al coche, continué por el camino que llevaba hasta la entrada principal. Una mujer morena de mediana edad y uniforme de doncella asomó por la puerta y me lanzó una mirada curiosa.

-¿Está la señora Smith?

-Le está esperando.

Los dos sonreímos. Apagué el motor y las luces, me apeé del coche y avancé hacia ella. La asistenta abrió la puerta de par en par: el vestíbulo era amplio y fresco y el suelo de parqué relucía como los chorros del oro. Luego inclinó hacia adelante la cabeza morena y me dijo:

-Si tiene la amabilidad de seguirme...

Avanzamos por un pasillo en completo silencio. La asistenta llegó a una puerta; al abrirla salió del interior un murmullo de voces; se hizo a un lado para dejarme pasar. Era una habitación muy agradable con amplios sofás y cómodos sillones tapizados de cuero blanco, distribuidos alrededor de una chimenea de acero inoxidable. Había tres personas sentadas que se giraron mientras yo cruzaba la habitación. Una de ellas era una mujer corpulenta y de buen aspecto, de pelo cobrizo y grandes ojos castaños. Otra era un hombre delgado de mediana estatura, con ojos hundidos y aspecto de una persona enferma. Aparentaba más de sesenta años. Vestía un traje marrón oscuro y parecía un tanto taciturno. La tercera era la rubia, que llevaba un vestido corto de encaje blanco. Sin duda la señora Smith tenía buen gusto al vestirse. Me obsequió con una de sus sonrisas.

-Te agradezco mucho que hayas venido -me dijo-. Te presento a mi marido, Froilán. Prepárale algo de beber a Alex, cariño.

Froilán me estrechó la mano. Había melancolía en sus ojos. Me preparó un whisky escocés con agua y me ofreció el vaso.

-La mujer de pelo cobrizo se levantó y tras mirar su reloj de pulsera, dijo:

-Lo siento, pero debo irme. Se me ha hecho tarde.

La rubia la obsequió con la más deslumbrante de las sonrisas.

-Carmen, antes de que te vayas, quiero que conozcas a mi quiromasajista – dijo la señora Smith.

-Estoy buscando un entrenador personal –dijo Carmen mirándome de arriba abajo.

-Me temo que no pueda complacerla, señora –dije alargando la mano para saludarla.

-Alex tiene una agenda muy ocupada –añadió Úrsula.

Carmen abrió su bolso, sacó una tarjeta y me la entregó.

-Si cambia de parecer, llámeme –dijo antes de dirigirse a la puerta de salida.

Di un trago largo al whisky con agua. Empezaba a sentirme relajado. La señora Smith y yo alzamos nuestros vasos. Luego, miró de reojo a su esposo.

-No hace falta que me esperes, cariño.

Froilán se levantó, dijo que se alegraba mucho de haberme conocido, que no se encontraba muy bien y que ya era hora de irse a la cama. Su mujer observó la puerta un momento, se hundió de nuevo en su butaca y volvió a coger el vaso de whisky.

-Estábamos hablando de que vivimos una época de culto al cuerpo. El

cuerpo es nuestro vestido de Chanel. Un cuerpo es tan valorado como un diseño de alta costura. En el pasado, el cuerpo perfecto era un símbolo de estatus, pero se conseguía llegar a tenerlo de forma privada: contratabas un entrenador personal y seguías una dieta a rajatabla.

-Ahora, en cambio, la gente exhibe cómo llegar a tener el cuerpo perfecto a través de las redes sociales y presume de levantarse temprano para entrenar – dije por decir algo.

-El cuerpo es el nuevo diseño de alta costura. La alfombra roja de una gala ya no se compone de vestidos deslumbrantes, sino de cuerpos de infarto sobre los que transparencias de grandes firmas cubren las partes íntimas –dijo cruzando las piernas.

-El nuevo taller de moda es el gimnasio, donde se fabrican los mejores cuerpos, esos que ahora se valoran más que los propios vestidos.

-La lencería con truco y las *spanx* eran antes clave, sin embargo ahora son los quirófanos, los entrenamientos personales y las clases *fitness* las mejores armas para presumir ante los demás. Presumir de tu bolso de firma está mal visto. Hablar de tu salario no es lo habitual en una comida con tus amigas. Pero comentar que vienes de hacer pilates en un centro exclusivo y que ayer coincidiste en la clase de *spinning* con la actriz de moda son formas de presumir de estilo de vida sin abrumar a los comensales.

-De ahí el auge de la industria del *fitness* y *el wellness*. Los monitores no se preocupan tanto por el peso que levantas, sino por tu calidad de vida. El vestido de diseño, sin una buena percha, no llamará la atención –agregué.

-Eres un hombre atractivo y te dedicas a lo que te gusta -dijo de repente.

-Tampoco hay mucho donde elegir -repliqué.

-¿Se gana pasta..., o es una pregunta inoportuna?

-El dinero suficiente para pagar las facturas. Y es más sacrificado de lo que parece. Pero también es muy entretenido. Y cabe la posibilidad de conocer gente importante.

-Háblame de ti, me gustaría conocerte más a fondo. Quiero decir, si no te parece que mi petición es impertinente.

-Mi vida no tiene secretos. Además, usted me conoce desde hace años.

-Sí claro, pero siempre en un plano muy profesional. Cuéntame algo de tu vida privada. Quiero saber tus gustos.

No dije nada. Me encogí de hombros y seguí sentado con el whisky en la mano.

Se levantó y me tendió la mano. Caminamos por un pasillo que terminaba en una enorme puerta de madera. Detrás de la puerta, había una combinación de sauna y gimnasio. La luna llena que entraba por los grandes ventanales inundaba con su magia la estancia.

-Aquí estaremos más cómodos, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza.

Cogió dos candelabros, encendió las velas y las colocó una a cada lado de la camilla. Luego, avanzó hasta el aparato de música y le dio al play. Unas suaves notas de piano empezaron a sonar. Me recordaron la banda sonora de una película.

Se desnudó en menos que canta gallo y luego se metió en la cabina de hidromasaje. Tenía buen tipo y se contoneaba al andar, aunque para mi gusto la sobraban cuatro tallas.

-Me gustaría que me enjabonaras la espalda –dijo con gesto lascivo.

Me desnudé y me metí en la ducha. La rubia cogió el gel y empezó a restregarme la espalda, la barriga, las nalgas..., sus dedos me resultaron muy suaves al tacto. Se la veía con hambre atrasada pues su lengua recorría mi piel llenándome de besos como si quisiera sacarme brillo.

-Hace mucho tiempo que deseaba este momento. Tú y yo deberíamos entendernos.

Aquella cabina lanzaba chorros de agua pulverizada, primero fría, luego caliente y a presión. Despacio, muy lentamente, mis manos se deslizaron por su piel, descendieron por sus costados, hasta descansar, por fin, sobre la curva de sus caderas. Era lo que me mejor se me daba. Había dinero en juego y había venido a eso.

-Tus manos hacen maravillas, Alex. Han estado en contacto con toda clase de personas.

-Sí, claro. Gente que se mantiene en forma y se cuida y otras que lo hacen menos.

Sus ojos lanzaron un destello de enojo al oír aquello. Luego se dedicó a preguntar mientras saciaba su sed carnal. Tenía una agradable manera de hablar, tranquila, curiosa, zalamera. Medía bien las palabras. Se trataba de una mujer hecha y derecha y no de una mujer florero.

-Existe la posibilidad de pasarse un poco en la confianza -dijo.

-Esta profesión da pie a todo tipo de confusiones. A veces quieren ir más allá...

-Alex, bésame.

Me echó los brazos al cuello, alzó la cabeza y yo me incliné sobre su rostro y empecé a besarla en la boca. La tenía abierta a medias y su lengua inquieta jugueteaba entre los dientes.

-Te noto algo distante, ¿no es cierto? –dijo mirándome a los ojos.

-Todavía estoy en mi jornada laboral. Y su casa invita a caer en la tentación.

La señora Smith rió con ganas.

Formaba parte de mi trabajo y no era el momento de andar con sentimentalismos. Para no quedar como un gilipollas y estar a la altura de las circunstancias, me dejé llevar, me dejé fluir.

-Creo que estaría más cómoda en la camilla.

-Sí, claro. Aquí todo resbala, menos tú -susurró mientras seguía mirándome con descaro.

Traté de seguirla el juego hasta que salimos de la ducha. Luego me envolví en una toalla que apenas me tapaba el culo, mientras ella se tumbaba sobre la camilla de madera maciza. Al lado, en una mesita, había tarros de crema hidratante, aceites esenciales, dos dilatadores de distinto tamaño, bolas chinas bañadas en oro... Me unté las manos con unas gotas de aceite de coco y comencé a realizar mi trabajo. Primero un masaje de pies, despacio, sin prisas. Luego continué por la espalda y los hombros, el cuello... La señora Smith se encontraba cada vez más relajada, pero parecía querer algo más. Sus ojos me miraban llenos de lujuria. Continué así durante unos veinte minutos con la vaga sensación de ser observado. Probablemente había una mirilla en algún sitio, pero no era el momento de ponerme a buscarla y acabé enfrascado en el masaje especial *Premium*.

Ahora, bajo la toalla, sentía que una mano se deslizaba por mi muslo, al tiempo que se apoderaba de mi sexo con la otra. Me pareció suave y delicada y noté que lo manipulaba con fervor.

-¿No va usted un poco deprisa?

No dijo nada. Pero mirándome de reojo, preguntó:

-¿Se te da bien este tipo de cosas?

-Soy fiel a mi esposa. Estoy enamorado de ella.

-Laura me ha contado que tu matrimonio no pasa por su mejor momento.

-¿Cuánto me va a pagar?

-Ah. Es ése el problema. Creía que habías venido a darme placer. O a intentarlo al menos.

Respiré profundamente.

-Me gusta trabajar a mi manera.

Estaba inclinada hacia adelante, sus delicadas manos me acariciaban las nalgas.

-No te preocupes por el dinero. Es muy aburrido hablar de dinero.

-Sí claro. Sobre todo para quien no tiene que preocuparse por conseguirlo.

Me obsequió con otra de sus encantadoras sonrisas. De pronto, apartó mi toalla y se introdujo lentamente mi sexo en la boca. Acoplado de esa manera, tuve la sensación de ser un cervatillo devorado por una tigresa de ojos verdes con buen gusto.

Al poco rato, la puerta se abrió y su marido entró sin hacer ruido en la habitación. Instintivamente empujé con la cadera hacia el fondo de su garganta. Mis manos se deslizaban sobre las curvas de su cintura cuando alcé la cara y lo miré. Me quedé pasmado sin saber qué decir, ni qué hacer. La rubia no se movió, ni siquiera pudo abrir la boca. Tenía una expresión extraña y satisfecha a medias.

Froilán carraspeó un par de veces antes de hablar.

-Les ruego me dispensen-. Luego salió otra vez del cuarto sin hacer el menor ruido. Había en sus ojos una profunda tristeza.

Me aparté de ella y volví a anudarme la toalla alrededor de la cintura. Ella se quedó como estaba, tumbada sobre la camilla, mostrando su generosa piel desnuda en toda su extensión. Su trasero sobresalía, reflejando la luna cuya luz que entraba por la ventana.

-Casi me ahogas, animal –gritó sofocada-. ¿Qué ha sido eso?

-Froilán, tu marido.

-No te preocupes.

Me situé de nuevo al otro lado de la camilla y continué con el masaje de sus pies. Al cabo de un momento la señora Smith se irguió, volvió a tumbarse boca arriba y me miró fijamente.

-No tiene importancia. Lo entiende. ¿Qué otra cosa puede hacer?

-Imagino que lo sabe.

-Te digo que no tiene importancia. ¿No te basta? Es un enfermo. ¿Qué esperaba... encontrarnos jugando al parchís?

-Me parece todo tan extraño.

-No debes preocuparte. Además, sabe que eres mi masajista. ¿Qué hay de raro en ello?

-De acuerdo -dije.

Me sentía fatal, como si hubiera robado la merienda a un ciego. Al mismo tiempo que la rubia ponía los cuernos a su marido yo traicionaba a mi esposa.

Estaba tumbada en la camilla, mostrando las curvas de su cuerpo desnudo, y me miraba con los ojos entornados. Se la veía satisfecha, pues la había oído respirar más rápido, jadear, mover las caderas y tensar los músculos como si hubiera llegado al orgasmo.

Me asaltaron unas terribles ganas de vestirme y largarme de allí, pero la gente rica aprovecha cada centavo que gasta. Cuando ya creía que la dueña de la casa se levantaría de la camilla y se metería en la cabina de hidromasaje, me llevé otra gran sorpresa.

-Hace dos meses me hicieron una vaginoplastia. Quiero que tengas el honor de estrenarla.

-Señora Smith, eso excede la tarifa *Premium*.

-Ahí tienes mil euros –dijo señalando unos billetes que había sobre la mesilla-. Puedes irte cuando quieras, pero si vas más allá, te daré otros mil.

Me encogí de hombros sin saber qué decir. Aunque si hubiera escuchado la voz de mi subconsciente, habría cogido la pasta y me habría largado de allí echando leches.

-Otros te han precedido haciendo verdaderos ejercicios gimnásticos, entrando y saliendo dentro de mí sin conseguir llegar al orgasmo. Tú, sin embargo, con tu calma, con tu tacto siempre me pones a cien y haces que caiga rendida ante ti. Tú eres el único que me hace llegar al orgasmo una y otra vez.

-Yo no soy ningún gigoló ni ningún mete-saca de tres al cuarto –dije sin mucho convencimiento-. Se sorprendería la de culos y tetas falsas que toco a diario, pero eso no es lo mío.

-Después de penetrar mi garganta hasta el fondo, estrenar mi vagina será coser y cantar.

Me tendió la mano y nos dirigimos hacia el fondo de la sala. Luego se tumbó boca arriba sobre un enorme tatami azul con las piernas abiertas en forma de V.

-Mis amigas hablan de ti: Alex dice, Alex cree, Alex esto, Alex lo otro... Tu opinión es importante para mí. Dicen que eres el mejor masajista que han conocido.

-Tras estudiar con el maestro taoísta Chulin, he mezclado las enseñanzas tao con mis habilidades con las mujeres.

En ocasiones me gustaría ser el mudo de los hermanos Marx. No sabía que mis consideraciones eran tan estimadas en ese círculo de mujeres ricas e insatisfechas.

-No soy cirujano, ni ginecólogo, ni asesor de imagen y tampoco me considero la persona idónea para emitir juicios sobre nada ni nadie. No soy más que un quiromasajista.

-¿Por qué dices eso? –refunfuñó, muy enfadada-. Parece un drama, pero no lograr alcanzar el clímax sexual, y los hombres son incapaces de hacerme disfrutar. Y he tenido que fingir por muchas razones. A veces los hombres son tan aburridos. Viejos machistas, jóvenes vigorosos, deportistas de élite, ejecutivos millonarios, guaperas insensibles que son gigolós y rufianes.

No era más que un currante que con las manos trataba de satisfacer los deseos de la gente adinerada, pero ahora, me adentraba en un mundo oscuro que no sabía a dónde me llevaba. ¿En qué me estaba convirtiendo? Mi desgracia, mi necesidad económica servía para algo: satisfacer los deseos más ocultos de mujeres acaudaladas.

-Te compensaré. Mi marido está forrado de dinero. Me casé por su fortuna. Y estoy harta de aguantarle. Hay que estar pendiente de él a todas horas.

-Un tipo con suerte –dije.

-La del cornudo –añadió ella.

-Te estás ganando el cielo.

-Está muy enfermo. Le quedan tres telediarios. Tiene principio de alzhéimer, cáncer de colon y mil cosas más. Además, tengo derecho a darme un homenaje de vez en cuando.

-Por supuesto. Para cuatro días que vamos a vivir.

-Y dos está anublados –añadió la dueña de la casa.

Todo aquello me parecía un abuso con nocturnidad, alevosía, y cornamenta en vivo. Me sentía fatal, ruin, rastrero. Estaba traicionando mis principios, a mi esposa, a mi hija. Pero era mi amor por ellas lo que me empujaba a cometer toda clase de excesos y perversiones. Necesitaba el dinero urgentemente para mantener el nivel de vida de mi esposa y para pagar el segundo rescate de mi hija.

Y me puse a la faena. Había que salir por la puerta grande. La señora Smith se aferró a mis caderas y así me tuvo hasta quedar exhausta.

-Antes apenas notaba nada, pero ahora..., no sé cómo explicarlo –dijo jadeante.

-Un suelo vaginal bien tonificado permite tener orgasmos más intensos, además de procurar mayor placer a la pareja –susurré casi sin aliento-. Antes tenía el coño como un bebedero de patos, y ahora parece la vagina de una doncella.

-Eso mismo me dijo mi ginecóloga, y añadió: “Si quiere usted tener relaciones satisfactorias, sería conveniente ajustar los músculos de su vagina”.

-Su vagina ha rejuvenecido: parece la de una joven de veinte años. Sus músculos se adaptan perfectamente en la penetración, me atrapan, me succionan como ventosas hacia dentro. Me recuerda cuando tenía catorce años: la primera vez que lo hice con una amiga del instituto.

-Nunca pensé que esto pudiera suceder. A mi edad...esta clase de orgasmos...

-Aunque no haya un problema específico, muchas mujeres tonifican los músculos del suelo pélvico para disfrutar más en sus relaciones sexuales. Las expertas en sexo tailandés son capaces de realizar hazañas vaginales como lanzar pelotas de *ping-pong*. Cuando se controlan bien los músculos puedes sin moverte succionar el pene, expelerlo, retenerlo y hasta provocar un orgasmo sin embestidas.

-La próxima semana, me enseñas a contraer los músculos y todas esas cosas... Tengo amigas que cuando se ríen o tosen tienen pérdidas de orina.

-Pero esa técnica requiere entrenamiento. Se trata de entrenar a conciencia y recuperar el tono muscular de esa zona. En algunos países orientales las mujeres tonifican el suelo vaginal prácticamente desde que tienen la primera menstruación. Es un conocimiento que se trasmite de madres a hijas.

-Claro, claro, eso haré –dijo convencida-. Tu compañía hace que me sienta como una mujer nueva, satisfecha y revitalizada.

-Ya no me necesita. Ahí tiene dilatadores, bolas chinas..., haga ejercicios, practique...

Atravesé la habitación y salí sin mirar atrás. La asistenta se reunió conmigo en el vestíbulo y, con una agradable sonrisa, me acompañó a la salida.

Puse en marcha el motor del coche y me dirigí a casa. Eran más de las doce cuando el coche entraba en el garaje. Abrí la puerta de mi casa y encendí la luz. Nadie me esperaba. Me hallaba en casa y parecía que estaba a salvo de algo. Subí las escaleras en dirección al dormitorio. Entré en el baño y me miré en el espejo. Parecía un zombi vagando sin rumbo, arrastrándome por el fango. Ni yo mismo me reconocía.

Cogí un vaso, me serví un whisky del bueno y me senté al borde la cama,

mirando la luna a través de la ventana y dando sorbitos. Cuando me tomé el vaso de whisky, me desnudé y me metí en la cama, y al poco rato me quedé dormido.

Vázquez, investigador privado

A veces, aparcaba mi coche cerca del colegio y me quedaba sentado mirando a las chicas con la esperanza de que en cualquier momento mi hija apareciera por la puerta.

No tenía nada. Ni pistas, ni pruebas, ni nada, excepto un rescate fracasado sin nada a cambio. Más que de pruebas tenía que guiarme por el corazón. La policía y el fiscal andaban atareados con otros casos, sus recursos eran limitados y se regían por protocolos que les marcaban sus jefes desde arriba. En su método de trabajo la iniciativa, nuevas ideas e imaginación brillaban por su ausencia. El último intento por encontrar alguna pista de Ana parecía ser más el fruto de las presiones que había ejercido que de la convicción de los propios investigadores. Era el punto y final. O iba a serlo hasta que empecé a remover cielo y tierra para que la búsqueda por la que vivía desde hacía dos meses no terminara. No hasta que apareciera algún indicio de mi hija. No hasta que todas las posibilidades -que se antojaban infinitas- quedaran agotadas.

Aquella tarde, mientras observaba el colegio desde la acera de enfrente, Zaida acababa de salir por la puerta y se disponía a tomar el autobús escolar. Ella me pondría sobre la pista. Sabía que guardaba información. Tenía que hablar con ella.

-Zaida –grité.

Giró la cabeza y al verme quiso esquivarme, pero luego se me acercó.

-¿Quieres que te acompañe a casa?

Su cara se puso roja como un tomate, se encogió de hombros y evitó mirarme a los ojos al tiempo que se acomodaba en el asiento del copiloto.

-Tú has visto algo, oído algo, sabes algo... acerca de Ana –le dije mientras ponía el coche en marcha.

Dejamos atrás el colegio y seguimos hasta una esquina donde una flecha señalaba hacia la carretera que conducía a la urbanización.

-Pues claro. Era... es mi mejor amiga. Todos los días a la salida, un señor mayor observaba con insistencia a Ana.

-¿Desde cuándo?

-Desde principio de curso.

-¿Por qué no dijiste nada sobre lo que sabías? –pregunté-. ¿Por qué no se lo contaste a la policía o a mí? Hubiéramos podido atajarlo a tiempo, ¿no?

-Quería hacerlo. Estaba muy confusa. Ana me contaba que había chicos obsesionados con ella. Alumnos que venían al instituto, siempre pensando en ella, deseándola.

-Te entiendo. No te preocupes –dije-. Ella continuó:

-Cuando Ana desapareció, me sentí culpable. Me arrepentí de no haber hablado de su relación con Frank. Tenía que haber ido a la policía para que hubiesen investigado a Frank en profundidad.

-Eras cómplice y ¿no te sentías culpable?

-Ana hacía todo lo posible para proteger a Frank. Él decía que era su musa, que se inspiraba en ella para realizar su película. Ana soñaba con ser una gran actriz.

-¿Cómo era? ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué marca de coche?

-Se llamaba Frank Gordon y conducía un todoterreno negro con los cristales tintados. Nunca se bajaba del coche y siempre llevaba gafas oscuras.

-¿Sabes la matrícula del todoterreno?

-No recuerdo.

Zaida describía al chófer como un hombre fuerte, de aspecto agradable y pelo cobrizo. Sentí que estaba dispuesta a confiarse y le pregunté:

-Háblame de Ana, por favor...

Me miró con una triste sonrisa y dijo:

-Era una chica muy buena. Mis padres la querían mucho. Éramos las chicas majas del colegio. Todo el mundo nos miraba.

-¿Estabas celosa de ella?

Reflexionó un instante antes de contestar.

-Claro. Todas las chicas del colegio estaban celosas de Ana. Los hombres la miraban y una mujer se da cuenta de eso.

-Pero no tenía más que diecisiete años...

-Ya no éramos unas niñas. Ana se había convertido en una mujer muy guapa.

Traté de sonsacarla alguna información que me llevara hacia alguna pista.

-¿Concertabais las citas de antemano en un lugar concreto?

-Frank venía a recogernos a la salida del colegio y nos llevaba a un chalé de las afueras. Nunca había nadie en esa casa. No quería que le distrajeran. En cuanto llegábamos, nos instalaba en una habitación muy acogedora decorada

en tonos salmón, con un sofá largo y muy ancho tapizado en piel de color blanco y una moderna chimenea contra la pared del fondo. Recuerdo que, a veces, nos quitábamos la ropa y nos acariciábamos desnudas en el sofá; otras se quedaban a solas mientras yo esperaba en la habitación contigua para asegurarme de que no pasaba nada raro.

-¿Qué hubo entre vosotras y ese fulano?, ¿qué pasó?

-Nada. Frank apenas hablaba. Era extranjero y no se manejaba muy bien en castellano. Nos grababa con la cámara. Eso era todo.

Yo no podía creerme la conversación que estaba teniendo lugar. Fue entonces cuando me enteré de que realmente había algo entre Ana y Frank.

-Creo que lo de Frank era algo indecente –prosiguió-. Sobre todo ahora que vuelvo a pensar en ello. Todo se hacía a escondidas, al anochecer. Ana me decía: “Júrame que no se lo contarás a nadie. Si alguien se entera tendríamos problemas”. No entendía por qué íbamos a esa casa, pero nos atraía. Estábamos como hechizadas.

-Entonces, me estás diciendo que ¿Ana y Frank se amaban?

-¿Amarse? No sé, quizá... Era un hombre encantador, simpático y muy educado.

-¿Qué me estás contando? No podía amarle.

-¿Y por qué no?

-Porque es demasiado mayor para mi hija. Las chicas de tu edad no tienen nada que hacer con un sujeto de esa edad. Es una auténtica barbaridad.

-No podía creerme lo que veía: su hija estaba locamente enamorada de Frank.

-Pero aparte de grabar ¿qué hacía? ¿Os tocaba?

-Nunca. Solo nos tocábamos nosotras.

-¿Cuántas veces fuisteis juntas?

-No lo sé. Quizás unas quince.

-¿Y cuántos videos grabó Frank?

-Sólo uno.

-¿Quién lo tiene?

-No lo sé.

Cuando llegamos a su casa detuve el coche junto a la puerta. Zaida me miró con tristeza y antes de bajarse, me dijo:

-¿Sabe señor Vázquez? No puedo dejar de pensar en Ana.

-Todos echamos de menos su presencia. ¿Recuerdas la calle? –pregunté al tiempo que encendía la pantalla del navegador.

-Era una mansión blanca en forma de cubo al final de la calle Tamarindos.

La información que me había dado Zaida decía que aquel tipo tenía un todoterreno negro y vivía en una urbanización a la afueras de la ciudad, en la nacional 6 en dirección a La Coruña. Siguiendo las indicaciones del navegador, me presenté allí.

Pero cuando crucé el arco de entrada a la urbanización, un automóvil equipado con sirena de policía dobló por la esquina a toda velocidad y comenzó a perseguirme a poca distancia. Llevaba las luces superiores encendidas y dando vueltas. Mi Audi avanzaba a una velocidad creciente por la calle Tamarindos. En ese preciso instante, el coche que me perseguía hizo sonar bajito la sirena al tiempo que daba un volantazo a la derecha para cerrarme el paso. Frené de golpe derrapando en la curva y creí que me estampaba contra la pared.

Un guarda de seguridad uniformado bajó del jeep, se acercó a mi coche y me preguntó:

-¿A dónde va?

-A la casa de Frank Gordon.

-Es aquella de la esquina –dijo señalando con la mano-. Pero creo que ya no vive allí.

-Muchas gracias. Voy a ver.

Seguí circulando, aparqué junto a la entrada y me bajé del coche. La calle estaba desierta. El ruido de los aspersores regando el jardín rompía el silencio. Pulsé el timbre de la puerta.

Un tipo fornido de mediana edad y tez aceitunada avanzaba sobre el césped. Vestía un pantalón vaquero desgastado, un viejo sombrero de paja y unas zapatillas de deporte rotas y sucias. El hombre con el sombrero de paja comenzó a recorrer el sendero que conducía a la puerta de entrada con un rastrillo de jardinero en la mano.

-¿Qué desea? –me preguntó entreabriendo la puerta de la valla.

-¿Vive aquí Frank Gordon?

-¿Quién lo pregunta?

Saqué mi licencia de investigador privado y desplegué rápidamente la hoja ante sus narices. Volví a doblar la hoja antes de que tuviera tiempo de leer mi nombre y la guardé en mi bolsillo.

-Frank ya no vive aquí. Se marchó en enero.

-¿Y no sabrá dónde le puedo encontrar?

-Creo que vive en California. Es director de cine. No andará muy lejos de Hollywood.

-Tengo entendido que traía jovencitas adolescentes para filmarlas desnudas.

-Yo nunca vi nada -dijo encogiéndose de hombros.

-Pero algo habrá oído...

-Si claro. Pero esas tardes enviaba a todos los empleados a su casa. No quería que nadie se quedara aquí.

-No quería que alguien le sorprendiera... -añadí.

Hizo con un vago gesto de asentimiento, pero no dijo nada.

-Muchas gracias -dije dándome la vuelta y volviendo por donde había venido.

*

Al día siguiente llamé a la directora del colegio de mi hija para concertar una entrevista.

A eso de las cinco y cuarto, me presenté en el despacho de doña Patricia, una dama muy emperifollada. Aparentaba unos cincuenta y tantos años. Tenía el gesto de una solterona que siente que se le ha pasado el arroz y no se ha comido una rosca.

-Espere un momento, por favor -me dijo al tiempo que ordenaba unos papeles.

El despacho de la directora estaba muy bien amueblado: una gran mesa de caoba, una librería abarrotada de libros cubría una de las paredes; en un rincón había una especie de altar con la imagen de la Virgen de Covadonga. Había cuadros con fotografías colgando de las paredes. Me fijé en una foto grande, enmarcada en gris claro, en la que se veía a mi hija y a Zaida de pie al borde de una piscina. Llevaban bikinis con flores estampadas muy atrevidos; rubias, delgadas, sonrientes.

-¿Son hermosas, verdad? -me preguntó.

-Sí, son muy hermosas.

-Zaida era la mejor amiga de Ana. Eran las más guapas, las que sacaban las mejores notas, las que vestían mejor -todas las imitaban-, las que tenían que ir quitándose de encima a los numerosos moscones que las rondaban a todas horas.

Se levantó, me estrechó la mano y me invitó a sentarme en una pequeña

butaca situada frente a la mesa.

-Fue en un concurso de belleza hace dos años. Siempre ganaban ellas. La gente se dio cuenta de que se habían convertido en jóvenes hermosas, con maravillosas piernas, exuberantes senos y anchas caderas. Y en bañador, llamaban la atención.

-¿Cómo era mi hija?

-Una chica aplicada, inteligente y muy dulce. ¿Sabe? Tenía la capacidad de hacer que la gente la deseara. A veces se sinceraba conmigo. Me contaba cosas tan escabrosas que me hacían sonrojar.

-¿Qué quiere decir?

-Yo sentía algo especial por ella. Pero lo llevaba en secreto.

-Perdone mi pregunta: ¿le gustan las mujeres?

-Me gusta la belleza y su hija era muy bella. Me contaba sus penas cargadas de obsesiones y manías. Un día me contó con pelos y señales lo bien que se lo pasaban sus padres por la noche en la cama.

-¿Sus padres?

-Sí. Lo mucho que se aman usted y su esposa. Escuchaba todo e incluso llegó a espiarles.

-Vaya, vaya –dije desconcertado.

-No se preocupe. Si yo le contara... Muchos padres no saben de sus hijos de la misa la media.

No salía de mi asombro.

-A veces se abrazaba a mí y yo la consolaba –continuó Patricia.

-¿Se refiere a tocamientos?

-No pasamos de abrazos y caricias, algo sin importancia. Me atraía mucho, pero un día entré en el despacho del jefe de estudios y la vi arrodillada bajo la mesa. Esa imagen me ha perseguido durante todo este tiempo.

-¿Qué vio?

-Alberto tenía la bragueta bajada, agarraba por la nuca a su hija mientras se la chupaba.

Estaba seguro que mi visita no le hacía ni pizca de gracia, pero además estaba poniendo a prueba mi paciencia.

-¿Y no se le ocurrió mencionar esto antes?

-El año pasado un alumno colgó unas fotografías de Ana en Internet.

-¿Y?

-Su hija aparecía desnuda en una situación muy comprometida.

-¿No hicieron nada?

-En cuanto tuvimos noticia de ello, llamamos al alumno y le amenazamos con expulsarlo del colegio. Inmediatamente las fotos fueron retiradas de la red. Nuestra obligación es velar por el buen nombre de la institución.

-No salgo de mi asombro. ¿Por qué no se me informó?

-Zanjamos el problema y decidimos no sacarlo a la luz. ¿Sabe?, desde comienzo de curso estaba segura de que su hija se veía con un hombre mayor. Me lo contaba a medias.

-¿Con quién?

-No sé –respondió mirando a la mesa.

-Acaba de decirme que Ana se veía con un hombre mayor.

Hubo un silencio incómodo. Comprendí que la directora sabía mucho más de lo que me contaba.

-¿Quién era ese hombre? –pregunté-. ¿Era algún conocido? Patricia, llevamos meses tras alguna pista. Así que, si tiene alguna información que pueda servirme de ayuda, debe contármelo.

-Yo lo ignoraba –confesó-. Ana nunca me lo dijo. Me enteré por un comentario en clase hace unas semanas. Hablaba de un hombre extranjero. Sabía que había tenido una relación con un hombre mucho mayor.

Me quedé completamente aturdido.

-Pero ¿quién era? -pregunté.

-No recuerdo todos los detalles, pero puedo asegurarle que desde principio de curso, Ana tuvo una relación con un hombre de unos cincuenta años.

-¿Cincuenta años? ¿Recuerda su nombre?

-Dicen que se dedicaba a hacer películas.

-¿Frank?

-Sí. Ella me contaba que debía desnudarse para él, obedecerle, dejarse hacer. Frank venía a buscarla al colegio y la llevaba a su casa. A veces, Zaida los acompañaba. Es un criminal, ¿comprende? Probablemente hasta un depredador sexual.

-¿Está segura de que Frank mantenía relaciones con Ana?

-Completamente segura -respondió Patricia-. Frank sentía atracción por su hija, y hacía grabaciones pornográficas sobre ella.

-Ha hecho bien en contármelo. Pero si lo hubiera hecho cuando todo esto

empezó podríamos haber hecho algo.

-Tiene toda la razón –dijo la directora-. Quizá deberíamos haber actuado con más celeridad.

-Desde el día que desapareció siento que el corazón me va a explotar. Porque he perdido al amor de mi vida, porque si hubiéramos notado algo raro esa maldita tarde, ¡quizás estaría con nosotros!

Me levanté y sonreí con expresión triste.

-Hasta la vista, señor Vázquez, y vuelva cuando guste. Ya sabe dónde encontrarme.

Me acerqué a la puerta y la empujé. Cuando conseguí abrirla me volví a mirar a la directora. Seguía sentada, con el ceño fruncido y mirándome de una forma un tanto extraña.

-Quizá tenga que volver -dije-. Pero entonces será porque haya comprobado sus declaraciones.

-Así que sigue creyendo que miento -exclamó con voz de mandona.

-Creo que se calla algo. He visto demasiadas caras para no saberlo. Si es así tendrá que oírme otra vez.

-Será un placer –dijo-. Estoy a su entera disposición.

Abandoné el despacho dando un portazo. Luego subí al coche para recorrer en sentido inverso la avenida y regresar a casa.

La teoría Parceval

Me desperté y repetí la misma rutina de siempre: darme una ducha, vestirme para ir a trabajar, desayunar en la cafetería del barrio, pensar en positivo. Guardé el coche en el garaje y me encaminé hacia el spa.

Otro día y otra vez el destino me ponía a prueba para atender a la interesante clientela que pululaba por el Saratoga Fitness Club, más allá del acostumbrado masaje deportivo, el relajante de la señora aburrida o el dolor de espalda del ejecutivo estresado, porque el agua es fuente de vida y salud.

¿Qué busca la gente en la vida? Comprar una casa y pagar facturas. Tener un coche más grande que el del vecino, casarse y tener hijos. Viajar a la playa de vacaciones en verano...

Vivimos rodeados de imágenes y mensajes que nos muestran a gente sexy que triunfa y sonríe. Un aluvión de artículos nos recuerda a diario que la gente atractiva tiene más oportunidades de ser contratada, trepar profesionalmente o dominar el mundo. Queremos parecernos a todas esas personas atractivas o conseguir esos mismos efectos en nosotros. Nos privamos antes de salir a cenar que de ir al gimnasio. Pero conseguir un cuerpo de atleta requiere entrenamiento en diversas disciplinas. ¿A quién no le gustaría tener el tono de un nadador, la delgadez de un corredor, fuertes muslos de *spinning* y buenos glúteos de esgrima? En décimas de segundo decidimos si una persona nos resulta atractiva o no.

Los socios acuden igual de sencillos, con equipamiento caro, sí, pero sin arrogancia alguna. No es un gimnasio, es un club. Cada sala respira autenticidad. Es un lugar confeccionado para que los clientes se sientan como en casa. Muchos vienen solo para darse un garbeo, ver quién está por aquí. Avanzo por el pasillo y me encuentro desde el principiante que está más perdido que una mona en un garaje hasta el adonis que se pasa la vida levantando pesas frente al espejo, seduciendo con su mirada a todas cuantas pasan a su lado. El que va bien pertrechado de artilugios como reproductor de música, botella de bebida isotónica, toalla-gamuza al cuello e, incluso, cinta de tenista contra el sudor en la frente. Está el que sigue una dieta a rajatabla y que suele contar con una caterva de acólitos que se nutren de la misma manera, y luego está el exhibicionista que publica fotos de su escultural figura en las redes sociales desde cualquier espejo, marcando abdomen. O el que presume

de un cuerpo cincelado y se apunta a clases de *spinning* o pilates, aunque nunca lo haya practicado. Su meta es acudir al rescate de cualquier damisela despistada para ayudarla y, de paso, preguntarle a qué hora y qué días suele acudir a hacer ejercicio para coincidir con ella.

Entré en mi sanctasanctórum y encendí todas las velas. Luego me quité la ropa y me puse el uniforme de trabajo. Conecté la luz que anunciaba a los clientes que estaba libre y me limité a esperar a que apareciera alguien que necesitara mis servicios. Por medio de masajes terapéuticos había logrado aliviar los agudos dolores de varios parroquianos, que, movidos por ese éxito, sentían cierto grado natural de confianza en las opiniones en las cuales se fundaba mi tratamiento.

La primera fue una mujer de mediana edad, de buen tipo y pelo oscuro. Se quitó el albornoz y se echó boca abajo sobre la camilla. Utilicé mis mejores artes para conseguir que, tras sesenta minutos, saliera flotando por la puerta con una sonrisa en los labios.

A continuación le tocaba el turno al juez Parceval. Acababa de cumplir los cuarenta y cinco años, con dos décadas de carrera a sus espaldas. Este juez era notable en todo sentido y, como podrán imaginarse, mi estrecha relación con él había despertado en mí un profundo interés por el delito. Tenía los ojos negros y penetrantes; sus mejillas eran brillantes y su nariz, larga y afilada. Me lo imaginaba sentado en el estrado, vestido con la toga negra y aporreando con el mazo.

Me miró con aire taciturno. Tras saludarme, examinó el interior de la habitación. Se trataba de una persona que le gustaba controlar el lugar donde se hallaba. Luego se quitó el albornoz y con la elegancia de una pantera, se tumbó en la camilla.

Mientras mis manos masajearan su piel lechosa de la cabeza a los pies, pensaba en la cantidad de sentencias que habrían brotado de aquellos labios finos cambiando el destino de tantas personas.

-El masaje es como el amor –dijo-. El primer beso es mágico, el segundo íntimo, el tercero pura rutina. Luego desnudas a la chica.

-¿Es malo eso? -le pregunté.

-Es una experiencia religiosa, pero indecente en el sentido estético. No estoy repudiando las relaciones sexuales. Son saludables y no tienen por qué ser sucias.

-Se trata de saber manejarlas. Hacerlas seductoras es una actividad de mucho dinero y se necesita hasta la última moneda.

Suspiró pesadamente antes de bostezar.

-Últimamente duermo fatal. Me siento tan a gusto aquí... He estado en la clase de *spinning*: los deportistas llenaban la sala y jadeaban en medio del ruido; las mujeres agitaban sus nalgas y hacían muecas y ruidos con sus bocas y desprendían aromas mágicos que, de manera suave pero inconfundible, olían cada vez más a sudor a medida que avanzaba la sesión.

-Son humanas: sudan, se manchan y van al escusado –dije-. ¿Qué esperaba? ¿Valquirias meando Chanel nº 5 permanentemente?

Asintió con la cabeza mientras dejaba caer los brazos.

-Lo siento por mi esposa -dijo despacio-. Es tan atractiva... y una auténtica bruja. Puede que también yo le tenga cariño a mi manera. Siempre que me necesita, estoy a su lado para resolver algún entuerto.

Me lo quedé mirando al tiempo que apretaba suavemente la planta de su pie derecho.

-Está usted casado con una rica y atractiva mujer. Ayer fui a su casa para darle un masaje especial... más largo... más intenso... más profundo...

-Sí; lo sé. Soy un hombre afortunado. Di un braguetazo y me trastornó descubrir que no estaba enamorado. Un tipo como yo que lo tiene todo en la vida, una trayectoria perfecta en el escalón más alto. Luego se pasa el resto de sus días atrapado en la tramoya social, tratando de no caerse del trapecio.

-¿De qué se trata exactamente?

-Mantenemos las apariencias de un matrimonio bien avenido. Dormimos en camas separadas. Vivimos bajo la responsabilidad de cómo tienen que vivir las personas y todas esas cosas.

-Pues nadie lo diría.

-A veces las apariencias engañan. Las amigas se deshacen en halagos hacia ella: “No sé qué haces, pero tu señora cada día está más guapa”. Mi madre también me lo dice: “No pasa el tiempo por ella. Se la ve joven, radiante, feliz”.

-Probablemente tenga una aventura, si me disculpa el atrevimiento.

-No lo sé. Casi hemos dejado de hablarnos. Y todo por culpa de su padre. Es un cabrón con pintas. Solo me habla cuando necesita que le saque las castañas del fuego. Ella es feliz a su manera. Probablemente me ponga los cuernos. Pero no puedo hacer nada.

-Usted es su marido.

-Claro que soy su marido. Eso es lo que dice el libro de familia. Es una

mujer de negocios y nuestras relaciones sexuales se reducen a un coito cada dos meses, rápido, sin besos ni preliminares.

Eché unas gotas de aceite de sándalo en mis manos y empecé con el pie izquierdo.

-La rutina mata la vida sexual en el matrimonio. Para mantenerse sana, su mujer necesita tener una vida sexual adecuada. Si usted no lo hace, alguien lo hará. No es de extrañar que tenga un amante, es de cajón.

Ahora apretaba suavemente el dedo pulgar del pie izquierdo. Las dos manos trabajaban de manera rítmica, uniforme, combinada y coordinada. Con habilidad conseguía un masaje equilibrado, manteniendo una velocidad y presión uniformes a fin de que el cliente alcanzara una sensación de tranquilidad, y serenidad.

-Se dice que tener sexo con frecuencia provoca buen humor y mantiene jóvenes a las mujeres, pero envejece a los hombres.

-Se dicen muchas gilipolleces. Se dice que los ricos están por encima del bien y del mal, y que en su mundo nunca se pone el sol. Mi experiencia me dice que son gente aburrida y solitaria.

En mi profesión hay un tiempo para hacer preguntas y otro para dejar que el cliente se desahogue con total libertad.

-Te voy a contar un secreto –me dijo-. Cuando mi mujer me toca no siento nada. Sin embargo, cuando pones tus manos sobre mí, me pones a cien.

No me sorprendió y tampoco le pregunté cómo había llegado a casarse con alguien como ella. Creía conocerle, aunque en realidad no le conocía en absoluto. Vaya, vaya, resulta que iba a motor y a vela.

-Me he dado cuenta. A veces llega al clímax en esta camilla.

-¿A mí mujer le ocurre lo mismo?

-Desde que doy masajes a domicilio, está más satisfecha. Ella elige la música, el aroma de la habitación, la ropa... Todo muy íntimo... con calma, sin prisas... y sí... ella también gime y encadena orgasmos.

-Estoy al corriente del caso de tu hija y de todas esas artimañas que se gastan los delincuentes en Internet –dijo-. En mis años de ejercicio he visto muchas cosas. Ese mundo está lleno de peligros y ellos no lo saben. Hay más delincuentes en la red que en la calle.

-Cada día aprendo algo nuevo –dije-. La red es un universo inagotable de sabiduría para bien y para mal.

-El robo de archivos comprometedores y el acoso en la red están más

extendidos de lo que pensamos. No sabemos el número de casos porque a la gente le cuesta denunciarlo. Esas imágenes personales las utilizan para chantajear-. Parceval carraspeó y después continuó-: ¿Cómo era vuestra vida familiar?

-La situación familiar era idílica. Mi hija se la puede describir como una muchacha tranquila, sociable, cariñosa y formal. Estudiaba en el instituto y tenía amigos, como cualquier joven de su edad. Solía compartir imágenes de ella en sus redes sociales. Su mayor deseo era ser actriz. Antes no teníamos secretos entre nosotros.

-No seas ingenuo. Los padres no saben qué hacen sus hijos en Internet. Muchas veces saben más tecnología que ellos. El lado oscuro de la red los atrapa.

-Eso es cierto.

-La sextorsión es una forma de chantaje sexual en la que los cibercriminales cuentan con contenido privado de los usuarios, normalmente fotos o vídeos, y les amenazan con hacerlo público en internet, a menos que las víctimas paguen algún favor, en ocasiones de índole sexual.

Moví la cabeza en sentido afirmativo.

-Cada vez se dan más sucesos con trágico final –continuó-. Se repiten los casos de adolescentes que han sido víctimas de este tipo de acoso. El delincuente se mete en el ordenador o en el móvil de la víctima y le roba los contenidos y contraseñas.

-Yo sospechaba que mi hija se hacía fotos comprometidas, pero no sabía a quién se las mandaba. Trataba de educarla y prevenirla sobre el sentido que tiene hacerse una foto de un desnudo y subirlo a una red social.

-No hay que subir ni compartir cosas de las que nos podamos arrepentir, es mi máxima –dijo el juez con rotundidad-. Hay que denunciar siempre. La Guardia Civil ha creado una web anónima donde hacerlo. Si se denuncia, es fácil seguir su rastro.

-En la mayoría de las ocasiones son ataques cometidos por usuarios que acosan a personas de su entorno. Sucede a diario en el ambiente escolar –dije convencido.

-Hay que tener distintas claves para diferentes servicios, no conectarse a puntos wifi gratuitos, donde el robo de contraseñas es relativamente sencillo a través de las redes sociales, y no dar datos en correos de desconocidos o promociones extrañas –sentenció Parceval.

-Y no almacenar en los dispositivos datos que puedan perjudicarles o

guardarlos en un disco duro externo, además de tener cuidado con las webs que se visitan, y actualizar también el software de protección –añadí.

-Ponéis todas vuestras cosas en la red y nadie está nunca seguro en Internet. Nadie sabe nunca de lo que es capaz una persona. Sólo lo sabemos los policías y los jueces –dijo. Luego agregó casi en un susurro-: Tus manos hacen maravillas. Me transmiten serenidad y seguridad.

-Las manos son la principal herramienta de trabajo. Deben ser fundamentalmente manos hábiles, capaces de sentir, de percibir tensiones y contracturas. Cada día realizo gimnasia de manos (quirogimnasia). Estos ejercicios de preparación, de calentamiento, me ayudan a aumentar la movilidad, flexibilidad y habilidad de las manos, fortaleciendo los dedos, muñecas, antebrazos y brazos; y evitar la aparición de lesiones propias en los terapeutas manuales.

-Todos los movimientos repetitivos tienen sus consecuencias...

-Se trata de conseguir unas manos más flexibles, fuertes y sensibles, y lograr la sincronización de ambas manos con el pensamiento. Unas manos correctamente educadas por los ejercicios adquirirán agilidad, habilidad y coordinación, a la vez que fuerza y suavidad. Servirá para desarrollar una mayor sensibilidad en el tacto, para poder ejecutar la presión más intensa y rítmica adecuada a cada tipo de masaje, maniobra, y tono muscular.

-Me da el palpito que tu hija se ha ido por su propia voluntad. La Guardia Civil valora esa posibilidad. Varios indicios apuntan en esa dirección. Ya no es una niña. Las chicas con un cuerpo espectacular experimentan cosas que ni te imaginas.

-¿Qué quiere decir?

-Estaría harta de los jadeos de sus padres cada noche. Quiere volar y dejar el nido. Escucha el canto de las sirenas y cae víctima de sus encantos. Promesas de convertirla en actriz.

-Nunca había comentado abiertamente que quería irse de casa. Y si lo hubiera hecho habríamos estudiado esa posibilidad.

-No hablan por miedo a que sus ilusiones se vean frustradas. Lo llevan en silencio, pero llevaría tiempo planeándolo. Una muchacha de su edad, en plena adolescencia, discute con sus padres y les desafía de diferentes formas.

Le enseñé un periódico que hablaba sobre el caso. Era un bonito reportaje y sólo mencionaba al comisario Peláez doce veces en el texto y otras dos en pies de fotos. En la página tres había una fotografía suya esgrimiendo un teléfono y mirándolo con profunda reflexión, arrugando el entrecejo. También había una

foto de la entrada del colegio, que lo presentaba muy favorecido, y otra foto del jefe de estudios Muñoz señalando muy serio una cosa tendida en una mesa y cubierta con una carpeta. Incluso había un primer plano de la alcaldesa en su despacho, con aspecto de mujer eficaz, y una entrevista con ella, en la que hablaba del secuestro en nuestro tiempo y decía lo que uno puede esperar que diga una alcaldesa: una versión descafeinada de Ana Vázquez con algunos fallos gramaticales de más.

Había terminado el masaje y Parceval había gemido y mojado la toalla que cubría su entrepierna como en otras ocasiones.

-Me has dejado como nuevo. ¡Qué haría yo sin tus masajes!

Cogí un periódico y me puse a leer en voz alta mientras el juez se levantaba de la camilla.

-“Según las cifras oficiales, hay 14.000 desaparecidos al año y la Guardia Civil abre catorce investigaciones nuevas de personas desaparecidas al día pero solo unas pocas pasan la barrera invisible de la atención de la prensa: Marta del Castillo, Yeremi Vargas, Sara Morales”.

-Una atención pública que acaba influyendo en su búsqueda, positiva y negativamente. Se vuelcan más, se ponen más medios porque lo ordenan los de arriba. Las desapariciones de chicas menores son clasificadas como de alto riesgo.

-El caso de Madeleine McCann fue uno de los más mediáticos de la historia, una foto de una niña con cara angelical conquistó al mundo. Pese al amarillismo y el morbo que puede aparecer en algunos momentos, es positivo que se hable de los desaparecidos, los grandes olvidados, porque hay cien casos al año que nunca llegan a resolverse.

-Los familiares de otros desaparecidos han demandado el mismo trato y esfuerzo que las autoridades han puesto en el caso de Ana.

-Seguí leyendo: “Se trata de un caso con repercusiones mediáticas tremendas, pero que eso no quiere decir que el Ministerio del Interior quite medios de otras investigaciones para centrarlos en la búsqueda de Ana. Siempre que un grupo de investigadores solicite medios, la Guardia Civil se los aporta. Tienen la obligación de ir haciéndolo. El responsable de la institución ha añadido que en este momento no hay ningún dato que conduzca a un sospechoso concreto, que la Benemérita sigue recabando información procedente de todos los métodos”.

Cuando terminé de leer, Parceval se había puesto el albornoz y se atusaba el pelo frente al espejo.

Me abrazó y yo me dejé abrazar, largamente.

De pronto me soltó y, dando un giro rápido, se dirigió hacia la puerta. Antes de abandonar la sala se detuvo en el umbral, de espaldas a mí, murmurando.

-Mi vida es más desastrosa que la tuya.

-Puede que tenga razón.

Los más allegados

Recuerdo esa mañana del 7 de febrero de 2012. Fue la última vez que vi esos grandes ojos negros enmarcados en su cuerpo de ángel. Durante meses la he estado buscando convencido de que no se marchó por voluntad propia. Tenía pasión por mi hija, jamás la hubiera dejado. Cada pocos días me pasaba por la comisaría de policía. Preguntaba si había algún avance. Siempre me decían lo mismo “que el caso sigue abierto y que está enquistado”.

Hacía semanas que no recibía llamadas con más pistas. Las había recibido de muy diverso tipo: desde las que me daban la esperanza de reencontrarme con mi hija, hasta las que me anunciaban su muerte. Así pasé tres días en Alicante, en el paseo de La Explanada, esperando a que apareciese Ana con un amigo. La chica se parecía a mi hija, pero no era ella. Tres veces había viajado a Barcelona siguiendo alguna pista. También a Málaga o Valladolid. Había recorrido España entera. En otra ocasión, la víspera de Pascua, me llamaron diciendo que mi hija estaba muerta en un pozo cercano a la finca de un amigo. El Grupo de Homicidios investigó la pista con el mismo resultado. Nada.

Sonó mi teléfono. Era el comisario Peláez.

-Esta tarde pásese por la comisaría quiero entrevistar a Alberto Muñoz.

-De acuerdo –dije-. Estaré allí a las cinco.

Desde las confidencias de Patricia, Peláez había comenzado a ver más claro en la investigación. Mientras tanto, necesitaba saber más, especialmente sobre la conducta del jefe de estudios en el colegio.

Corrían rumores, apoyándose en las fotos y grabaciones eróticas, que la mitad de los alumnos del colegio había tenido relaciones íntimas con Ana, por lo que fuimos a visitar a Alberto Muñoz para que nos contara lo que sabía sobre el asunto.

A última hora de la tarde, nos plantamos en su despacho. Tenía las orejas grandes y la mirada huidiza, tecleaba lentamente algo en el ordenador y, en general, daba la impresión de ser un gilipollas arrogante y prepotente. Aquel tipo me caía gordo. Al vernos entrar se levantó y nos tendió la mano. Me daban ganas de darle un puñetazo en la nariz. Nos saludamos amablemente y nos invitó a sentarnos.

El comisario fue enseguida al grano.

-Debe usted mantener la boca cerrada y dejar de hablar de toda esa mierda

pornográfica, Alberto. Está usted manchado y está manchando el honor de todos.

Sus ojos escrutaban mi rostro. Con lentitud, con calma, pero lo escrutaba. Se le notaba algo inquieto.

-No trato de limpiar mi honor, sino mostrar de qué manera el honor de los demás está enfangado. Si me llaman a declarar, sacaré a la luz los trapos sucios de toda esa gente del colegio para que admita sus relaciones sexuales con su hija. Yo solo me dejé seducir por una mujer perversa, como tantos otros antes que yo.

-Pero ¿qué falsedades son esas? –exclamé-. ¿Mi hija perversa?

-Por favor, llamemos a las cosas por su nombre. Su hija era una zorra.

-Está usted majareta perdido –grité.

-¿Majareta? Pero si no hago más que repetir lo que dicen los alumnos.

-No dice más que mentiras, y usted lo sabe. Es tan mentecato y machista que da por hecho que una mujer guapa es una provocadora. Mi hija no pretendía ser escandalosa ni provocadora, pero no podía evitar ser guapa. Su relación con ese hombre, será una relación de amor.

-Lo disfrazan de amor, pero detrás de todo esto hay maniobras oscuras que nadie sabe. El amor es un invento de los hombres para tapar sus vergüenzas –dijo Alberto con sarcasmo.

El comisario Peláez, viendo el cariz que iba tomando la conversación, trataba de poner calma, pero apenas pudo meter baza.

-Dicen que el corazón tienes razones que la razón ignora –murmuró.

Alberto giró la pantalla de su ordenador y le dio al play. Era un video en el que se veía a mi hija y a un joven practicando sexo.

-Ya lo ve -me dijo-, yo tenía razón desde el principio. Su hija era una zorra. Ponía en práctica lo que todas las noches usted y su esposa hacían en la cama. Se tiró a la mitad del colegio, y Frank simplemente se aprovechó de las circunstancias, la prometió llevarla a Hollywood y probablemente se fugaron juntos.

Aquello fue demasiado. Con gesto rápido y con una sola mano, lo agarré por el cuello de la camisa y lo lancé contra la pared, derribando la butaca contra el suelo, y después hundí mi rodilla derecha en su pecho.

-Ella no es así –exclamé-. Le prohíbo llamar zorra a mi hija. Si le vuelvo a oír hablar mal de mi hija le hundo la vida, su carrera, su familia...

Trató de zafarse, pero fue en vano; escuché su voz sin aliento. Acabé

soltándolo, obedeciendo a una señal del comisario. Tenía la cara roja y la camisa rasgada.

-¡Está... está usted como una cabra, Alex! –masculló furioso-. Se merece una demanda.

Alberto se puso en pie y se recompuso las ropas. Luego, con gesto agrio volvió a sentarse en su butaca y nos mostró otro vídeo. En este los protagonistas éramos mi esposa y yo. Sentí náuseas al imaginar a mi hija grabándome en casa y viendo cómo me follaba a su querida madre, mientras sus labios se retorcían en una mueca morbosa y burlona.

-No cabe duda de que su hija es una verdadera artista. Y ya sabemos dónde ha aprendido todo. Tiene unos maestros estupendos –dijo Alberto.

-¿Quién le ha enviado este video? –interrogó el comisario.

-No sé. Me lo enviaron desde un móvil de prepago. El que lo envió buscaba el anonimato.

-¿Quién más ha visto este video? –pregunté.

-Nadie. Excepto mi esposa que casi se divorcia. Se siente estafada. Piensa que si hay hombres que hacen el amor de esa manera, a ella la han engañado.

-¿Tan flojo es usted en la cama?

-Soy normalito, como la mayoría... ya me entiende. Mi señora y yo dormimos en camas separadas. Ella solo admite un polvo cada dos o tres semanas, y tengo que suplicárselo.

-¿Eso es todo lo que aprendió en la universidad? Vaya chupatintas de mierda –murmuré entre dientes.

-¿Siguen circulando esos vídeos por la red? –insistió Peláez.

-No. Los alumnos están avisados: cualquiera que cuelgue esos vídeos en internet puede ser castigado con pena de cárcel y una cuantiosa multa –dijo Alberto.

-Mañana, quiero que tener en la comisaria todos los archivos con grabaciones eróticas que posea en cualquier dispositivo móvil, pendrive, disco duro... Si vuelvo a ver algún video de esta naturaleza, le empapelo por obstrucción a la justicia y ocultamiento de pruebas –dijo el comisario.

-Pero ¿cuándo comenzó todo eso? –pregunté.

-A principio de curso. Fue a antes de Navidad. Una tarde, su hija se presentó por sorpresa en mi despacho. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Yo estaba sentado detrás de mi escritorio revisando unos papeles. Al verla, me asombré. La saludé y le pregunté lo que pasaba. Tenía una expresión extraña.

No dijo nada. Cerró la puerta, echó el pestillo y vino hacia mí. Hacia la mesa, entonces...

Alberto se paralizó. Estaba totalmente desquiciado, no encontraba las palabras. Peláez le escuchaba apretando las mandíbulas. Le preguntó alzando la voz:

-¿Y entonces qué, señor Muñoz?

-Se metió bajo la mesa del despacho, me bajó la bragueta, sacó la verga y se la llevó a la boca.

Me levanté de un salto y le agarré por el cuello gritando:

-Eso es mentira. ¡Maldito hijo de puta!

Peláez se abalanzó sobre mí antes de que le estrangulara con mis propias manos.

-Es totalmente cierto. Me hizo una mamada, y yo me dejé hacer. Me dijo: “Relájese y disfrute”. Y cuando acabó, me dijo, mientras se limpiaba la boca: “Ahora es usted un vulgar adúltero”.

Aturdido por lo que acababa de descubrir, abandoné el despacho y salí a la calle para tomar aire. No tenía valor para enfrentarme a Sara y a sus padres: no quería ser yo el que le diera la noticia. No podía creer que aquello fuera verdad.

A mi espalda se oyeron los pasos apresurados del comisario. Mientras caminábamos por el largo pasillo pensaba en la posibilidad de que mi hija pudiera haber huido con Frank. El comisario me aseguró que una muchacha menor de edad habría sido detectada en cualquier aeropuerto antes de abandonar el país.

-Detrás de todo esto hay una banda que se dedica al secuestro y la extorsión. Y me temo que tengan todas esas grabaciones íntimas de su familia –dijo el comisario.

-Si ese video sale a la luz toda mi familia se hundiría. Pueden colgarlas en internet.

-Son grabaciones que pertenecen a su vida privada, pero para la gente son videos porno, y pueden hacerle chantaje.

-¿Quién pudo hacer esas grabaciones? –pregunté-. Cuando la policía científica registró mi casa no encontró cámaras ni micrófonos ocultos.

-Sabemos que Frank pasó una temporada en la casa de la calle Tamarindos y que llevaba allí a chiquillas para grabarlas desnudas. Pero él no creo que secuestrara a su hija. Vino con una productora cinematográfica para rodar

exteriores en los estudios Ciudad de la Luz de Alicante y en la Ciudad las Artes y las Ciencias de Valencia.

-¿Ni tampoco que huyeran juntos?

-No creo. Pienso que su hija no ha salido del país y que la tienen retenida en algún lugar en contra de su voluntad. La mansión, las grabaciones, las promesas de que triunfaría en Hollywood y los mensajes bien pudieran ser otros tantos ardidés para lanzar a la policía por una pista falsa.

Miré en silencio a Peláez, que apretaba los labios y fruncía el entrecejo.

-A los aeropuertos y fronteras se les envió una descripción de su hija y se les ordenó que vigilasen los barcos con destino a América. Se controlaron todos los hoteles y pensiones. Investigamos día y noche, sin resultado alguno.

Las tácticas de aquel enigmático secuestrador estaban rodeadas de algo metódico e incomprensible, que le hacía aún más peligroso. Mis nervios, bastante templados en la vida cotidiana, se estremecían ahora.

-Sabemos que Frank está en Estados Unidos, pero las llamadas telefónicas de los secuestradores están hechas desde España –dijo el comisario-. Y aunque tratan de ocultar su identidad con móviles de prepago, al rastrear las llamadas hemos averiguado que están en Madrid.

-¿Desde qué barrio llamaban? –pregunté.

-Son gente de culo inquieto. Triangulando las señales de los repetidores telefónicos: unas veces de Vallecas, otras de Canillejas, Fuencarral y hasta de Aravaca.

Una idea vino a mi mente: mi hija podía estar en Los Ángeles y los secuestradores en Madrid. Parecía una idea descabellada, pero ya no se me fue de la cabeza. Y sabía que si se lo decía al comisario Peláez, ni me escucharía.

-Sube al coche. Quiero que oigas una grabación –dijo poniendo el motor en marcha.

Aparcó frente a la entrada y echamos a andar hacia la comisaría. Tras entrar en su despacho, cerró la puerta a su espalda.

-Siéntate -me dijo mientras ponía en marcha la grabadora.

-*Esta tarde he quedado con Frank.*

-¿Otra vez?

-*Acompáñame. Ya sabes lo que tienes que decir si te preguntan.*

-*Creo que no deberíamos ir más a esa casa. Tengo miedo cuando te quedas a solas con Frank. ¿Hacéis el amor?*

Se oyó un suspiro largo y profundo al otro lado del teléfono.

-No te preocupes, Zaida. Es un hombre encantador. Si quieres puedes participar tú también. Prométeme que lo harás. No deben enterarse en casa.

-De acuerdo. Iré contigo y te esperaré. Pero no más tarde de las ocho y media, si no mis padres sospecharán.

-Muy bien. Y si te preguntan, ¿qué hemos hecho?

-Hemos estado tomando una coca cola en la cafetería o en la biblioteca haciendo un trabajo.

-¿Por qué lo haces?

-Creo que estoy enamorada de él. Si me lo pide me iría con él.

-Estas yendo demasiado lejos.

-No temas nada, Zaida. Eres un cielo de persona y mi mejor amiga.

-¿Reconoces esas voces? –me preguntó el comisario.

-Claro. Es la de Zaida y mi hija.

Mi principal problema era que las pistas se dispersaban en todas direcciones. Me hacía preguntas y las anotaba en una hoja de papel. Frank el mánager ¿Estaba Ana enamorada de él? ¿Cuál es su móvil para escapar? Emiliano Guerra ¿Qué pinta en esto? ¿Cuál es su motivo para secuestrar a Ana? ¿Por qué nos ocultaba la fuga? Jefe de estudios Alberto Muñoz ¿Por qué Ana mantuvo una relación con él? ¿Alguien amenazó a Ana? ¿Quién me envía los videos anónimos? ¿Quién sabe algo y no dice nada?

Cuando abandoné la comisaría ya se había hecho de noche. Subí al coche y regresé a casa.

Recibí un vídeo. Le di al play. No se veía muy bien. Había poca luz. Parecía un club de striptease. Una joven agarrada a una barra fija se contoneaba al ritmo de la música. La silueta dejaba entender que estaba desnuda. Ajusté la luz del móvil; la cara no me era completamente desconocida. Lo observé un instante más hasta que de pronto comprendí y me quedé helado: era un video de Ana. Era ella, sin ninguna duda. Nadie debía ver este video. No la policía ni su madre ni tampoco sus abuelos.

No podía comprender que una chica de diecisiete años se hubiera enamorado de un señor mayor que a su vez la secuestra. La gente se preguntaba las razones que habrían podido llevar a Frank a secuestrar a Ana. ¿La había amenazado con publicar las grabaciones pornográficas? ¿Estaban enamorados de verdad o había algo más? No pude evitar seguir dando vueltas a esas preguntas durante todo el camino hasta mi casa. Mi mente no dejaba de hacer cábalas, recordando a mi hija en la casa donde había pasado los años

más hermosos de mi vida.

Un plan arriesgado

El teléfono móvil vibraba en la mesilla de noche. Lo miré con cara de pocos amigos. Había trasnochado y estaba cansado. Alargué el brazo y descolgué.

-Sí, dígame.

-Mis padres quieren hablar contigo –dijo Sara.

-No creo que sea una buena idea.

-Han preparado una barbacoa y esperan al chef.

-Que cocine la asistenta.

-Hoy es su día de descanso –aclaró mi esposa.

-Vaya, ¿quieres que lleve algo?

-Una botella de ese vino que a mamá le gusta tanto.

-En media hora estoy allí –dije y colgué.

Ante mi suegra yo solo era un perdedor con ambiciones. Las únicas veces que me miraba con cara de satisfacción era cuando, tendida en la camilla de mi gabinete, yo frotaba sus pies. Mi masaje suavizaba la profunda antipatía que me profesaba.

Salté de la cama y me pegué una ducha, me puse unos vaqueros azules y una camiseta de rayas horizontales y metí una botella de espumoso en una bolsa de plástico.

Antes de salir me detuve para ponerme las gafas de sol, luego eché a andar hacia la casa de mis suegros. A ambos lados de la calle había mansiones con tapias y setos altos. Olía a flores y a paella dominical. Se oía el griterío de niños detrás de las vallas y los setos, jugando entre las piscinas, lanzándose al agua, despreocupados y tranquilos.

En ese instante me vino a la mente el plan que acabaría con todas las dudas y estrecheces económicas que me agobiaban. En los últimos días había meditado la idea durante largas horas. Realizarlo implicaba ser descubierta. Para llevarla a cabo se tenían que dar una serie de circunstancias que fui maquinando sobre la marcha.

Rodeé la casa, entré por la puerta de la cocina y metí la botella de vino en la nevera. Era una casa de piedra y ladrillo rojo, con aspecto de tener los años de Sara, aunque el jardín estaba muy bien cuidado. Tenía tres alturas, un montón

de habitaciones y otros tantos cuartos de baño. Los muebles parecían del siglo XV, los jarrones de la dinastía Ming y los cuadros sacados del museo del Prado. La mayoría de las cosas las habían conseguido en subastas o en herencia.

Un pastor alemán bastante grande llegó corriendo por el jardín, se abalanzó sobre mí con las cuatro patas, me lamió la cara, cayó al suelo, correteó alrededor de mis piernas y se sentó entre ellas jadeando.

Apoyado en el quicio de la puerta, me agaché y le acaricié el lomo. Se oyó la voz de mi suegro:

-Ven, Rasty. Aquí, Rasty.

Sonaron pasos sobre un sendero de baldosas.

-Ven aquí, Rasty –dijo Luis que apareció por la entrada de una pérgola en forma de túnel cubierta de glicinas trepadoras.

Mi suegro era alto, canoso, ojos azules y dientes bien cuidados. Vestía un bañador azul marino y unas chanclas amarillas.

Vio al perro agazapado entre mis piernas y frunció el ceño. Hizo chasquear unos dedos largos y con una voz ronca, dijo:

-Aquí, Rasty ¡Ven aquí rápido!

El perro ni se inmutó, jadeó y siguió acurrucado contra mi pierna derecha.

-¿Alguna novedad, Alex? -preguntó tendiéndome la mano.

Le estreché la mano. Unos dedos huesudos me apretaron. De joven, tuvo que ser un tipo bien plantado. Imagino la cantidad de pruebas que tuvo que superar para que Julia se decidiera a dar el ‘sí quiero’ ante el altar.

El perro retrocedió discretamente saliendo de entre mis piernas, pasó por delante del garaje y se fue retozando por el jardín.

-Ni rastro de Ana. No saben nada –respondí-. “No tenemos ni idea a quién estamos buscando” –me dijo el comisario Peláez.

Recorrimos el sendero de baldosas bajo la pérgola de glicinas y cruzamos una puerta verde que había al final. Al otro lado había una pista de pádel, una bonita franja de césped y una amplia piscina que invitaba a darse un baño. Más allá de la piscina había una terraza entoldada, equipada con muebles de teca, confortables hamacas y enormes cojines.

Sara se untaba crema solar en los brazos. La señora Julia estaba cómodamente tendida en una de las tumbonas, con los pies en alto sobre un mullido apoyapiés. Sus floreados bikinis dejaban al descubierto unos cuerpos ligeramente bronceados. Sobre una mesa de abedul que tenían a su lado había

cuatro copas, al lado de una cubitera plateada llena de hielo y una botella de vino rosado.

Mi suegra nos miró desganada mientras nos acercábamos por el césped. Vista de lejos, aparentaba treinta y tantos años. Pero de cerca el lifting y una suma de retoques le habían engrosado las cejas con maquillaje y pintado los labios con [sonrisa](#) de Joker. Su peinado era precioso como si acabara de salir de la peluquería.

-Estamos intrigados con lo del rescate de esa noche en la Casa de Campo - dijo Sara, dirigiéndome una mirada excesivamente casual.

-¿Esa noche?

-Las noticias de la prensa son confusas. ¿Qué pasó realmente en el intercambio? -preguntó mi suegra.

Luis se sentó y llenó las copas de vino rosado. Yo me quedé de pie, mirándolos, y dije:

-La verdad no se sabe con certeza. La versión oficial de los hechos cuenta lo que la policía y yo pudimos averiguar.

-¿Cuántos eran? -dijo Sara.

-Yo solo vi uno: llevaba la cara tapada y tenía acento mexicano. Este sujeto declaró en comisaría que el dinero se lo entregó a un cómplice que le esperaba en la puerta del cementerio de Húmera.

Luis chasqueó los dedos.

-¡Aquí, Rasty! ¡Ven aquí, Rasty!

-Ya está bien -gruñó Julia-. Deja en paz al perro, por amor de Dios.

Luis agarró la copa y echó un trago. El pastor alemán estaba sentado allí, mirándonos de reojo.

-Dices que se lo entregaste. Así como así. ¿Cómo es eso? -inquirió Julia.

-Es lo que acordamos. Seguí las instrucciones del comisario de policía.

Luis desplazó hacia mí su furiosa mirada y dijo en tono cortante:

-¿Qué pinta ese mexicano en un secuestro?

-Era un intermediario que le contrataron para el intercambio.

-¿Tú crees que eso es verdad? -me preguntó Sara.

-No. Se trataba de una añagaza para despistar a la policía. El mexicano antes de volver a su coche, entregó el dinero a un cómplice y este huyó por la dirección opuesta.

Sara ladeó la cabeza y me preguntó secamente, con voz apagada:

-¿Qué dirección?

-La policía y el guardabosques de la torre vigía tenían controlada la zona que va desde el monumento del Sagrado Corazón hasta la carretera de Somosaguas, pero descuidaron el flanco este, que es por donde pudo huir el compinche con el dinero –dije. La expresión expectante en el rostro de mis suegros me resultaba insoportable-. Era noche cerrada y la Casa de Campo es un inmenso parque forestal de 1800 hectáreas.

-Esa es tu versión y no está nada clara –dijo Julia con aspereza; luego me ordenó-: Ahí tienes la carne. Puedes empezar a cocinar.

-A toro pasado todos somos muy listos, pero los hechos sucedieron de la siguiente manera: El mexicano cogió la bolsa con el dinero y se esfumó en la oscuridad de la noche. Probablemente se encontró con un compinche y se deshizo del dinero, luego volvió a su coche, y entonces... imaginaos su sorpresa. Encontró allí a la policía esperándole.

Tanto mis suegros como Sara dejaron ver en sus rostros un gesto de incredulidad. Me miraban como si sospecharan de mí. Quizá pensaran que el mexicano y yo nos habíamos repartido el dinero del rescate. Para ellos era la oveja negra de la familia.

Partí un poco de leña con un hacha, recorté las puntas de unos sarmientos y encendí la barbacoa con mucho cuidado, manteniendo la llama viva mientras miraba pensativamente al vacío y atizaba el fuego para asegurarme de que ardía tal como yo quería que ardiera.

Tenían una barbacoa ultramoderna muerta de risa en un rincón, pero les gustaba verme cocinar en la vieja barbacoa de ladrillo. Cuando el fuego se apagó y había desaparecido la llama, coloqué la parrilla sobre las brasas. Había comida para un regimiento. Primero puse las chuletas de cordero, luego la chistorra y los chorizos criollos y al final, el costillar de cerdo adobado.

En ese momento mi móvil empezó a sonar. El timbre tenía un sonido oscuro y misterioso. Me quedé allí de pie sin saber qué hacer. La mirada de mis suegros y mi esposa era la del tribunal de la Inquisición. El timbre sonaba fuerte y con insistencia.

Me acerqué a la mesa y cogí el teléfono. Los tres estaban completamente callados e inmóviles.

-Número oculto. Se ha cortado –dije encogiéndome de hombros.

Me encaminaba hacia la barbacoa, cuando el móvil volvió a sonar. Retrocedí y me lo llevé otra vez a la oreja, sin decir ni mu. Y así permanecí, callado, con el móvil en la mano, respirando, escuchando y sin oír nada.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, se oyó el lejano susurro de una voz siniestra y fría que decía bajito:

-Escucha, Alex. Si quieres recuperar a tu hija será a cambio de cien mil euros.

-¿Quién es? –dije en voz baja.

-Esta vez va en serio. Estaremos en contacto.

La voz que respondió al teléfono sonaba distorsionada. Después colgaron sin más.

-Y bien, ¿pasa algo? –murmuró Sara.

-Los secuestradores piden cien mil euros más.

-Pues conmigo no cuentas –dijo Julia-. Ya nos han robado bastante. Además no me fio de tus tejemanajes.

-Saquen a subasta alguna obra de arte o la colección de monedas. Vendan acciones de la petrolera o de la constructora –dije yo.

-Ahora pretendes organizar nuestras finanzas –replicó Julia-. Sabes lo que firmaste cuando te casaste: si mi hija te deja no tienes derecho a nada.

-Mamá, vale ya. Por favor –dijo Sara-. Alex paga las facturas de casa y de la editorial que solo produce pérdidas.

-¿Y no te has preguntado cómo consigue el dinero? –cacareó la suegra.

Bebí un sorbo de vino y no dije nada.

-Esa noche, Alex arriesgó su vida, mamá -dijo Sara.

Julia intervino:

-Es el masajista a domicilio de mujeres ricas necesitadas de afecto y compañía.

Sara se mordió el labio y se ruborizó. Luis la miró sin darle importancia.

Intentas sacar las castañas del fuego y cargas con el mochuelo, me susurraba mi subconsciente.

-¿No has traído bañador? –me preguntó Sara.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

-En mi habitación creo que hay alguno.

-Echa un vistazo a la barbacoa. Ya falta poco –dije sacando las chuletas y colocándolas en una bandeja.

Dejé la bandeja en la mesa, caminé por el sendero hasta la escalera y subí a la habitación de Sara. Mientras atravesaba el pasillo advertí que la puerta del despacho de Julia estaba abierta. Asomé la cabeza y vi que su bolso estaba

sobre el escritorio. Me acerqué a la mesa y eché una ojeada. Las llaves estaban en el bolso. Quería mucho a mis suegros. Jamás me habían hecho nada malo. Jamás me insultaron. Su fortuna no me interesaba. Tenían una extensa colección de monedas antiguas. Me parece que fue su moneda. ¡Sí, eso fue! Una pieza de cien escudos de oro. Cada vez que pensaba en esa moneda un subidón de adrenalina corría por mis venas. Ahora o nunca, me dije. Era el momento de llevar a cabo el plan y apoderarme de aquella moneda de oro.

Sería facilísimo coger las llaves, abrir la vitrina y el compartimento interior de la caja fuerte, y después devolver las llaves. Tardarían tiempo en echarla en falta.

Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo: Sara estaba nadando en la piscina mientras sus padres hincaban el diente a las chistorras.

No sabía la combinación de la caja fuerte. En ese momento recordé que Julia solía utilizar la fecha de nacimiento de Ana como contraseña. Giré dos a la izquierda, siete a la derecha y nueve cinco, otra vez, a la izquierda. Tiré de la puerta y la caja fuerte se abrió. Dentro había una pequeña caja dorada. Era el tipo de caja donde las mujeres guardan sus joyas. Alargué la mano y vi que la tapa estaba abierta. La abrí y contemplé una moneda de oro, aproximadamente de siete centímetros de diámetro, brillante y reluciente como si acabara de salir de la prensa. La cara mostraba un escudo en el centro y la cifra 100 troquelada en el ala derecha y a la izquierda el acueducto de Segovia. A su alrededor había un círculo de puntitos, y entre los puntitos y el canto liso la leyenda FHILIPUS III D.G.

Le di la vuelta a la moneda sobre la palma de la mano. Pesaba cerca de medio kilo. En el reverso había una cruz potenziada en medio, un doble círculo de cosas que parecían hojas de olivo y más latín: HISPANIARUN REX. En la parte superior de esta cara, figuraba la fecha: 1609 y en la inferior la letra mayúscula C.

Estaba contemplando el Centén segoviano.

En el interior de la caja había un papel doblado. Lo saqué, lo desdoblé y lo leí. Era el certificado de propiedad y autenticidad de la moneda. Figuraba un nombre: Juliana Vázquez García. Envolví la moneda en mi pañuelo, doblé el certificado y me lo guardé todo en el bolsillo. Tras asegurarme de no dejar huella alguna, cerré la caja fuerte y abandoné sigilosamente el despacho.

Mi hija era la dueña de la pieza de oro que me había obsesionado durante tanto tiempo. Regresé a la habitación de Sara, me puse el bañador y guardé mi pantalón en el armario de la ropa de invierno, debajo de unas rebecas. Luego

bajé por la escalera exterior y mientras avanzaba por el jardín hacia la terraza, oí que hablaban de mí. Me detuve tras los macizos de flores.

-Alex es muy listo –dijo Luis.

-No tanto –dijo Sara.

-Se casó contigo, cariño –susurró la suegra.

-No te cuenta todo. No conoces su lado oscuro –dijo Luis-. Algo se trae entre manos. Ándate con cuidado.

Tenía que salir cuanto antes de aquella casa y poner el botín a buen recaudo, sin levantar sospechas. Atravesé el jardín como si tal cosa y una vez en el borde de la piscina, me lancé al agua.

Tras hacer unos largos, salí de la piscina y me acerqué a la mesa. Mi suegra me escaneaba de una manera un tanto extraña, como si buscara algún chupetón o arañazo en mi piel. Sus enormes ojos grises eran tan fríos como un glaciar.

-Te crees que porque te hayas casado con mi hija ya eres de los nuestros. Hueles a distancia de dónde vienes. Ten cuidado, un soplo y desapareces.

Se me había quitado el hambre. Alcé la botella de vino y me escancié un trago. En esta familia si había algún problema, yo pagaba el pato.

Sonó mi teléfono y lo cogí rápidamente.

-Sí, dígame.

-Soy Teresa González. Perdona que te moleste, pero es que he pasado una noche fatal. El dolor no cesa. ¿Puedes venir a mi casa?

-¿Ahora?

-Ya sé que es tu día de descanso. Te compensaré como te mereces.

La señora González me había dado la excusa perfecta para largarme de allí.

-¿A las cinco y media le viene bien?

-De acuerdo. Te espero.

Mis suegros y su hija me miraban expectantes.

-Era doña Teresa González. Tiene unos dolores horribles que no la dejan caminar –dije pensando en largarme de allí.

-Las mujeres no te dejan en paz. No perdonan ni los domingos. No paras de tocar carne... -dijo Luis con mucho retintín.

-Carne fofa, dolorida, enferma... Señoras que se miran al espejo y se dan un sobresaliente, cuando apenas raspan al aprobado.

-No lo dirás por mamá –dijo Sara.

-Tu madre es la excepción. Tú eres el vivo ejemplo. La genética te ha dotado

de un gran parecido físico con tu progenitora. Eres la mujer más hermosa que jamás he visto.

-Déjate de zalamerías –dijo la suegra.

-Es verdad, créanme. Por mi gabinete desfilan muchas mujeres, pero como vosotras ninguna.

-No has probado bocado –dijo Sara.

-No te preocupes, hija. Doña Teresa es una magnífica anfitriona que sabe a la perfección de qué manera agasajar y seducir a sus convidados. Su ama de llaves cocina de maravilla –dijo con sarcasmo.

Julia se mantuvo firme: yo era el hombre que había engañado a su hija. Me siguió observando un momento de más y después se estremeció, como si pretendiera soltarme un sermón.

-Me voy a trabajar para poder pagar el rescate –dije besando a Sara.

Di media vuelta y me alejé andando por el césped. Cuando llegué a la habitación, me asomé a la ventana. Los tres saboreaban las exquisitas chuletas de cordero lechal. Los ojos de mi suegra seguían muy abiertos y sus labios separados, dibujaban una extraña sonrisa que se difuminaba en la distancia.

Me vestí deprisa y corriendo, me escabullí escaleras abajo y salí por la puerta trasera. Lo primero que hice al llegar a casa fue poner a buen recaudo el Centén segoviano. Luego, sentado tras el volante de mi todoterreno Audi, enfilé el camino de acceso a la casa de doña Teresa.

La jungla de asfalto

Me desperté a las seis y decidí dejar mi trabajo. Una vez aseado, vestido y casi sin desayunar, subí a mi coche y me dirigí a la cárcel de Estremera. Emiliano Guerra era la única pista fiable que tenía y debía seguir tirando del hilo. Hasta ahora todo eran sospechas, rumores o conjeturas, pero ningún indicio de lo que realmente había pasado. Todas las investigaciones acababan en un callejón sin salida.

Una gran nube de polvo y humo se cernía sobre la capital. Me incorporé al tráfico de la M-30 para luego tomar la carretera de Valencia. Después de circular por un tramo de sinuosa autovía, divisé un letrero que indicaba el desvío al centro penitenciario. Una vez cruzada la alambrada que rodea el recinto, aparqué el coche y eché a andar hacia la puerta.

Al cabo de un rato ya había pasado el control de seguridad y estaba esperando en la sala de visitas. Recordé la ocasión en que coincidí con Emiliano en la Casa de Campo algunos meses antes; traté de evocar algún dato que relacionara al mexicano con mi hija, pero de ese encuentro solo recuperaba mi estado de ánimo abatido. Como un padre burlado, puse en marcha mi instinto de sabueso.

La puerta se abrió de golpe y apareció el mexicano acompañado de un celador. Emiliano arrastró la silla y se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa, mientras el celador salía de la habitación cerrando la puerta.

-¿Dónde puedo encontrar a tu jefe? –pregunté sin rodeos.

-No se le puede encontrar. Él te encuentra a ti –respondió sin dejar de mirarme.

-Pero hablabas a menudo con él.

-Soy el último eslabón de la cadena. Solo recibía órdenes.

-¿De quién?

-No lo conozco, no sé quién es. Me las dejaban en un servidor virtual. Ya sabes cómo va eso.

-¿Quién era tu compinche?

-No soy un vulgar chivato. No hay ninguna ley que prohíba mentir a la policía –respondió con chulería.

-Estás acusado de participar en el secuestro de mi hija y de algún delito más. Si colaboras se tendrá en cuenta –dije mientras sacaba un billete de cincuenta

euros y lo deslizaba disimuladamente sobre la mesa.

-No recuerdo el nombre –dijo al atrapar el billete con los dedos.

Saqué otro billete de igual valor y él lo volvió a trincar de la misma manera.

-Se llama Rosendo López y está enrollado con una chamaca de Tijuana llamada Silvia. Viven en el número 34 de la calle Tortuga. No recuerdo si en la tercera o cuarta planta –dijo de carrerilla y en voz baja.

-¿Y eso por dónde cae?

-En la zona sur de la ciudad, donde se encuentra la barriada. Pienso que no lo van a recibir con los brazos abiertos.

-¿Cómo puedo reconocerlo?

-Es de mediana estatura, moreno, fuerte, con una cicatriz en la cara y tatuajes en el cuerpo.

Anoté la dirección al tiempo que le entregaba un papel doblado con mi número de teléfono. Luego me puse en pie, me dirigí hacia la puerta, y me volví cuando ya tenía el picaporte en la mano.

-Supongo que quieres te ayude. Llámame si cambias de idea.

-Nunca he visto a su hija... ni tampoco sé dónde está. La conozco solo porque he visto sus fotos en los periódicos.

Recorrí el camino de salida a grandes zancadas, me metí tras el volante y arranqué. Antes de iniciar la marcha, introduje el 34 de la calle Tortuga en el GPS. Acudir con mi flamante Audi a esa zona era tentar a la suerte. Ese barrio era conocido como el Bronx madrileño. Así que al llegar a la estación de Atocha, guardé el coche en un parking y cogí un taxi.

-Buenas, ¿a dónde vamos? –me preguntó el taxista mientras me acomodaba en el asiento de atrás.

Cuando el taxista oyó el nombre de la calle, toda su expresión cambió. Dio media vuelta a la glorieta, enfiló la calle en dirección sur y aceleró. Apenas cruzamos palabra por el camino. Aquel lugar no era un lugar atrayente. Las estrechas callejuelas nos llevaron a un espacio cuadrangular asfaltado y en el que formaban recuadro viviendas sociales de los años cincuenta. Cuando el taxi se detuvo, traté de convencer al chófer de que me esperara.

-¿En este barrio? ¡Ni hablar! –exclamó.

-Tenga –dije ofreciéndole un billete de cincuenta euros.

-Le he dicho que no –gritó exasperado.

Pagué lo que marcaba el taxímetro y me apeé cerrando de golpe la portezuela. Los neumáticos chirriaron y el taxi se alejó de allí como alma que

lleva el diablo.

Miré a mi alrededor. Eran las doce y media del mediodía, el sol caía a plomo y salía fuego del asfalto. Me abrí paso entre grupos de niños desaseados y de ropas descoloridas hasta llegar al número 34. Pulsé un timbre del telefonillo al azar y esperé. Una voz dijo “¿Quién es?” El cartero, respondí. Sonó un clic y la puerta se abrió hacia dentro. En el portal de baldosas blancas y negras había buzones. Dos de los buzones no tenían nombre. Los nombres que leí no me dijeron absolutamente nada. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Un tipo alto cruzó el umbral y se quedó parado en el zaguán mirándome. Era un hombre moreno, fornido con el pelo rapado y los brazos llenos de tatuajes. Se oía música pachanguera y el olor a marihuana impregnaba el aire. Un edificio muy desagradable.

Anoté la letra y el piso de los dos buzones sin nombre y me dispuse a subir al tercero. La escalera necesitaba urgentemente una limpieza. En sus escalones había cáscaras de naranja, colillas, clínex y en un rincón oscuro, junto a la pared llena de grafitis, descansaba un condón usado.

Al pasar junto a la puerta de una de las viviendas del pasillo, los muelles de una cama crujían; se oían gritos y susurros, como si estuvieran rodando una peli porno. De otra puerta salía el murmullo de tantas voces que parecía un piso patera. Llamé al timbre de la puerta E y esperé. Me abrió una mujer de mediana edad, robusta y de aspecto maternal.

-¿Qué desea?

-Quiero hablar con Rosendo.

-¿El mejicano de la cara cortada?

-El mismo.

-Arriba, en la puerta F –dijo señalando el techo con el dedo índice-. Vive con una mujer de armas tomar. Siempre están peleándose. Anoche se oyeron ruidos extraños.

-Muchas gracias –dije y salí zumbando escalera arriba.

No tenía gran cosa con que intimidarle, pero probablemente sí lo suficiente como para amenazarle con llamar a la poli. Llegué jadeante al cuarto piso. El descansillo tenía las mismas colillas y las mismas paredes garabateadas. La puerta F se encontraba al fondo del corredor. El pasillo que llevaba a ella olía a sexo, a sudor y a fritangas bien condimentadas de ajos. A través de una puerta entornada, una radio atronaba con música de charanga. Por otra puerta se oía a unos tertulianos quitarse la palabra como si estuvieran en posesión de la

verdad.

Al llegar a la letra F llamé al timbre. Se oyeron unos pasos. Después, el chasquido de la cadena de seguridad. Una tía maciza, subida a unos enormes tacones, abrió la puerta. Llevaba un vestido rojo, corto, muy ceñido, el cual marcaba sus sinuosas y atractivas curvas. Parecía que se disponía a salir.

-¿Quién es usted?

Saqué mi flamante licencia de detective y la desplegué ante sus narices con la rapidez que un poli de la secreta enseña su placa.

-No tema nada. Solo quiero saber dónde está mi hija. Tengo entendido que Rosendo vive aquí. Es cómplice del secuestro de mi hija.

-Váyase a hacer puñetas.

-Podría hacerlo, pero no estoy seguro de que le convenga. Podría informar a la poli.

Me cerró la puerta en las narices. No tardó en reaparecer. Oí cómo describía la cadena y la puerta se abrió de par en par.

-¿Rosendo López? ¡Maldito hijo de la chingada! Me dejó por otra.

-¡Vaya, qué casualidad! –murmuré entre dientes.

-Pase y cierre la puerta –dijo sin dejar de mirarme.

Avanzamos hacia la sala de estar. Una televisión grande de plasma zumbaba a la izquierda, en una esquina de la habitación.

-¿Qué significa Rosendo para ti? –pregunté.

-No sé qué carajos quiere que le diga. Mire, olvídese de Rosendo. El tipo que secuestró a su hija está muy lejos de aquí.

Se alejó de mí con pasitos cautelosos, entró en el dormitorio y se detuvo junto a la maleta abierta. Yo la seguía sin pestañear. Debajo de las blusas asomaba la culata de una pistola. En la mesita de noche había un billete de avión. Era un vuelo Madrid-Los Ángeles. Observé todo aquello como si tuviera algún significado, y después volví a salir al pasillo. No encontré nada que tuviera la más mínima relación con Ana. El calor era asfixiante. Tenía la garganta completamente seca.

-¿A dónde va? –gritó apuntándome con la pistola.

-He venido acompañado. Si tardo en bajar, los chicos se pondrán nerviosos.

Se apoyó en la pared del pasillo, con el rostro tenso y cansado, sin dejar de apuntarme con la pipa.

-¿Se cree que me chupo el dedo? Tengo buena puntería.

-Las pistolas las carga el diablo; no solucionan nada –dije con airada firmeza, aunque sin excesiva confianza.

Retrocedí con paso inseguro hasta la puerta del baño y alargué una mano hacia el picaporte, y al comprobar que la puerta se abría, me deslicé en el interior como una exhalación. Cerré de golpe y eché el pestillo. Habría sido capaz de dispararme. Para ella era un intruso. ¡Menudo marrón!

Eché un vistazo alrededor. Sobre un cesto para ropa sucia había un pantalón vaquero de color blanco. En el suelo descansaban unas chanclas azules y en el aire flotaba un olor extraño que era nuevo para mí. Había dos casquillos vacíos en el suelo. La mampara de la ducha, de cristal esmerilado, estaba entreabierta. Miré a través de la rendija y, al hacerlo, hallé el cadáver de un hombre desnudo. Allí estaba Rosendo con la cara cortada y el cuerpo lleno de tatuajes. No podía ser otro. Se encontraba agazapado en un rincón bajo el agua que goteaba de la alcachofa de la ducha. Tenía un agujero abierto en la frente y otro en el pecho. Los dos disparos eran mortales de necesidad. Todavía un hilillo de sangre resbalada con el agua. Tenía los ojos abiertos, totalmente como vivos, pero del todo muertos.

La mexicana aporreaba la puerta del cuarto de baño y me insultaba. Apreté los labios sin saber qué decir. Seguramente, mientras Rosendo se duchaba tranquilamente, entró con la pistola en la mano y le disparó dos tiros. Imposible fallar a esa distancia. No tenía escapatoria. Estaba acorralado contra la pared alicatada hasta el techo.

Me acerqué al espejo y me miré la cara. Un pánico repentino se había apoderado de mí. Mojó mis sienes y me refresqué el cuello y la nuca sin lograr liberarme de la angustia que me asfixiaba lenta pero implacablemente. Luego limpié el picaporte y el pestillo con la toalla para borrar mis huellas.

Alterado me apresuré a abrir la ventana y ver si podía escapar por allí. La ventana daba al patio interno del edificio. Hurgué en el cesto de la ropa y encontré una sábana y luego otra. Las anudé entre sí, até un extremo a la tubería de cobre y la descolgué por la ventana.

El ruido de la televisión había cesado. Se oyó el taconeo de unos pasos en el pasillo. El picaporte se movió, pero no pudo entrar. Llamó otra vez, dejó de llamar y se oyó de nuevo el taconeo como si se alejara. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en volver y abrir la puerta. No mucho.

Puse el pie en el borde de la bañera y trepé a la ventana. Era el cuarto piso. Miré hacia un lado y vi que la terraza de la cocina del tercero estaba a unos tres metros de distancia. Un salto fácil para un gato montés, pero sería capaz

de hacer lo mismo un avezado masajista.

Al otro lado de la puerta se oyó la voz ahogada de la mexicana:

-No te hagas pendejo. ¡Abre o echo la puerta abajo!

Quizá era un farol. No echaría la puerta abajo a patadas porque eso estropearía sus bonitos zapatos de tacón.

Gateé sobre el alféizar, me agarré a la sábana con ambas manos y comencé a descolgarme por la pared del edificio con el corazón latiendo a toda prisa. Respiré hondo, me balanceé un par de veces para tomar impulso y salté a la tarraza. Como la puerta de la cocina estaba abierta entré dentro. Las sábanas se quedaron colgando y ondeaban entre las paredes del edificio.

La señora que minutos antes me había abierto la puerta, me preguntó preocupada:

-¿Qué pasa?

Puse cara de vendedor de enciclopedias. Rostro serio, pero listo para romper en una amable sonrisa.

-Vengo a cobrar una deuda de juego y encuentro a una mujer que me quiere matar –dije-. Si lo llego a saber, no vengo.

-Esa puta de Tijuana... Ya le dije que no era trigo limpio.

-No se asome a la terraza. Tiene una pistola.

Atravesé deprisa el pasillo y el comedor y salí de la casa echando leches.

Una vez en la calle, vi el chasis de un Volkswagen Golf apoyado sobre unos bloques de hormigón. Juraría que estaba entero cuando llegué.

Me pasé un rato buscando un teléfono público, y por fin encontré uno en una zona repleta de bares y cafés. Era un lugar perfecto, así que descolgué y llamé a la poli.

-Policía Nacional –respondió una voz femenina.

-En el número 34 de la calle Tortuga –dije-. En el cuarto piso. Se llama Rosendo.

-¿Sí? -dijo la voz femenina-. ¿Y qué hacemos?

-No lo sé –contesté-. Yo mismo lo encuentro un poco misterioso. Pero el tipo se llama Rosendo. ¿Entendido?

-¿Y por qué es importante eso? -dijo la voz femenina sin alterarse.

-Al forense le interesará examinar el cadáver -contesté, y colgué.

Caminé por las calles cercanas en busca de un taxi que me sacara de allí lo antes posible, necesitaba desaparecer de ese lugar antes de que llegara la

pasma. Notaba cómo el sudor me caía por la frente cuando un taxi blanco se detuvo ante mí, y me trasladó hasta el parking donde había guardado mi Audi.

El caso se había complicado bastante. Ni había encontrado al dueño del todoterreno negro ni había encontrado a Frank. Pero sí que había encontrado un muerto y una mujer con un billete de avión a Los Ángeles. Tenía la sensación de que estos tipos no eran más que simples marionetas movidas por hilos invisibles que son manejadas por fuerzas desconocidas.

SEGUNDA PARTE

New York, New York...

Eran las diez de la mañana y había dos piezas de equipaje en la parte de dentro de la puerta de mi casa. Estaba mi maleta de policarbonato azul y una pequeña bolsa de nylon a modo de mochila.

La gigantesca moneda de cien escudos de oro me quemaba. Tenía que deshacerme de ella lo antes posible. Era un riesgo, pero había decidido llevarla conmigo. La había guardado dentro de un par de calcetines de lana blancos que había metido en el fondo de mi maleta. La maleta se podía extraviar o caer en manos extrañas, y entonces todo se iría al garete.

Había mantenido mi plan en el más absoluto secreto; ni siquiera Sara y Laura sabían exactamente todo aquello que había maquinado. En primer lugar, tenía que recuperar a mi hija. Se trataba de un asunto familiar muy delicado, y había que manejarlo con delicadeza. El viaje había sido cuidadosamente planificado con antelación. Pero necesitaba dinero, mucho dinero. La vida en Estados Unidos no era barata, y además, no sabía cuánto tiempo iba a permanecer allí. La última semana me había empleado a fondo: salidas nocturnas, trabajos extras, masajes *Premium...* Una noche en casa de mi jefa para satisfacer sus deseos ocultos, y así cobrar mi paga de beneficios. Un mes antes me había convertido en socio minoritario de su empresa.

Cuando el taxi se detuvo y se abrió la portezuela, salí fuera y me dispuse a bajar el equipaje. El joven taxista me saludó, cogió la maleta y la metió en el maletero. Tras acomodarme en el asiento trasero, nos pusimos en marcha. El tráfico estaba especialmente pesado, incluso para esa hora del día. El taxi relinchaba y daba coces por la autopista. Cuando llegamos a la terminal, faltaba media hora para el despegue. El chófer puso el equipaje en la acera, cogió su dinero y se marchó.

Estaba a punto de viajar rumbo a la nación más poderosa y odiada de la tierra. Después de facturar la maleta y pasar el control de seguridad, me dirigí a la puerta de embarque. Eché una ojeada al móvil. Tenía tres mensajes y varias llamadas perdidas. Envié un correo electrónico a Sara: “Estaré unos días fuera. No te preocupes”. Sabrá vivir sin mí. Luego desactivé el sistema de localización. Ya no existía entre nosotros ninguna de las cosas vivas que mantienen unidos a un matrimonio; sabía que tarde o temprano tendría que afrontar el fracaso de mi matrimonio, aunque estaba claro que no sería ahora: demasiados frentes abiertos después de la desaparición de mi hija y de la

aventura que me aguardaba.

Apenas hacía unos minutos que me había separado de mi maleta y ya la echaba de menos. Había sido una decisión complicada, todavía estaba dándole vueltas al asunto. Pensé tantas cosas que podrían pasar.

Miré el número y caminé por el pasillo en busca de mi plaza. Cuando encontré mi asiento, me senté. Una mujer embarazada, mientras intentaba meter su equipaje de mano en el maletero de encima de mi cabeza, restregaba su abultado vientre sobre mi rostro. Luego acomodó su gran culo en el asiento de ventanilla contiguo al mío y colocó sus rollizas manos sobre los reposabrazos.

-Soy Susana Beltrán –se presentó con voz aterciopelada.

-Me llamo Alex Vázquez.

-Es usted muy paciente y comprensivo señor Vázquez, ¿no le parece?

-Bueno, solo a veces. Pero tutéame, por favor.

Era una mujer de unos treinta años. Llevaba un amplio vestido que le llegaba a la rodilla, una melena rubia recogida en un moño, unas sandalias a juego con el vestido y un par de ojos grises que me miraban de una forma un tanto extraña. Olía muy bien. A pesar de estar embarazada, tenía un par de piernas que, por lo que pude observar, no estaban nada mal. Las miré absorto, especialmente cuando comenzó a indagar.

-¿Viajas por trabajo o placer? Perdona mi curiosidad pero...

-Necesitaba unos días de descanso. Llevaba una temporada con mucho estrés. Mi familia se ha desmoronado.

Susana no me quitaba la vista de encima; su cabeza me seguía como el periscopio de un submarino que ha fijado su objetivo.

-¿Y eso?

-Mi hija desapareció hace cuatro meses, quizá recuerdes el caso porque fue muy comentado en los medios.

-¡La hija del masajista! –exclamó conmovida-. Mis amigas hablan maravillas de tus masajes.

-No recuerdo haberte visto por el Saratoga Fitness Club. ¿Nunca te has sentido tentada?

-Me pilla un poco lejos. Soy abogada en Wall Street –dijo en un perfecto inglés.

-Según tengo entendido, nuestro dinero lo maneja gente que se pasa el día bebiendo, drogándose y yendo de putas.

-Hay de todo..., pero no vas mal encaminado.

Nos abrochamos los cinturones de seguridad y cuando nos quisimos dar cuenta el avión surcaba un cielo sin nubes. Las azafatas nos colmaban de atenciones y nos trataban como si fuéramos pareja. Susana decidió seguirles el juego.

-¿No deberías coger la baja por maternidad? –pregunté.

-Estoy de seis meses y pienso trabajar hasta casi el final del embarazo.

-¿Qué opina tu marido de todo eso?

-No estoy casada. Este bombo me lo ha hecho mi jefe –reconoció pasándose la mano por la barriga-. Me prometió que dejaría a su esposa, pero se ha echado atrás.

-El muy cabrito se ha burlado de ti.

Susana asintió levemente con la cabeza.

-Me ofreció el oro y el moro. Su esposa lo tiene bien cogido por las pelotas.

-¿Has elegido el nombre del bebé?

-Aún no. El padre quiere ponerle su nombre: Gregory.

-Gregorio no es un nombre que yo elegiría para tu hijo –dije por decir algo.

-En cambio Alexander es precioso –susurró ella.

En ese momento, una azafata nos preguntó si queríamos tomar algo. Susana decidió llevar la voz cantante.

-Un zumo de naranja natural para mí y una copa de champán para mi marido.

La azafata me miró y yo sonreí complaciente. Hacía media hora que nos habíamos conocido y ya se había convertido en mi esposa. Y además, parecía ligeramente interesada en que cogiera una cogorza. El vuelo duraba algo más de ocho horas, de modo que intentaría que aquel viaje fuera lo más agradable posible para los dos.

Enseguida apareció la azafata con las bebidas y unos aperitivos, lo dejó todo sobre la mesa y se alejó. Ventajas de viajar en clase business.

La moneda de oro se había convertido en una obsesión. La llevara a donde la llevase, llamaría poderosamente la atención, con lo cual corría peligro de ser reconocido. No podía venderla por las buenas a cualquiera porque la habrían identificado sin la menor dificultad y eso no me interesaba en absoluto. Primero debía llevarla a una numismática y segundo a una casa de subastas, pero en Nueva York no conocía a nadie.

Tomé un sorbo de champán. Reflexioné con cara de preocupación mientras

repasaba el formulario de vuelo. Varias preguntas invadían mi mente. Sin embargo fue ella misma quien me rescató de la pesadumbre. Menos de media hora tardó en convencerme de que la vía de salida que me brindaba resultaba aún mejor que la perspectiva que yo había planeado.

-Pareces muy misterioso, como si ocultaras algo –dijo ella leyendo mis pensamientos-. Puedes confiar en mí. Si me lo cuentas quizá pueda ayudarte.

-Estos gringos hacen demasiadas preguntas. ¿Quién ha preparado tu maleta? ¿Has perdido de vista el equipaje en algún momento, en casa o en el aeropuerto? ¿Puede que alguien lo haya manipulado? ¿Llevas algún regalo o algún objeto que no sepas con seguridad qué es? ¿Qué aparatos electrónicos llevas?

-Después del ataque a las Torres Gemelas, las normas de seguridad se han reforzado bastante. ¿Temes algo?

-Transporto una pieza de mucho valor.

Alzó las cejas de color leonado.

-¿De qué se trata?

-Es una antigua moneda de oro de incalculable valor. Y viaja en mi maleta. Quiero venderla o subastarla en Nueva York, pero no sé qué hacer ni a dónde acudir.

Terminó el zumo y dejó cuidadosamente la copa en la bandeja. Se quedó pensativa durante unos segundos. Luego habló sin mirarme.

-Tengo una amiga que trabaja en la casa de subastas Christie's. Ella podría asesorarte.

-¿Quién es tu amiga?

-Se llama Patricia. Fuimos compañeras en la universidad. Cuando lleguemos me pondré en contacto con ella.

Hubo un silencio. Me miró un instante y enseguida apartó los ojos.

-Sin embargo, hay un escollo: pasar la aduana.

-No te preocupes. Lo único que los policías quieren saber es que vienes de vacaciones, no para quedarte de manera ilegal a buscar trabajo.

Seguí recitando en voz baja: ¿Es la primera vez que viajas a Nueva York? ¿Cuál es el motivo de tu viaje? ¿Dónde te alojarás? Si la dirección no es de un hotel, ¿con quién te quedarás? ¿A qué te dedicas? ¿A qué se dedica la persona con quien te alojarás, y qué relación os une? ¿Cuánto tiempo te quedarás?

La señorita Beltrán conocía de sobra aquella perorata. Frunció el ceño y me miró fijamente a los ojos.

-¿Dónde te alojas esta noche?

-En el hotel Plaza.

-Si quieres puedes alojarte en mi casa. Es un loft muy grande. Hay sitio de sobra.

En los trenes, barcos y aviones se hacen amigos con mucha facilidad.

-Yo estoy casado y tu soltera. Los policías del aeropuerto no suelen derrochar simpatía.

Alargó una mano y me acarició suavemente la mejilla con la yema de los dedos.

-Una imagen vale más que mil palabras. Solo tienes que poner cara de enamorado que va a ser papá. No tienes que esforzarte mucho: estás enamorado de tu hija.

Susana hablaba con desparpajo y seguridad. Cada vez que abría la boca era para decir algo que me agradaba. Escuchar su voz era una delicia. Era como escuchar la mejor de las sinfonías. No sabía si lo que acababa de oír era verdad, pero a mí me sonaba a gloria. Si tenía este estribo ¿por qué no utilizarlo?

-Lo siento. Soy una mujer embarazada y desilusionada. Sé amable conmigo. Ya sé que nadie me consideraría un buen partido, pero me gustaría ayudarte, mostrarte la ciudad, cenar en un restaurante de la Quinta Avenida...

Sonreí muy despacio.

-Estoy atado de pies y manos. Todo va a depender de la decisión que tome tu amiga Patricia. Deseo tasar y vender la moneda.

-Puedo hablar con ella para agilizar los trámites. Creo que lo mejor sería sacarla a subasta –dijo muy razonablemente.

-Me has convencido. Acepto tu invitación. Pero las consumiciones corren de mi cuenta. Es lo menos que puedo hacer.

Al cabo de un rato, las azafatas nos dieron a elegir entre los exquisitos platos que la carta ofrecía. Compartimos un tartar de salmón y una ración de solomillo con foie y manzana. Y tras los postres, nos dispusimos a hacer la siesta. Susana había reclinado su asiento hacia atrás de tal forma que era casi una cama. Luego se recostó estirando sus largas piernas. Se habían apagado algunas luces del interior de avión. La estancia había quedado en penumbra. Todos los pasajeros parecían dormir menos nosotros. Las dos mantas eran lo suficientemente grandes para tapar todo lo que estaba ocurriendo debajo. Se había formado una especie de tienda de campaña. Susana había cogido mi

mano y se la pasaba por la barriga. Primero por encima de la falda y más tarde por debajo. La deslizaba suavemente desde su ombligo hasta el monte de venus. Yo satisfacía los antojos de la madre para que su niño no naciera con lunares o manchas en la piel.

Al cabo de un tiempo, anunciaron que nos abrochábamos los cinturones porque íbamos a aterrizar. Una vez en tierra, cogimos el equipaje de mano y como dos tortolitos nos encaminamos hacia los controles de seguridad. En cada uno de ellos había un guardia que con ojos inquisidores preguntaba por lo divino y por lo humano.

Tras pasar la prueba, nos dirigimos a recoger nuestro equipaje. La cinta transportadora daba vueltas y vueltas y mi maleta no aparecía. Susana ya había localizado la suya que caballerosamente me dispuse a cargar en un carrito. Por fin mi Samsonite azul apareció por la cinta. Vi el cielo abierto. Sin embargo, aún faltaba lo peor. Estaba sujeto a los caprichos de la persona que inspeccionara mi equipaje. Había llegado el momento de la verdad.

A medida que nos acercábamos a los guardias, Susana me hacía carantoñas y me decía:

-Cariño, no corras tanto.

Yo me inclinaba hacia ella y hablaba en voz baja.

-¿Qué digo si me preguntan?

-Que no tienes nada que declarar –susurró en mi oído.

-Pronto estaremos en casa, mi amor –musité con un ligero acento como de telenovela.

Ella sonreía y sus ojos grises brillaban con un atisbo de picardía.

¡Joder, qué descanso! Qué peso me había quitado de encima. Había superado a los tipos de aduanas, pero pensaba que el FBI me pisaba los talones. Me esforcé por mantener el dominio de mí mismo sin levantar la más mínima sospecha. Me concentré en la que sería mi nueva terea: subastar la moneda de oro.

Oí que alguien se echaba a reír. Y una voz con acento hispano decía:

-Pareja de enamorados; son un encanto. Lo único que quieren es que nadie les moleste.

Al salir de la terminal, un taxista hindú cogió nuestro equipaje y lo metió en el portamaletas. Yo ayudé a subir a la embarazada, con tanto cuidado como si realmente estuviésemos casados. Ella le indicó la dirección y el taxi emprendió la marcha con chirrido de neumáticos.

Susana cogió el bolso y se lo puso sobre el regazo. Rebuscó en su interior y después arrastró el dedo índice por la pantalla de su iPhone.

Hubo una pausa, al cabo de la cual dijo:

-Hola, Patricia. Podrías pasarte esta noche por mi casa. Necesitamos tu asesoramiento acerca de una pieza de oro.

Otra pausa. Y luego:

-Sí. Un amigo que he conocido en el avión. Ven a cenar a casa y lo ves con tus propios ojos.

Patricia parecía estar interesada. Susana escuchaba. Al cabo de un momento, dijo:

-De acuerdo. Estaremos esperándote.

Colgó y volvió la cabeza hacia mí. Yo estaba en ascuas, mirándola.

-¿Sabes cocinar? –me preguntó de sopetón.

-Lo mío es la coctelería, aunque me defiende bastante bien entre los fogones –contesté pensando en la situación que me esperaba.

-Patricia viene a cenar esta noche. Te concedo el honor de agasajarla.

El taxi se detuvo frente a un edificio de apartamentos en el bajo Manhattan. Tras pagar la carrera, el chófer dejó el equipaje en la acera y se largó.

Metí las maletas en el ascensor y ella apretó el botón de su piso. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, recorrió un pasillo hasta la segunda puerta a la derecha y me ofreció entrar primero con un gesto de la mano.

-Pasa estás en tu casa –dijo mientras yo arrastraba las maletas dentro.

Era un loft grande y acogedor con espacios de diferentes alturas. La sala de estar se hallaba amueblada con piezas de distintos estilos y parecía confortable. Tenía pinta de valer una pasta. En el tercer nivel, una doble puerta separaba su espacio de trabajo del resto del loft. Enseguida fui a la cocina y me puse manos a la obra. La despensa estaba casi vacía, así que me marché y regresé con los ingredientes para preparar la cena. Evidentemente, no iba a desperdiciar la magnífica oportunidad que se me presentaba para impresionar a Patricia. Fue rápido. En menos de una hora ya tenía todo listo.

Estaba terminando de poner la mesa cuando sonó el timbre. Susana fue a abrir la puerta.

-Hola, Patricia –dijo la señorita Beltrán.

Aparté la mirada para fijarla en la mujer que acababa de entrar. Tenía muy buen aspecto, llevaba un maquillaje satinado y se recogía el pelo, oscuro y liso, en una cola de caballo. Tenía unos ojos marrones límpidos lo que, en una

ejecutiva de una casa de subastas, inspiraba confianza. Me quité el delantal, me pasé la mano por el pelo y avancé hacia ellas.

-Alex, te presento a Patricia.

-Es un placer conocerte –dije estrechando su mano.

-Así que tú eres el intrépido Alex –dijo mientras me miraba de arriba abajo.

-El que nada arriesga, nada gana –repliqué.

Vestía un elegante traje sastre de color gris perla cuya falda corta revelaba sus tobillos. Enseguida comprendí que era una de esas mujeres que no soportan a la gente gilipollas.

Las dos contemplaron durante un momento la estancia y se sentaron a la mesa. Fui a la cocina y me presenté con la comida. La serví con gestos ceremoniosos. Gambas al ajillo, queso manchego, jamón ibérico, ensalada, panecillos calientes.

-¡Vaya!, tortilla española –dijo Patricia llevándose un trozo a la boca.

-Alex es un cocinillas –replicó Susana al tiempo que yo descorchaba una botella y escanciaba el vino espumoso en las finas copas de cristal.

-Umm... ¡Deliciosa! -exclamó la invitada antes de volver al tema-. Estoy deseando ver la pieza de oro.

Abrí mi maleta, saqué la moneda y la puse en sus manos.

-Es el Centén segoviano –afirmó.

Sus finas cejas se curvaron hacia arriba.

-Háblame de la moneda –murmuré.

-Ah, sí –dijo-. El Centén segoviano. Una moneda única-. Alzó las manos en un gesto estudiado, como una experta preparándose para soltar un poco de jerga rebuscada-. En algunos aspectos, la más interesante y valiosa de las antiguas monedas españolas. Como quizá sepas ya.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Me preguntaba si habría algo en la moneda que pudiera servir para que la identificara un experto..., alguien como ella.

-Es una moneda de oro española equivalente a cien escudos. Solamente se fabricaron siete piezas. Está considerada la moneda de oro más grande de la historia acuñada en toda Europa. Es posible que debido a su enorme valor para la época, solo se utilizara como símbolo de ostentación o como premio a miembros de la nobleza por parte del rey Felipe III, o su sucesor Felipe IV. Las acuñaciones tuvieron lugar en 1609 y 1633 en los talleres del Real Fábrica de la Moneda de Segovia.

Patricia estaba muy bien documentada y enseguida leyó mi mente.

-¿Querrás sacar el máximo precio posible, verdad?

Susana observaba atentamente sin perder detalle.

-Por supuesto –contesté.

Patricia alzó la vista rápidamente y la volvió a bajar. Todavía tenía la moneda en la mano. La dio la vuelta, miró las letras estampadas alrededor y la dejó sobre la mesa.

Como la botella de vino se había acabado, me levanté y fui a la cocina a por otra. Tras ponerla a enfriar en la cubitera, me dirigí a la mesa y me senté de nuevo.

-Es auténtica, pero es posible te hayan contratado para vender una moneda rara a un numismático –dijo la experta.

Patricia sospechaba de dónde venía la moneda y se lo había dicho a Susana, o se lo había insinuado, y también que la moneda era robada. Se equivocaba de cabo a rabo.

-La moneda es de mi hija –aclaré-. Y mi hija lleva cuatro meses desaparecida. Quiero subastarla para poder recuperar a mi hija.

-Eso te honra –intervino Susana-. Tu perseverancia en la búsqueda de tu hija es digna de elogio.

-Es un regalo que sus abuelos hicieron a mi hija cuando cumplió los quince años. ¿Tú crees que la vendería si no fuera por una razón de peso?

-Tiene que ser de mucho peso –dijeron a dúo.

-La moneda está en perfectas condiciones de acuñación y ha sido ya examinada y certificada por la compañía Numismatic Guranty Corporation. Creo que podrá salir al mercado con un precio aproximado de un millón de dólares –afirmé convencido.

Patricia metió la mano en su bolso, sacó su teléfono y lo miró fijamente. Abrió el calendario y al cabo de instante, dijo:

-La semana que viene sale a subasta un lote de monedas antiguas. Procuraré introducirla en ese lote. Tenemos que elaborar el informe sobre las condiciones de la moneda, la garantía de autenticidad, la exposición pública para que el comprador pueda examinarla personalmente, el catálogo y otros servicios en línea.

Además de ser una mujer muy femenina, era más lista que el hambre.

-Habría que fijar el precio de salida en millón y medio de dólares. Si empiezan a pujar por ese precio, seguramente lleguen hasta tres millones. La

semana pasada, un jeque árabe pagó siete millones de dólares por el Doblón Brasher. Creo que podemos entendernos... Sabrás que solo hay seis monedas como ésta en todo el mundo. Están en manos de familias reales y no creo que tengan intención de vender.

Descorché la otra botella y llené las copas por la mitad. Susana levantó su copa y brindamos los tres.

-Mañana a primera hora pásate por mi despacho para firmar los papeles – dijo Patricia mientras deslizaba sobre la mesa su tarjeta de visita.

A la mañana siguiente, me dirigí a Christie's y dejé todo en manos de Patricia. La tarde se la dediqué a Susana. Caminamos por el puente de Brooklyn, navegamos por el río Hudson a bordo del ferry para observar la Estatua de la Libertad, y fotografiar el skyline de la ciudad. Una gran excursión por Nueva York.

Las calles estaban atestadas de coches, prisas y ruidos. Los transeúntes que no éramos de aquí mirábamos hacia arriba, hacia los rascacielos: símbolo de poder, símbolo fálico, ambición de ganar el cielo. Había tantos restaurantes que parecía que nadie cocinara en casa y los taxistas destilaban mala leche.

Una tarde paseábamos por Park Avenue. Yo miraba un edificio de lujosos apartamentos cuando ella me preguntó:

-¿Estás buscando piso?

-¡Qué va! En esta ciudad hace un frío terrible en invierno y peor en verano.

-¿Sabes lo que hace la comunidad de propietarios de esas viviendas a los que quieren vivir allí?

Me volví en redondo y me encogí de hombros, mirándola fijamente.

-Tiene que pasar un examen muy riguroso. Examinan su estatus económico; piden referencias de tu pasado... No admiten a cualquiera.

-¿Aunque esté forrado de dinero?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

Susana me había organizado la agenda. Fue una semana inolvidable: La Traviata en el Metropolitan Opera House, musicales en Broadway, oraciones en la catedral de San Patricio, cenas en Cipriani y fiesta ochentera en el hotel Plaza, apenas a manzana y media de la casa de subastas.

Un jeque árabe fue el vencedor en la subasta. Necesitaba abrir una cuenta corriente donde ingresar ese dinero. Susana conocía todos los tejemanejes de Wall Street. Me puso al tanto del sistema financiero yanqui y de algunas formas de inversión rentables.

Al poco tiempo recibí un mensaje en mi teléfono. Mi nuevo banco me comunicaba que habían ingresado tres millones y medio de dólares en mi cuenta. Las previsiones de Patricia se habían cumplido al pie de la letra.

-Has ganado el dinero y arriesgado mucho por él –me dijo Susana-. Puedes comprar bonos, acciones... Sería una buena forma de lavar ese dinero.

Hotel California

Eran las once de la mañana, viajaba en clase preferente y ocupaba un asiento de pasillo. A mi derecha había una mujer. Su pelo tenía una preciosa tonalidad cobriza, en los labios lucía una sonrisa distante y sobre los hombros llevaba una rebeca de encaje beige que mitigaba la brisa fresca que soplabá desde las rejillas del aire acondicionado.

La mujer me lanzó una mirada capaz de taladrar la roca. Pero no me dejé intimidar. Estaba acostumbrado a lidiar con esta clase de personas.

Llevábamos media hora volando y no habíamos cruzado ni una palabra. Ella tenía los auriculares puestos y veía una película. Llegué a pensar que era muda. Pero si podía oír también podría hablar. De vez en cuando me miraba de reojo. Probablemente no tenga por costumbre hablar con desconocidos y deba ser yo quien rompa el hielo. Al cabo de un rato, se quitó los auriculares y apagó la televisión, como si la película fuera un tostón. Yo la observaba y sacaba mis propias conclusiones, sin llegar a nada. Oía muy bien, a ropa limpia y a algo que era muy agradable. Cerré los ojos y respiré profundamente varias veces.

Cuando abrí los ojos, ella estaba escudriñando mi rostro con una mezcla de confusión y curiosidad.

-Soy Marina King –dijo en inglés con un ligero acento mexicano.

-Encantado de conocerte, me llamo Alex. Alex Vázquez.

Al saludarme, pude apreciar con más detalle la belleza femenina que había aceptado hablar conmigo. Apenas llevaba maquillaje, melena rizada, ojos enmarcados por enormes pestañas y piel bronceada; daba por hecho que se trataba de una persona que cuidaba su aspecto de manera minuciosa. Se había quitado la rebeca. Vestía sexy, falda por encima de las rodillas, blusa escotada sin mangas y zapatos de tacón alto. Iba sin medias. Sabía desenvolverse con naturalidad, como si estuviera licenciada en teatro. Tenía una frente ancha y despejada, nariz fina y un rostro anguloso aunque bien proporcionado.

-¿Eres español? –me preguntó en un perfecto castellano.

Respondí afirmativamente con un leve movimiento de cabeza. Su voz era cálida y envolvente, y como mi inglés dejaba mucho que desear, pensé que si hablaba en castellano nos entenderíamos mejor.

-¿Vives en Los Ángeles o viajas de vacaciones?

-Mis padres eran mexicanos, pero yo nací en Los Ángeles. Ahora dirijo una

agencia de chicas de compañía.

-¿Hay alguna forma de conocer a tus chicas antes de solicitar sus servicios?

Extrajo una tableta de su bolso, pulsó algunas teclas y una ventana se abrió en la pantalla. Un ramillete de chicas guapas posaban semidesnudas mostrando todos sus encantos. Parecían sacadas de una pasarela de modelos.

-Son de una extraordinaria belleza. Rezuman sensualidad por los cuatro costados –exclamé.

-Las mejores de Los Ángeles. No se desplazan por menos de mil dólares. Eso sí: tienes el placer asegurado. Gente del cine, hombres de negocios y ricos aburridos avalan nuestros servicios.

-Vaya, me dejas impresionado.

Su verdadera exaltación no estaba en aumentar la facturación de su agencia de contactos, de por sí cuantiosa, sino en deleitarse en la información a la que tenía acceso gracias a los servicios prestados.

-No solo ofrecemos placer al cliente, sino que los hacemos sentir especiales y únicos. ¿Y tú a qué te dedicas?

-Hasta la semana pasada trabajaba como masajista en un fitness club de alto standing.

-¿Qué quieres decir?

Hice una ligera mueca con mis labios.

-Mi hija desapareció hace cuatro meses y creo que está en Los Ángeles.

-¿Por qué?

-Siempre quiso ser actriz.

-¿Tienes alguna foto suya?

Saqué mi móvil del bolsillo y tecleé la pantalla. Se veía a mi hija en traje de baño saltar a la piscina, tomar el sol, pasear por el jardín de casa.

Marina arqueó las cejas. Daba la impresión de que la conocía de algo. Se limitó a decir:

-Es preciosa. Pero la ciudad de Hollywood está atiborrada de chicas preciosas que sueñan con llegar a ser estrellas de cine.

En ese momento una azafata servía sendas copas de champán. Una vez que nos quedamos solos, ella me propuso que habláramos en clave cada vez que se acercara alguna azafata.

-Tengo un amigo que trabaja de entrenador personal. Un día, mientras le daba su habitual masaje, me confesó: “No me gustan los puticlubs. Son un

derroche y cada semana, después de estar con alguna puta, me pregunto si habré pillado alguna infección”.

-La mayoría de esos temores son infundados -replicó Marina-. Resultan peores las que no cobran.

-Eso dice mi amigo: “Te cansas de gastar dinero a lo tonto. Las invitas a cenar a un restaurante o pagas cuentas exageradas en una discoteca y encima en la primera cita no te jalas una rosca. Algunas ni te dan una segunda oportunidad, entonces se ha perdido tiempo y dinero. Y luego están las recatadas que en segundas y terceras citas se dejan meter mano, pero de follar ni hablar. Para entonces ya llevas una pasta gansa gastada y acabas con dolor de huevos”.

-Yo asentía y le escuchaba con atención mientras masajeaba la zona de la nuca, trapecio y hombros. Mi amigo continuó: “Las peores son las que te ofrecen un fin de semana en la playa, todo incluido. Y ni siquiera saben follar. A estas alturas echas cuentas y resulta que con lo que has gastado habrías follado como un rajá varias semanas con una escort de lujo”.

Marina soltó una ligera carcajada. Luego agregó:

-Y de infecciones, están más limpias mis chicas -que para eso se revisan- que las hembras que ligas al azar que nunca han ido a revisión.

-“Y una felación es casi misión imposible -prosiguió-. Creen que si te hacen una mamada uno piensa que son unas rameritas. Como si uno se hubiera caído del guindo y no se diera cuenta de la destreza con que agarran el badajo”.

-¿Y de sexo anal? -le pregunté.

-“Ni mentarlo -respondió-. Es casi una experiencia religiosa. Promesa de casamiento a cambio de que te ofrezcan el agujero del culo. No me gustan las furcias, pero las otras menos”, concluyó.

-Ahora que lo pienso, ¿por qué sois tan complicadas las mujeres?

Madame King me miró sonriendo de oreja a oreja, mostrando unos dientes blanquísimos.

-Con mis chicas, en cambio, es diferente. No hay estrés ni romances, ni gastos superfluos. Acuerdas el precio y el servicio, y a gozar. Los clientes desean chicas que conozcan su cuerpo, que tengan confianza en sí mismas. En lugar de ir a un bar y conocer a cualquier pendeja, en mi casa encuentran seguridad y satisfacción frente al sexo casual con extrañas al azar. Gracias a mis chicas muchas parejas permanecen felizmente casadas.

Apenas llevaba una semana en suelo estadounidense y ya había conocido a tres encantadoras damas. La primera era experta en el trasiego de dinero por el

mundo, la segunda en calentar las subastas y la tercera en contactos sexuales de altos vuelos.

-Vete a dormir -me ordenó.

Por un instante no supe a qué coño se refería Marina, hasta que advertí la presencia de una azafata que portaba los rollitos de primavera y las hamburguesas de Kobe que habíamos pedido.

Tan pronto se retiró la azafata, extendió los brazos hacia mí y tomó mi mano derecha entre las suyas. La acariciaba como una persona que está sopesando una herramienta muy valiosa.

-Pocas veces he visto unas manos como las tuyas –murmuró sin dejar de sobarla.

-Me gano la vida con ellas.

-Me gustaría que me hablaras un poco de tus masajes –me dijo con los ojos muy abiertos.

-El masaje es salud y belleza. La clave está en irradiar confianza y seguridad. Cuando empecé como masajista, nunca imaginé todo lo que podía llegar a aprender de la mujer. Estaba entusiasmado.

Madame King permanecía expectante con mi mano entre las suyas.

-Continúa, por favor. Cuéntame tus secretos profesionales –dijo más hambrienta por conocer cada matiz sobre el masaje sensual que por hincarle el diente a la hamburguesa.

-Mi mirada, mis modales, mi voz, jamás volverían a ser igual. La confianza en mí mismo me enaltecíó ante la mujer. Sé de ellas más que ellas mismas.

Marina me escuchaba y parecía seducida con mi forma de hablar. Me abrí a ella. Le conté con pelos y señales, cómo creé masajes únicos y exclusivos. Me liberé de las pautas de los centros de masaje para alcanzar la excelencia a través de nuevas técnicas, atrevidos lances...

-Bajo mis manos y mi cuerpo había una persona diferente cada vez, vibrando de deseo y necesitada de afecto. Cada masaje me ofrecía nuevas posibilidades, mis expectativas se ampliaban, me abría a la creatividad y aquello no paraba. Era crear placer mediante la observación de ese momento donde ellas, totalmente relajadas, se insinuaban y yo absorbía su información. Sin trampa ni cartón. Cosas simples, hechas en el momento adecuado.

-Me dejas asombrada. Conviertes el masaje en una experiencia mágica e inolvidable –dijo ella.

-Es primordial avivar todos los sentidos e impedir ciertas prácticas para que

el deseo alcance una dimensión superior. El masaje sensual es placer en sí mismo y no es oportuno convertirlo en un preliminar del final feliz.

-Estás lleno de sorpresas. Hasta donde llegas... -susurró Marina.

-Tengo mis límites, aunque a veces se hacen locuras. La preparación es esencial para dejarse fluir una vez que comienza la sesión: enciendo algunas velas, pongo música suave y selecciono el aroma adecuado; cada movimiento ha de ser seductor y cargado de intención. Un gran espejo ayuda a aumentar la excitación visual desde ángulos diferentes.

-Mis chicas son expertas masajistas –intervino Marina-. Y sus mejores aliados son un pareo, una flor hawaiana y una sonrisa que transmita belleza, serenidad y sensualidad. Resultan muy eróticas las transparencias que ofrece el pareo, lo ajustan dejando la espalda descubierta y mostrando una pierna. Reciben descalzas con la melena suelta aunque, más tarde, para el masaje, se la recojan. Cuando reciben con ligeros o ropa interior se desatan las pasiones demasiado rápido, tanto que incluso ellos mismos prefieren el pareo. Acariciar el cuerpo suavemente con plumas les pone a cien.

-Yo suelo usar un kimono de seda blanco, aunque algunas se empeñan en quitármelo durante la función.

-¿Y qué clase de música pones?

-Me gustan las sonatas de piano. El piano crea una atmósfera relajada y sensual que puede detonar el erotismo.

-Pero habrá días que estés cansado o no te apetezca... –susurró Marina.

-Si no se disfruta, de nada sirve. El placer es cosa de dos. Mi trabajo es como un juego de roles, que fluye y fluye hasta conseguir gozar plenamente. La expresión corporal juega siempre a mi favor. Me siento un artista ante ellas, seguro de transmitir con cada parte de mi cuerpo, sumergido en su piel sedosa.

-¿Y cómo haces el masaje erótico?

-Lo primero que hacemos es desnudarnos. Luego embadurno su cuerpo con aceite esencial para mejorar el roce y las caricias. A continuación deslizo suavemente mi cuerpo por encima de ella en diferentes posiciones para no dejar ningún rincón del cuerpo sin gozar del incitante contacto. Ella cada vez se encuentra más relajada, experimenta una sensación muy placentera. Nuestros cuerpos se funden en uno. El masaje avanza, la intensidad crece hasta llegar al nivel de las zonas erógenas a través de diferentes puntos de estimulación del cuerpo y la reflexología genital.

-¿Siempre realizas el mismo ritual? –preguntó Marina tras dar un sorbo al champán.

-¡Qué va! Cada persona es un mundo y cada momento tiene su afán – contesté-. Empiezo con un masaje de pies, despacito, sin prisas. Luego, mis manos descienden cuerpo abajo. Con más fuerza si cabe. Amasan su pecho, su vientre como pan sin cocer, cada vez más abajo, un poco más. Mis dedos juegan con el ombligo, el monte de venus, deslizándose entre sus nalgas, por sus muslos, buscando una hendidura, que se humedece, hasta que, fortuitamente, se introducen en su cuerpo primero lentamente, después más rápido, y más rápido, más, más... Oleadas de calor recorren sus nalgas y su entrepierna. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo como si fuera una yesca humeante a punto de prenderse fuego. Sus ojos me miran llenos de lujuria.

-Me estás poniendo los dientes largos –comentó Marina-. Sólo de escucharte ya estoy preparada para dar un paso más, ¿qué hay del masaje en sí y el final feliz?

-Bueno, eso solo lo hago en la intimidad con clientas de mucha confianza.

También eso le gustó a madame King, pero ahora creí adivinar además, tras sus ojos, una risa furtiva.

-Aquí está mi teléfono, llámame si se te ofrece algo o tienes cualquier duda; no vaciles -dijo Marina y me extendió su tarjeta-. A mí también me gusta ir paso a paso y que el camino sea feliz, no sólo el final.

-Te tomo la palabra Marina.

-Espero que la azafata no se sepa castellano, de lo contrario pensará que somos unos perversos -dijo tan pronto se retiró la azafata.

Hablando y hablando las horas se pasaron volando. Entonces se echó hacia atrás y me dirigió una penetrante mirada. La mayor fuerza de Marina residía en su poderoso equipo de escorts reclutado en todo el mundo y en los sofisticados servicios que ofrecían. Eso, y su carácter de madame, le otorgaban una relación privilegiada con la élite empresarial y política, que la temía y a la vez la respetaba. Pensaba en esto mientras el avión aterrizaba en el aeropuerto internacional de los Ángeles una calurosa tarde de julio. Sería una ironía que Marina estuviera interesada en probar mi masaje *Premium*.

Cuando salíamos de la terminal, Marina habló con alguien después de pasar el dedo índice por la pantalla de su móvil. Colgó y volvió a dirigirme la palabra.

-¿Hacia dónde te diriges?

-A Hollywood este –dijo.

-Si quieres podemos compartir taxi. Yo me alojaré en el hotel Beverly Hills

hasta que encuentre casa.

En ese momento un todoterreno con las lunas tintadas se detuvo ante ella. Un chófer con planta de jugador de NBA, traje negro y corbata vino hacia nosotros.

A un gesto de ella, cargó el equipaje en el todoterreno. Luego abrió la puertezuela para que nos acomodáramos en el asiento trasero, puso en marcha el motor y salió lentamente del aparcamiento. Apenas hablamos durante el trayecto.

-Por lo que me has contado, tienes un trabajo con una clientela consolidada en Madrid. No entiendo por qué vienes a vivir en Los Ángeles.

-Voy a recuperar a mi hija.

Antes de que me bajara del coche, Marina colocó una mano sobre mi muslo y casi al oído para que su chófer no la oyera, me susurró:

-Llámame cuando estés instalado.

Hice una mueca afirmativa, pero la presión de su mano que rozaba mis genitales, me dejó estupefacto. Más tarde me pregunté si el incidente era debido a la oscuridad que reinaba en el coche o a un acto deliberado por parte de la hermosa madame.

Cuando llegué a la habitación del hotel encendí el teléfono que utilizaba en España, del que debía librarme pero no podía, porque tenía que estar disponible para Sara.

Eché un vistazo a la pantalla. Tenía tres llamadas perdidas de mi esposa y varios mensajes:

¿Dónde estás? Responde, por favor. Desde que Ana desapareció, me da la sensación de que todo lo que cuentas es mentira. Me tienes preocupada. Por lo que pueda estar pasando.

Escribí un mensaje:

-No te preocupes. Estoy buscando a nuestra hija. Cuando sepa algo, te lo haré saber, pero no comentes nada a nadie. Todo esto debo llevarlo en el más absoluto secreto.

Le di a enviar y desconecté el teléfono.

Aquella casa de la playa

Al día siguiente el teléfono sonó mientras me afeitaba y me pregunté si eso sería una llamada de la inmobiliaria.

-Sí, dígame.

-Hola, soy Katia. Estoy en el vestíbulo del hotel.

-Bajo enseguida –contesté.

-Le espero –dijo la vendedora con quien había hablado media hora antes.

Cuando terminé de vestirme, tomé el ascensor y descendí hasta el hall. Una pelirroja de aspecto vivaracho estaba sentada junto a una maceta enorme con una palmera, hablando por un teléfono rosa con incrustaciones doradas.

Me acerqué al mostrador de recepción. Un conserje de aspecto serio, con gafas, miraba con atención la pantalla de un ordenador. Alzó la vista y haciendo un gesto con la cabeza, me dijo:

-Señor Vázquez, aquella señorita pregunta por usted.

Me acerqué a ella y sus ojos verdes me observaron fugazmente; después se puso a mirar a través del ventanal.

-No -dijo al aparato-. No. Lo siento. Me temo que es inútil. Estoy muy ocupada.

Colgó, guardó el móvil y me dedicó una ligera sonrisa.

-Usted debe ser Alex –dijo poniéndose en pie y alargando una mano hacia la mía.

Asentí y estreché su mano firmemente, al tiempo que la examinaba de arriba abajo. Estaba muy mona. Llevaba una falda corta de color beis, sandalias, una blusa estampada y un pañuelo naranja. Sus grandes ojos verdes tenían una mirada penetrante, más de lo que cabría esperar. Tenía el pelo suelto y le caía por encima de los hombros.

-Vamos, iremos en mi coche –dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Subimos al Toyota. Ella se puso al volante y yo me senté a su lado. Recorrimos los alrededores, subimos cuestas y carreteras de montaña llenas de curvas. Había chalets para todos los gustos y bolsillos. En ese momento el coche avanzaba por las colinas de Hollywood. Una mansión un tanto aislada llamó mi atención.

-¿Quién vive en esa casa?

-Lady Gaga –contestó sin apartar la vista de la carretera.

El Toyota se detuvo junto a una garita de vigilancia. Después de un breve diálogo entre Katia y el vigilante, la barrera se levantó para franquearnos el paso. La pátina de lujo y discreción perduraba hasta hoy. Este oasis de súper mansiones no sólo destacaba por su opulencia, sino también por seguridad.

-Aquí pueden vivir con las puertas de casa abiertas, algo impensable en cualquier otro lugar. No hace falta la alarma. El nivel de tranquilidad es máximo. Los niños pueden salir a jugar y no les va a pasar nada porque las calles son privadas –comentó Katia.

-La seguridad física y la salud forman parte de nuestras necesidades más básicas –murmuré.

-El recinto se ha convertido en un auténtico búnker –prosiguió Katia-. Tres garitas de entrada con guardia que controla las visitas, cámaras, infrarrojos, detectores de movimiento, patrullas 24 horas, un doble perímetro también videovigilado...

Bajamos del coche y entramos en la residencia de un director de cine. La casa, situada a tan solo quinientos metros de la de una conocida actriz, contaba con un garaje para seis coches, piscina exterior y gimnasio. A pesar de la proximidad de las dos construcciones, sus fachadas reflejaban a la perfección el carácter opuesto de sus moradores. Mientras una respondía a una arquitectura tradicional, la de la estrella tenía un estilo mucho más desenfadado y vanguardista.

-¿Quién puede alojarse en esta urbanización?

-Aquí el único filtro es el dinero –respondió la pelirroja-. Viven en sus islas particulares lejos de miradas ajenas.

-Invertir en estas colinas, seguramente, sea el negocio más rentable que exista sobre la faz de la tierra –dije tratando de aparentar que sabía de qué hablaba.

La pelirroja movía la cabeza afirmativamente.

-Especuladores inmobiliarios forrándose durante décadas. Salvo en una coyuntura de crisis, la vivienda se revaloriza con el tiempo. Nadie quiere perder dinero –dijo sin pestañear.

Me enseñó una mansión en Pomona, otra más pequeña Fairfax y una tercera en Santa Mónica. Era una hermosa casa que se alzaba sobre un pequeño montículo, rodeada de una amplia franja de césped. Parecía tranquila y tenía unas excelentes vistas al mar. La cocina era lo bastante grande como para dar clases de danza en ella. Estaba amueblada con un gusto exquisito y pertenecía a

una escritora. El precio del alquiler era más barato que las otras que habíamos visitado, aun estando muy cerca de la playa.

Katia sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y me ofreció otro.

-No gracias –dije al tiempo que ella daba una profunda calada.

-Está muy bien de precio –murmuró-. La dueña prefiere cobrar algo menos, pero que no estropeen nada. Ah se me olvidaba: un matrimonio mexicano viene dos veces a la semana para limpiar la casa y cuidar el jardín.

-Me gusta, aunque es demasiado grande para mí solo.

El sitio era excelente para hacerme pasar por escritor y estar en armonía con el ambiente cultural de la ciudad. Las paredes del salón estaban forradas de estanterías atestadas de libros y el suelo de madera pulida brillaba como el ámbar. Sobre la mesa había una novela. Empecé a leer unas hojas. Las páginas enganchaban y se leían de un tirón. Volví la cabeza hacia la terraza. A través de los grandes ventanales, divisaba la línea de la costa, las olas del océano y la bahía de los Ángeles.

La pelirroja había encendido otro cigarrillo y me miraba lanzando volutas de humo hacia el techo, como si esperara alguna respuesta por mi parte.

Una ligera brisa se precipitó por la puerta, que seguía abierta, haciendo ondular las cortinas vaporosas que filtraban la luz. Solo sabía que la dueña se llamaba Nora: una escritora que se había ausentado por una temporada para visitar a su hija. Tan apetecible resultaba desde todo punto de vista el chalé, y tan moderado su precio que cerré trato en el acto y me lo quedé desde aquel momento. Esa misma tarde trasladé todas mis cosas desde el hotel.

Katia me acompañó hasta puerta y antes de despedirnos, me dijo:

-Aquí sin un coche aparente no eres nadie.

Me di cuenta de que lo fundamental era la imagen. Un buen coche me abriría las puertas de los estudios de grabación y los restaurantes de moda. Entonces me compré un Chevrolet Malibú nuevo. Me sentía acorazado por la confianza que dan las llaves de una berlina en la mano y un fajo de billetes en la cartera. Y más importante aún, tenía un plan para recuperar a mi hija.

Como residencia para un escritor desconocido, el sitio tenía sus ventajas, pero como lugar seguro no sabría qué decir. La suerte puede llegarte en cualquier parte y yo había planificado una jugada arriesgada. Estaba en un país extranjero, apenas conocía a nadie y aunque algunos nombres me sonaban de las películas de Hollywood, tuve que empezar de cero. Así que cada dos por tres echaba un vistazo en Google Maps.

La ciudad de los Ángeles tenía playa, recibía guiones de todo el mundo y

estaba convencido de que mi hija estaba aquí. Tres poderosas razones para pasar una temporada. No tenía familiares ni amigos, y era, por tanto, libre como un pájaro, es decir, todo libre que cabe ser con tres millones y medio en una cuenta bancaria.

Hollywood se abría ante mí. Una constelación de estrellas vivía en aquellas colinas. Genios, mentes privilegiadas y cuerpos excitantes. Gente que sabía ganar dinero y vivir en casas rodeadas de árboles. Gente que esperaba un buen guión para mantener su nivel de vida. Tenía la corazonada de que mi hija estaba allí, y yo me sentía infeliz. Podía estar acompañada de un neurótico, un sexo adicto o de un drogadicto. Y entonces, con menos motivos aún, vi la cara de Ana, toda arreglada y maquillada, con su melena rubia ondeando al viento. Intenté imaginar ese rostro en primerísimo plano, mordisqueado por algún personaje viril salido de los vastos estudios de cine.

Tras levantarme por la mañana, desayunaba y me marchaba a la calle. En ocasiones daba largas caminatas por la playa; otras veces, vagaba por el paseo marítimo, y de cuando en cuando, me adentraba en los ambientes más sórdidos de la ciudad.

Un día, sentado a la mesa de una terraza, me estaba tomando un café y leyendo el periódico. Lo doblé y levanté la vista. Una chica delgada y de cabellos rubios, vestida con una falda blanca, una blusa azul y zapatos de tacón, salió no sé de dónde y pasó junto a mí sin mirarme. Traté de decidir a toda prisa si su rostro me resultaba conocido o si era, simplemente, que respondía al tipo de mujer guapa, delgada y de facciones similares a las de mi hija.

Acabé el café y salí tras ella. Sus ojos me siguieron cuando me vio salir. La joven de cabellos rubios estaba de pie frente al escaparate de una tienda de ropa. Me acerqué a ella y me detuve a su lado. Se quitó las gafas de sol y me miró extrañada.

-Ah, perdone. La había confundido con otra persona –dije y me largué de ahí.

Fui a buscar el coche y regresé a casa. Me tumbé en el sofá y me quedé traspuesto. El televisor de cuarenta y siete pulgadas emitía un murmullo de fondo al que apenas prestaba atención.

Y entonces, como un flash la imagen de Ana se me presentó ante mis ojos. Una cadena de televisión emitía un reportaje desde Los Ángeles. Las imágenes se sucedían a través del paseo marítimo. Fue de refilón. Vestía unos vaqueros azules y una camiseta blanca. Caminaba por una pasarela cerca del mar. ¿Qué

diablos hacía allí? ¿Era ella de verdad? ¿Cómo llegó hasta allí? Pensé llamar al comisario Peláez. Pero más tarde recapacité y no lo hice. Peláez emitiría una orden de busca y captura al FBI. No conseguiría más que levantar la liebre y poner en guardia a los secuestradores. No era más que un presentimiento, pero traté de mantenerlo en secreto. Tenía que ser yo mismo quien llegara hasta ella sin levantar ninguna sospecha.

Había sido un día muy largo. Era posible que, si descansaba y se me aclaraba el cerebro, llegase a tener una ligera idea de lo que estaba haciendo.

Empezar de cero

Tenía que inventarme una nueva vida. Ahora sería escritor: unas veces escritor de libros, otras de guiones de cine, según me conviniera. Debía introducirme en ese ambiente de escritores y directores con aspiraciones. En mi ordenador portátil había varios manuscritos. Los había copiado de la editorial de mi esposa. Había seleccionado los cuatro peor valorados para añadirlos a mi incipiente vocación de escritor. También había un archivo en el que desde que desapareció mi hija, todos los días escribía alguna página.

Mi nueva casa había sido proyectada para lograr los espacios más amplios y más abiertos posibles, con un diseño diáfano y prevalencia de maderas y tonos neutros en su decoración. Estaba rodeada de un gigantesco jardín lleno de árboles, macizos de flores y una extensión de unos mil metros cuadrados de césped; un patio central en el lado resguardado, desde el cual se oía claramente el ruido del mar, y se podía notar el rocío de las olas, su aroma y su sabor.

Tras asearme y tomar café, subí al Chevrolet y di marcha atrás para salir a la calle. Hacía dos semanas que había llegado a los Ángeles y apenas había logrado avanzar en mi objetivo principal. Me sentía perdido en una ciudad que parecía un polígono industrial. Aunque me guiaba por el GPS de mi móvil, intentaba memorizar cada detalle a mi alrededor: nombres de calles, plazas, barrios. Cuantos más kilómetros hiciera, cuanta más gasolina gastara, antes me adaptaría a la ciudad.

Continué por la carretera de la costa, torcí a la derecha y ascendí la larga y sinuosa carretera de la colina que había al otro lado de Sunset Bulevar. Yo no sabía adónde conducía excepto por el hecho de que, antes o después, todas las carreteras de aquella zona desembocaban en el océano. Abajo había un cruce sin semáforos. Giré a la derecha y, tras recorrer unos cuantos kilómetros de una amplia avenida, encontré el bulevar y giré otra vez a la derecha. Me dirigí de nuevo hacia el centro de Hollywood.

Eran las doce y media cuando aparqué el coche frente al hotel Four Seasons. En la puerta coincidí con un hombre guapo de un metro ochenta y cinco centímetros de estatura. Llevaba un traje de lino beige, una corbata azul y mocasines de ante color marrón. Cabello espeso, piel bronceada. Parecía un chulo de putas. Caminaba lentamente con la elegancia de una pantera.

No me cabía duda alguna de que, al cabo de media hora, estaría en una suite acompañado de alguna rubia teñida. Con dinero, buena salud y mucho tiempo

para sacar el máximo provecho de ambas cosas. Cortaría el bacalao adondequiera que fuese. Me miró con arrogancia de arriba abajo y se alejó hacia el ascensor.

Mientras caminaba por el salón, me di cuenta de que un anciano sentado en un sillón había alzado una mano y me hacía señas con el índice.

-¿Es a mí? –pregunté apuntándome al pecho con un dedo.

Él asintió, de modo que me dirigí hacia donde estaba.

Era viejo, pero tenía la mente muy lúcida. Debajo de la nariz había un largo bigote con las puntas curvadas hacia arriba. Los ojos grises y el cabello blanco le daban un aire majestuoso.

-Joven, acérquese acá.

Tras tomar asiento a su lado, me examinó y su boca esbozó una sonrisa.

-Buenos días, señor Ferguson –dijo un botones al pasar junto a nosotros.

Ferguson le siguió con la mirada.

-¿Qué se le ofrece, señor? –pregunté.

-No pierda el tiempo con ese tipo –dijo-. Es Randy: un chulo.

-Me miraba con desdén.

-Cree que le haces la competencia. Eres un hombre muy apuesto. Alto, esbelto de caderas, ancho de hombros, delgado y musculoso. Las mujeres te miran. He pasado muchos años en vestíbulos, cafeterías y terrazas de multitud de hoteles en todo el mundo. He sobrevivido a dos guerras y a todos los miembros de mi familia. Y así seguiré hasta el día que me lleven a una habitación de hospital. Entonces amables enfermeras me atiborrarán de pastillas y de comida insulsa hasta que me vaya al otro barrio.

Yo escuchaba atentamente en silencio.

-Me temo que estoy hablando demasiado. ¿Cuál es su nombre?

-Alex Vázquez.

-Yo soy Arnold Ferguson. Pertenezco a la clase alta, a la alta sociedad y la adoro. Estudié en Harvard y en Oxford. Pasé dos años en París y uno en Suiza. Quizá para prepararme para una vida de holganza. Pensé que era del mismo gremio que Randy. Como verá, a veces me meto donde no me llaman.

-Me hubiera gustado charlar un rato con ese tal Randy –dije.

-¿Ve aquella hermosa mujer de cabello castaño que hojea la revista Vogue?

-¿La que lleva un vestido de encaje azul turquesa, demasiadas joyas y muy maquillada?

-Se llama Gina Weld. Se ha divorciado seis veces. Tiene dinero a punta pala y un cuerpo muy bien cuidado, pero los hombres se largan y se queda otra vez sola. Aunque ella se esfuerza en retenerlos. Sin embargo, no tiene un pelo de tonta. Se acostaría con un tipo como Randy, le daría dinero, pero nunca se casaría con él. Anoche discutieron acaloradamente. A pesar de todo, sigue pagando sus facturas, como ha hecho otras veces.

-Vaya, vaya con Randy. Es insaciable. Yo creía que era el director del hotel.

El señor Ferguson me dirigió una sonrisa sarcástica.

-Randy vive de las mujeres. Por eso se aloja en un hotel como éste. En un hotel de lujo siempre hay alguna dama solitaria forrada de dinero. Puede que no sea atractiva ni muy lozana, pero tiene otros incentivos.

Yo escuchaba educadamente a un viejo que hablaba demasiado.

-Una mujer como la señora Weld normalmente acaba casándose con una serie de elegantes cazadotes, playboys de medio pelo, entrenadores personales con atractivos músculos, aristócratas europeos venidos a menos, vulgares principitos orientales, cada cual peor que el anterior.

Se inclinó hacia adelante y volvió a arrellanarse en el sillón.

-La señora Weld está hasta el moño. Ayer, Randy llegó acompañado de una joven de rizos dorados. Por lo que pude observar, la relación existente entre ambos era un tanto extraña. Se apreciaba cierta tirantez.

-¿Cree que Randy chantajearía a una mujer?

-Randy chulearía a su propia madre. El rufián que vive de las mujeres siempre se aprovecha de ellas. Le roba sus joyas, falsifica cheques con la firma de Gina. Esa fue la causa de la ruptura.

-Señor Ferguson, con el debido respeto, ¿cómo puede saber tantas cosas?

-Ella misma me lo contó entre sollozos -dijo mirándola de reojo-. Parece que no me cree, pero le he dicho la verdad.

-Y, ¿por qué me lo cuenta?

Una sonrisa inocente iluminó su rostro colmado de arrugas.

-Como a los gatos, me pierde la curiosidad. A mí también me gustaría casarme con Gina. Eso daría un vuelco radical a mi vida. Al menos se casaría con un caballero, no con esos buscavidas.

-Sí claro.

Desvió la mirada y yo seguí la dirección de sus ojos. La emperifollada señora Weld se alejaba hacia el bar acompañada de un hombre.

-Llevo una semana observándole. Entra en el hotel, se toma algo en el bar; a

veces se queda a comer. Cruza miradas con mujeres. Alguna se le insinúa, pero usted pasa de todo. ¿Qué busca?

-A mi hija.

El señor Ferguson arqueó las cejas con extrañeza.

-Como no sea más explícito...

-Mi hija desapareció hace cinco meses en Madrid sin dejar rastro.

-Y por qué cree que está en Los Ángeles.

-Soñaba con ser actriz. Siempre ha sentido una especial atracción por los actores de Hollywood. Los Ángeles es donde se crean las producciones de televisión, videojuegos, música y cine que triunfan en el mundo.

-¿Qué edad tiene su hija?

-Cumplirá los dieciocho el próximo mes -dije y le mostré la fotografía de Ana que exhibía la pantalla de mi móvil.

-Es muy guapa -dijo, para luego añadir-: Esto es una romería de actores, guionistas, directores, escritores, en una continua, incesante e interminable búsqueda de *managers* y agentes. Quizá ella busca un mentor que pueda llevarla al estrellato.

-Es muy probable. Pero la competencia es atroz. En una ciudad como esta, que recibe constantemente gente de todas partes del mundo, hay cientos o miles de personas con talento.

Observé su apagada mirada. Sonrió.

-No acabo de entenderle, señor Vázquez. Yo hablo y hablo, pero hablar me da la oportunidad de observar a la gente de manera discreta. Le he observado a usted. Mi intuición me dice que encontrar a su hija es su mayor prioridad.

-Así es -contesté.

-Probablemente sea la amante de algún director que le haya prometido alguna fugaz aparición en su próxima película. Él la llevará a fiestas para poner los dientes largos a los magnates más poderosos de Hollywood. Y no tendrá reparo alguno en ofrecerla al productor que financie su película.

Me quedé sin palabras. No tenía absolutamente nada más que decir.

-Váyase -dijo-; estoy cansado. Voy a mi habitación para hacer la siesta. Ha sido un placer conocerle, señor Vázquez.

Se puso lentamente en pie y recuperó el equilibrio con la ayuda del bastón. Yo también me levanté.

-Buenas tardes. Si no vuelvo a verle, buena suerte.

Se alejó, andando lentamente y con la cabeza erguida. Subió los escalones que separan el salón del vestíbulo y le vi dirigirse hacia un ascensor. Llegué a la conclusión de que el señor Ferguson era un personaje fuera de lo común.

Yo me dirigí hacia el bar. La señora Gina Weld estaba sentada en las ambarinas sombras con un hombre de mediana edad. En aquel momento el camarero colocaba unas copas ante ellos. Apenas les presté atención porque un poco más allá, en un pequeño reservado junto a la pared, vi a una mujer rubia que no paraba de mirarme. Y estaba sola.

Llevaba un vestido color crema de manga corta con un collar de perlas de dos vueltas, y el cabello le caía en cascada alrededor de sus hombros.

Me senté. El camarero se acercó y le pedí una cerveza; después, se alejó. De fondo sonaba una suave y agradable música de jazz.

Ella sonrió ligeramente.

Terminó su bebida, cogió el bolso y se levantó. Justo al pasar junto a mí, abrió la mano sobre la mesa, dejó caer un papel arrugado y siguió su camino hacia la puerta.

Andaba despacio. De una manera que no se aprende en las escuelas de negocios. Se marchó por el vestíbulo sin mirar atrás.

Cogí el papel y me lo guardé en el bolsillo.

El camarero se presentó en aquel momento con mi bebida. Al cabo de un rato, pagué la cuenta y me largué. Al pasar por el vestíbulo, dio la casualidad de que vi a Randy entrando en el ascensor. Su expresión parecía bastante tensa. Su deslumbrante sonrisa había desaparecido y su labio formaba una mueca de desdén.

Salí a buscar el coche y regresé a mi casa. Me senté en el escritorio y me puse a escribir lo que me había pasado. Había sido una experiencia extraña. Era posible que, si lo plasmaba negro sobre blanco se me aclarara el cerebro y llegase a tener una ligera idea de lo que estaba haciendo. Sabía que era más afortunado que la mayoría: podía entrar en internet y comprobar el saldo de mi cuenta corriente cada vez que me sentía abatido. Estaba muy bien. Tenía tres millones de dólares invertidos en Wall Street gracias a la moneda de mi hija. Pero tampoco era tanto dinero como para permitirte dejar de trabajar para siempre, especialmente en Los Ángeles. Lo suficiente para dejar de pensar en el dinero, pero no tan acomodado como para tumbarme a la bartola.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué el papel arrugado que aquella misteriosa dama había dejado caer en la mesa. En él había escrito un nombre y un número de teléfono.

Kate Sullivan

Aquella calurosa noche de verano, Kate Sullivan salía por la puerta principal del restaurante El Bazaar y se disponía a subir a un Audi R8 Spyder. Tenía una preciosa cabellera rubia, grandes ojos azules y un vestido blanco cubría y moldeaba de forma casi blasfema su cuerpo perfecto. Era la primera vez que la veía en persona. Hasta entonces solo la había visto en alguna película o serie de televisión.

Había un muchacho a su lado. Aunque peinaba algunas canas, tenía aspecto juvenil y era atractivo hasta la médula. Bastaba mirarlo a los ojos para darse cuenta de que estaba más cabreado que una mona pero, por lo demás, se parecía a cualquier chico rico, vestido de esmoquin, dispuesto a gastarse el dinero en uno de esos locales de moda.

Ella se había subido en silencio en el asiento del copiloto y el muchacho mantenía la portezuela abierta como si no tuviera prisa por emprender la marcha. El guardacoches, un tipo duro, se acercó. Tendría veintitantos años y vestía un uniforme consistente en una camisa blanca, un chaleco azul y un pantalón negro. Empezaba a estar hasta las narices.

-Oiga, jefe -dijo con voz áspera-, ¿podría cerrar la puerta y dejar despejada la entrada?

La rubia le lanzó una mirada hosca e hizo un gesto de desprecio. Pero el guardacoches no se amilanó. En The Bazaar están acostumbrados a esa clase de gente que hace dudar de que el dinero mejore a las personas.

El muchacho del esmoquin se inclinó hacia ella y ladró:

-¿Qué hacías coqueteando con aquel tipo?

La rubia respondió en tono suave:

-Se me ha ocurrido una idea estupenda, cariño. ¿Por qué no vamos a tu apartamento y tomamos una copa?

El muchacho dijo llanamente:

-Lo siento muchísimo, pero ya no lo tengo. Me he visto obligado a venderlo-. Por el tono de su voz parecía derrotado.

-¿Venderlo? ¿Qué quieres decir?

-No me ha quedado otro remedio -dijo-. Las deudas hay que pagarlas.

-Ah, entiendo –murmuró ella como si acabara de caerse de un guindo.

Para el guardacoches el tipo del esmoquin había bajado varios enteros.

-Oiga, amigo –dijo-. Saque ese coche de aquí. Está obstaculizando la entrada.

La rubia se deslizó por el asiento delantero para colocarse frente al volante.

El muchacho del esmoquin rodeó el coche y agarró a la chica por el brazo. De pronto se enzarzaron en una estúpida pelea. Ella intentaba liberarse de la garra del hombre, golpeándole al mismo tiempo con la otra mano.

-Me tienes harta de tus celos. ¡Vete al infierno! –gritó acalorada tratando de coger el bolso, pero él volvió a agarrarla del brazo.

-¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te impulsó a hacer eso? ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? –preguntó zarandeándola, como si esperara una explicación.

Di un paso al frente e intenté separarlos. Creo que es un error meterse en peleas ajenas. Lo más probable es que se escape algún mamporro y te rompa los morros. Lo agarré por los brazos y conseguí apartarlo.

-Vaya, el metiche de turno –masculló con gesto agrio.

-Siempre se pone así cuando ha perdido -dijo ella con voz suave-. Gracias por sujetarlo.

El muchacho forcejeaba intentando soltarse. Dirigí mi mano hacia su hombro, pero se dio la vuelta y me golpeó. Un gancho de izquierda que luego remató con la derecha. No perdí el conocimiento, pero los golpes me hicieron ver más estrellas de las que había en el firmamento. Me tambaleé y agité la cabeza.

-¿Quieres más? –dijo haciéndose el gallito.

Si continuaba, él me volvería a golpear. Quizá lo hiciera de todos modos. Los puñetazos indicaban que era un boxeador de manual, pero iba a necesitar muchos para acabar conmigo.

-¿Qué tal media docena de éstos? -le pregunté, al tiempo que le sacudía con todas mis fuerzas en el estómago.

Pero inmediatamente se recompuso y me devolvió el golpe. Fallé un gancho de derecha y él no falló con la izquierda.

El golpe me lanzó la cabeza hacia atrás. Perdí el equilibrio y caí a los pies del guardacoches. Este me miraba como diciendo: “Tú te los buscado, capullo”.

-¿Qué otra cosa podía hacer?

-Claro. El valiente caballero de brillante armadura que acude al rescate de la dama en apuros. ¿Con esas curvas tan preciosas, quién se resiste? –terció el

guardacoches con sarcasmo.

Con dificultad, conseguí alzar la cabeza y apoyarme en un codo. El tipo del esmoquin desapareció no por arte de ninguna magia incomprensible, sino por temor a la pasma.

-¿Usted lo conoce? –preguntó el del chaleco azul al tiempo que me ayudaba a sentarme en el asiento del copiloto.

-No, llevo aquí poco tiempo.

-¡Vamos! –exclamó ella, inclinándose hacia mí.

-Es la dama más amable que he conocido nunca -le comenté al guardacoches.

-Tenga cuidado. Tiene la cara magullada.

Le di veinte pavos y me lo agradeció. Tenía razón en lo de mi cara. El lado derecho estaba hinchado. Necesitaba ponerme hielo.

-¿Qué piensa hacer con él?

-Llevarlo a casa y conseguir que se despeje lo suficiente para que pueda conducir –respondió ella.

-De acuerdo, encanto –dijo el guardacoches esbozando una sonrisa cínica.

La rubia pisó el embrague, aceleró a fondo y en menos de dos segundos había puesto el automóvil a cien por hora. Circulaba a toda pastilla como si alguien nos persiguiera. Al llegar al Strip aminoró la marcha, dobló hacia el oeste y siguió a la velocidad legal. Un coche de policía pasó con la sirena ululando y las luces intermitentes encendidas. Durante el trayecto dijo que su abuela era española, que se llamaba Kate Sullivan y que vivía en un chalet de Encino. Su coche trepó colina arriba y se detuvo frente a una intersección. Cuando llegamos a Benedict Canyon le dije dónde tenía que salir del bulevar y luego volver a torcer para llegar a mi calle. Sin necesidad alguna, frenó en seco delante de la casa haciendo derrapar las ruedas.

-¡Vaya choza! –exclamó.

-Soy inquilino. El alquiler es asequible porque la propietaria puede volver sin necesidad de avisarme con mucha antelación. La dueña es una famosa escritora de novelas de misterio.

-Está magullado, le pueden desahuciar en cualquier momento y además, según me ha contado, su hija lleva cinco meses desaparecida. No es usted lo que se dice un buen partido.

-Tutéame, por favor. ¿Quieres tomar algo?

-Un poco de licor, está bien.

Mientras yo preparaba las copas, ella abrió la nevera y del congelador sacó una bolsa de cubitos de hielo. La miré con detenimiento y lo que vi me permitió apreciar la fascinación que su avance provocaba. Su belleza generaba turbación: un rostro que resultaba difícil dejar de mirar, y eso sin considerar su figura alargada de suaves y voluptuosas curvas. Tenía un cuello precioso, altivo y aristocrático; el tipo de cuello que me gustaba besar; una nariz fina, una cintura inexplicablemente estrecha.

-¿Quién era ese tipo que te acompañaba? –pregunté, mientras nos sentábamos juntos en el sofá del salón.

-Parker: mi último amante. Un hombre guapo que se complica la vida y que tiene asuntos pendientes con la mafia. Le ayudas a comprar su apartamento y mira cómo me lo paga.

Aún no acababa de creerme que esta hermosa mujer me hubiera traído a casa, un perfecto desconocido. Me preguntaba con cuántos maromos de gimnasio se habría acostado.

-Parece que no tienes suerte con los hombres.

-Un tipo como Parker no puede hacerme eso y quedar impune.

Clavé la vista en Kate como si la viese por primera vez. La actitud implacable que ahora exhibía era más propia de la mafia que de una actriz con estudios en artes escénicas de los Ángeles.

-Entiendo lo que dices y te aseguro que tarde o temprano pagará por ello – dije sin vacilar.

-¿Por qué crees que tu hija está en Los Ángeles? –preguntó al tiempo que colocaba la bolsa de hielo sobre el lado magullado de mi cara.

-Desde pequeña soñaba con ser actriz. Te encantaría conocerla -dije mostrando un video de mi hija en la pantalla del móvil.

A mí me había parecido que el vídeo –un breve coqueteo de Ana con el mundo de la actuación- era hermoso, pero insinuante, sensual.

-Te mueves por una corazonada y el amor a tu hija te ha traído hasta aquí sin pistas ni pruebas. Y temes que esté viviendo una vida de pecado en una mansión de lujo en Hollywood, junto a un cineasta adinerado y mirada hipnotizante.

Hice un gesto de indiferencia, pero quizá sin proponérselo había dado en el clavo.

-Eres un hombre valiente digno de admirar. ¿A qué te dedicabas en tu país?

-Era masajista y en mis ratos libres ejercía de entrenador personal.

La expresión de su rostro se iluminó, como si hubiera cambiado la idea que se había formado de mí.

-Aquí esa profesión está muy cotizada. Mi entrenador personal me cobra trescientos dólares por hora, tres veces a la semana.

-Yo lo hago por la mitad de precio y con masaje incluido.

-Te tomo la palabra. Si pasas la prueba, serás mi personal trainer –la sensual curva de sus labios mostró dientes perfectos y blancos.

Pese a su estatura y su impresionante físico, la chica emanaba una sensación de fragilidad que me conmovió.

-Eres muy amable y siento mucho haberte causado tantas molestias –dije antes de dar un buen trago.

Charlando y bebiendo chupitos nos dieron las tantas de la madrugada. Una hora intempestiva para ir a otro sitio. Ninguno de los dos estábamos en condiciones óptimas para conducir, aunque ella podía hacer lo que le diera la gana.

Cuando desperté, estaba tumbado en el sofá. La luz del sol se colaba por las cortinas de salón. Nuestra ropa estaba desperdigada por el suelo. En ese momento apareció Kate en la habitación envuelta en una toalla toda mojada buscando su ropa. Yo no pude despegar mi mirada de su cuerpo. Estaba preciosa sin maquillaje.

-Alex, podías preparar café solo, por favor. Sin azúcar. A mediodía tengo que estar en los estudios de cine.

Me levanté y me dirigí a la cocina. No recordaba nada de la noche anterior. ¿Dónde había dormido ella? ¿Habíamos hecho algo? ¿Había probado mi masaje? Una mujer así puede hacer perder la cabeza a cualquiera. Quizá me haya drogado entre chupito y chupito. Coloqué encima de una bandeja dos tazas de café, las llené y me fui al cuarto de estar.

Kate seguía en el salón, ajena a mis dudas. Estaba tarareando una melodía de la película Casablanca. Me esforcé por recordarla. “Tócala otra vez, Sam: El tiempo pasara”. Entré sigilosamente en la habitación y puse la bandeja sobre la mesa. En ese momento dejó caer la toalla. Su cuerpo mostraba sus espectaculares curvas con un minúsculo tanga. Luego se enfundó el vestido blanco lleno de encajes y transparencias.

Cuando advirtió que estaba allí, mirando, en calzoncillos y con el pelo alborotado, se acercó a mí con la mirada fija en mi creciente erección y me dijo en un susurro:

-Súbeme la cremallera, por favor.

Luego dio un sorbo al café, manteniendo el platillo muy cerca de la taza.

-Excelente -dijo. Haces buen café.

Me vestí rápidamente y sin pérdida de tiempo, salimos de la casa, subimos en su Spyder descapotable y nos pusimos en marcha.

-Pasa por La Ciénaga –dije-. Mi coche está en el parking de El Bazaar.

-Has superado con creces la prueba –murmuró-. Desde ahora serás mi nuevo personal trainer. Vendré a verte dos o tres veces por semana.

-Es todo un placer colaborar contigo y un honor ayudar a que te mantengas en una estupenda forma física.

Detuvo el coche frente la puerta del parking y antes de bajarme, tomó mis manos entre las suyas.

-Me gustan tus manos, cuídalas, por favor –dijo en un susurro. Luego, añadió-: Si me entero de algo acerca de tu hija, te lo haré saber inmediatamente.

-Gracias. Vuelve cuando quieras disfrutar de algunas emociones –dije e hice un gesto con la mano de despedida.

Tenía una ligera idea de que esa chica necesitara algo de ayuda, y que le resultaría difícil encontrar alguien en quien confiar. Pensé que había ido a mi casa para olvidar a su amante. Había estado conmigo arriesgándose a ser reconocida... a que la prensa hablara de ella. Quizá estaba enredada en uno de esos escándalos de Hollywood que acaban como el rosario de la aurora. Se hallaba en la cresta de la ola y encaraba los flashes con la soltura de una actriz consagrada.

Crucé la calle hasta el parking y miré atrás antes de entrar. El guardacoches seguía allí plantado, mirándome, con expresión alegre en su cara. Me saludó, le di el tique y una propina y me dijo adiós sonriente. Subí al coche y me largué de allí.

En Sepúlveda bulevar giré hacia el este, pero no fui a casa. En Westwood viré hacia el norte y seguí por Rodeo Drive, Sunset, Ventura, la zona de la universidad, Bel-Air y Encino. La carretera estaba concurrida. Chavales chillones, a bordo de lujosos descapotables, con la música lo bastante alta como para despertar a las marmotas, pasaban a todo trapo adelantando a impresionantes cupés y berlinas que conducían con prudencia los padres de familia personalmente. Ahora, la visión se hacía presente. Potentes todoterrenos, elegantes sedanes y deportivos de ensueño avanzaban con toda majestad por una avenida perfectamente asfaltada. Se miraban unos a otros desde lejos con indiferencia, y las caras se sucedían con rapidez de sombras

chinescas. Estaba como atontado viendo girar cerca de mí continuamente todas aquellas ruedas.

Dejé atrás los lujosos restaurantes de comida rápida que parecen palacios multicolores, los centros comerciales y los aparcamientos circulares de los bares de tapas. Más allá de Encino, entre los tupidos árboles de las colinas, se veían las mansiones de las estrellas de cine. La carretera se estrechó. A estas alturas había menos coches circulando. La pendiente ascendía entre paredes calizas, y en lo alto bailaba la brisa marina, que llegaba inalterada del océano. Una oportunidad de respirar aire fresco mientras siga existiendo.

Tras contemplar el lago durante un rato, me detuve para comer en un Foster Hollywood. Comida americana, servicio rápido y precios asequibles. Una franquicia que funciona por todo el planeta. La gente hace cola. Todos quieren comer a la misma hora. Gente inquieta que necesita coger el coche e ir a alguna parte. Hice una excepción, porque a mí me gustaba dejarme caer por algún restaurante de cinco tenedores y camareros que alardean de clientes famosos... cinco estrellas, elegante... con la esperanza de que mi hija apareciera acompañada de algún pez gordo de la industria del cine.

Pagué la comida y eché a andar para bajar las ribs con patatas y salsa barbacoa. Respiré hondo varias veces el aire que soplaba por aquellas colinas, aprovechando que todavía era gratis. Me sentía inútil. Necesitaba hacer algo. Cerca de allí, un caballo pastaba libremente y relinchaba a intervalos.

Subí al Chevrolet, seguí hasta la desviación de Ventura y di la vuelta en Sunset bulevar. Enormes tráilers de tres o cuatro ejes bajaban rugiendo hacia el sur y cuando adelantaban parecía que pasaba un vendaval. Por la derecha, el inmenso océano se estrellaba contra la costa con la suavidad de una caricia al atardecer. El sol reflejaba sus rayos en un mar sin apenas ruido de oleaje. Llegaban suaves ráfagas de viento, brisas del mar que, expandiéndose por toda la llanura, traían un frescor salado a la ciudad.

A lo largo del día me visitaron una y otra vez los recuerdos del cuerpo de la rubia que apareció desnuda en el salón por la mañana. Sus nalgas prietas y el vientre plano, sus largas piernas bien torneadas o la elegancia innata de sus movimientos hacían de la actriz un espectáculo difícil de olvidar. Emanaba sensualidad por los cuatro costados.

Hasta el día más rutinario en una ciudad como Los Ángeles podía tornarse en una aventura insólita, original, sorprendente y sexual.

Madame King

¡Enhorabuena, Alex! Todo un mes como residente en Los Ángeles y ya casi te has convertido en buen ciudadano de la costa oeste, murmuraba con sarcasmo mi subconsciente. Desde que me mudé aquí, había recorrido miles de kilómetros y había repostado en numerosas gasolineras, había hecho nuevas amistades y había instalado una sala de masajes totalmente equipada. Había revuelto Roma con Santiago sin hallar ninguna pista sobre el paradero de mi hija. Me encontraba en una encrucijada, me agitaba de un lado a otro sin conseguir orientarme. Era como buscar una aguja en un pajar.

Kate Sullivan me hizo reflexionar y cambiar de estrategia. En lugar de salir cada día a la aventura, ellas serían mi nueva fuente de información. Kate, Marina y algunas de sus chicas se habían convertido en adictas a mis masajes; además de una vecina, esposa de un famoso jugador de béisbol. Me había ganado su confianza. Aquellas encantadoras mujeres conocían a mucha gente influyente. Tenía que aprovechar esta oportunidad que me brindaban para alcanzar mi objetivo. Era masajista. Había pasado más de quince años manoseando a gente para ganarme la vida y haciendo que revelasen sus intimidades. Estaba a la altura de la tarea, y Marina y Kate también lo creían.

Al principio había elegido para sala de masaje un pequeño cuarto en el sótano de la casa. Kate se decantó por una habitación en la primera planta, acogedora, con grandes ventanales a un lateral y al frente el jardín, desde donde se divisaba el océano. Este sitio me gustaba cada vez más. Desde el color de las paredes hasta el sistema de sonido pasando por la camilla de masajes lo había adaptado y personalizado para satisfacer todas las necesidades. Tenía listas de música personalizadas para cada una de ellas y había elegido todos los albornoces y toallas que usaban tanto en la sala como la ducha o la sauna.

Esa mañana, después de hacer una tabla de ejercicios que, básicamente, consistían en andar por la playa, subir y bajar escaleras, coger pequeñas pesas y trabajar su cuerpo en la piscina, Kate Sullivan estaba tendida sobre la mesa camilla. Durante la sesión de masaje guardábamos silencio, escuchábamos a la naturaleza y nos dejábamos llevar por el imperio de los sentidos. Su piel estaba erizada, los movimientos circulares y envolventes de mis manos irradiaban electricidad a los poros de su piel, los aceites esenciales la adormecían... Mientras observaba los deslumbrantes centelleos del océano y su

hermoso cuerpo inmóvil, sonó el timbre de la puerta. Kate abrió repentinamente sus azules ojos y me miró sin pronunciar palabra. Aquella inoportuna llamada había roto la magia del momento.

Me asomé a la ventana y vi un Lamborghini rojo aparcado frente a la casa.

-Ahora vuelvo –dije saliendo apresuradamente de la habitación.

Abrí la puerta antes de que ella hubiera subido los escalones. Llevaba un sombrero beige. Iba vestida con short vaquero y un top de color rosa. Se quedó inmóvil en el centro del salón y paseó una indiferente mirada a su alrededor.

Después se quitó el sombrero, lo tiró encima del sofá y se sentó. Era Marina King. Tan bella como sutil, tan elegante como sensual.

-Veo que estás ocupado, cielo –susurró al verme en kimono.

Me quedé mirándola fijamente unos instantes antes de asentir.

-Me fascinan tus habilidades manuales, Alex. Cada vez estoy más contenta de haberte conocido –dijo mientras cruzaba una pierna por encima de la otra.

-En unos minutos estoy contigo –murmuré dando media vuelta y comenzando a subir la escalera otra vez.

Ambas solían venir a primera hora de la mañana. Yo las citaba a horas distintas, pero a veces coincidían. Con las mujeres nunca se sabe.

Cuando entré en el gabinete, la señorita Sullivan se había levantado de la camilla y estaba arreglándose frente al espejo.

-¿Has averiguado algo sobre mi hija? –pregunté expectante.

-Nadie conoce ni ha oído hablar de Ana Vázquez. Podría haber cambiado de identidad y de aspecto físico. Haré correr la voz a todos mis contactos –dijo en tono convincente.

Bajamos juntos la escalera de mármol en dirección al salón. Madame King, que se había puesto en pie, la reconoció, y durante unos instantes ambas se miraron de arriba abajo, minuciosamente, para descubrirse el defecto, la tara; quizá la una envidiaba la juventud de la otra, y ésta, despechada por el buen tono extremado, la sencillez en la elegancia de la madame.

Por fin la actriz volvió la cabeza, con una sonrisa indeciblemente insolente. Yo la acompañé hasta la puerta de salida y nos despedimos. Marina y Kate nunca iban a hacer buenas migas. Las dos eran demasiado importantes. Vivían en la misma ciudad, pero apenas se conocían. Entraban y salían como Pedro por su casa. Marina era más divertida que Kate. La actriz era lista, ingeniosa, cáustica. Tenía la lengua afilada, y también era lo suficientemente atrevida

como para mantener conversaciones escabrosas. Sin embargo, con Marina siempre pasaba buenos ratos.

Sin pérdida de tiempo, subí las escaleras a grandes zancadas. Me quedé en la puerta, observando a la madame. Todavía podía oler a Kate y deseé haber tenido más tiempo para los dos, pero la imprevista llegada de Marina nos había cortado el rollo.

-Aquí siempre huele tan bien –exclamó Marina al tiempo que empezaba a quitarse la ropa-. Me sube al ánimo cada vez que vengo.

Mientras se desnudaba, aproveché para cambiar las sábanas y las toallas. Luego se tendió sobre la camilla y dejó que trabajara sus músculos con mis suaves dedos flexibles como tentáculos. Para ella disponía de una selección especial de aceites orgánicos.

Sentía una gran curiosidad por conocer la vida que llevaba una acompañante de lujo. Yo trataba de sonsacar alguna información y ella me iba contando sin escatimar en detalles con pelos y señales. No descartaba que la propia Marina tuviera trato directo con algunos de estos clientes después de ofrecerles compañía femenina durante los últimos años. Sus vínculos políticos y de influencia eran enormes.

-Si algún día decide dejar la carrera de actriz, estaría encantada de trabajar con ella –susurró con sarcasmo-. Mis muchachas son bien tratadas. Todas las mañanas reviso su aspecto físico, las animo a que hagan ejercicio y cuiden su dieta. En este negocio estás perdida si entre las altas esferas se corre la voz de que mis chicas entrañan riesgos de algún tipo. Nunca reciben en casa a un cliente. Normalmente, acuden a los hoteles y apartamentos de los usuarios o a alguna *suite* reservada para la ocasión en hoteles de confianza.

Yo escuchaba en silencio. Ella continuó:

-Cuando comencé en este mundillo, observaba que jóvenes de países sudamericanos acudían engañadas por las redes de prostitución con la esperanza de ser introducidas de forma ilegal por la frontera de México en busca de su sueño americano.

-Conocerás a mucha gente importante.

-Proveo de escorts a las clases más influyentes de la ciudad, desde políticos, directivos de las más grandes empresas, dueños de medios de comunicación. Mis chicas están en el nivel más alto y actúan libremente. Se niegan a llamarse prostitutas, alegando que ellas tienen más clase y cuidado que el resto y que tan solo eligen hacer el amor porque lo disfrutan. Una prostituta hará todo por dinero. Ellas no. Solo tienen relaciones con hombres cultos. Tratan de

olvidarse del dinero y sus encuentros no son algo mecánico, sino muy afectuosos.

Yo escuchaba las confidencias de la madame, sin mostrar demasiado asombro, aunque sí mucho interés.

-Me inicié en el oficio alrededor de los veinte años, cuando empecé a trabajar para un servicio de alto standing de Nueva York. Luego me trasladé a Las Vegas y San Francisco, no para continuar mis estudios en biología, sino para prestar servicios sexuales a políticos y empresarios adinerados por trescientos dólares la hora. Yo era, según aseguraba en mi página web: estudiante, profesora de yoga, viajera y escritora, pero me definía sobre todo como trabajadora del sexo. El cambio de oficio fue la mejor decisión de mi vida y, por fin, me siento liberada de los hombres. Además, ganaba cerca de 125.000 dólares al año, mucho más que mi salario como secretaria. El comentario más común que solían hacer sobre mi apariencia física es que era muy mona. Tengo aspecto de vecina de al lado. No soy una modelo de esas que quitan el hipo.

Detuve mis maniobras para, poco después, afirmar con rotundidad:

-Ni falta que hace. Eres guapa, te mantienes en forma y además tienes una piel preciosa. ¿Qué preguntas hace la gente en relación a esta profesión?

-¿Cuántas horas trabajan?, ¿cuánto ganan?, ¿cómo se desplazan? -dijo y luego me habló de las tarifas-: quinientos dólares la primera hora, setecientos la segunda, y doscientos cincuenta las sucesivas. Los clientes más cargantes son aquellos incapaces de mantener una erección si tienen un condón puesto. El brazo acaba entumecido de un trabajo manual tan vigoroso.

-Habría días mejores y otros peores...

-Navidad suele ser la época más tranquila. De repente la cosa sube como la espuma y cada chica tiene varias salidas a la semana, ganando unos miles de dólares. Es totalmente impredecible –musitó en voz baja. Hizo una pausa para luego continuar: -Aunque mis chicas tienen coche propio, suelen ir en un todoterreno conducido por un guardaespaldas. Los clientes más sensibles son también los que más se intimidan ante la apariencia fiera del guardia con el que llegan y parten en cada cita. En ocasiones cogen un taxi, y siempre tengo que recordarlas que es mejor no hablar acerca de lo que hacen ni a dónde van. Si comentan algo puntual sobre lo que hacen, de repente es como si estuvieran ante un tribunal, con las habituales preguntas de por qué venden su cuerpo y todo ese rollo.

-¿Quiénes solicitan los servicios de tus chicas?

-La mayoría son varones con profesiones de cuello blanco, de raza caucásica, india, y asiática, de entre cuarenta y cincuenta. Este tipo de hombres suelen ser educados y espléndidos –dijo, para luego confesarme: -Cuando se trata de hombres casados es normal que las citas sean a primera hora de la mañana. Entre la gente famosa no faltan deportistas de élite. He mantenido relaciones con hombres de todas las edades. Pero si tuviera que elegir mi cliente favorito sería aquel que es atractivo, que tiene sentido del humor, es amable y respetuoso y no requiere demasiado trabajo.

-Habría personas que pidan cosas raras a la hora de tener intimidad...

-Cuando residía en San Francisco tenía un cliente que solía sentarse en la parte de debajo de una escalera y se masturbaba mientras subía y bajaba los peldaños. Era un fetichista de las faldas. Otro se ponía a cuatro patas y me pedía que le azotara el trasero con una fusta. Los deseos masculinos apenas han cambiado con respecto a los de otras épocas. La gente sigue teniendo las mismas preferencias sexuales. Lo que pasa es que cada vez se habla con más libertad sobre esto. Cuando me acostaba con mi novio con dieciocho años me gustaba el sexo anal, pero me daba mucha vergüenza aceptarlo. Ahora ya no me preocupa cuánto me gusta el sexo anal. Aunque prefiero las relaciones vaginales a las anales.

-Tus tarifas son muy elevadas, ¿quiere esto decir que todo vale?

-Hay límites. He recibido llamadas de teléfono de hombres que pedían interpretar juegos de rol en los que entrara el factor de la violencia, pero siempre las rechazo. No quiero que mis chicas se metan en estos papeles.

-¿Existen los orgasmos con los clientes?

-Te cuento un secreto: siempre nos corremos con los clientes con sobrepeso, si estamos encima, claro. No sé por qué cabalgar sobre una barriga hace que te sientas tan bien.

-Tendré que echar tripa –dije en tono de guasa.

-Ni se te ocurra engordar. Tus manos me tienen cautivada: me elevan al séptimo cielo. Mis chicas te adoran, y me cuentan que nunca habían experimentado algo parecido.

-Muchas gracias, Marina. Tus palabras me reconfortan –dije, para luego añadir:-: ¿cómo es el día a día de tus chicas?

-Se suele pensar que esta ocupación condiciona la vida privada y afectiva. Mis chicas, como otras muchas mujeres, tienen montones de citas en Tinder para conocer gente nueva. Una vez salí con un cliente. Me equivoqué. Lo dejé porque siempre estaba cancelando planes en el último minuto. Seguramente

estaba casado o disfrazaba la verdad. Mis chicas tienen por norma no salir con clientes y no suelen confesar a sus padres su verdadera profesión. Ven esto como algo pasajero.

A medida que la sesión avanzaba, me sorprendió la nitidez con que ella recordaba algunas anécdotas. No tenía pelos en la lengua para hablar sobre el lado más oculto de su trabajo, aunque no desvelaba todos los aspectos privados.

-Sabes una cosa: las personas nunca son lo que parecen.

Y para demostrarlo me contó algunos trapos sucios de gente conocida que me habrían parecido increíbles si no vinieran de ella. Me habló de los personajes con los que había mantenido relaciones: todos eran figuras de la vida pública en californiana, y todos habían pasado por su cama y revelado sus perversas motivaciones para disfrutar de una mujer sin complicarse la vida.

-Son maestros del arte, de la fantasía y ciencia ficción –murmuré-. A veces imagino a mi hija saliendo de fiesta por las noches, ilusionada, perfumada y maquillada, bailando en la pista de algún local de copas. Teniendo citas con hombres ricos, obscenos y alocados; tipos a priori modélicos que hacen que se sienta en una tierra extraña, abriéndose camino, intentando darse a conocer.

-Hay chicos guapos que enamoran a las jovencitas y luego las introducen en las redes de prostitución. La semana pasada, una de mis chicas fue a una mansión y mientras practicaba sexo con una muchacha preciosa, apareció un hombre e hicieron un *menage a trois*. Tenía la impresión de que estaba en el set de rodaje de una película porno. Me dijo que se oían gritos en la habitación de al lado. Una voz femenina que suplicaba. Una voz con acento hispano.

-En una ocasión vi una película de Pasolini donde el sexo, la violencia y la muerte se representaban de forma casi indisoluble –afirmé.

-¿Qué pruebas tienes de que tu hija esté viva?

-Ninguna.

-Puede haber desaparecido. Las mafias de trata de blancas se deshacen de ellas sin ningún remordimiento cuando una chica ya no les sirve.

Cuando acabé el masaje, se puso en pie, me miró a los ojos un segundo y entró en el cuarto de baño.

-¿Te apetece un batido de papaya?

-Ah, estupendo –dijo mientras abría el grifo de la ducha.

Descendí las escaleras y me dirigí a la cocina. Mientras preparaba los ingredientes y los introducía en la túrmix, una imagen singular y descarnada

de la trata de mujeres invadía mi mente. Me sumergía en mis pensamientos y comenzaba a ver con los ojos de Marina el trasiego de cuerpos, la vida nocturna y sus efímeras felicidades, la raza humana plasmada en el instante preciso de dar rienda suelta a sus placeres. Me gustaría examinar el libro de llamadas de sus clientes y captar nombres de personas y de empresas que me revelaran datos, pistas...

Cuando la vi entrar en la cocina, me acerqué a ella con un vaso en cada mano y en tono solemne exclamé:

-¡Estás preciosa!

Marina cogió el vaso de mi mano izquierda y dio un trago largo.

-Tus masajes son mano de santo –dijo relamiéndose los labios lentamente-. No sabemos en qué situación está tu hija. Puede haber caído en las redes de algún proxeneta sin escrúpulos. Esta gente no se anda con miramientos; para ellos no hay nada peor que una denuncia ante la policía de parte de las chicas fugadas.

Gracias a la información que me había pasado Marina acerca de los gustos y costumbres de su clientela, tenía algunos rastros que seguir. Los clientes solían ser charlar después de echar un polvo, y los empresarios y funcionarios de Los Ángeles no eran la excepción, particularmente cuando creían haber entablado cierta amistad con una escort. Marina había asistido a muchas fiestas nocturnas en las que los poderosos se relacionaban entre sí como si estuvieran solos; las damas de compañía eran objetos que pasaban inadvertidos cuando ellos hablaban de negocios o presumían de sus hazañas. La satisfacción expresada por un negocio redondo, una cita exitosa, la apertura de un nuevo proyecto eran datos sueltos que ella había guardado. Con el tiempo había acumulado un montón de información en la que aparecía el nombre de Frank Gordon.

La observé de nuevo y me dije que cada día me gustaba más. A diferencia de algunas de sus chicas, siempre inclinadas a disfrazar la realidad, esta no tenía empacho en expresar sus deseos más ocultos.

-Si tu hija está metida en este ambiente, su vida se habrá convertido en pura rutina. Después de haber mancillado a su familia, habrá descartado volver a su vida anterior; ahora el afán de cada día consistirá en mantenerse a flote en ese círculo al que el monstruo de la ambición la ha llevado. Su nueva vida invade todos los espacios de su existencia; la vida que alguna vez llevó como Ana Vázquez habrá quedado olvidada en una bruma crecientemente borrosa que prefirió desterrar de su presente.

Probablemente los recuerdos de Madrid le resultarían tristes y vergonzosos. La desesperanza es llevadera a condición de vacunarla contra cualquier brote de nostalgia. Marina me habló de los apuntes de su libro de clientes, y de las razones que llevaban a los hombres a prostituir a una mujer. Conocía algunas de las personas anotadas. Todo el mundo podría reconocerlos y, aun cuando el registro carecía de valor legal, bastaría para destruir la reputación de los señalados.

Cuando Marina se marchó, me tumbé en sofá, entumecido. La cabeza me daba vueltas. Me quedé traspuesto. Soñé con Ana: estaba tumbada en una cama; tenía las manos atadas al cabecero con una tela blanca, y su cuerpo desnudo se retorció intentando deshacerse de las ligaduras. Pero un hombre con la cabeza encapuchada la azotaba con una fusta y se lo impedía. Su cabello le tapaba media cara, abatida por el dolor. Las lágrimas resbalaban a lo largo de las mejillas y estaba gritando mi nombre.

Necesitaba ver el lugar donde vivía. Necesitaba encontrarla.

Esa extraña pareja

Por muy inteligente que uno se crea, siempre debe empezar por alguna parte; un nombre, una dirección, un barrio, alguna referencia. Todo lo que tenía era una hoja doblada en la que estaban escritos algunos nombres en clave. Con aquello podía recorrerme todas las calles del condado de Los Ángeles, pasar el mes buscando en las listas de asociaciones y sindicatos del cine y quedar compuesto y sin novia.

En esta ciudad hay mucha gente que trabaja en la industria del cine. Los mejores estudios de cine se encuentran en un radio de cien kilómetros y en cada uno de ellos hay directores, algunos verdaderos profesionales del séptimo arte, otros simples buscavidas, afiliados al sindicato de los trepas. De los directores auténticos los hay ricos y pobres, unos son honrados y otros transitan por la cuerda floja. Un productor adinerado con delirio de grandeza podría ser maná caído del cielo para muchos artistas que se han quedado colgados de la brocha en el negocio del cine y la televisión.

Pero sin una pista no había sitio por dónde empezar. Yo no tenía esa pista y Marina tampoco; o si la tenía no lo sabía. Aunque localizase a alguien que coincidiese con las iniciales, podía resultar una quimera, por lo que a Frank Gordon se refería. En una situación así, alguien como yo trata de obtener información a través de gente conocida. De manera que llamé a un amigo que trabajaba en Hollywood y quedamos para tomar una copa.

No siempre iba al mismo bar, pero acudía a Harry's con más frecuencia que a cualquier otro. El barman preparaba los mejores gin tonics de la ciudad. Allí conocí a Pepe Voro: un madrileño que trabajaba para una productora leyendo y analizando guiones y estudiaba en la escuela de cine de Los Ángeles. Por su oficina desfilaban muchas estrellas que iban a negociar sus contratos o a ver el primer montaje de una de las películas que estaban a punto de lanzar al mercado. Y si se ponían a tiro, les largaba su tarjeta de visita. Me contó que había saludado a Tom Hanks y a Clint Eastwood. Era un friki del cine animación. Había rodado un corto y estaba escribiendo el guión de otro.

Tras dejar el coche en el aparcamiento, eché a andar hacia el interior del local. Pepe estaba sentado en un taburete delante del mostrador del bar con un vaso de whisky entre las manos. A mis oídos llegaba el sonido de una música de Chaikovski.

-¿Cómo te va? –pregunté a modo de saludo.

-Vamos tirando. Cuando alguien se interese por mi corto, cobraré una pasta gansa y será mi gran lanzamiento -hizo una pausa y sonrió-. ¿Qué problema tienes? ¿Hay alguna novedad respecto a tu hija?

-Me gustaría husmear en los archivos de la academia de cine –solté de sopetón.

Hizo un gesto de asentimiento.

-El archivo que mencionas es secreto. Por esa academia han pasado directores como Spielberg, Scorsese, Tarantino y otras muchas figuras del cine. En ninguna circunstancia se puede facilitar información confidencial a gente de fuera. ¿Qué es exactamente lo que quieres?

-Estoy buscando a un cineasta con gustos caros y dinero para pagarlos. Tiene tendencia a la violencia y creo que mi hija está con él. Tiene que vivir en algún sitio. La única pista que tengo son las iniciales FG.

Pepe me miró pensativo.

-Es poca cosa. El condado es grande y está muy poblado –dijo-. ¿Qué motivo hay para preocuparse?

-No sé cómo explicártelo, pero tengo la sospecha de que se dedica a rodar películas de sexo y violencia.

En ese momento, el barman colocaba un gin tonic frente a mí. Agarré la copa y di un largo e intenso trago.

-Es posible, pero no va ser fácil –dijo Pepe-. Esa gente aparece y desaparece. Dos letras no son mucha ayuda.

-Claro, pero es lo que hay.

-No tengo ni idea de quién es el director FG. No conozco a ningún cineasta con un apellido que empiece así. Supongo que será algún extranjero que haya llegado hace poco tiempo.

-Es muy probable.

-Esto está bien -continuó Pepe-. Seguro que ese director FG se relaciona con putas de alto standing y vuela en avión privado.

Estuve pensando y luego hice un gesto afirmativo con la cabeza.

-El único peligro real es acercarte a su círculo, pero probablemente sabes cómo resolver esos problemas. Llevas casi un año haciendo de detective –dijo antes de dar un sorbo de whisky.

-¿Cómo te las apañas para conseguir todos esos datos? -le pregunté.

-Llevo relacionándome con la gente del cine más de doce años, Alex. Acudo

a todas las fiestas y saraos.

-Debe de haber cientos de sitios donde podría estar ese hombre –murmuré.

-A Los Ángeles tienes que cogerle el puntillo. Tiene su encanto. Es una ciudad hecha de pequeñas ciudades. Si te olvidas de Hollywood, que es una decepción, tienes el de las novelas negras, de Chandler y compañía, el Sunset Boulevard de Billy Wilder... Antes de venir a los Estados Unidos, me habían hablado de Los Ángeles: “No te quedes más de un día. Es como un polígono industrial”, me dijeron. Esta ciudad a la que se accede desde una autopista que es una urbe en sí misma, me enganchó desde el primer momento. Hay en ella algo irreal, de parque temático, pero no como la arrogante megalomanía de Las Vegas, sino como uno en el que conviven lo cotidiano y el cine, acaso ambos fundidos.

Toda la atención se concentraba en mi hija. Quería recuperar lo relacionado con su pasado en Madrid, allí encontraría la clave de todo este enredo; construir una radiografía de FG, rastrear su ubicación.

-Mañana, mis colegas españoles de la academia de cine dan una fiesta en un chalet en Fairfax, donde viven varios de ellos. Si quieres puedes venir.

-Gracias. Te llamaré a mediodía.

Pepe tenía arte, labia y desparpajo; aparentaba saber de todo y lo que ignoraba a todas luces se las arreglaba para camuflarlo con soberbia e imaginación. Hablamos sobre cómo hacer las cosas mejor, cómo prosperar en una ciudad tan difícil como Los Ángeles y cómo los contactos eran fundamentales en una profesión como la suya.

Al cabo de un rato, pagué la cuenta, abandonamos el bar y cada mochuelo a su olivo.

Conduje hasta mi casa y me senté en el sofá. Mientras miraba la tele me iba sintiendo cada vez más incómodo sobre lo que hacía. No se encuentra a la gente con un sistema así. Se encuentra a mujeres interesantes como Kate y madame King, pero no a la persona que se está buscando. Se malgastan tiempo, dinero y energía mental sin resultados. Con las iniciales que empezaban con FG tenía tantas probabilidades de encontrar a mi hombre como de ganar el premio gordo de la lotería de Navidad.

De todos modos los comienzos son siempre difíciles. Estaba en un callejón sin salida, sin una pista prometedora que me guiara. Pero mi amigo Pepe no me había mostrado sus cartas. Era un tipo bien plantado, le gustaban las mujeres y ellas sentían la misma atracción hacia él, aunque siempre andaba a la cuarta pregunta. No había pasado el tiempo suficiente en su compañía. Antes de

quedarme dormido, pensé en los directores Garay y Gordon.

Al día siguiente, mi querida vecina vino a casa para recibir su masaje semanal. Y más tarde acudió Helen, una de las chicas de compañía que trabajaba en casa de madame King.

A eso de las nueve y media, fui a recoger a Pepe para ir a la fiesta de esos colegas suyos, aun sabiendo que no les haría ninguna gracia verme allí.

Era de noche, aparqué el coche y entramos en una casa con jardín y piscina en Beverly Hills. Enseguida nos topamos con una pequeña representación del cine español. Mi amigo los conocía a todos. A mí me parecieron unos españoles estirados y gilipollas.

-Aquella rubia de bote es Miranda, la dueña de la casa, la que ha organizado la fiesta, la que puede invitar a quien quiera –me chivó Pepe al oído.

La rubia de bote nos observaba. Nos miraba de una forma extraña.

-Qué curioso –dijo Pepe–, aquí hay un grupo de supuestos amigos que siempre me están llamando y preguntando dónde hay fiesta, pero no se acuerdan de mí para preguntarme si me apetecía venir hoy aquí.

-A la hora de la verdad, cada uno va a lo suyo –murmuré.

Allí había directores que habían estrenado películas en cines, hablaban de sus proyectos, de sus rodajes, de los nominados a los oscars. Ese año había sido elegida “Blancanieves” para representar al cine español. Merodeando por el jardín me encontré a Maribel Verdú, Fran Perea y a otros artistas. Mi amigo estaba interesado en dar a conocer su nuevo corto animado, y no dudaba en preguntar a todo el mundo si lo había visto y si le había gustado. En mi niñez, me encantaban los dibujos animados. Ahora evocaba películas ganadoras del óscar: *Belle Époque*, *Volver a empezar*, *Mujeres al borde de un ataque de nervios*. Tras unos minutos me percaté, casualmente, de que la anfitriona me estaba mirando fijamente desde la distancia con cara de pocos amigos.

Se me acercó y me preguntó:

-¿Nos conocemos?

-No, pero si usted quiere puede pasarse por mi gabinete y le aplico un masaje que nunca olvidará –respondí más chulo que un ocho.

Miré las líneas de su cuello y me pregunté por qué no llevaba algo para disimular. Las mujeres como aquella siempre llevan pañuelos de seda o gruesos collares de perlas. Estaba muy cerca de mí. Una tenue fragancia llegó a mi nariz: un aroma vaginal, lujurioso. Durante la breve charla con Miranda intercambiamos teléfonos y quedamos en volver a vernos.

De pronto, la anfitriona fue hacia Pepe, le agarró del brazo derecho y le espetó bruscamente:

-Ahora no es momento de que molestes al señor director con tus cortometrajes.

Pensé que iba a tirarla a la piscina que teníamos en frente, pero puso su mejor cara, acercó sus labios al oído de Miranda y no pude oír lo que dijo. Cualquier cosa menos bonita. No entendía por qué le tenía esa manía. Quizá le gustaba y Voro pasaba de ella. Me daba la impresión que entre ellos había habido algo.

-Los españoles en Los Ángeles somos pocos y mal avenidos. Hay mucha envidia y mucho peloteo –me susurró Pepe.

Algunos cineastas llevaban siempre un séquito de actores, directores y actrices revoloteando a su alrededor que no quería que nadie más se le acercara. Mi amigo estaba indignado. Desgraciadamente, jamás tenía la oportunidad de llegar más allá de un amable saludo y un apretón de manos.

-La semana pasada me encontré a Julio Medem –dijo-. Es un tío cojonudo. Y el mes pasado estuve con el sevillano Paco Cabezas: el director fetiche de la televisión estadounidense; un chaval de barrio que trabajó en un videoclub, que no ha ido a la escuela de cine y que tiene la suerte de poder contar historias.

-A lo mejor aparece Pedro Almodóvar –dije siguiéndole el rollo.

-Pues el año pasado coincidimos en una fiesta en el hotel Four Seasons. Iba acompañado de toda su troupe: Penélope Cruz, Javier Bardem, Antoni Banderas...

A Miranda le encantaba rodearse de celebridades y no dejaba escapar ni una. La gustaba la carne fresca y las jóvenes promesas. Si había algún paisano famoso o conocido que estuviera de paso por Los Ángeles, estaría automáticamente invitado a la fiesta.

-A Hollywood se llega un poco siendo fiel a uno mismo porque ellos quieren una voz. Y luego quieren obviamente joderte la voz y convertirlo todo en plano y masticable –afirmó Pepe.

-Vivir de esto es un privilegio –dije, un poco confuso.

Dimos un par de vueltas por las distintas estancias de la casa y nos acercamos a una mesa donde había dos chicas tomando una copa de vino. Una de ellas era una actriz y presentadora española. Al cabo de un rato, y cuando la fiesta ya estaba acabando, la actriz besó a Voro allí mismo delante de todo el mundo. Mi amigo había ligado. Se excusó y se fue con su nueva amiga a su lujoso apartamento, no muy lejos de allí. Estaba habituado a eso de trasnochar

en casas de bellas y afables damas.

Pensé en seguir indagando por mi cuenta, pero allí nadie se dedicaba al porno salvaje y violento. Así que me largué de allí. A primera hora de la mañana, me esperaban las sinuosas curvas de Kate Sullivan.

Pepe había escrito un guión y lo había traducido al inglés con la esperanza de que su corto pudiera captar la atención de algún productor interesado. Insistía, era bastante pesado, se rebajaba, pero no se arrastraba. Seguía enfrascado en su proyecto, pero sus ganas y disposición para rodar el corto de su nuevo guion disminuyeron cuando se percató de que sin dinero no había nada que hacer. Una de las ventajas que tenía al trabajar en una productora era que por allí pasaba mucha gente interesante a la que conocer. Les mostraba el nuevo guión, le daban buenas palabras, pero su proyecto se quedaba atascado. Cada día al salir de la oficina, su tiempo libre lo dedicaba a buscar más trabajo, a buscarse la vida, a buscar mánager. Se citaba con uno y con otro, hasta con el representante de Fernando Trueba, pero de nuevo, tras varias reuniones, ninguno se decidía a representarle. La gente pensaba que era un diablillo cachondo que le gustaba ir de picos pardos y colgar en las redes sociales fotos excesivas, brutales, bebiendo, con mujeres, de juerga... y postear mensajes lascivos.

Notaba cómo iba dejándose la energía mientras sus pensamientos de conejo frenético se empeñaban en buscar un mánager, un agente, un productor. Cuando le conocí, ya era un tipo cabreado. La distribución del corto le traía de cabeza. Quería enseñarlo en los festivales. Mientras tanto seguía enviándolo a todo tipo de revistas, impresas y online. Un amigo director le dijo que le recomendaría a una productora y al final nunca lo hacían. En su continua, incesante e interminable búsqueda del éxito, se enteró de que la FOX iba a abrir un canal de televisión hispano. Esa noche a la salida de Harry's, me entregó un sobre amarillo.

-¿Qué es esto? –pregunté extrañado.

-Es mi currículum. Te pido por favor que lo entregues en unas oficinas de televisión de la FOX en el cruce de Santa Mónica Bulevar con Sepúlveda.

Al día siguiente me presenté con el sobre amarillo en la dirección que me había indicado, pero de allí me mandaron a la Fox Tower en Avenue of the Stars, que era el edificio Nakatomi de 'La Jungla de Cristal'. Alguien de recursos humanos sacó el currículum del sobre y me miró extrañado, como si en la era digital llevar un currículum impreso en la mano fuera cosa del pasado.

El sueño de Hollywood: todo el mundo en esas calles, desde el que sirve café al que expende gasolina, lleva consigo un currículum, un guión o un vídeo por si se topa con quien le sitúe en la industria del cine.

Esa tarde, cuando me dirigía a Harry's, sonó mi teléfono. Era Pepe.

-Si quieres, puedes pasar a recogerme a las ocho en mi casa. Esta noche vamos de estreno con manta y palomitas donde acuden actores y actrices.

Era la segunda *premier* a la que asistía en poco tiempo. La semana pasada fuimos al estreno de *Capitán América* en un coqueto teatro de la avenida Melrose. Volví a mi coche, recogí a mi amigo y conduje hasta el corazón de Beverly Hills.

Tras aparcar, Pepe me guió sin decir palabra hasta el cine. Sin pensarlo ni dudarlo nos adentramos entre multitud de equipos de televisión, reporteros y fotógrafos acampados en aquel tramo de Hollywood Bulevar. Nadie nos preguntaba ni Pepe preguntaba a nadie. Saludó a un portero como si le conociese bien y cruzamos el hall con decisión, caminando con la mayor naturalidad del mundo. En ese momento, una azafata se acercó repiqueteando peligrosamente sobre altos tacones y amablemente nos dijo:

-Tienen que dejar los móviles aquí durante la proyección.

-Por supuesto -dijo Pepe con una amplia sonrisa, como quien deja el abrigo en el guardarropa.

La azafata nos dio un numerito como resguardo y al entrar, los dos porteros que había allí, ni se percataron de nuestra presencia ya que estaban charlando entre ellos.

Cuando entramos en la sala, la película acababa de comenzar y estaba todo muy oscuro, pero Pepe vislumbró un par de asientos libres a mi derecha y allí nos sentamos rápidamente. Tenía la sensación de que nos habíamos colado. En cualquier momento, podía aparecer el acomodador y ponernos de patitas en la calle. Mi amigo miraba hacia la pantalla sin inmutarse. Sabía disimular. Aunque supongo que la procesión iría por dentro.

-Falta algo -me dijo mientras se levantaba y se dirigía a uno de los acomodadores.

Al poco rato, volvió a su asiento con dos pares de gafas en 3D. Ahora disfrutamos de la película. Eran tan grandes y cómodas las butacas de aquella pequeña pero lujosa sala de cine que podías estirar las piernas y echar la siesta. Me sentía emocionado, y no solo por asistir a la *premier* mundial, sino por estar cerca de Jennifer Lawrence y Emma Thompson; de hecho pasaron a mi lado al acabar la película.

-Aquel tipo del traje azul es Robert Iger, presidente de la compañía Disney - me dijo Pepe-. Me gustaría hablarle de mi cortometraje y que pudiera verlo.

Después de ver en pantalla las escenas adicionales, salimos todo el mundo de la sala y mi amigo pudo saludar al director y darle su tarjeta y sus felicitaciones por aquella obra maestra de la animación. Luego volvió dentro y buscó al presidente de la Disney. Yo dudaba que pudiera acercarse a menos de tres metros. Una nube de guardaespaldas pululaba a su alrededor.

Al cabo de unos minutos, apareció y me dijo que le había dado su email. Se había propuesto contactar con productores, mejor que con agentes o mánagers, quizás sin ellos no tendría acceso a productores cuyas compañías requerían que los guiones les llegaran a través de agentes.

-Esto parece una guerra. No te detienes ante nada –le comenté asombrado.

-Es otra forma de conquistar Hollywood. Poco a poco se llega lejos –dijo con cierto entusiasmo.

Cuando aquello se despejó un poco, subimos en mi coche y le llevé a su apartamento. Mientras conducía, me preguntaba por qué me habría mentido. No paraba de decir tonterías y fantasmadas, como que la Paramount le había cancelado una reunión, respecto a su segundo cortometraje.

Pasaban los días y mi investigación apenas avanzaba. Pepe dedicaba más tiempo a sus intereses que a los míos. Bastante tenía en sobrevivir en un gremio donde la competencia era atroz. Experimenté una gran decepción: dos españolitos cabreados en apuros; ciertamente serviría como guión para la peor comedia de serie B.

La cara oculta de la luna

Me recosté en la cama y miré cómo iba amaneciendo. El rumor del mar me llegaba a través del gran ventanal. El cielo tenía un resplandor blanco y apenas había nubes. Iba a ser un día de calor. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Hiciera lo que hiciera, no serviría de nada. Bajé las escaleras, me dirigí a la piscina y me arrojé a ella desnudo.

Qué bien me sentaba un chapuzón por la mañana. Veía las cosas desde otra perspectiva. Desafortunadamente, nunca se llega a saber demasiado sobre actividades de naturaleza clandestina. El director Garay era fácil de localizar. Tan sólo unos cuantos kilómetros por la carretera de Malibú. Pero el director Gordon residía en las colinas de Hollywood, un camino complejo e intrincado.

Terminé de desayunar, subí al coche y salí marcha atrás. Seguí adelante, giré a la derecha en la avenida, y me incorporé a la carretera de la costa. Iba despacio, sin forzar el motor, disfrutando de la calma marina que dominaba el paisaje. Cuando llegué a la señal que indicaba el GPS, aparqué enfrente y esperé. La calle estaba desierta. Había llegado a la residencia de los Garay, donde quizá me enterara de que el cabeza de familia estaba en casa y pudiera conocerle. La mansión se alzaba en un montículo de dos hectáreas y estaba rodeada de un muro de piedra que me impedía ver su interior. Altos cipreses y sauces llorones despuntaban por lo alto del muro.

Junto a la puerta del muro había una placa dorada que decía: *Jon F. Garay - Director de cine*. Volví al coche, saqué el móvil e introduje el nombre en Google: un montón de páginas se abrieron. Leí lo que decían de él. Cincuenta y tres años, sólo se había casado una vez y tenía dos hijos. Su familia era de Nueva York. Estudió en Harvard y en Berkeley. Había rodado ocho películas de esas de ficción y de espadas laser y alguna había tenido bastante éxito. Debía de estar forrado. Las películas que realizaba (similares a *Matrix* y *Star Wars*) estaban muy lejos del director de cine porno que andaba buscando. Quedaba claro que este no era mi hombre.

Al cabo de un rato, la puerta de acceso para vehículos se abrió automáticamente y un potente todoterreno con las lunas tintadas ronroneaba mientras se disponía a salir. Puse en marcha mi coche y decidí seguirlo. Me aproximaba a una velocidad creciente. En ese instante, el todoterreno tomó la

autopista del Pacífico en dirección sur. Reduje aún más la marcha para ampliar la distancia entre ambos vehículos. No debía perderlo de vista, pero sobre todo no debía pegarme a su parachoques. Al llegar a Santa Mónica torció por Sunset. Los neumáticos susurraban en el asfalto del bulevar. El todoterreno se incorporó a Ventura y continuó hasta Universal Studios.

Me parecía una pérdida de tiempo espiar a un padre de familia que rodaba películas para un público infantil y juvenil. Descarté a Garay y regresé a casa. A las doce tenía cita con Katy.

Todas mis pesquisas se concentraron en Gordon. Sin conocer al señor Gordon era difícil imaginarse cómo reaccionaría ante mi presencia. Si tenía un carácter violento, podría romperme la crisma. Si le pillara con el culo al aire, podía complicar su situación social y profesional. Pero nada de todo eso me llevaba a ninguna parte. Quería encontrarlo, estaba preocupado, incluso cabreado. ¿Cómo hacer para encontrarlo? No me gustaba ese director FG. Pero en ese momento necesitaba encontrarlo.

Había mirado en la guía. Había varios directores cuyo apellido empezaba por G. Podía ser un nombre inventado o su apellido. Era muy probable que ni siquiera fuese director. Eso me llevaba a plantearme que mi hija podría estar con un tipo que trabajaba clandestinamente. Todos esos personajes oscuros usan drogas. Es la manera más fácil de manejar a sus actores y actrices. La industria de la pornografía era una de las más lucrativas del mundo. Suponía que había algo obsceno en su pasado. Incluso algo delictivo. Tenía que descubrirlo.

Al llegar a casa, me quité la ropa hasta quedarme en calzoncillos tipo bóxer. A Katy le gustaba verme con el torso desnudo.

Cuando sonó el timbre, bajé las escaleras y abrí la puerta.

-Hola, Katy.

-Podías prepararme un zumo de naranja mientras me voy desvistiendo -dijo con su suave acento texano.

-Tus deseos son órdenes para mí –dije al tiempo que me dirigía hacia la cocina.

Katy era una chica de veinte años que trabajaba con madame King. Tras exprimir unas naranjas, subí las escaleras y entré en la sala de masaje. Estaba tumbada boca abajo sobre la camilla. Su cuerpo era muy deseado, pero solo poseído por aquellos que estuvieran dispuestos a pagar sus elevadas tarifas. Se incorporó y tomó el vaso de zumo entre las manos. Dio un trago largo.

-Delicioso. Estaba sedienta –exclamó mientras yo me untaba las manos con

aceite de jojoba.

Dejó el vaso en la mesilla y volvió a tumbarse boca abajo. Entonces mis manos se pusieron en acción, recorriendo cada rincón de su cuerpo. Apenas hablamos, pero a media sesión, abrió la boca para confesar:

-Una noche fui a una casa en las colinas y me ocurrió algo fuera de lo común. En una habitación había una joven vestida de una manera muy peculiar y un hombre de unos cincuenta años, totalmente desnudo, arrodillado en el suelo y con las manos esposadas por delante.

-¿Cómo se llamaba la chica? –pregunté con mucha curiosidad.

-Respondía al nombre de Chantal. Lady Chantal.

-¿Cómo era físicamente?

-Era una preciosa rubia de ojos negros.

-¿Trabajaba de escort como tú? –insistí sin despegar las manos de su piel.

-Sí pero no.

-¿Qué quieres decir?

-Que no practicaba sexo, ni se desnudaba, pero cobraba mucho más que yo. Tenía un máster en dominación y sadomasoquismo, y seguramente recibió una educación que superó sus más retorcidas expectativas.

-Sigo sin entender –dije intrigado.

-Me encontré a una joven poniendo una correa de cuero atada a los genitales de una estrella de Hollywood y arrastrándolo por el suelo. Iba ataviada con botas de tacón de aguja y un mono de cuero negro muy ceñido.

-¿En eso consistía su trabajo?

-A dominatrix solo llegan las mejores. Al principio empezó con actores desconocidos, pero poco a poco se fue corriendo la voz sobre sus habilidades y empezaron a solicitar sus servicios los rostros más famosos de la industria cinematográfica.

Aquellas confidencias y el tono sincero con que habían sido dichas me dejaron sumido en un mar de confusiones. Ella me miraba como a un padre con el alma en pena que busca a su hija desaparecida, y yo la trataba como si fuera mi hija.

Se dio media vuelta y se puso boca arriba. Continuó:

-Nuestros clientes no son partidarios del Gran Hermano. No es que sean criminales, pero no les gusta ser vistos en la mazmorra de un club sexual.

Cuando la sesión de masaje hubo terminado, se incorporó de un salto y entró en el baño. Mientras bajaba las escaleras y me dirigía hacia la cocina

para preparar un batido de papaya, me quedé pensando en lo que acababa de escuchar.

A los pocos minutos, Katy apareció en la puerta. Se sentía dichosa, pletórica. Con su falda corta de colegiala resplandecía inmaculada, como si tuviera una cita con alguien muy importante. Le alcancé un vaso y ella lo cogió con la mano derecha.

-Gracias. Eres un encanto –susurró después de dar un sorbo-. Te he dejado el dinero encima de la mesa del salón.

-Es muy interesante todo lo que me has contado –dije como si tal cosa.

-Esta profesión es muy entretenida. Cada cita es una nueva aventura. Me gusta lo desconocido: viajes, encuentros inesperados, situaciones nuevas.

-Sabes que me gusta que vengas y me cuentes lo que quieras. Mis labios están sellados. Soy una tumba.

Asintió después de un momento de silencio, dijo adiós y empezó a descender los escalones de la entrada. La vi entrar en el coche, un escarabajo rojo, descapotable. Dio la vuelta allí y me saludó al pasar por delante, calle abajo. Luego el coche tomó una curva a toda velocidad y desapareció.

Aquella situación era chocante. Y cuanto más insólita se volvía, más deseaba encontrar a Ana, pues ella sabría que no era tan mala como parecía en caso de que su historia apareciese publicada en el periódico. La dueña me echará de aquí, pensaba. No será capaz de prolongar esta situación mucho más tiempo. Pero a medida que avanzaba el verano, llegaba el otoño y después el invierno, me fui convirtiendo en un masajista para todas las temporadas -infiel con una amante agradablemente impaciente-, quedó patente que habría que hacer algo al respecto.

Gigantescas hortensias de flores azules adornaban la parte delantera de la casa. Oí un revoloteo y vi a un jilguero que trinaba animadamente. Agitaba las alas sobre las ramas más altas de un abedul. El gorjeo cesó al instante, el jilguero alzó el vuelo y se fue con la música a otra parte.

Había acabado los masajes por hoy. Me arreglé y me dirigí en coche a La Ciénaga, a la Tasca de Paco. Saludé al dueño y esperé en un taburete delante del mostrador del bar con una cerveza delante de mí y en los oídos una canción de Julio Iglesias. Un poco más tarde, me comí una variedad de tapas hispanas: taquitos rellenos de guacamole, croquetas de pollo, virutas de jamón ibérico, papas arrugadas con mojo picón.

Tras pagar la cuenta, di media vuelta y me alejé caminando con paso firme hacia el coche. Mientras conducía, introduje la dirección en el GPS y me dejé

guiar por la voz femenina del navegador. Dentro de mi cabeza los pensamientos se agolpaban sin orden ni concierto. Hasta ahora, solo había conseguido ver a unos cuantos directores. Yo no era más que una gota de agua en la inmensidad del océano. Un llanero solitario dando palos de ciego. Los directores Garay y Green quedaban eliminados. Tenían negocios demasiado prósperos para mezclarse en asuntos turbios. La única posibilidad era el director Gordon.

Dejé atrás la ciudad y al cabo de un rato, el Chevrolet se detuvo ante una mansión escondida en lo alto de la colina, rodeada por una cerca de ladrillo. El tejado era de pizarra oscura. Un enorme portón de acero galvanizado cerraba el paso y cegaba la vista interior. En una placa de latón pegada a la pared se leía: *Frank J. Gordon - Director de cine*.

Mientras contemplaba la casa desde la acera de enfrente, el monovolumen negro que había visto poco antes dobló por la esquina rugiendo y aparcó junto a la puerta trasera. Una mujer maciza con enormes tacones se bajó del coche y echó a andar lentamente para mirarme. Se parecía a la puta de Tijuana que intentó matarme en Madrid, aunque había cambiado el color del cabello. Al llegar a la casa sacó una llave y, mientras abría, se volvió de nuevo a mirarme.

Subí al Chevrolet y me senté en el interior a pensar si merecía la pena seguir a Gordon. Decidí que, tal como estaban las cosas, de momento era mejor no hacerlo.

Justo en ese momento unas cortinas se movieron tras la balconada de la primera planta. Las sostenía una mano femenina y divisé su silueta tras las puertas de cristal. Miré hacia ambos lados de la calle. Desde el lugar en que me hallaba pude observar que era la última casa a este lado de la colina.

Las cortinas que había visto moverse estaban ahora completamente descorridas. La mujer maciza estaba junto a la puerta de cristal de la balconada. Con una mano se retocaba el pelo, mientras con la otra sostenía el teléfono móvil pegado a la oreja. Asentía con la cabeza. Evidentemente, estaba recibiendo instrucciones.

Encendió un cigarrillo y volvió a mirarme, esta vez apuntándome con el móvil. Desde esa distancia era bastante improbable que llegara a reconocerme, pues llevaba el rostro parcialmente cubierto por una gorra de béisbol y unas gafas oscuras. Las cortinas permanecieron apartadas durante un rato antes de volver a cerrarse.

Me inclinaba hacia delante para hacer girar la llave de contacto cuando la puerta trasera de la casa se abrió. La tía maciza apareció en medio de la calle, y

se aproximaba, móvil en mano, enfocando la matrícula de mi coche. Luego se dio media vuelta y entró en la casa.

Retiré la mano y me arrellané de nuevo en el asiento. Concentré de nuevo mi atención en la mexicana. Estaba de nuevo junto a la puerta de cristal, fumando y esperando. Sonó su teléfono. Escuchó y colgó. Después, dio una larga calada al cigarrillo y mientras exhalaba el humo lanzó una mirada rápida hacia mi Chevrolet.

Salió al balcón, se recostó en una tumbona y permaneció tendida, rumiando sus pensamientos, con la mirada perdida en el infinito, pero sin dejar de mirarme a cada minuto. Ambos esperábamos sin motivo aparente. Las mujeres hablan mucho por teléfono. Y curiosean por la ventana, se alteran y hacen fotos.

Había algo en la conducta de esa mujer que me intrigaba. Alargué el brazo, abrí la guantera y saqué de ella una novela de mi casera.

En menos que canta un gallo, un coche de color gris torció por la esquina a toda velocidad y avanzó calle arriba. Paró ante la casa del director Gordon. Un bigardo de casi dos metros y con el pelo rapado se bajó y se acercó a la entrada principal de la casa. Llamó al timbre al tiempo que dirigía la vista hacia el lugar donde yo me hallaba.

La puerta se abrió y el hombre corpulento entró en la casa. Seguí sentado leyendo la novela de mi casera. El tiempo pasaba lentamente.

La puerta volvió a abrirse y el tipo fornido bajó con desgana los escalones de la entrada y salió a la acera. Se encogió de hombros, se rascó la cabeza y cruzó la calzada en diagonal. Sus pisadas resonaban en la quietud de la calle. La tía maciza estaba de pie junto a la puerta de la balconada y miraba.

Dos enormes manos negras se posaron sobre la puerta del coche junto a mi codo, y una cara redonda, pesada y negra, apareció sobre ella. El tipo me miraba fijamente y al cabo de unos segundos, me habló con voz grave.

-¿Está esperando a alguien? -preguntó.

-Pues sí –le dije-. ¿Cómo ha podido adivinarlo?

-Yo soy el único que hace preguntas aquí.

-Vaya, vaya –dije-. ¿Conque esas tenemos?

Sus fieros ojos negros me miraron con dureza. Yo señalé a la balconada de la primera planta con la mano. Esa tía tan inquieta y la llamada de teléfono. Ha avisado a la policía y, probablemente después de enviar las fotos de mi coche, ha averiguado mi nombre.

-¿Pasa algo?

-Enséñeme su carné de conducir.

Me quedé mirándolo unos instantes, inmóvil.

-¿Dónde están sus modales y su placa de policía? ¿Cree que por hacerse el duro conmigo me va a acojonar?

-Si fuera así, ya lo habría notado.

Me acomodé bien en el asiento, puse en marcha el motor del coche y pisé el embrague para meter la primera.

-Apague ese motor –gritó mientras daba un manotazo al techo del Chevrolet.

Tras obedecer, me apoyé en el respaldo del asiento y le miré.

-¡Vaya, otro listillo! ¿Quiere recibir una paliza? –dijo apretando los puños.

Saqué la cartera y le entregué mi carné de conducir. Después de examinarlo por las dos caras, me lo devolvió y guardé mi cartera. Metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó la placa dorada que le identificaba como policía.

-Sargento Jackson –rugió su ronco vozarrón.

-Encantado de conocerle, sargento.

-Déjese de ceremonias y dígame qué está buscando en la casa de Gordon.

-No sé quién es el señor Gordon y no tengo ninguna intención de asaltar su propiedad.

Me siguió con la mirada, aumentando el desprecio en su gesto a cada segundo.

-¿Qué está tramando? Aquí no nos gustan los mirones ni los espías.

-¿De verdad?

-Vamos, hable por esa boquita. O tal vez prefiera hacerlo en comisaría.

Permanecí en silencio. Podía imaginar a los policías haciéndome sudar bajo los focos.

-¿Le envía alguien? -me preguntó de pronto.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

-Es una manera bastante estúpida de comportarse -bramó.

-De acuerdo -respondí-. Se lo diré alto y claro. No conozco al señor Gordon, no sé nada de él y no me interesa en lo más mínimo. He quedado con una dama y el GPS me ha traído hasta aquí. Y mientras aparece ¿qué hay de malo en contemplar el paisaje? Mis ligues no son de su incumbencia. Y si no le

gusta, podemos ir a la oficina del sheriff.

Sacó el brazo que tenía sobre la puerta y se quedó pensativo.

-Está muy lejos de su casa, forastero.

-El amor traspasa fronteras.

Hizo una mueca de desdén, miró hacia la casa y volvió a rascarse la cabeza.

-¡Lárguese antes de que me arrepienta! -bramó-. Y no vuelva a aparecer por aquí.

Volví a girar la llave de contacto. Pisé el embragué y antes de arrancar le dije:

-¿Cómo está Silvia?

Me miró asombrado.

-¿Conoce usted a Silvia Gonzales?

-Sí. Coincidimos en un festival de cine hace cinco meses en España.

-Silvia está al servicio del señor Gordon –dijo maquinalmente-. ¡Venga, lárguese antes de que sea demasiado tarde! Como le vuelva a pillar merodeando por aquí, le procesaré con todas las de la ley –volvió a gritar.

Mientras el poli atravesaba lentamente la calle y se dirigía a la casa de Gordon, pisé el acelerador y salí zumbando.

Durante todo el camino de vuelta a la ciudad fui rumiando mis pensamientos. Entraban y salían de mi mente tan inquietos como las manos de la mexicana cuando me apuntaba con el móvil. Mi vida se complicaba cada vez más. Tenía que crear un perfil que resultara atrayente a las mujeres y darme de alta en Tinder. La trola que le había metido al poli podría traer cola.

Ya de vuelta en Los Ángeles me detuve a la altura de Harry's. Era un buen momento para tomar un trago. El sargento Jackson me había dejado con el culo al aire, pero había localizado al director que, según mis cálculos, era quien había embaucado y secuestrado a mi hija.

El amor está en el aire

Harry's estaba casi vacío. El suave sonido de un piano inundaba la estancia, sus hermosas notas musicales me recordaban la banda sonora de una película. En un taburete, ante el mostrador, una mujer con un vestido negro, estaba sola, con una copa delante, una bebida transparente. Tenía los ojos de un color gris claro, una nariz aristocrática y la boca lujuriosa. Su porte distinguido y distante y su extremada delgadez me indicaban que era ninfómana o llevaba una dieta estricta.

-¿Puedo sentarme?

-La verdad, no voy a quedarme mucho tiempo -dijo mirando a su alrededor, asegurándose de que nadie nos apuntaba con la cámara de su móvil.

Saludé al barman y me senté en otro taburete al lado de ella.

-Un gin tonic -dije-. Con un buen chorro de limón.

Me puso un posavasos delante y siguió mirándome.

-¿Sabe una cosa? -dijo-. Una noche les oí hablar a usted y a su amigo y conseguí una botella de Tanqueray nº Ten. He pensado que sería un buen momento para abrirla.

-Gracias por haberse tomado la molestia.

El barman se alejó. La mujer de negro me recorrió con la mirada descaradamente y luego volvió a mirar su copa.

-Poca gente lo toma así -dijo en un susurro apenas audible. Luego giró la cabeza hacia mí de nuevo, se llevó la mano a su pronunciado escote y tocó el collar de perlas que lucía, atrayendo toda mi atención. Por un momento pensé que quería ligar conmigo o llevarme al huerto-. Me refiero al gin tonic.

-Un problema familiar hizo que me habituara -dije.

-Una mujer.

-¿Por qué?

-*Cherchez la femme*. Es tan viejo como el mundo. Los mayores problemas provienen de ahí.

-Creo que las mujeres son la sal de la vida, que ayudan a que este tránsito por el valle de lágrimas sea más llevadero, incluso gozoso a veces.

-Quizá tenga razón.

Se volvió y dejó de mirarme.

El barman me colocó delante la copa. Di un trago largo. Estaba fuerte con su aroma cítrico. Al instante vi su cabeza cambiar de posición, lenta, ligeramente, y pronto llegué a convencerme de que la dama de negro estaba observándome atentamente. Alzó su combinado burbujeante y transparente. Entrechocamos nuestras copas y bebimos. Observaba los cubitos de hielo flotando juntos, tintineando, traspasada la escarcha al cristal y la ginebra fría y untuosa en su boca. En ese momento me di cuenta de que bebíamos lo mismo.

Pensé que la tenía en el bote, pero seguí manteniendo cierta indiferencia.

-Da gusto estar aquí a primera hora, antes de que llegue la marabunta –dije convencido de mis palabras.

-Es una hora apacible -dijo ella-. En un club nocturno casi la única hora apacible. -Apuró su copa-. ¿Cómo se llamaba esa mujer?

La miré fijamente durante unos instantes antes de contestar.

-Ana -dije.

Arqueó levemente una ceja. Luego asintió.

-Quizá la conozca, pero con otro nombre.

El barman se acercó a donde estábamos y miró mi copa.

-Otra ronda para los dos –dije-. En una mesa.

Me bajé del taburete y esperé pacientemente para ver si aceptaba la invitación. Me traía al fresco lo que hiciera. Lo normal sería intentar llevarla a la cama, pero en realidad solo me apetecía charlar un rato. Aunque quizá la dama de negro pensara que estaba tratando de seducirla. Si era así, tampoco perdía nada.

Hubo una oscilación de duda. Cogió su bolso de terciopelo negro, se dirigió a una mesa al fondo de la sala y se sentó sin decir ni mu. Me senté frente a ella.

-Me llamo Alex Vázquez.

-Y yo Mirna Logan -dijo con la voz engolada-. Es usted un tipo atrevido, señor Vázquez, ¿no le parece?

-¿Porque vengo aquí a echar unos tragos? ¿Qué me dice de usted? Quizá me gusten.

-Quizá también a mí. Pero sería demasiada coincidencia -dijo la señora Logan-. Se necesita valor para salir de casa solo sin nadie que le respalde.

Una ligera sonrisa se dibujó en su rostro.

-De manera que es usted el hombre –susurró.

El barman trajo las copas y las dejó sobre la mesa. Cuando se alejó, dije:

-Soy un padre atormentado que busca desesperadamente a su hija desaparecida; confieso que estoy algo obsesionado y que de vez en cuando vengo a beber gin tonic.

-Verdaderamente es una desgracia.

Sujetaba la copa con una mano. Aparentaba unos cuarenta años, aunque contase más. Llevaba un resplandeciente anillo de casada.

-Cierto –dije-. Es una situación muy dolorosa.

Me miraba pensativa, sin ninguna expresión en particular.

-Tenía una familia acomodada que le permitía todos los caprichos. Pero quería volar libre. Es incomprensible –dije.

-No se ponga sentimental, señor Vázquez. Algunas muchachas son así. No lo pueden evitar. De pronto ven la puerta abierta y emprenden el vuelo.

-Estoy de acuerdo con usted.

Echó la cabeza hacia atrás y me miró extrañada. Sus labios se fruncieron un poco.

-De manera que salió volando a la primera oportunidad que tuvo.

-No sé si lo hizo por amor, por deseo o por ambición.

-Lo que ha dicho no tiene mucho sentido, señor Vázquez. Me pregunto ¿qué hago aquí perdiendo el tiempo con usted?

-Eso se soluciona fácilmente, señora Logan. -Apuré mi copa de un trago-. Pensé que podría decirme algo sobre mi hija que yo no supiera.

-Es usted bastante contumaz -dijo, enfadada.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? No estaría aquí bebiendo un gin tonic si creyera que mi hija estuviera muerta.

Me miró fijamente. Al cabo de un momento dijo muy despacio: -Su hija está a salvo. Viene a mi casa a menudo. ¿Qué más quiere?

-¿Puede repetir eso?

-Su hija está viva y en perfecto estado de salud, y está manteniendo una extraña relación con mi esposo.

No podía creer lo que acababa de escuchar.

-¿Por qué va su casa?

-Mi esposo se ha enamorado, encaprichado..., de ella.

-Dígalo, ¿por qué no?... encoñado.

-No se trata de sexo sino de algo horrible. Se necesitan muchas agallas para hacer lo que hace su hija. Me pregunto dónde lo habrá aprendido -dijo con

aspereza.

-Todo lo que demuestra es que Ana quería triunfar en el cine. En una situación así, quizá decidiera salvar a otras personas de aparecer en los medios de comunicación.

-Eso es increíble –dijo-. Una muchacha no desaparece para evitar un pequeño escándalo familiar. Las personas con dinero, señor Vázquez, siempre se pueden proteger.

-De acuerdo; quizá me equivoque en cuanto al motivo. Hace un momento estaba enojada conmigo. Si quiere me largo y así toma tranquilamente su gin tonic.

En su rostro apareció una sonrisa espontánea.

-Lo siento. Empiezo a creer que es usted sincero. Lo que pensaba entonces era que trataba de justificarse, bastante más que justificar a su hija. Pero por alguna razón creo que no es cierto.

-No me estoy justificando. No niego que la desaparición de mi hija me tiene desconcertado. Si la hubieran encontrado y repatriado, supongo que nunca hubiera venido aquí. Y me habría ahorrado mucho tiempo y dinero.

-Por no hablar de su estancia ilegal -dijo la señora con sarcasmo.

-Antes de que yo llegara, este país ya estaba saturado de inmigrantes ilegales. Uno más, con buena disposición, pasará inadvertido a la policía metropolitana.

Cogió su copa y bebió lentamente, saboreando el suave e intenso sabor de la buena ginebra y sintiendo el cosquilleo de la tónica en la garganta. Luego dijo muy despacio:

-Mirándolo bien, Podría haber sido peor. Titulares sensacionalistas, manchando la reputación de gente respetable y sin la menor consideración por los sentimientos de nadie, incluidos los sentimientos de mi esposo.

-El poder del dinero es tan fuerte...

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá al tiempo que cruzaba las piernas. La abertura lateral de la falda dejó al descubierto partes hasta ahora secretas de su anatomía.

-Es increíble que su hija desapareciera sólo para conseguir eso. Pero no que fuese mejor así para todos los interesados.

-Necesito otra copa –dije levantando la mano para llamar al camarero. Una imagen vino a mi mente, como un flash-. ¿No estará relacionada, por casualidad, con la familia Logan?

-Henry Logan es mi marido –dijeron los labios húmedos de la señora-. Pensé que lo sabía.

El camarero se acercó y pedí otra ronda. Mirna hizo un gesto con la cabeza y dijo que no quería más.

-Dado el silencio que el señor Henry Logan, ha impuesto sobre este enredo –dije cuando el camarero se fue-, es un placer estar sentado junto a la esposa del tercer hombre más rico y poderoso del condado.

-¿Cómo se entera de esas cosas?

-Uno tiene que saber de todo.

-Sin duda exagera, señor Vázquez. El poder de mi marido no llega tan lejos y no es tan rico. Reconozco que está un poco chapado a la antigua, pero tiene derecho a guardar sus secretos y su intimidad. Nunca aparece en público ni en fotografías y viaja en su automóvil o en su avión particular. Es un encanto de hombre. Su hija le ha caído bien. Ha cambiado mucho desde que se conocieron.

-Dios santo, estoy impresionado. Sabe usted más sobre mi hija que yo. Creo que debería ponerme al día.

El camarero se acercó con mi tercer gin tonic. Le di un buen lingotazo apreciando el amargo sabor que tanto me gustaba.

-La aparición de su hija ha sido algo muy especial en la vida de mi esposo, señor Vázquez. Y está usted volviendo al sarcasmo. No lo haga, por favor. Mi marido sabía que esto podía suceder. Le hubiese gustado mucho más que usted se hubiera quedado en Madrid. Si toda esta historia saliera a la luz, mi marido sería el hazmerreír. Nadie se acordará de las sumas de dinero que ha donado para obras benéficas y de caridad.

-No, no, señora Logan. Es mi hija la utilizada.

Hizo una mueca de sorpresa que fue reemplazada de inmediato por otra de irritación.

-Esto que voy a decir le va a parecer una confesión en toda regla. Hace mucho tiempo que mi marido no me satisface; dormimos en habitaciones separadas. Cuando nos vemos apenas hablamos. Mantenemos las apariencias ante la gente. Si su hija le hace feliz, ¿qué se supone que debería hacer, coger una pistola y matarlos?

-¡No, por Dios! A no ser que quiera ver los poderosos sesos de su marido esparcidos por la alfombra persa y las sábanas de satén salpicadas de sangre.

-Eso nunca lo haría. Acabaría entre rejas –exclamó-. Soy suficientemente

madura para comprender esa extraña relación y desear que mi marido sea feliz con su hija.

-Entonces, atormentada por el sexo, siga arrastrándose por los clubes nocturnos tratando de ligar con potentes machos que satisfagan esas necesidades que el cuerpo le reclama.

Mi interlocutora y yo nos lamíamos las heridas atados a un amor no correspondido. ¿Qué había hecho mi hija para caer en sus redes? ¿Quién movía los hilos de esta tramoya? ¿Qué cabrón o alcahueta se ocultaba tras las bambalinas?, me preguntaba una y otra vez. Eché una ojeada alrededor. Poco a poco la sala se fue llenando de gente. Aparté la copa y me incliné sobre la mesa. Debía hablar en voz baja.

-¿Está intentando decirme que su marido es una persona tan dulce y encantadora que nunca soñaría con utilizar su influencia para quitarme de en medio? Su marido aparece en la lista de multimillonarios de Forbes. Sus tentáculos llegan muy lejos. Es un hombre duro y fuerte. Hay que serlo para llegar a ser millonario.

-Es usted un cretino -dijo, enfadada-. Ya he tenido más que suficiente.

-Cierto. Porque no le sigo la corriente como un borrego. Desea que todo quede en familia. Mi hija no es consciente de los peligros que corre y que un borracho cualquiera podría hacerla daño. Quiere mantener su prestigioso apellido Logan tan reluciente como los chorros del oro. Le gustaría que desapareciera, que me largara a mi país y les dejara en paz.

-¿De verdad cree -me preguntó fríamente- que es eso lo que quiero?

Respiré hondo y contuve la risa.

-Podríamos limar asperezas si eso ayuda.

Agarró el bolso y se deslizó entre la mesa y el sofá.

-Me gustaría hacerle una advertencia -dijo con voz pausada e impertinente-. Está muy equivocado respecto a mi marido. Pero si sigue por ese camino, su estancia en este país puede concluir de forma repentina.

-De acuerdo, señora Logan. Me lo pregunto todos los días. ¿Hacia dónde vas, Alex?, y me digo: déjalo ya. ¿Pero cómo hacerlo?

De pie, asintió brevemente con un gesto de cabeza.

-Después de tres gin tonics, quizá esté un poco bebido.

Me levanté, pagué la cuenta y seguí a su lado.

-También usted ha tomado lo suyo. Se la ha soltado un poco la lengua. Por cierto, un individuo que está junto al mostrador no nos pierde de vista. ¿Algún

conocido suyo?

Se volvió, sorprendida de que me hubiera dado cuenta. Un individuo de complexión fuerte y cabellos canosos estaba sentado, ante el mostrador, en el taburete más cercano a la puerta.

-Es Robert –dijo-. Mi chófer y guardaespaldas.

Vamos a escabullirnos y dejarlo con un palmo de narices.

-No hay duda de que ha pillado una cogorza -dijo ella, echando a andar.

Es posible que estuviera un poquito beodo. Seguí a la señora Logan a través de la puerta y salimos fuera. De pronto, entre la muralla de coches que se alzaba a mi derecha, apareció el chófer a bordo de un flamante Mercedes gris metalizado. Abrió la portezuela y la señora Logan entró. Robert cerró despacio y con mucho cuidado.

Luego dio la vuelta al coche para regresar al asiento del conductor.

Mirna Logan bajó el cristal de la ventanilla y me miró, sonriendo a medias.

-Buenas noches, señor Vázquez. Ha sido agradable, ¿o quizá no?

-Nos hemos peleado mucho.

-Quiere decir que se ha peleado usted, sobre todo consigo mismo.

-Suele suceder. Buenas noches, señora Logan. No vive por aquí cerca, ¿verdad?

-No exactamente. Vivo en Pasadena. Al pie de las colinas.

Hice una mueca de indiferencia.

-Bien, buenas noches otra vez, señor Vázquez.

Se acomodó en el asiento de atrás, el coche se deslizó suavemente y se incorporó al tráfico que circulaba por Sunset Bulevar.

Recogí el coche en el aparcamiento y regresé a casa. En Hollywood puede suceder cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa.

Al límite

Iba de camino a Harry's cuando sonó mi teléfono móvil. Era Mirna Logan.

-He pensado mucho en usted esta mañana mientras paseaba por la Quinta Avenida. Alguien de la prensa sabe lo de su hija con mi esposo. Se quedó preocupado cuando me marché.

-El otro día fui a Harry's para verla.

-Me gustaría mucho tomar una copa con usted -dijo-. Nueva York es un sitio excelente para perderse por sus calles. Y si a usted le quedara un poco de cordura, podría marcharse también lo más lejos posible. Debe tener cuidado. Hay tipos que pueden estar pisándole los talones. No consigo entender por qué le ha dedicado tanto tiempo y esfuerzo a encontrar a su hija.

-¿A qué viene todo esto?

-¡Vaya pregunta estúpida! Sólo se engaña usted, Alex. ¿No se siente acorralado?

-¿Cómo quiere que lo sepa?

-Puede salir mal parado. Usted me cae bien. No sé por qué, pero me gusta. Y me molesta la idea de que puedan hacerle daño. Se ha esforzado tanto por encontrar a su hija...

-Muy amable por su parte -dije-. Cada uno hace con su vida lo que quiere. Solo se muere una vez.

-No se haga el héroe, imbécil -dijo, enfadada-. Sólo porque su hija se haya convertido en el particular objeto de deseo de mi esposo, no es razón para que se ponga al borde del abismo.

-La invitaré a una copa si se pasa por Harry's.

-Que sea en la ciudad de los rascacielos. Nueva York es una maravilla en diciembre.

-Nunca he estado en Nueva York en diciembre... y me gustaría.

-Si sigue por ese camino nunca vendrá.

-Adiós, Mirna. Le deseo lo mejor y espero que lo consiga.

-Adiós -me respondió secamente-. Siempre consigo lo que quiero, pero cuando lo consigo dejo de quererlo.

A continuación colgó. Me pasé el resto de la tarde cavilando sin saber qué hacer. Tras cenar, mi Chevrolet Malibú me acercó hasta casa. La noche era

fría, con una ligera neblina suspendida en el aire. Aparqué el coche en el garaje y eché a andar por el camino de grava que conducía a la puerta delantera. Todo estaba tranquilo y en silencio.

Entonces un coche torció por la calle lateral y se detuvo frente a mi casa. Era un todoterreno negro con las lunas tintadas, parecía un Hummer. Nadie descendió del vehículo. Me agaché rápidamente detrás de los arbustos. Nada se movía, nada se oía. Tan solo un coche parado a oscuras delante de mi casa. De repente, un potente foco se encendió y su haz de luz recorrió la fachada varias veces.

La policía no usa Hummer. Los Hummer con focos exteriores pertenecen a gente rica, alcaldes, FBI; quizá también a mafiosos, narcotraficantes...

De pronto me encontré justo en el centro de aquel foco. Me tiré al suelo pero me descubrió de todos modos. Pasaban los segundos y nadie bajaba del coche. La casa seguía en silencio y sin luz.

Se oyó el aullido de una sirena, pero se apagó en seguida. De repente la casa se iluminó por dentro. Un momento después un individuo, impecablemente vestido con un traje blanco, apareció detrás de la puerta y recorrió con la mirada la pared y los arbustos.

-Entra en la casa, alma errante -dijo con retintín-. Tienes visita.

Estaba atrapado y no había escapatoria. En ese instante, un fusil ametrallador que asomaba por la ventanilla derecha del todoterreno disparó una ráfaga al aire.

-Entra, alma errante -repitió el tipo del traje blanco desde el umbral-. No tienes ningún otro sitio donde ir.

Me puse en pie y caminé hacia la entrada. Subí un tanto indeciso los escalones, crucé el vestíbulo y me detuve inmediatamente después. Un individuo estaba sentado al fondo de la habitación con las piernas cruzadas y sostenía una pistola en la mano izquierda. Parecía un tipo duro, tenía la piel morena y el pelo rizado. Llevaba una cazadora de cuero negro y miraba en mi dirección. Siguió tan tranquilo como una estatua en un templo budista.

Mientras lo miraba, sentí un fuerte dolor en la espalda. Me quedé sin aliento. Al darme la vuelta vi a un mexicano enorme y musculoso. Empuñaba un revólver en la mano derecha. Tenía un poblado mostacho y abundante pelo, negro y brillante. Aquel tipo era frío y duro como una roca.

Me toqué el hombro tras coger una bocanada de aire. Sentía un malestar que me tomaba por la espalda y me estrujaba violentamente provocando un dolor punzante que recorría todo el cuerpo.

El tipo del traje blanco tendió la mano hacia el mexicano, quien, sin dar la sensación de mirar, tiró el revólver.

-Cógelo Carducho –dijo, y Carducho lo cogió al vuelo.

-¿Dónde te gustaría palmarla, alma errante? –dijo con una mirada siniestra en la cara.

Me limité a mirarlo. No sabía qué hacer ni decir.

-Te he hecho una pregunta, alma errante.

Tragué saliva y respondí:

-Estoy llegando a creer que solo eres un matón de poca monta.

-Un jefe también sabe hacer el trabajo sucio.

El individuo sentado en la silla parpadeó. Casi llegó a sonreír, aunque no del todo. El tipo duro que me había golpeado ni se inmutó.

-¿Alguien ha chocado con tu espalda, alma errante?

-He resbalado en la bañera.

Antes de que pudiera darme cuenta, me golpeó en la cabeza con la culata del revólver.

-No te pongas chulo conmigo, alma errante. Se te ha advertido y has hecho caso omiso. Estás en tiempo de descuento.

Noté cómo mi ceja empezaba a sangrar. Sentía que la cabeza me iba a estallar. No había sido un golpe muy fuerte, aunque el instrumento utilizado sí lo era.

-¿Esto es lo único que sabes hacer, Carducho?

-Tengo otros métodos -me respondió en voz baja-, quizá te haga una demostración en privado, si me lo pides amablemente.

-¿A qué viene esto? -le pregunté, tratando de desviar su atención para evitar otro golpe.

-Alguien de arriba me ha hablado de tus andanzas por sitios poco recomendables... de que metes la nariz donde no te llaman.

-¿He hecho algo malo, Carducho?

Me golpeó otra vez, con saña.

-Me has hecho quedar mal. Y eso me ha disgustado mucho. Si los de arriba dejan de confiar en mí, se acabó el negocio.

-Tengo el presentimiento de que hay algo más en este asunto... algo que no logro comprender –dije metiendo la mano en el bolsillo derecho de mi pantalón.

Su enorme revólver me apuntaba mientras sacaba un pañuelo y me limpiaba la sangre de la cara.

-Un chulo de tres al cuarto -dijo en tono insolente- se imagina que le puede tomar el pelo a Carducho. Ponerme en evidencia a mí, a Carducho. Me dan ganas de arrancarte la piel a tiras.

-Paso de ti y de tu mierda. No tengo la culpa de tus malos rollos -dije mirándole fijamente a los ojos-. ¿Que yo sea inocente te hace quedar mal ante tu jefe, verdad? Solo eres un cobarde con pistola.

Su gesto se petrificó súbitamente y alzó el brazo por tercera vez para golpearme con todas sus fuerzas. Aún estaba levantando el brazo cuando avancé medio paso y le di una patada en la entrepierna.

Sin razonarlo, sin planearlo, sin organizar ningún pensamiento, sin pensar en ninguna consecuencia lo hice. Me había hartado de escucharlo, me dolía todo, sangraba y en ese momento estaba algo aturdido.

Se dobló, tratando de respirar y el revólver se le escapó de la mano. Lo buscó a tientas, furioso, mientras de su garganta salían roncós jadeos. Le di un puntapié en la cara y lanzó un chillido.

El tipo de la silla se echó a reír. Aquello me desconcertó. Luego se puso en pie y al mismo tiempo levantó la pistola que tenía en la mano.

-No lo mate -dijo en tono amable-. Queremos verlo sufrir lenta y dolorosamente.

Luego hubo un movimiento en las sombras del pasillo y el sheriff Brody entró por la puerta, bastante tranquilo, sus ojos azules y su rostro no tenían expresión alguna. Miró a Carducho, que se retorció de dolor en el suelo.

-Blandengue -dijo Brody-. Blandengue como un flan.

-No es blandengue -dije-. Eso tiene que doler.

Brody me miró. El tipo que había estado sentado también me miró. El mexicano duro, junto a la puerta, no había abierto la boca.

-¿Quién ha montado esta farsa? -le grité al sheriff-. Sois unos cabrones. Estoy hasta los cojones de policías.

Me miró sorprendido. Luego sonrió.

-Le hemos tendido una trampa, muchacho -dijo sonriente-. ¿Te ha hecho pupa? Ese maleante te ha zurrado de verdad. Te lo habías ganado a pulso y además nos ha sido de mucha utilidad.

Miró a Carducho, que estaba de rodillas debajo de él. Se arrastraba por el suelo intentando incorporarse. Resoplaba sin aliento.

-¿Te has quedado mudo, baldragas? -dijo el sheriff.

Puso a Carducho de pie. Sangraba por la nariz. Se sacó un pañuelo del bolsillo lateral de la chaqueta y se lo apoyó contra la cara. No dijo ni mu.

-Te han engañado, fanfarrón -le dijo Brody muy despacio-. Para que mamarrachos como tú no pongan la mano encima a un policía.

Carducho bajó el pañuelo y miró a Brody. Me miró a mí. Miró al tipo que había estado sentado en la silla. Se volvió despacio y miró al mexicano junto a la puerta. Todos le devolvieron la mirada. Rostros sin expresión. Luego una navaja surgió de la nada y Carducho se lanzó sobre Brody. Brody se hizo a un lado, le agarró por la garganta con una mano y con un golpe de la otra le quitó la navaja sin esfuerzo aparente. El sheriff levantó a Carducho varios centímetros del suelo mientras le sujetaba por el cuello. Cruzó la habitación hasta inmovilizarlo contra la pared, sin darse cuenta que su impulso fue a dar justo en el jarrón chino de la dinastía Ming, que hasta ese instante posaba reluciente sobre un pedestal de madera. El jarrón se hizo añicos sobre el parqué de roble.

-Tócame con un dedo y te juro que te hago pedazos -dijo el sheriff antes de soltarle.

Carducho le sonrió despectivamente, se miró el pañuelo y lo dobló para ocultar la sangre. Se lo llevó otra vez a la nariz. Luego dirigió la vista hacia el revólver que había utilizado para golpearme.

-No está cargado, aun cuando pudiera agarrarlo -dijo el hombre de la silla.

-Una trampa -le dijo Carducho al sheriff-. Le oí la primera vez.

-Pediste tres matones -dijo Brody-. Pero te mandaron tres agentes. A alguien de arriba no le gusta que te olvides de consultar con ellos. Ese alguien tiene algo que decirte. Puedes acompañar a los agentes o volver al centro conmigo y que te empapelen. Hay un par de polis allí a los que les gustaría ajustar cuentas.

-Que Dios se apiade de mí -dijo Carducho en voz baja mientras miraba alrededor.

A continuación los tres hombres salieron precipitadamente por la puerta principal de la casa. Brody esperaba sin moverse. Se oyó el ruido de puertas que se cerraban de golpe y el del todoterreno que se alejaba en la oscuridad.

-Buen trabajo, Brody. Se lo tenía bien merecido ese hijo de puta.

-La policía de Los Ángeles estaba harta de sus amenazas. El mes pasado le pegaron tal paliza a uno de mis hombres que le mandaron al hospital.

Me fui al baño, dejé correr el agua fría y me apliqué una toalla empapada

sobre la cabeza para calmar el dolor. Me miré en el espejo. Tenía la cara hinchada, una mejilla amoratada y una herida en la ceja derecha. No iba a ser un espectáculo agradable durante unos cuantos días. Tenía que cancelar algunas citas.

Luego el reflejo de Brody apareció detrás de mí en el espejo.

-La señora Logan me advirtió de que tu vida corría un serio peligro.

-Y entonces me preparaste toda esta encerrona... utilizándome como cebo.

-Tenía el presentimiento de que Carducho iba detrás de ti. De manera que hablé con su jefe y le puse las cartas sobre la mesa. Le dije que no podemos acabar con sus garitos de juego y table dances, pero que podemos estorbar lo bastante como para que se resientan sus ganancias. Nadie le pega a un policía y se va de rositas en mi condado. Me convenció de que no tenía nada que ver con lo sucedido, que la organización estaba molesta y que Carducho iba a recibir su merecido.

Me volví para mirar de frente a Brody.

-Supongo que estarás contento. Has hecho un trabajo excelente.

-Apenas he podido contener la risa cuando te he visto entrar en tu propio cuarto de estar para que te zurrasen la badana –dijo con cierto tonillo-. Me lo he pasado pipa. No te ha hecho demasiado daño, pero teníamos que dejar que te hiciera algo de daño. Tu vida no es nada ejemplar. Sin permiso de residencia: estancia ilegal. Trabajo sumergido: masajes a mujeres. Merodear por casas que bordean el allanamiento.

-¿Te sientes mejor? -le pregunté, mientras me ponía un poco de betadine en las heridas.

-No es la primera vez que estoy en esta casa. Nora y yo nos conocemos desde hace tiempo. Se inspira en mí para crear alguno de los personajes de sus novelas.

Me volví y lo miré fijamente.

-Seguro que te dedica algún capítulo cuando sepa quién ha roto su precioso jarrón chino de la dinastía Ming.

Lanzó una sonora carcajada. Luego dijo:

-Solo son daños colaterales. No quedabas nada mal, entrando por esa puerta. Debería haberlo grabado. Se habría hecho viral en las redes -dijo Brody.

-Tenías que haberte visto cuando Cartucho ha sacado la navaja.

-Choca esos cinco -dijo, ofreciéndome la mano.

-¿Quién mueve los hilos? –pregunté.

-No lo sé. Quizá Henry J. Logan te lo pueda decir. Vamos a tomarnos una copa.

Nos tomamos la copa y Brody se marchó por la puerta de atrás hacia donde había dejado el coche. Cerré la puerta con llave, me serví otro whisky con hielo, volví al salón y me senté. El reloj de pared marcaba las tres y media.

Me disponía a llamar por teléfono a la señora Logan, pero me detuve. Podría estar durmiendo. Podría estar fornicando. Podría estar tomando un baño.

Sobreviviendo a la Navidad

Pegué un mordisco a una manzana mientras contemplaba la bruma gris que iba avanzando desde el océano empujada por el viento. Estaba aprendiendo a vivir aprovechando los recursos al máximo. Tenía 15.500 dólares en billetes. Tenía suficiente para seguir viviendo sin necesidad de extraer dinero con mis tarjetas de crédito. Pagaba todo al contado. Las sesiones de masaje me estaban proporcionando unos ingresos inesperados. Desde que vivía en Los Ángeles no había pisado una sucursal bancaria ni tampoco había mirado el saldo de mi cuenta corriente. Me volví hacia el ordenador y me conecté al banco. No podía creerlo. En la cuenta que Susana me abrió en Nueva York había más de quince millones de dólares. Susana había transferido mucho dinero sin que yo me enterase. Dos millones cada mes.

Me senté en la escalera del porche y me puse a telefonar a Susana, sin resultado alguno. Estaba cavilando, con la preocupación y el cálculo de quien está decidiendo su propio destino, cuando sonó mi teléfono móvil.

-Feliz Navidad, Alex.

-Hola Susana. Feliz Navidad.

-¿Cómo estás?

-Voy tirando. ¿Qué tal se da ser mamá?

-Estupendamente. Aunque este niño crecerá sin padre. Me avergüenzo profundamente de haberme visto involucrada con un hombre casado. Va en contra de todos mis valores. Creía sinceramente estar enamorada de mi jefe y que a su vez él estaba enamorado de mí. Me dijo que su relación con su esposa había terminado y que pensaba divorciarse en breve. Y entonces me quedé embarazada. Me arrepiento y me avergüenzo profundamente de mis actos.

-Ya sabes aquello de: Prometer hasta meter y, una vez metido, nada de lo prometido.

Al otro lado de la línea se oía el llanto de un bebé.

-¿Has averiguado algo sobre tu hija?

-Estoy en ello. Tengo indicios, pero todavía nada claro. Acabo de consultar el saldo de mi cuenta y he podido comprobar que se ha multiplicado como los panes y los peces.

-Cosas de la fe, Alex. Hay que saber dónde invertir. En Wall Street el dinero da muchas vueltas y a veces acertamos.

-Se me escapa eso de que el dinero da muchas vueltas.

-Cuando llegue la primavera me gustaría pasar unos días de vacaciones en Los Ángeles. Iremos a la playa y hablaremos largo y tendido sobre el tejemaneje del dinero.

-Estupendo. Así tendré ocasión de conocer al pequeño Alex. Porque supongo que se llamará Alejandro –dije mientras escuchaba balbucear al niño.

-Pues claro –dijo, y colgó.

Ayer, mi vecina, la esposa del jugador de béisbol, se presentó en mi casa y me invitó a cenar. Estaba preocupada. Sentía pena de que pasara solo la Nochebuena. Tuve que inventarme excusas para declinar su invitación. Sentarme a la mesa con el marido de la mujer que se desnuda a menudo en mi gabinete, además de inapropiado, podría resultar un poco arriesgado.

En el trayecto al garaje, recordé que no hablaba con Kate desde la mañana del sábado. Por lo general, venía dos veces a la semana a mi casa, y eso cuando sus ocupaciones lo permitían. Procuraba comer con ella de vez en cuando y el resto del tiempo intercambiábamos mensajes por WhatsApp para desearnos buenas noches o buenos días, confesarnos dudas, angustias o arrebatos de pasión. ¿Me había convertido en su entrenador personal o en su amante? Tecleé un rápido “Te echo de menos” y no volví a pensar en Kate las siguientes horas, porque una visita inesperada las interrumpió.

De repente, se oyó frente a la entrada de la casa un taxi que se detenía. De su interior salió una cincuentona de muy buen ver. Me miró por el rabillo del ojo. Llevaba un traje de chaqueta azul marino y el pelo recogido en forma de donut. Agarró la maleta y empezó a acercarse a mí por el sendero de la entrada.

Cuando llegó hasta donde yo estaba, dejó la maleta en el suelo y con voz pausada dijo:

-Hola, Alex, soy Nora Lane.

Tenía una voz suave y agradable de escuchar. Me extendió la mano y nos saludamos cordialmente.

-Encantado de conocerla –murmuré.

Nora estaba inspeccionando la casa, observando con atención las magnolias plantadas a la entrada, examinándolo todo. Sin pensarlo dos veces, cogí la maleta y entré en la casa. La llegada de la dueña me ponía en un brete. Debía ir pensando en ahuecar el ala. Ponerme a buscar casa en estas fechas era algo

inesperado, inoportuno y nada apetecible. Eso no se hace, escritora.

-¿Cómo me ha reconocido?

-Tengo entendido que por aquí desfilan mujeres muy hermosas. Y que usted las atiende envuelto en un mini kimono blanco o en boxers de seda amarillos.

-¿Cómo sabe usted tanto de mí si nunca nos habíamos visto?

-El matrimonio mexicano que cuida la casa me ha mantenido informada puntualmente de cada detalle. Antes de verlo ya sabía el color de sus ojos, el número que calza, el pelo negro, abundante y con pocas canas y muy bien repeinado hacia atrás.

-¿Dónde quiere que deje la maleta? –pregunté.

-Déjela ahí –repuso mientras su mirada perspicaz barría el interior del salón-. ¿Dónde está el jarrón chino de la dinastía Ming?

-Es una larga historia –respondí mirando hacia otro lado.

Nora recorrió la habitación de un extremo a otro, inquieta. Después se dedicó a explorar la casa, a abrir puertas y entrar en las habitaciones. Cuando entró en la sala de masaje, la expresión de su rostro cambió.

-¿Me puede decir qué es todo esto? –preguntó al tiempo que pasaba la mano por la superficie de la camilla, los aceites esenciales, la ducha de hidromasaje...

-Bueno. Es el sanctasanctórum que puede proporcionar una experiencia religiosa. Todo comenzó la noche que conocí a Kate Sullivan...

Ni siquiera estaba seguro de lo que iba a decir, pero Nora me interrumpió antes de que pudiera terminar.

-Quería probar tus habilidades profesionales, quedó encantada y se hizo adicta.

-Más o menos así fue. No podía defraudarla.

-Es usted todo un caballero. Pero son varias las mujeres que acuden en romería a esta casa.

-Se corrió la voz... El boca a boca funciona muy bien. Y una cosa trajo la otra. Ante una situación así, ¿cómo negarme?

-Por lo que veo tendré que quedarme en el dormitorio de la planta baja.

-Si quiere puedo dismantelar todo esto ahora mismo. Estoy tan desesperado por encontrar a mi hija que el masaje era un pasatiempo, algo secundario. Si le digo la verdad, nunca hubiera imaginado ser desahuciado un día de Navidad.

-Elegí ser escritora para poder hacer lo que quisiera y poder contarlo como me diera la gana. No me apetecía soportar a mi yerno y a sus padres. Así que

esta mañana, al despertar, me largué sin dar explicaciones. ¿Pero por qué ponerse tan trágico? -dijo mientras bajaba las escaleras-. Usted, de momento, se queda en mi casa. Lo mejor es que deshaga la maleta, me arregle y luego salgamos a cenar.

-Invito yo –dije en señal de agradecimiento.

La escritora había oído hablar de mi masaje y mostraba un gran interés en experimentarlo en sus propias carnes. Enseguida me lo hizo saber.

-Estoy cansada del viaje. Necesito un buen masaje. Puedes ir preparando la sala y por favor, tutéame que aún me considero joven.

-Estupendo. Tus deseos son órdenes –dije plantándome en las escaleras en tres zancadas.

Tras ducharme, me froté la cabeza con una toalla y me envolví la cintura con otra. Luego, encendí velas y puse música ambiental tranquila.

Al cabo de un rato, Nora apareció envuelta en un albornoz beige.

-Está todo listo. Podemos empezar cuando quieras –dije mientras ella se quitaba el albornoz y se tumbaba encima de la camilla.

Yo esperaba que llevara un tanga o una braguita, pero estaba como Dios la trajo al mundo. Me puse manos a la obra. Efectivamente tenía la piel tersa, el culo prieto y el vientre plano. Nora recibía el masaje igual que un gato las caricias; prácticamente arqueaba la espalda de placer. Por ahora era un gesto que merecía la pena. Pensé tapar sus partes íntimas con una toalla, pero a medida que avanzaba la sesión, las señales de su cuerpo indicaban que podía albergar esperanzas sobre mi futuro inmediato.

Al cabo de una hora, me susurró muy despacio:

-Hagamos un trato. Si me das un masaje cuando se me antoje, podrás seguir viviendo aquí.

Me quedé con la boca abierta. Era un chantaje en toda regla. Me entraron ganas de decir “No, gracias”, pero mi situación negociadora no era la ideal. Estaba entre la espada y la pared.

-De acuerdo –dije con la boca pequeña al tiempo que ella se incorporaba y se envolvía en el albornoz.

Me parecía justo. Y sin embargo experimentaba una punzada de nerviosismo. Esta llegada repentina en una fecha tan señalada no me cuadraba. Y hacía que me preguntara: ¿cuánto tiempo lleva sabiendo lo que hago aquí? ¿Y cuánto tiempo me dejará quedarme? Quería asegurarse de que me sintiera en deuda con ella.

Ya estaba anocheciendo cuando apareció la escritora compuesta y emperifollada. Subimos a mi coche y nos dirigimos a un restaurante que ella frecuentaba en el barrio judío. La dueña era la madre del director, productor y guionista Steven Spielberg. Nos encontramos un local acogedor de ambiente familiar. La mamá de Spielberg iba saludando mesa por mesa a los comensales y sacándose fotos con ellos. Nos sirvieron pastel de patata, tortilla de queso, crepes de espinacas con pan de ajo, guacamole, jalapeños.

Detrás de la mujer rubia que tenía enfrente esperaba a una escritora pedante de Nueva York; sin embargo, pronto nos encontramos hablando en un español fluido de las novelas que había leído. Eso despertó mi interés por la trayectoria de Nora. Por su parte, ella advirtió en mí cierta falta de malicia y un temperamento echado para adelante. Al principio respondí a sus preguntas con vaguedades, pero las reacciones indignadas de la escritora respecto a mi estancia en Los Ángeles me inclinaron a contar toda la verdad. Nora me prometió que me ayudaría a encontrar a mi hija y pasamos la velada divagando y sacando conjeturas.

-Quiero averiguar el paradero de mi hija. Fue secuestrada el mes de febrero en Madrid.

-¿Y qué haces en América si tu hija está secuestrada en España?

-Diez meses lleva la policía dando palos de ciego sin conseguir nada. Tengo la corazonada de que está aquí.

-Qué te hace pensar que está en Los Ángeles.

Por su gesto parecía dudar de mi talento detectivesco.

-Soñaba con ser actriz.

-Podrías haber contratado un detective privado sin necesidad de salir de Madrid.

-Sí, claro. Pero es que no me fío de los detectives. Son prepotentes, se pasan de listos y a veces te crean más problemas. Y si además estoy a miles de kilómetros, peor.

-No me cuadra que una muchacha se vaya de su casa y no quiera saber nada de sus padres –dijo algo escéptica.

-Puede estar retenida contra su voluntad. Mi esposa teme por su vida, y se le ha metido en la cabeza cumplir la promesa de su padre de cuidar la reputación de la familia García recuperando a su hija.

-Sí claro. Podrían haber sucedido un montón de hipótesis. Una chica tan hermosa tiene un amplio abanico de posibilidades. Pero debía de ponerse en contacto con su familia.

-Quizá se sienta culpable por lo que hizo.

-No me cuadra. ¿Hay algo que no me has contado?

-Algún alumno del colegio colgó videos de mi hija practicando sexo con sus compañeros de clase.

-Sí, eso es motivo suficiente para decidir partir, abandonar el hogar y a los padres.

-También se difundieron videos en los que se me veía efectuando un masaje *Premium* a mi esposa.

-¿Qué es un masaje *Premium*? –preguntó Nora arqueando las cejas.

-El masaje *Premium* es un masaje completo, sin límite de tiempo, donde se practica sexualidad tántrica en múltiples posturas... en fin, todo lo que un matrimonio cariñoso hace en la intimidad de su alcoba.

-¿Y fue tu hija quien los grabó?

-Casi estoy por asegurarlo.

-Hay algo morboso en todo esto, ¿no crees? -dijo Nora-. Ha podido fingir su desaparición.

-Tal vez -respondí-. Verse en aquellos vídeos le dio a mi esposa una versión muy distinta de la figura paterno-filial que se había creado. El 7 de febrero de 2012 fui a recoger a mi hija al colegio, pero no apareció. A partir de ahí, se pierde su pista. En las horas siguientes, se realizan batidas sin éxito y poco después el caso toma dimensiones nacionales, hasta este martes, cuando se cumplen diez meses y medio sin Ana.

-Los países carecen de medios suficientes para atender la demanda de toda la gente que desaparece.

-Mi teoría es que mi hija está con vida en Los ángeles, donde habría llegado contra su voluntad. Por ello, solicité a la plataforma SOS Desaparecidos que pusiera en marcha su búsqueda en California. Ante esta teoría, mi esposa me pidió que dejara de especular con su hija y dejar a los investigadores que son los competentes para determinar cuáles son las líneas de investigación.

-Para cualquier red de trata, Ana debe de ser un botín de valor incalculable – dijo Nora-. Su presencia en Los Ángeles es en sí misma un misterio.

Hice un gesto de asentimiento.

-¿Por qué no acudes al sheriff del condado?

-Prefiero no acudir a la policía. Espero que Ana se aleje lo suficiente como para sentirse segura. Quiero localizarla sin que ella lo sepa, ir a su encuentro y sorprenderla antes de que alguien sin escrúpulos elabore un plan que la lleve a

otro estado. Me da por pensar que le están haciendo chantaje.

-¿Crees que es víctima de un chantaje? ¿En qué te basas?

-Tanto silencio es impropio de ella. Podía haberse puesto en contacto con su familia. Puedo conseguirla -dije-, y quizá tenga que hacerlo.

Nora me miró como pasmada, como si no creyera lo que estaba oyendo.

-¿Por qué iba Frank a complicarse la vida con una muchacha tan joven? Ganaba un montón de dinero que transformaba en activos inmobiliarios. A mí no me parece lógico. No entiendo qué tipo de influencia ejerce este tipo sobre ella. Debe de ser un rollo síndrome de Estocolmo.

-Hay algo que no sabemos sobre Ana y su relación con sus explotadores; algo que podría no gustarnos. En todo caso, no convendría involucrar a las autoridades en ningún sentido, incluso podría ser perjudicial para mi hija – contesté, dándole un trago al vino que quedaba en mi copa.

Miré la botella, dispuesto a servirme un poco más. Necesitaba refrescar mis ideas, pero estaba vacía. Iba a llamar al camarero, pero me pareció más conveniente beber en casa. Tenía que conducir. Así que pagué la cuenta y fuimos caminando hacia el aparcamiento. La noche estaba desapacible. Una fina capa de niebla otorgaba a la ciudad un halo de magia y misterio. Subimos al coche y en treinta minutos nos plantamos en casa.

-¿Te apetece beber algo? -dije al tiempo que cruzábamos el vestíbulo.

-Un poco de whisky, por favor –dijo Nora mientras se despojaba del abrigo y encendía la chimenea automática del salón.

-¿Cómo lo tomas?

-Solo, por favor. Con dos cubitos de hielo.

Fui a la cocina y, tras abrir la botella de Bourbon, llené dos copas. Le llevé la suya. Yo me senté en un sillón con la mía. Nuestras miradas se encontraron y me di cuenta de que habíamos conectado.

Ella dejó la copa en la mesa que nos separaba.

-Este sitio es un remanso de paz. Cualquiera pensaría que una escritora puede ser feliz aquí..., si es que existen escritoras felices en algún sitio.

-Un hombre alto, moreno y bien parecido como tú debería tener cuidado con las mujeres –soltó de sopetón-. ¿Qué es lo que te gustaría hacer, Alex?

-Me gustaría estar cerca de ella... por si me necesita. Ni siquiera llamaría a la puerta de su habitación. Pero por lo menos ella sabría que estoy aquí, y también sabría por qué. Estaría esperando. Siempre estaré esperando.

Aquello entusiasmó a la escritora.

-¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para encontrar a tu hija?

Tomé un sorbo de whisky. Contesté sin necesidad de reflexionar.

-Hasta el infinito y más allá. Mi hija no está en venta.

Se llevó una mano a la cabeza para colocarse un mechón de pelo que se le había escapado del moño desenfadado que llevaba.

-Claro que está en venta –repuso-. Hay gente que puede comprar todo lo que quiera. Tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él. Créeme, Alex, conozco bien el paño. Mi último marido era tan rico que daba pena.

Puso cara de mujer insensible y me dio tiempo para acostumbrarme a aquella expresión.

-Esta ciudad es como un agujero negro que te atrapa sin poder escapar. Recibe a todo el que tenga algo que ofrecer. La industria del cine necesita nutrirse constantemente de savia nueva, carne fresca, guiones nuevos... porque se le agotan las ideas. Mueren de éxito, rodeados de toda clase de vicios y placeres.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza mientras le daba un trago largo al whisky.

-Mi teoría es que huyó con Frank. Y Frank vive en Los Ángeles. No sé si tiene las cintas de video y si puede comercializarlas en diferentes plataformas.

-Desconozco el pasado de tu hija y todo indica que hizo algo más grave que huir de su casa.

Quedé sorprendido una vez más por la mente práctica y ejecutiva de Nora.

-No sabemos por qué lo hizo. Es obvio que no es más que una soñadora y que sus actos habrían sido obligados por las circunstancias.

Nora estaba enganchada emocionalmente; había hecho propia la lucha que yo estaba dando para recuperar a mi hija.

-Hay que abordar las cosas con la razón entrenada y no con el corazón desbocado.

-No pararé hasta saber quién es el protector de mi hija y por qué fue secuestrada, solo así podré hacer una evaluación de cada una de las opciones y sus riesgos.

-Nadie se enamora de forma repentina a no ser que esté acosado por una necesidad imperiosa. El deseo de protección y la búsqueda de un propósito inmediato fue lo que la atrajo a Frank. Para ella, él representa seguridad y certidumbre.

-Yo no sé por qué huyó. Lo único que sé es que está en apuros y tiene miedo,

y que Frank sabía lo suficiente como para tenerla en un puño. Solo pensar que está con esa gente me produce náuseas. Hace unos días, la busqué en Google pero no la encontré. Es extraño...

-¿El qué?

-Al principio, creía verla todo el rato. Me parecía reconocerla en la calle, o veía a una mujer en un bar y estaba tan seguro de que era ella que el corazón se me aceleraba, o creía oír su voz en la multitud. Pero hace mucho tiempo que dejó de pasarme esto. Ahora tengo la sensación de que debe de estar muerta.

-¿Por qué piensas eso?

-No lo sé. Es sólo que... tengo esa sensación.

Nora echó la cabeza hacia atrás, cruzó las piernas y sin dejar de mirarme directamente a la cara, susurró:

-Creo que se trata de tu imaginación, Alex.

En la cuerda floja

Me levanté de la cama y fui hacia la cocina, posiblemente si tomaba algo de café podría ver las cosas de otra manera. La investigación no avanzaba. No tenía ninguna prueba... solo unos rumores inconcretos que no se podía considerar como prueba..., pero tampoco tenía dudas de que Frank Gordon se dedicaba a filmar a jovencitas. Acudir a la policía sin más prueba que una corazonada y algunas fotos de mi hija no serviría de nada. Solo levantaría la liebre y perdería el factor sorpresa.

Me preparé un café y caminé de nuevo hasta el salón mientras lo removía con la cucharilla. Las teclas del ordenador estaban moviéndose. Una vez en su despacho, Nora me dijo que había hecho la consulta a la que llevaba dando vueltas toda la noche. Le expliqué el caso de mi hija, la necesidad que tenía de encontrarla para valorar el riesgo que afrontaba.

-Tu ordenador estaba encendido y me ha picado la curiosidad. Ya sé que no hay que husmear en las cosas ajenas, pero no he podido evitar ver lo que había en la pantalla. En esta especie de diario íntimo hay material para una novela de suspense –dijo sin apartar la vista del monitor.

-Cuenta con mi apoyo si decides empezar a escribir una novela.

Nora estaba encantada de poder colaborar juntos. Se le notaba en la expresión de su cara. Sus ojos se agrandaban y brillaban de un modo especial. Reaccionó a mi oferta como un niño abriendo los regalos el día de Reyes. Se sentía en su salsa: le gustaba resolver secretos y enigmas. Estaba convencido de que se zambulliría de lleno en la investigación.

-Quiero que me indiques por dónde buscar. Mañana tengo una cita con Roy y quisiera sugerirle algunas pistas. Es un verdadero hacker. En el underground se mueven varias tribus cibernéticas. Él se define como un investigador, un ingeniero en telecomunicaciones y un soñador. Puedo ponerlo en el camino correcto para iniciar la búsqueda, ¿no crees?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Luego pregunté:

-¿Cuál es la nueva identidad de Ana? ¿Cuál es su situación legal? Habrá que averiguar su número de teléfono, tarjetas de crédito, correos electrónicos, Facebook y Twitter si los tiene. Con cualquiera de estos datos podemos ir atando cabos.

-Y una vez que tengamos algo de eso, ¿cómo damos con su paradero?

Al principio había estado convencido de que el secuestro del que era víctima obedecía a la obsesión de Frank de mantenerla a su lado; pero comenzaba a perfilar otro motivo: las explosivas escenas que encerraban las cintas de video.

-Lo más fácil es el móvil, porque permite localizarla inmediatamente. Un consumo en la tarjeta de crédito la sitúa a una hora y en un lugar; el correo electrónico te da acceso a su red de amigos y familiares, con los cuales tarde o temprano se comunicará.

Noté cómo trabajaban los engranajes de su cerebro de escritora, convirtiendo la desaparición de mi hija en el argumento central de la narración.

-Lo que me gusta de ti, aparte de tu enorme agilidad mental, es que cuando no conoces una respuesta, la inventas –murmuré.

La transformación de Nora era asombrosa o así me pareció. Por alguna razón detectaba cierta química entre nosotros. Me preguntaba hasta dónde podía llegar. La relación entre nosotros acababa de empezar, y los dos nos habíamos acostumbrado a vernos, al contacto diario, a largas charlas. No obstante, más que el tiempo juntos, Nora agradecía la seguridad emocional que yo le daba. Hablábamos con tal confianza que parecía que nos conocíamos desde siempre.

Estar a solas era algo que siempre me había gustado, y si bien en el pasado disfruté de la convivencia con mi esposa, adaptarme a Nora se me haría cuesta arriba. No me traía buenas sensaciones, pero tampoco podía dar marcha atrás. Se trataba de compartir aquello en lo que coincidíamos. Era evidente que la reciente llegada de la famosa escritora trastocaba todos mis planes, y tenía que sobrellevar el hecho de que fuese reconocida en todos lados, agasajada en los restaurantes y saludada en la calle.

Ahora todo estaba patas arriba. ¿Qué haría Nora si me convertía en su amante? Se sabía querida por mí, pero también conocía mi inseguridad emocional y mi tendencia a la promiscuidad. Kate era una preciosidad en todos los sentidos; despedía una fragancia a tierra hollywoodiense, naturaleza salvaje rebosante de vida en la cual enterraba mis manos y embadurnaba su cuerpo. Me resultaría excesiva la llamada de una mujer tan poderosa como era ahora la escritora, con esa sensualidad a flor de piel pese a sus elegantes trajes ejecutivos, o quizá gracias a ellos.

Nos levantamos de las sillas y nos dirigimos a la cocina. Preparamos el desayuno entre burlas mutuas por sus gustos culinarios. Comimos huevos revueltos con beicon y pan tostado que a mí me supieron a gloria.

Volvió a acercarse a mí y todos mis sentidos se despertaron. Reviví unas sensaciones que ya había olvidado, sensaciones de pertenencia que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

-Fóllame, Alex -susurró ella, levantando mi camiseta.

-Siento decepcionarte. Soy muy profesional. Dentro de un rato, tengo cita con una clienta. Deberíamos andar con cien ojos. Sería bastante perjudicial que la prensa o la policía se enterasen de lo nuestro; se iría todo al traste. Perderíamos el factor sorpresa.

-¿Eso es lo que te preocupa?

-Estoy casado, mi hija ha desaparecido y liarme con mi casera me convertiría en un rompehogares.

-Dios, parece una mala película de cine negro –masculló entre dientes.

Sonreí. Había visto todas las películas de Bogart. Deseaba abrazarla, poseerla, arrojarla sobre la mesa de la cocina como Jack Nicholson a Jessica Lange en *El cartero siempre llama dos veces*.

-Me voy a la ciudad. Necesito comprar algunas cosas -dijo mientras acariciaba mi cabello.

-Aquí te espero, cuando vuelvas cenamos y me informas de tus avances.

Al poco rato, llamaron al timbre. Era Bilma, una de las chicas de madame King.

-Hola, Bilma –dije abriendo la puerta.

-Hola, cielo –contestó ella mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba en el sofá.

Justo en ese momento Nora ya se había arreglado y coincidieron en el salón. Ambas se miraban con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Nora se dirigió hacia la salida, Bilma subió las escaleras en dirección al gabinete y yo fui a la cocina a preparar un zumo de naranja.

Bilma estaba tumbada sobre la camilla. Eché unas gotas de aceite de sándalo en mis manos y comencé la sesión de masaje.

-¿Quién era esa señora que me miraba tan descarada? –me preguntó Bilma.

-La dueña de esta casa. Una escritora de éxito. Se presentó ayer sin avisar.

-Tu hija ha desaparecido, Ana estará quién sabe dónde y tú mientras tanto aquí pasando el rato con tu casera...

-Hay que tomar las cosas como vienen.

-¿Crees que lo que haces está bien? Puede enterarse la policía y entonces ya

verás -dijo-. Estoy muy preocupada, Alex. Quizá lo sepan y hacen la vista gorda.

-Relájate y disfruta. No debes temer nada. Mi casera tiene muy buenas relaciones con las autoridades locales.

-Sabes que confío en ti –susurró suavemente; luego cerró rápidamente los ojos e intentó respirar despacio, como si estuviera sumida en el más profundo e inocente sueño.

Después del masaje, preparé un batido de vainilla y brindamos en la cocina.

-Quiero decirte una cosa, Alex –susurró mirándome fijamente a los ojos-. Nadie me había hecho sentir lo que tú me haces sentir cada vez que vengo a verte. Y he estado con bastantes hombres y mujeres.

La joven bajó las escaleras de la entrada y se acomodó en el asiento del conductor. Tras despedirse con la mano la seguí con la vista mientras desaparecía a la vuelta de la esquina. Luego me dejé inundar por la cálida certeza que me producía pensar en Nora. Recordaba, sobre todo, la sensación que me invadía de estar en el lugar correcto cuando me encontraba a su lado. Sin embargo, no había mucho material para alimentar mis recuerdos. Caí en la cuenta de que pasaba más horas con Nora que con nadie.

Recordaba su piel tersa y la dureza de sus glúteos en la sala de masaje. La cena de anoche. Aguantaba bien el alcohol y la voz suave y envolvente hacían grata toda velada. Hermosa y cautivadora. Enfundada en su vestido de terciopelo negro y con los labios finos pintados de rojo carmesí, me escuchaba sin pestañear, como si se encontrara flotando en una nube. Tenía una intuición innata para saber que tras desahogarse en la camilla venían caricias de amante.

Todo estaba en silencio, solo se oía el rumor de las olas y alguna que otra gaviota. El cielo estaba gris con anuncio de lluvia. Me puse el bañador y salí a caminar descalzo sobre la arena de la playa. Al cabo de un buen rato, ya de vuelta en casa, me tumbé en una de las hamacas de la terraza con una cerveza en la mano pensando cuál sería la mejor manera de llegar hasta mi hija.

Nora llegó a casa justo después de las siete, aparentemente desfallecida tras haber pasado la tarde haciendo terapia de compras. El modo en que me miró me indicó que debía ayudarla con las bolsas.

Me traía un regalo; unas babuchas de color marrón, que había comprado en Rodeo Drive para que no anduviera descalzo por el parque.

-¿Qué te apetece cenar? –pregunté dejando caer las bolsas en el sofá.

-Puedes preparar unos espaguetis con salsa de tomate –respondió mientras

entraba en el vestidor.

Esta noche reponían *Con faldas y a lo loco*. Yo ya había visto la película tres veces, pero me apetecía verla en versión original. Quería verla solo, pero Nora se pasaba todo el día zumbando alrededor mío como una mosca cojonera. No podía decirle que se marchara, porque era su casa. Se me aparecía hasta en la sopa. Hablar de mi hija no era más que una excusa para hablar de otras cosas. Mi futuro inmediato no se vislumbraba muy halagador.

Tras la cena, encendió la chimenea y nos sentamos el uno junto al otro en el sofá, con una suave mantita sobre las piernas. Parecíamos un matrimonio bien avenido mirando la tele. Mientras la pantalla se llenaba de anuncios y más anuncios, me dijo con voz queda:

-Háblame de tu hija, Alex.

-Ana es una chica cariñosa, amigable, envolvente. Cuando te aprecia, está para comérsela. Tanto hombres como mujeres enloquecen cuando están cerca de ella.

Mostró una sonrisa irónica, asomaron sus dientes blancos y perfectos.

-Una muchacha segura de sí misma es capaz de conquistar al hombre que ella quiera.

-Me casé con una mujer joven, rica y hermosa; ahora esa mujer se encuentra más cerca de los cuarenta que de los treinta. Ha dejado de ser hermosa y no puede volver a quedarse embarazada.

Ella me escuchaba muy atenta, apoyada con elegancia en el respaldo del sofá, pero enseguida empezó a hablar de su vida sentimental.

-Te contaré mi última relación. Cuando conocí a Dani, supe de inmediato que había encontrado lo que andaba buscando. Estaba loca por él. Me parecía increíblemente atractivo, un muchacho argentino de la Patagonia. Era encantador, divertido, un seductor de la vieja escuela. Las mujeres lo adoraban. Dani era capaz de subirme al séptimo cielo y hacerme sentir cosas que jamás había experimentado. Era como si me hubiera embrujado y si me descuido casi me despluma. Fui la mujer más feliz durante aquel par de años.

-Las personas más insospechadas te pueden salir rana. El mundo está lleno de asesinos en potencia, violadores, atracadores frustrados... Hasta la gente honrada de toda la vida te puede estafar en cuanto te descuides. Y escritores de éxito, felices en apariencia, mandan todo a la mierda y se largan de casa. El ser humano es impredecible.

Pensé que aquello la afectaría bastante, pero no pasó de apretar un poco los labios y de entornar los ojos.

-Los hombres se cansan de sus mujeres -dijo por fin, casi con un susurro.

-Y las mujeres de los hombres, no te jode. Es probable que te guste más la literatura que escribes.

-Es muy posible. Supongo que todos los escritores atraviesan etapas así. Tu hija es el eje central de la novela. Parece la típica niña pija malcriada -dijo Nora-. Acostumbrada a tenerlo todo. Una borde.

-Sería agradable pensar que quizá simplemente escapó, huyó de la familia, y ahora está en algún sitio escondida. Sana y salva.

-Permíteme que te pregunte: ¿tu matrimonio iba bien? ¿Ana era feliz?

Guardé silencio.

-No hace falta que me respondas, pero voy a pensar que no. Tu hija no era feliz. Por el motivo que fuese. Puedo adivinar que a tu hija le gusta jugar a ser diosa. Una diosa adorada por los hombres. Sentirse una valquiria cabalgando por las colinas de Hollywood. Puedo imaginar a Ana surcando los bulevares con las alas desplegadas, un enorme cóndor de plata suspendido sobre la densa marea del tráfico, una extraña ave proveniente de las cumbres de los Andes con el vientre rosa pálido y una cabecita bien amueblada.

-Conocí a Sara en la sala de masajes, de eso hará unos diecinueve años, y era una auténtica ricura. Divertidísima y rara y... pija. Conectamos enseguida, pero estaba prometida con un alto ejecutivo financiero. Así que pensé que solo me utilizaba para desahogarse sexualmente. Nos citábamos en lugares muy alejados de su entorno habitual y en hoteles escondidos donde nadie pudiera conocernos. Y al cabo de un par de meses se quedó embarazada.

-No es sino otro ejemplo de niña rica y consentida haciendo lo que se le antoja, cuando se le antoja, sin tener en cuenta los sentimientos de nadie más, Alex.

Me sorprende mirándola y pone cara de coqueta, ojos desorbitados y lengua obscena. No es mi tipo -su pelo rojizo es demasiado abundante y encrespado y además empina el codo con demasiada frecuencia-, pero es amable, resultona. De repente me la imagino follándome.

Nora mostraba su sonrisa de gata relamida.

-Resulta que mi hija es la chica más genial que he conocido en la vida. Es la chica que todas las chicas deseaban ser. Hermosa, brillante, cálida como los rayos del sol.

-¿Qué tiene de genial? -preguntó la escritora.

-Es una chica asombrosa. La mayoría de las personas parecen borregos

sociópatas: siempre dicen las mismas cosas, ven los mismos programas, van a los mismos sitios... Ana es diferente, tiene personalidad propia, sigue su propio destino. Efectivamente tiene un poder que ejerce sobre los demás.

-Tu capacidad emocional está llegando al límite –murmuró después de echar un trago de whisky.

-Quiero a mi hija. La quiero aquí conmigo. Necesito saber que está bien.

-Si pudieras hablar con Ana ahora mismo, ¿qué le dirías?

-Te esperamos. Ven a casa. Te encontraré.

-Ana acabará saliendo en las noticias, en los periódicos. Alguien acabará por reconocerla. Incluso con un cambio de nombre. Es una muchacha divina, y una muchacha divina no desaparece así como así.

-El juez había archivado el caso. Aunque las investigaciones siguen.

Si supiera dónde estaba, tendría que acudir a la policía. No me quedaría otra elección. Necesitaba estar seguro de que mi hija estaba a salvo, de que Frank no estuviese reteniéndola en algún lugar en contra de tu voluntad. Forzándola, amenazándola.

-Quizá alguna televisión por cable o algún policía hayan comenzado a husmear. Estás metido en un buen aprieto, Alex. Aunque yo podría ayudarte a solucionar esto.

Asentí con un gesto intrigado por el ofrecimiento.

-Sé que esto va a sonar horrible, Alex, pero cuando vi tu diario, lo primero que pensé fue: “Ahora entiendo todo”.

-¿Entiendo todo?

-Sin lugar a dudas, tu hija se había convertido en un oscuro objeto de deseo... y alguien querría tenerla para él -dijo.

Sus palabras cada vez me desconcertaban más, pero incrementaba más mi angustia.

-Pinta todo muy mal, querido. Debemos actuar con discreción para proteger a tu hija. Como esto salga a la luz, la masa enfervorizada querrá saberlo todo.

Continuamos sentados en silencio, iluminados débilmente por el resplandor intermitente del televisor encendido, con el volumen bajo.

Entrecerré los ojos, todavía sin ser consciente del peligro que se cernía sobre nosotros. Sabía cómo vencer esta preocupación y disipar sus dudas: alabando la firmeza de su vientre, de sus senos, de sus muslos...

Nora me agarró de la cabeza y me plantó un beso en la boca.

Problemas en el paraíso

A las ocho y media de la mañana, me despertó la fría luz que entraba y acampaba en mi habitación. Me levanté, intentando despejar la cabeza sobre lo acontecido unas horas antes. Sonreí y me dirigí al baño para ducharme. Una vez aseado y vestido, bajé corriendo las escaleras hacia su despacho. Sobre un gran escritorio de madera descolorida descansaba una botella de whisky casi vacía y un vaso a un lado. Nora estaba sentada frente a su ordenador pensando y escribiendo acerca de mi hija.

-¿Qué tal va la novela?

-Bien. Unos cuantos tragos de bourbon me ayudan a relajarme. Con frecuencia escribo después las mejores páginas. En mi profesión es muy fácil estresarse y sentirse incómoda. Entonces lo que se escribe no sirve de nada. Cuando es bueno fluye de una manera natural, fluye sin esfuerzo, sin dificultad. Todo lo que hayas oído o leído en contra es pura palabrería.

-A lo mejor depende de quién sea el escritor/a –dije-. A Nabokov no le salía fácil, pero lo que hacía era bueno.

-De acuerdo -dijo Nora, mirándome de soslayo-. De manera que has leído a Nabokov y eso te convierte en intelectual, en crítico, en experto en la materia.

-La relación entre la bebida y la escritura procede de tiempos lejanos... Joyce, Poe, Hemingway...

-Siempre he tenido problemas con la botella. Estás ante una escritora con sus fobias, manías y rituales. He escrito catorce bestsellers, y si alguna vez termino la novela que acabo de empezar es posible que haya escrito quince. Y ninguno de ellos vale nada. Soy dueña de una casa preciosa en una zona residencial privilegiada. Tengo una hija encantadora que me quiere y un editor estupendo que también me aprecia y finalmente estoy yo que me quiero más que nadie. Soy egocéntrica por dentro y por fuera, una prostituta literaria. En consecuencia, ¿qué te parece ahora, Alex?

-Relájate –dije apoyando mis manos en sus hombros-. Me atrae tu espíritu fuerte, echo a sí mismo, independiente. Te conservas muy bien para tus años, pero bebes demasiado. Para calmar la ansiedad podemos combinar una serie de ejercicios corporales con otros de meditación, control de la respiración y viajes mentales.

-¿Esa terapia la llevas a cabo con todas las clientas?

-Absolutamente con todas, aunque unas dedican más tiempo que otras. La gente vive demasiado deprisa. Un poco de estrés es bueno, pero mucho estrés durante largo tiempo puede acarrear consecuencias nefastas para la salud.

-Esta noche, mi viejo amigo Henry da una fiesta en su casa –dijo Nora, incorporándose-. Me gustaría que me acompañaras.

-¿Quién es Henry?

-Uno de los más ricos del condado.

-A saber cómo habrá conseguido el dinero.

-Muy fácil: a mediados del siglo pasado su padre compró miles de hectáreas en las colinas y más tarde se dedicó a construir mansiones de lujo para las estrellas de Hollywood.

-Me voy a caminar un rato por la playa, ¿me acompañas?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza al tiempo que se dirigía al vestidor.

Con unas mallas de lycra y un top que dejaba al aire su vientre, salimos afuera. El cielo estaba gris, enteramente cubierto, y el aire era fresco. Apenas se veía a nadie. Teníamos toda la playa para nosotros solos. Cuando ya llevábamos unos cuantos kilómetros andados, nos detuvimos para hacer unos cuantos estiramientos. Más tarde, mirando hacia el mar y en la arena nos sentamos en posición de loto y realizamos respiraciones profundas, largas y lentas, con mucho aire. Solo se oía el suave murmullo de las olas.

-Tengo un hambre canina –dije al cabo de un rato.

-Pues vamos a desayunar –añadió ella poniéndose en pie.

Una vez en casa, se dirigió a un pequeño mueble del salón y levantó la tapa de un viejo tocadiscos. En el plato había un vinilo puesto. Abrí el armarito de debajo y aparecieron varias carátulas: Sinatra, Bruce Springsteen, Dylan, Beach Boys... De pronto la música de Creedence Clearwater Revival llenaba la casa.

Pasamos a la cocina y nos pusimos manos a la obra. Nuestros gustos culinarios se iban aproximando cada vez más. Mientras ella echaba los huevos en la sartén yo metía una cápsula de café en la Nespresso. Y justo cuando nos acabábamos de sentar a la mesa sonó el timbre de la puerta.

Me levanté y fui a abrir.

-Hola, cielo –dijo Marina mientras se quitaba el abrigo de visón.

-Dichosos los ojos -dije al tiempo que besaba sus mejillas.

-Mientras subes y te acomodas, te preparo un zumo.

-Estupendo –dijo dirigiéndose hacia las escaleras.

De vuelta a la cocina, me puse a exprimir el jugo de tres naranjas.

-Por lo que veo, tienes tarea –murmuró Nora-. Seguiré con la novela. Te has convertido en mi nueva fuente de inspiración.

Los roles en su casa estaban siempre bien definidos, todo funcionaba como un engranaje. Cada uno estaba a lo suyo y de vez en cuando nos juntábamos para compartir.

Cuando subí al gabinete, encontré a Marina echada sobre la camilla. Siempre se tumbaba desnuda. A esas alturas nos habíamos cogido confianza y su intensa vida estaba envuelta en secretos inconfesables. Me eché unas gotas de aceite de jojoba en las manos y comencé la faena.

-¿Cómo va la investigación de tu hija? –me preguntó como si supiera algo que yo ignoraba.

-¿Conoces a Henry Logan?

-Es uno de mis mejores clientes.

-Estoy seguro de que también conoces a mi hija.

-Cierto, Alex. Lo supe desde el día que nos conocimos. Pero me pareció peligroso que lo supieras. Acercarse a ella no es fácil. Tiene protección las veinticuatro horas del día. Y en sus desplazamientos siempre le acompañan dos guardaespaldas.

-Tenemos confianza el uno en el otro. No entiendo por qué no me lo has contado.

-Tu hija se mueve en las grandes esferas. No es como las otras chicas que follan por tres mil dólares la noche. Tu hija no folla y cobra diez mil dólares por noche. Es algo fuera de lo normal. He conocido muchas escort de alto standing, pero como tu hija ninguna. Quería ser actriz y la prometieron el oro y el moro, pero a cambio de pasar por el aro. Ella se reveló y acudió a mí.

-Y le enseñaste el oficio...

-Ana ya venía con el oficio aprendido. Había rodado películas porno. No era ninguna santa. Se hizo con la lista de mis mejores clientes. Clientes de 10.000 euros por noche. Nada de sexo. Son empresarios estresados que necesitan ser humillados, castigados, dominados y redimidos. Confían en ella y la cuentan sus más íntimos secretos. Y ella como un ángel vengador les humilla, les flagela y les imprime dolor.

-¿Sabes a qué dedica el tiempo libre?

-Recibe clases de interpretación, participa en cursos de teatro y acude a rodajes de películas. La semana pasada hizo una breve aparición en un

episodio de la serie *Criadas y malvadas*.

Como otras veces, al terminar el masaje y los ejercicios de meditación, bajé a la cocina para preparar un batido de papaya.

Cuando Madame King apareció en la cocina, me acerqué y le puse el vaso en la mano derecha.

-Muchas gracias, Alex. Estaba sedienta –dijo echando un trago largo.

-Tenme al tanto si te enteras de algo más –dije sin dejar de mirarla.

-Así lo haré –dijo mientras se enfundaba el abrigo de piel.

Pasó a mi lado y atravesó las puertas del comedor. La gran sala de estar quedó vacía, cruzó la puerta principal y abandonó la casa.

A eso de las seis de la tarde, Nora y yo nos vestimos para la ocasión. Yo me puse un traje azul marino y una camisa blanca impecable. Nora llevaba un vestido de terciopelo negro, escotado, que dejaba ver sus esculturales hombros.

Subimos al Chevrolet e iniciamos la marcha. Avanzábamos por barrios de clase acomodada y Nora me iba indicando el camino. Al cabo de un rato, un Audi deportivo nos adelantó al subir la colina y luego redujo la velocidad para volver a acelerar más tarde.

-Este valle se ha convertido en refugio de los millonarios más retrógrados una vez que la gente del cine echó a perder Beverly Hills –dijo Nora.

A medida que nos íbamos acercando, empezamos a mirar los números en las verjas delante de las casas. Nunca había estado en el hogar de los Logan y era más grande aún de lo que había imaginado. La calle estaba repleta de coches, de manera que aparqué a un lado de la calle y entramos.

Un mayordomo vestido de negro nos abrió la puerta. Era esbelto, pulcro, bien parecido y daba la sensación de que no se mataba a trabajar.

-Buenas noches -dijo con acento chicano-. ¿Sus nombres, por favor?

-Nora Lane y Alex –respondió la escritora.

Hizo una breve inclinación de cabeza y entramos. Era la misma fiesta de peces gordos de siempre, con todo el mundo hablando en voz alta, sin nadie que escuchara, cada invitado sujetando la copa como si en ello le fuera la vida, ojos muy brillantes, mejillas sonrosadas. Sedas y encajes, bustos que emergían, piedras preciosas exhibidas en los pechos, bocas de carmín, sonrisas de dientes blancos. La vida no era más que una feria de vanidades. Ya habíamos atravesado media habitación, tratando de no tropezar con nadie, cuando Nora murmuró en voz baja:

-Ahí está el alcalde. Aquella señora sentada en el sofá es la señora Dora y el individuo de aspecto relamido que está junto a ella es el doctor Edward, su marido.

La señora Dora tenía una copa en la mano y parecía aburrirse como una ostra. Y su marido permanecía inmóvil, los brazos cruzados y el ceño fruncido. Parecía estar ahorrando energía para cosas mejores.

Luego Mirna Logan apareció a mi lado con un vestido azul turquesa entre provocador y profesional. El vestido dejaba apreciar las femeninas curvas que había debajo. En la mano llevaba una copa casi vacía.

-Me alegro muchísimo de que hayan podido venir -dijo con mucha amabilidad.

-Siento lo de la otra noche -dije.

La señora Logan sonrió.

-Creo que ya se ha disculpado. No fue nada.

-Fue muy amable avisándome.

Conservó la sonrisa el tiempo suficiente para hacer una inclinación de cabeza y presentarme a su esposo.

-Mi marido, Henry. El señor Alex Vázquez.

Henry me miró brevemente y me hizo una inclinación de cabeza todavía más escueta. Luego dio un paso adelante y agarró a la escritora del brazo.

-Nora, querida, necesitas una copa. ¿Sobre qué estás escribiendo ahora? - dijo mientras se alejaban rumbo al bar.

En compañía de su marido la anfitriona parecía distinta. Noté un tono en su voz y un desdén en su expresión que no había utilizado conmigo ni siquiera cuando estaba enfadada.

La señora Logan se inclinó y me dijo al oído:

-Venga, quiero enseñarle una cosa.

Nos abrimos paso hábilmente entre la multitud e hicimos mutis por el foro. La seguí por el salón y cruzamos la casa de un extremo a otro. Mirna abrió una puerta y nos internamos en una galería cubierta que comunicaba con el pabellón de invitados. La atravesamos y el ruido cesó casi por completo. Me encontré en una suite cálida y acogedora, con grandes ventanales, árboles frondosos en el exterior y una pequeña barra de caoba en un rincón.

-Le agradezco que haya venido, Alex -dijo con un tono suave y envolvente-. Póngase cómodo.

-Quiere que prepare unos gin tonics? -pregunté mirándola de reojo.

-Ya sabe cómo me gusta –dijo mientras se recostaba en el sofá y encendía un cigarrillo.

-¿Es aquí donde trae a sus ligues?

-Esta parte de la casa es esencialmente un lugar privado e íntimo, en donde se puede hacer de todo, despojándose del formalismo que prevalece en el edificio principal. Me gusta pasear por las galerías acristaladas y contemplar hermosas vistas de montañas y lago.

-¿Por qué quería verme?

-¿De qué cree que escapo, Alex?

-Ni idea. Me falta información. Además, todo el mundo busca algo.

-¿Qué busca usted? ¿A una hija que sabe volar por su cuenta?

-Ya lo entiendo –dije-. Usted sabe que mi hija ya no me necesita y eso me hace daño.

Preparé dos copas muy frías, las puse sobre la mesa y me senté en el sofá de cuero blanco.

-Me gusta beber aquí. Lejos de ese notable grupo de personas que me miran como si fuese la atracción principal del circo.

-No son diferentes del resto del mundo.

-Es verdad -respondió irritada-, pero deberían serlo. Si no lo son, ¿de qué sirven? Son la aristocracia de la zona, pero no mejores que una pandilla de camareros con una borrachera de cubatas. Se conocen bien, se odian, se envidian y hasta se plagian.

-Si lo que quiere es olvidar, emborráchese

Alzamos las copas, nos miramos a los ojos y brindamos.

-Ha llegado a mis oídos que es una joya dando masajes. Me gustaría ser clienta suya, pero nadie me ha introducido en su pequeño círculo.

Esperé, sin decir nada. Se produjo otro silencio. Me miró un instante y enseguida apartó los ojos.

-¿Qué? -pregunté.

-Voy a tener que contarle la relación de mi esposo con su hija... porque acabará saliendo a luz.

-¿Qué quiere que haga?

-De momento nada. Resulta demasiado complicado explicar exactamente la conducta de su hija. Me enteré por casualidad. Mi esposo está loco por su hija. Es su mejor terapeuta sexual. Desde que no mantenemos relaciones sexuales ha

tenido muchas amantes, pero solo disfruta con Lady Chantal.

-Me dan ganas de vomitar -dije.

-¿Puede imaginar lo que es tener que revelar su mayor secreto delante de todo el mundo? -dijo mientras pulsaba una serie de botones del mando a distancia.

Una pantalla que colgaba de la pared de enfrente se encendió y mostró el rostro de mi hija. Iba vestida con un short de látex negro y un top del mismo estilo que dejaba entrever sus pechos. Sostenía en las manos una correa que pendía de un collar de sumiso bastante grueso que Henry llevaba alrededor del cuello. Este se arrastraba por la habitación husmeando como un perro de caza. Una tras otra, se sucedían imágenes de un escarnio insoportable. Aquel hombre humillado bajo la mano amorosa y poderosa de mi hija me dejó perplejo. Unas veces le azotaba con un vergajo hasta que sus nalgas quedaban marcadas, otras apoyaba las botas de tacón sobre su piel y le pisaba como a un ser despreciable.

-Su hija es la dominatrix más cara de la ciudad -dijo Mirna muy seria-. Se ha transformado en una versión erotizada de las ensoñaciones de Henry.

Si quería que me sintiera incómodo, lo había conseguido.

-A mi marido le preocupa la seguridad. Es consciente del número de cámaras que puede haber en cada calle, particularmente cerca de un banco, un cruce transitado o un supermercado. Por eso no acude a esos clubs con mazmorras.

Tenía la extraña sensación de que nos vigilaban. Me levanté y me acerqué a un enorme espejo que cubría gran parte de la pared. A la derecha del espejo había una puerta secreta que daba a un pequeño cuarto con un sillón en medio. Al sentarme en él, podía observar todo lo que sucedía en aquella habitación sin ser visto.

-¿Qué es esto? -pregunté extrañado

Mirna se puso en pie y vino hacia mí. Su olor a recién salida de la ducha me excitaba. ¡Ese vestido de seda tan ajustado a la cintura! Tanto, que podía quitárselo de un tirón. En un momento podría quedarse con sus turgentes pechos y sensuales curvas al aire, dejando al descubierto sus hermosas y perfectas nalgas...

-Se acondicionó para que mi marido pudiera observarme mientras practicaba sexo con el amante de turno. Intentaba retenerle a mi lado, pero fue inútil. Una noche se sentó en ese sillón y la cosa acabó en asesinato.

Pensé en Ana oculta en algún recóndito lugar, que a modo de Gran

Hermano, me vigilaba, me juzgaba, descubría mis fallos y miserias. ¿Había algo que pudiera ver que la hiciera desistir de toda aquella sinrazón?

-Hay algo que quiero saber, que necesito saber. Usted no sabe qué es y yo no estoy seguro. Mi única certeza es que hay algo y que tengo que saberlo.

-¿Acerca de quién? ¿Mi marido?

Se pasó la lengua por los labios para humedecérselos.

-Creo que se trata de él –dijo.

Me asomé a la ventana. Los invitados empezaban a salir de la casa. Voces que se debilitaban en la oscuridad, coches que se ponían en marcha, abrazos de despedida.

-Y bien, ¿qué le ha parecido? –susurró en voz baja.

-Este sitio es muy tranquilo.

Mirna levantó la copa en el aire y la vació de un trago.

-Si su marido pudiera acabar la relación con mi hija creo que las cosas irían mucho mejor.

-Su hija es objeto de deseo de las mafias y trata de blancas.

Mi interlocutora echó la cabeza hacia atrás al tiempo que se retocaba su espesa cabellera.

-Lo que Henry necesita es un psiquiatra.

Enarcó las cejas, sorprendida.

-¿Un psiquiatra? ¿Por qué?

-Su marido guarda algún secreto de infancia, algún trauma, pero es incapaz de superarlo. Quizá sea un secreto abominable suyo o tal vez de otra persona. Eso es tarea para un psiquiatra.

-Quizá –dijo ella-. Henry es un ser superior dotado de un talento extraordinario. Estoy totalmente convencida de que todavía puede hacer muchas cosas buenas.

-Es la opinión de un simple masajista. Hace unos días me dijo que quizá ya no estaba enamorado de usted. ¿Está usted enamorada de él?

Arrugó el entrecejo, fingiendo que estaba pensando. Iba a añadir algo que no me iba a gustar. Acto seguido, abandonamos la habitación en dirección a la galería acristalada que conducía al ala oeste de la casa.

Mirna miró hacia el salón y luego se volvió de espaldas. Miré en la misma dirección y vi a su esposo junto a Nora contemplándonos. Y a continuación vi a Logan situarse detrás de la barra y servir dos copas.

-No merece la pena molestarlo -dijo ella-. Supongo que tiene usted razón, Alex. Hay que dejarle que haga el esfuerzo sin necesidad de ir a esconderse con su hija y dejarse llevar por bajas pasiones poco recomendables.

Hice una mueca de indiferencia.

-Quiero a mi marido -dijo con sencillez-. A mi manera, pero le quiero. La única persona que quise ha muerto. En ocasiones, cuando paseo por una calle o por un embarcadero o voy a un bar tranquilo, pienso que quizá aparezca por alguna esquina. -Hizo una pausa y bajó los ojos-. Estábamos muy enamorados; esa clase de amor desenfrenado, furtivo, inolvidable, que sólo se vive una vez.

Dejó de hablar y se quedó inmóvil, medio en trance, mirando hacia el jardín. Volví los ojos hacia el salón. Henry y Nora estaban junto a la puerta charlando y bebiendo. Luego miré otra vez a Mirna. Para ella yo había dejado de estar allí. Me di la vuelta en dirección a la salida. Henry y la escritora seguían en el mismo sitio bebiendo whisky. La mirada del millonario no auguraba nada bueno.

-¿Qué tal se entiende con mi mujer, Alex?

-No me he acostado con ella, si es eso a lo que se refiere. Dios me libre.

-Exactamente eso. He visto cómo la miraba. Quizá se considera un seductor, pero le aseguro que pierde el tiempo. Incluso aunque estuviera forrado de oro y billetes.

Traté de salir de la casa sorteándolo, pero me lo impidió su enorme corpulencia.

-No tenga tanta prisa. Nos gusta verlo por aquí. Vienen muy pocos masajistas españoles.

-Aquí no pinto nada, estoy de sobra -dijo.

Alzó la copa y bebió. Al volverla a bajar me miró de soslayo maliciosamente.

-Le falta un poco de sensatez si trata de reformar a un masoquista. Los masoquistas no tienen remedio. No se arrime a mi mujer, Alex. Seguro que va tras ella. Todos lo hacen. Le gustaría llevársela al huerto. Lo mismo que a todos. Le gustaría compartir sus sueños y evocar sus días de vino y rosas. Pero no hay nada que compartir, masajista; nada, absolutamente nada. Está completamente solo en la oscuridad, dando palos de ciego.

Dejó la copa en la repisa de mármol y caminó hacia la escalera. Cuando hubo subido todos los escalones, me miró desde arriba con una sonrisa mezquina, una sonrisa hiriente en la que era fácil leer el resentimiento y la rabia.

-Es usted un tipo simpático, Alex. No me gustaría que le sucediera nada.

-¿Nada como qué?

-Quizá Mirna no haya tenido aún tiempo de llegar a la magia evocadora de su primer amor, el fulano que desapareció en Las Vegas. No le gustaría desaparecer también, ¿verdad? Usted es un masajista ilegal, que cree haber encontrado a su hija. Me dolería muchísimo que se perdiera usted.

-¿Cómo podría saberlo yo?

Me miró otra vez desde arriba. Ahora tenía unas ojeras muy marcadas y un rictus de amargura en la boca.

-¿Cómo podría saberlo nadie? Quizá no lo sabe ni ella misma. Estoy cansado, me voy a la cama.

Fui hasta la puerta y salí junto a Nora, preguntándome cómo una expresión como aquella había llegado a convertirse en un insulto. No medité mucho rato. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Había algo más que mi hija en los problemas de la familia Logan. Mi hija no era más que una cortina de humo.

-Una extraña familia los Logan –dije mientras ponía en marcha el coche.

-Sabe Dios que las hay mucho peores –dijo Nora-. Henry asume el papel de sumiso mientras se deja someter a toda clase de vejaciones por parte de su dominatrix. Acostumbrado a ofender, maltratar en insultar a la gente, necesita sentir de vez en cuando el placer de ser humillado.

Supe que estábamos llegando a Los Ángeles por el olor. Olía a rancio y a viejo, como una sala de estar que lleva demasiado tiempo cerrada. Pero las luces de colores daban el pego. Eran unas luces preciosas.

Tuve pesadillas durante varias noches con figuras demoníacas que aplastaban el cuerpo de mi hija y me cortaban la respiración. Los monstruos a veces tenían la cara descompuesta de Frank Gordon, en otras ocasiones el rostro burlón de Henry Logan.

¿Qué secretos guardaba mi hija? ¿Quién movía los hilos detrás de ella?

La ciudad de las estrellas

Al día siguiente, al despertar, reflexioné sobre lo que me había sucedido la noche anterior. Cuando la gente acaudalada confiesa desde su atalaya privilegiada que el lujo es tener tiempo pienso lo mismo que cuando las modelos declaran con desdén hacia su deslumbrante físico que la belleza está en el interior. Tratan de convencernos al resto de los mortales de que la riqueza y el atractivo realmente valiosos son inmateriales, y están al alcance de cualquiera. Entonces, si les hacemos caso ¿todos podemos llevar una vida de lujo? No, pero sí podemos vivir nuevas aventuras y experiencias enriquecedoras.

Los Ángeles me parecía una jungla de cemento. Al principio me sentí aislado e incómodo y con el tiempo me fui imbuyendo más profundamente de la ciudad. Fue una relación de amor odio al descubrir que es mucho más que lo que pensé que era. Es una ciudad que se te va abriendo poco a poco. No es el mejor lugar para turistas porque no te lo pone todo en una bandeja como Nueva York o las ciudades europeas. Tienes que buscarla, investigar. Puede llegar a ser frustrante pero también muy gratificante si se tienen las agallas necesarias.

Tras ducharme y vestirme, bajé rápidamente las escaleras, saludé a Nora y me dirigí hacia el garaje. Cualquiera diría que tenía prisa por llegar. Subí al coche y al poco tiempo me incorporé al denso tráfico del bulevar. En la terraza del Starbucks, unos pocos madrugadores se disponían a tomar el desayuno. Dejé atrás la curva que baja hasta Ventura y me detuve enfrente de un edificio de color pastel y adornos en blanco, de tres pisos, con grandes ventanales y un amplio soportal sobre la puerta principal. Sobre la puerta había un letrero dorado y el nombre MRW Casting Corporation en letras negras. Cerré el coche y crucé la calle hasta la puerta. Era una puerta rosa, alta y ancha, y estaba entornada.

Así pues, empujé la puerta y me fui directo a la recepción, que ocupaba toda la parte delantera del edificio. En las ventanas había cortinas con estampados, y en las paredes colgaban retratos de famosos actores y actrices de Hollywood. Había divanes y butacas forradas de piel, una enorme maceta con una palmera. La sala estaba atestada de gente que esperaba ser recibida por la directora de casting.

Algunos parecían alegres, animados y llenos de esperanza. Otros parecía

que llevaban semanas esperando. En una esquina, una pelirroja gordita parecía recitar a Shakespeare sin que nadie le hiciera ni el más mínimo caso. Aspiraban a ser actores o cantantes en esta ciudad con la que habían crecido a través de las películas y que habían idealizado desde su tierna infancia, por eso decidían apostar todo por un sueño. Actores en ciernes para rescatar un género que combina dos grandes pasiones, el cine y la música, personajes imaginarios para hacer que el séptimo arte nunca muera. Su fugaz aparición en la pantalla podía ser vista por un productor o director con posibles. Sus ojos, su físico o su voz podían encandilar a algún pez gordo de la industria del cine.

Mientras observaba todo aquello, imaginaba a mi hija haciendo cola esperando pasar la prueba de casting en la Fox, en la Paramount o en la Metro Goldwyn Mayer, con la ilusión de ser elegida entre cientos de aspirantes. Me enseñaron un par de perfiles en ángulos bien marcados, pero enseguida se dieron cuenta de que yo no encajaba en nada y que no estaba allí para ninguna prueba de casting.

Una rubia platino estaba sentada ante una mesa, hablando por un teléfono móvil. Me acerqué a ella y me echó una mirada que me dejó helado; después se quedó mirando a las musarañas.

-No -dijo al aparato-. No. Lo siento. Me temo que es imposible. Sí, muy ocupada.

Colgó, tachó algo de una lista y me obsequió con otra mirada de hielo.

-Buenos días. Desearía ver a Kate Sullivan –murmuré en voz baja.

-¿Hoy? -preguntó amablemente-. ¿Esta semana?

-¿Cuánto tiempo se tarda normalmente?

-Hay personas que han esperado cinco meses -respondió alegremente-. ¿No le sirve otra persona?

-No.

-Lo siento. Vuelva mañana o a finales de enero.

Vestía un traje chaqueta de color rojo frambuesa y una blusa de seda blanca. Iba tan maquillada que daba la impresión de que tenía que madrugar mucho para salir a la calle.

-Tengo necesidad de verla -dije.

Me miró de arriba abajo y sonrió.

-Esta gente lleva aquí toda la mañana.

-Esto es importante.

-¿De qué se trata?

-Algo confidencial, ya me entiende.

-Siéntese y descanse un poco, monada –me dijo-. Puede que tenga que esperar una semana.

Me senté en una butaca de cuero. Me sentía como un borrego más del rebaño. Miré a mi alrededor. Un tipo muy alto y elegante se levantó lentamente y se abrochó un botón de la chaqueta de raya diplomática en azul marino de corte perfecto y se dirigió hacia la recepcionista rubia.

-Llevo dos horas esperando para ver a la señorita Alison -dijo con un tono de voz exquisitamente modulado-. No estoy habituado a tener que esperar tanto para ver a nadie.

-Lo siento mucho, señor Kevin. La señorita Alison está demasiado ocupada para hablar esta mañana. Un momento, cariño. -La rubia cogió un teléfono y habló por él-. ¿Sí?... ¿Que se va a la Warner? Por mí como si se va a la Conchinchina...

Colgó el teléfono de un golpe rotundo y me miró sonriente. El tipo alto y elegante seguía allí, sin moverse.

-Me gustaría dejarle un breve mensaje personal -dijo el señor Kevin con desprecio-. Dígale, con todo mi cariño, que es una zorra embaucadora.

-Se lo haré llegar –dijo la rubia.

-Así me gusta -dijo Kevin ajustándose la corbata y comprobando su perfil en un espejo-. Y ahora, señorita, buenos días tenga usted, y a la mierda MRW Casting Corporación.

El actor hizo mutis con paso elegante, abriendo la puerta con el pie.

-¿Qué le pasa a ése? -pregunté.

-¿A Kevin? No le pasa nada. Como no le ofrecen papeles, viene todos los días a montar su numerito. Por si alguien lo ve y le gusta.

Me quedé sin palabras. Puedes vivir en Hollywood un montón de tiempo sin llegar a ver nunca lo que se cuece entre bambalinas.

Abandoné la sala por una puerta interior. Avancé por el pasillo hasta la segunda puerta, que estaba abierta, seguí a lo largo de un corredor que llevaba a un patio enorme. Aquello me pareció puro Hollywood. El guardia de los estudios, que estaba en una garita acristalada, me indicó el camino correcto. Me encaminé a una puerta que no tenía picaporte. La puerta se abrió automáticamente ante mi presencia, y crucé una galería de paredes anaranjadas con una puerta en el otro extremo. Si algo dejara de funcionar me quedaba emparedado. La puerta del fondo se abrió igual que la otra. Me preguntaba, ¿a

dónde me conducía aquello?

Pasé junto a un guardia uniformado y me adentré por un estrecho pasadizo entre dos platós. Una luz roja brillaba en medio del pasadizo. Me detuve ante la puerta. La luz roja se apagó. Abrí una pesada puerta y luego otra. Adentro todo estaba en penumbra. El extremo opuesto del plató estaba iluminado por grandes focos.

Fui hacia las luces. El suelo estaba cubierto de cables. Tropecé con uno y casi me rompo la crisma. Había hileras de sillas plegables y un conjunto de camerinos con nombres en las puertas. Me encontraba detrás del decorado y solo veía una parte del enorme plató.

Sonó una campana muy ruidosa. En unas pantallas aparecieron imágenes de una mansión rodeada de un gran jardín.

Una voz gritó:

-¡Acción!

Me detuve en seco, conteniendo la respiración. Las voces de los actores se oían como un murmullo sin entonación, ni gracia.

De repente, uno de los focos se apagó. La voz volvió a gritar:

-Corten.

Volvió a sonar la campana y un rumor general de movimiento. Me dirigí hacia una esquina donde se veía el escenario: la terraza al borde de una piscina.

-¿Te importaría repetir la escena, Tony? -preguntó la voz.

Tony era un actor de segunda fila. En escena había dos mujeres y tres hombres. Dos hombres en bañador estaban echados en una hamaca. Tony vestía un bañador azul, era rubio y parecía ser el macho alfa. Una de las mujeres era una morenaza imponente. La otra era Kate Sullivan. Llevaba un bañador mojado de color blanco, y era evidente que acababa de salir de la piscina. El maquillador le rociaba de agua la cara, los brazos y el cabello rubio.

Tony no había contestado. Se volvió bruscamente y miró a la cámara.

-¿Te crees que no me sé mis diálogos?

-A menos que los hayas cambiado a propósito... -dijo un tipo con la mirada fija en Tony.

-Si pudieras hacer la escena un poco más deprisa -dijo el otro.

-¡Joder! -bufó Tony-. Si yo pudiera hacerlo más deprisa. Tal vez se pudiera persuadir a la señorita Sullivan de que suba en un poco menos de tiempo...

Kate Sullivan le lanzó una rápida mirada de desprecio.

-Kate tarda lo justo -dijo el que dirigía el cotarro-. Y su actuación también es muy corta.

La morenaza se encogió elegantemente de hombros.

-¡Bueno, vamos allá!

Volvió a situarse al lado de la cámara. El asistente gritó “¡Cámara!”.

Tras dos tomas fallidas, dardos envenenados y varios dimes y diretes, Kate volvió a subir la escalera de la piscina haciendo música con las caderas. La escena se rodó sin una sola pega.

-¡Corten! Descanso para comer.

Los actores abandonaron el escenario y se dirigieron en silencio a los camerinos.

Kate Sullivan se detuvo de golpe al verme.

-Hola, Alex -dijo mirándome fijamente al tiempo que se anudaba el cinturón del albornoz.

-Esta semana te he echado de menos.

-Tengo tanto trabajo que apenas tengo tiempo para descansar.

-Tuve una corazonada: encontrar a mi hija haciendo una prueba de casting. Luego he pronunciado tu nombre y se me han abierto algunas puertas.

-Vamos a mi camerino, Alex.

-Si en invierno ruedas en bañador, ¿qué te pones en verano, el traje de Santa Claus?

-Para que salga algo medianamente bueno, hay que aguantar mucho en esta profesión.

Dimos media vuelta y nos dirigimos al otro extremo del plató. Adosado a la pared, había un camerino en cuya puerta decía “Señorita Sullivan”. Al llegar a la puerta se paró y miró alrededor con cautela. Luego fijó en mi rostro sus encantadores ojos azules.

-Tengo un poco de frío -dijo-. Y necesito comer algo.

-Tienes un poco de frío y necesitas comer algo -repetí yo.

Extendió la mano hacia atrás y abrió la puerta del camerino. Entró rápidamente, dejando la puerta abierta.

-Entra y cierra la puerta -dijo su voz desde el camerino.

Entré y cerré la puerta. No era el camerino de fantasía de una estrella, hecho a su medida. Era estrictamente utilitario. Un sofá descolorido, un sillón, un pequeño tocador con un espejo y varias bombillas, una silla delante del

tocador y un plato con una taza de café vacía. Luego cogió una toalla y se frotó las puntas mojadas del pelo.

-¿Qué te ha parecido la escenita que hemos improvisado en la piscina? – preguntó tirando la toalla a un lado.

-Mucha envidia y mala leche.

-Así es el mundo de la farándula.

Avanzó la mano y me acarició la mejilla con el dedo. Me daban ganas de abrazarla. Se apartó de mí y se sentó en el sillón.

-Tu hija se relaciona con gente poco aconsejable. Frank Gordon se dedica a rodar películas violentas para masoquistas, donde dominadoras y flageladores imparten dolor a diestro y siniestro –dijo muy seria.

Cruzó las piernas, el albornoz se abrió lentamente y quedaron al descubierto sus atractivos muslos.

-¿Quién es Frank Gordon? -pregunté.

-Un hombre al que conozco desde hace años. Y que no me gusta ni un pelo. Es dueño de algunas cosas... una productora de cine.

-Pero le conoces muy bien...

Sonrió muy levemente, con aire de aristócrata aburrida.

-A la Lady Chantal le encantaría contártelo. Esa rubia con ojos negros, guapa a rabiar y que trabaja de dominatrix. Tan joven y tan deseada. Ya es toda una leyenda.

-Volviendo a Gordon... ¿Alguna vez has trabajado con Gordon?

-Al principio de mi carrera, me ofreció hacer una película porno. Está montado en el dólar.

-¿Cómo hizo el dinero?

-¿Cómo quieres que lo sepa? Hace cine oscuro y violento. Se lleva bien con las autoridades y está muy bien relacionado con el mundo del hampa.

-Está bien.

-Dios santo. Los poderosos se rifan a tu hija, se les cae la baba cuando ella agita el látigo, babean por ser azotados por Lady Chantal. Has creado un monstruo, Alex.

-Habrà sido Frank Gordon quien le ha inoculado esas prácticas perversas. Mi hija ha recibido la mejor educación. Su madre quería que estudiara ingeniería. La hemos dado todo el cariño del mundo.

Me incliné hacia delante y acaricié su mano. Se echó hacia atrás y cerró el

puño.

-Entonces, ¿de verdad que no sabes nada más de Gordon?

-Me gustaría que me dieras un masaje en lugar de someterme a un tercer grado.

-Estoy a tu entera disposición -dije.

Después de un silencio, ella aseguró:

-De verdad que tengo que comer algo, Alex. Tengo que trabajar esta tarde. ¿No querrás que me desmaye en el plató?

-Eso sólo lo hacen las estrellas -dije poniéndome en pie-. Muy bien, me marchó. Pero no tardes en venir a casa. Te noto algo estresada. Necesitas un buen masaje, relajación, meditación.

Me encaminé hacia la puerta del camerino.

-Estás construyendo un castillo de arena, Alex.

Abandoné los estudios y mi Chevrolet Malibú me acercó a casa.

Encontré a Nora sentada frente a su escritorio escribiendo en el ordenador.

-La novela avanza -me dijo emocionada-. Roy ha hackeado el teléfono de Frank Gordon. Después de varias triangulaciones ha averiguado dónde vive habitualmente y el rancho donde graba sus películas.

-Gracias, Nora.

-También ha grabado algunas de sus conversaciones. Había una que le llamó la atención. En ella hablaba de que la próxima semana acudiría al festival de cine porno de Nueva York.

Estuve dando vueltas en mi cabeza tratando de llegar a algo.

El cielo puede esperar

Había caminado toda la tarde sin poder tomar una decisión, y no porque me debatiera entre varias opciones, sino porque tenía la impresión de que carecía de ellas. Primero deambulé sin rumbo fijo, tratando de alejarme de la trágica escena que acababa de contemplar. Luego, cuando me di cuenta de que me encontraba en el transitado Paseo de la Fama, opté por adentrarme en calles secundarias. Buscaba un bar de tapas donde poder tomar un tentempié. Terminé sentado en una cafetería cercana a Sunset.

A eso de las once y media, subí al coche y conduje hasta la casa del cineasta, con la mente puesta en mi hija. Había estudiado el proyecto. Estaba preparado para llevar a cabo el desafío. Esto requería disciplina y concentración. Roy me había asegurado que tenía el código de seguridad de la entrada.

Roy llevaba varios años trabajando como informático y le fascinaban las tareas que le asignaban: hurgar en la vida de otros; seguir recorridos sin ser visto; hackear datos de empresas sin dejar rastro; entrar las tripas de una compañía y piratear sus archivos. Descubrir un escondite le producía un inmenso placer. En su infancia espiaba a su tía y a su prima bañándose en la ducha; le atraía mirar furtivamente mujeres desnudas, invadir su intimidad cuando esta creía que nadie la observaba. Había dedicado muchas horas a la cibernética y a veces era un poco temerario. Utilizaba el *software* que le permitía entrar a una dirección de la Darknet donde se ofrecían servicios de sicarios anónimos y prometía sumas de dinero en bitcoins a cambio de la información que necesitaba. El sistema era sencillo e indetectable. Había tantas actividades criminales en el ciberespacio que apenas se investigaba una ínfima parte del universo de la Darknet.

La vigilancia de la mansión de Frank Gordon durante toda la semana le tenía obsesionado. Me reveló que Silvia Gonzales, la mujer maciza de Tijuana que a veces asomaba por la ventana, había abandonado la casa la noche anterior. El cineasta y el mayordomo se habían marchado casi una hora antes, y en el interior de la casa todo parecía tranquilo.

Me puse una visera negra, el bigote y la barba postiza y los guantes de látex. En el bolsillo del pantalón llevaba un spray para neutralizar cualquier cámara que encontrara en mi camino. Avancé lo suficiente, más allá de la curva, para poder estacionarme a cubierto de miradas. Salté con sigilo la pequeña verja

que daba al jardín exterior cuando el sonido de una sirena me paralizó. De pronto el aullido de la sirena se fue apagando.

-¿Crees que podré entrar? –pregunté impaciente.

-He podido hackear las cámaras de seguridad y tengo el código de la entrada –repuso Roy al otro lado de la línea-. No te preocupes.

-Eso espero, amigo.

Había empezado a llover. Me di cuenta de que estaba temblando de frío. La puerta de acceso requería identificación y para ello contaba con un pequeño panel a un lado con letras y números. Introduje la clave y la puerta de acceso se abrió ante mis ojos.

Atravesé el umbral entre tinieblas. Una vez dentro, los peores miedos se hicieron realidad. Saqué la linterna del bolsillo y la encendí. Seguí por un pasillo hasta el salón. Me sumergí en la fría atmósfera de la casa y un escalofrío me recorrió la espalda. Enfrente había una larga y pulida mesa de pared sobre la que reposaban varias fotos en marcos dorados. En el centro había una muy grande de Frank y Ana en bañador al borde de la piscina. Era un tipo atractivo y extremadamente rico. Tenía los ojos gris verdoso, con una mirada felina y una cabellera rojiza de arapahoe. Me imaginé a Frank entrando en la alcoba de mi hija, desnudándose delante de ella, echándose sobre la cama, tomando pastillas azules.

Intenté volver a imaginarme a Frank cabalgando con mi hija. ¿Tenía un rancho en algún lugar lejano? ¿Sería posible, que aquel hombre inmoral y depravado pudiera mantener escondida a mi hija en algún lugar secreto? Ana caminando sobre la hierba del jardín, durmiendo en sábanas de algodón egipcio, flotando entre burbujas de espuma, azules y brillantes.

Alguien debía darle una lección a Frank. ¡Nunca le habían dado una lección! Pasaba por la vida con su sonrisa de encantador de serpientes, su arrogancia de director, sus depravadas películas y su cinismo no escandalizaban a nadie. Hijo de puta. Le aplastaría como a una asquerosa cucaracha.

La estancia contaba con un armario empotrado de pared a pared a la derecha de la puerta de entrada y una cristalera con cortinas de encaje que daba al jardín. Abrí la puerta corredera del armario. En el interior había un montón de películas pornográficas en DVD, exuberancia carnal para todos los gustos y tamaños expuesta en las carátulas, ordenadas por tema y año. Escogí los estuches del último año y los esparcí sobre la mesa. La violencia imperaba en los títulos: *El taladro anal*, *Dominaciones salvajes*, *Putas encadenadas*, *El cipote destructor*, *Bondage en la sombra*, *Sádicos en acción*, *Cien vergas para*

Lucía. Las portadas mostraban fotos de mujeres retorciéndose de dolor mientras hombres de gesto depravado les hacían de todo.

Fui hacia el ordenador que había sobre una mesa, lo encendí y empecé a visionar rápidamente aquellas películas con el temor de que la imagen de mi hija apareciera en alguna. Todo aquello me daba náuseas. Cuando terminé, coloqué todo donde estaba, pero aparté dos CDs en los que aparecía una joven rubia disfrazada de Catwoman. Recorrí la casa de punta a punta en busca de algo que me recordara a mi hija. Hurgaba en los cajones de ropa, husmeaba en el cuarto de baño, en el armario de los zapatos. Ni prendas, ni perfumes, ni zapatos ofrecían pista alguna.

Tenía la sensación de que algún sofisticado sistema de alarma pudiera saltar en cualquier momento y empezara a zumbar como la sirena de un camión de bomberos. No debía consentir que me encontraran aquí. Me daban ganas de rociar la casa con gasolina y quemarla. Pero no estaba en condiciones de permitirme semejante fallo. La investigación no avanzaba lo suficientemente rápido, mi situación legal iba de culo y cuesta arriba y la poli me estaba pisando los talones. Me encontraba algo tenso, pero en el fondo me sentía bastante satisfecho. Estaba haciendo todo lo posible para atraer a mi hija de regreso. Porque, a no ser que Ana decidiese venir a mi encuentro, estaba perdido. Hasta el momento no había obtenido ningún resultado. Mi hija se había hecho desaparecer a la perfección. Tenía que convencer a Ana para que regresara a casa, hacerla salir de su torre de cristal.

Un colega de Roy, un exdirigente de Interpol, ofreció algunos aspectos adicionales acerca de la ficha de mi hija. El colega había rastreado su desaparición en España a partir de 2012, cuando contaba diecisiete años de edad. Todo rastro de ella se perdía algunos días antes de su entrada a Estados Unidos el 18 de febrero de ese mismo año.

Roy había tendido una red de vigilancia para localizar a mi hija. Interventaban las cámaras de vídeo de la red pública del área metropolitana de Los Ángeles, lo cual incluía calles y plazas, metro y transporte público. Colocó escuchas en todos los teléfonos de las personas relacionadas con mi hija: los guardaespaldas, Frank, Henry y sus allegados más cercanos. Leía el correo electrónico de todos ellos. Durante las siguientes dos horas se concentró en la maciza de Tijuana: hábitos, familia, cuentas bancarias, propiedades, amigos y enemigos, vicios y costumbres. La última llamada que hizo a Gonzales, tres horas antes, fue la clave para triangular la posición de Frank; probablemente ella se encontraba con él. Habían corrido en el sistema de geolocalización las distintas llamadas que él realizó para hablar con Gonzales los últimos días

desde su teléfono móvil.

Cerré la puerta sin hacer ruido. Atravesé el jardín con el rostro aterido, las manos heladas. Mi coche estaba al otro lado de la colina, descendí la pronunciada ladera y pronto quedé fuera del alcance y de la vista de cualquiera. Subí al Chevrolet y en menos de treinta minutos estaba aparcando en el garaje.

Nora me miró de arriba abajo.

-Échate en el sofá mientras preparo una cena tardía –me dijo-. Te noto nervioso y cansado.

-Ha sido una noche larga y agotadora.

Cinco minutos más tarde, ya tenía la comida sobre la mesa. El plato favorito de Nora: sándwich de plátano con crema de cacahuete y vino rosado californiano.

-Mañana preparas tú la cena –murmuró.

-Me gusta cocinar, me relaja.

Nora se sentó a mi lado en el sofá, echó un trago de vino y preguntó expectante:

-¿A qué se debe esta tardanza? Roy me había avisado, pero son casi las cinco de la madrugada.

-Me he entretenido viendo sus últimas grabaciones de porno violento. Ha sido muy desagradable. Son repugnantes.

-¿Has encontrado alguna pista de tu hija?

-Aparte de algunas fotos donde se les ve juntos, nada indicaba que mi hija viviera en esa casa.

-Tiene sentido –dijo adoptando una expresión pensativa.

-He traído dos CDs.

-¿Te apetece verlos? ¿Estás bien?

-Ya he visto demasiada inmundicia por hoy.

Me sentía realmente mal, el estómago revuelto, la mente hecha añicos. No había conseguido nada. ¿Se me habría pasado algo por alto?

Nora puso la tele y entre sorbos de vino escuchamos las primeras noticias de la mañana. Cada vez que probaba el sándwich de plátano con crema de cacahuete, me gustaba más.

-Este sándwich está delicioso –dije hincándole el diente.

Nadie habría dicho que aquella famosa, apetecible y divertida escritora, que

aparentaba bastante menos de los 52 años que tenía, fuera mi casera y amiga. Tenía la costumbre de ir atando cabos con todas las cosas que iban sucediendo. Era capaz de tirar del hilo sin complejos, ni tapujos. La historia de mi hija se alargaba tanto que parecía no tener fin. Le gustaba hablar de mi hija como si mi hija fuese la heroína de su novela. Hacía preguntas continuamente, sobre nuestra vida en común, sobre mi esposa: ¿Qué hacíais juntos los fines de semana? ¿Cómo eran las amigas de Ana?

Recuerdo aquella vez que fuimos al Parque de Atracciones, cuando aún no tenía ni seis años: Entre ruidos y risas montamos en los coches de choque, trepamos a la montaña rusa, gritamos en el vagón loco, volamos en la alfombra mágica, divisamos la ciudad desde la noria y nos adentramos en la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Seguimos sentados uno junto al otro, sin decir palabra, mientras en la tele aparecían imágenes de atentados sangrientos, catástrofes, políticos corruptos... Su mano subió para posarse sobre la mía, apretándola. Luego acomodó su cuerpo en el hueco de mi estómago, tomando la forma de una cucharita. El mundo se difuminaba y se reducía a un simple decorado de un teatro del que éramos los únicos actores.

Ese oscuro objeto de deseo

Me despertó el repiquetear taladrante del teléfono. Alargué el brazo, deslicé el pulgar por la pantalla y me llevé el aparato al oído. La voz de la actriz sonaba suave, envolvente.

-Hola, cielo. Puedes venir a mi casa. Apenas puedo andar.

-¡Buenos días! La gente amable da los buenos días por la mañana. ¿Qué te ha pasado?

-Anteayer, mientras rodaba una escena, di unos pasos atrás con tan mala fortuna que tropecé con la alfombra y caí al suelo.

-¿Es muy grave?

-Un esguince de tobillo, me dijo el médico. Tres o cuatro semanas de reposo. Tengo que recuperarme pronto. Mi cuerpo entero me está pidiendo a gritos una buena dosis de tonificación y reafirmación, con ejercicio físico y masaje para que esté más elástica.

-En hora y media estoy allí.

-Te espero.

El teléfono hizo clic y colgué.

Tras asearme, bajé a la cocina y preparé café.

Nora, que me había oído bajar las escaleras, se acercó y me preguntó curiosa:

-¿A dónde vas tan temprano?

-Kate Sullivan no puede venir. Se ha torcido un tobillo y apenas puede andar –dije dando un sorbo a mi café.

-Ten cuidado. A lo mejor te ha tendido una encerrona.

-Ya estoy acostumbrado. Casi todos los días me enfrento a alguna –repliqué mientras me dirigía al garaje.

Soplaba una brisa marina fresca y húmeda. El cielo estaba encapotado por un manto gris blanquecino que amenazaba lluvia. Me había quitado la cazadora y encendido el climatizador. La radio susurraba música country. Me incorporé a la carretera de circunvalación para tomar la salida hacia el noroeste. El tráfico era tan denso como de costumbre. A medida que el coche avanzaba por las sinuosas carreteras, la vegetación iba cambiando. Dejé atrás varias casas de estilo español enclavadas en lo alto de la ladera, y algunas muy modernas que

se levantaban más abajo. Al cabo de un rato llegué a la casa de Kate. Estaba hecha de cristal y ladrillo, y las ventanas orientadas hacia el océano eran de cristal verdoso. Desde allí se vía un panorama precioso. Me recreé en su contemplación durante unos segundos.

Aparqué el coche, crucé el sendero y llamé al timbre.

Salió a abrirme Kate en persona. Estaba tan fresca como una rosa. Llevaba una falda corta y zapatos planos, así como una blusa blanca y una venda anudada alrededor del tobillo. Durante un instante se quedó inmóvil, mostrando su elegante y espigada figura, con el rostro coronado de cabello rubio recogido en una cola de caballo.

-Tienes un aspecto excelente –dije-. Pensaba que te encontrabas realmente mal.

Me agarró de la mano y llevó hasta la sala de estar.

-Gracias por venir, Alex. ¿Una copa?

Tras decidir que era un poco temprano para empezar a beber alcohol, ella pensó lo mismo.

-Creo que un té caliente nos sentará bien a los dos –dijo mientras se dirigía a la cocina.

La sala de estar se hallaba amueblada con muy buen gusto y parecía cómoda. Dejé la cazadora en una silla y me senté en el sofá. Al poco rato apareció con una bandeja, la dejó en la mesa y sirvió con gran ceremonia el té.

-Eres atractiva y rica. Debes de tener muchos pretendientes.

-Invitaciones a fiestas y ligones profesionales no me faltan, pero son tan entrometidos y manipuladores que cuando estoy con ellos presto más atención al parpadeo de mi móvil que a su conversación. Huyo de compromisos, noviazgos y planes de boda.

-Entonces pasas de ellos, no te importan.

Se arrellanó en el sillón, cruzó las piernas y, de nuevo, me miró con esa mirada indagadora, insaciable. Yo mientras tanto, aprecié que sus estilizadas piernas desaparecían en unas bragas de encaje.

-Son tan superficiales y tan machistas como la mayoría. Buscan placeres sin arriesgar sentimientos. Aparte de un par de novios, no he salido con otros hombres. No sé fingir ni tengo por qué fingir, me he vuelto muy selectiva. No pienso complicarme la vida por ningún guaperas insensible.

Bebí un sorbo y dejé la taza. Le quité la taza de las manos y también la dejé encima de la mesa.

-¿Recuerdas que me dijiste que me echabas de menos?

-Creo que sí.

-Intenta contenerme ahora.

La abracé y ella pasó los brazos alrededor de mi cuello. Luego la llevé en volandas al dormitorio y la dejé suavemente en la cama. Le subí la falda hasta verle los blancos muslos por encima de las largas y hermosas piernas enfundadas en seda negra. De repente ella alzó los brazos y atrajo mi cabeza hacia sus senos.

-¡Bruto! ¿No podríamos tener un poco menos de luz?

Fui hacia la ventana, bajé la persiana y encendí una lámpara. Cuando me volví ella estaba en pie junto a la cama, tan desnuda como Venus emergiendo del mar. Se mantenía orgullosamente erguida, desinhibida, tentadora.

-¡Joder! -exclamé-. Ya estás desnuda cuando todavía no me he bajado la bragueta ni desabrochado el cinturón.

-Pues ya puedes empezar a desabrochártelo.

Retiró el edredón y se tendió en el lecho con la melena extendida sobre la almohada. Estaba acostumbrado a verla sin ropa en la sala de masajes, pero siempre desde la óptica profesional.

-¿Satisfecho de mis piernas? -preguntó.

-Conozco cada milímetro de tu cuerpo y me sigues pareciendo hermosa.

-Ayer por la mañana -dijo ella, con mirada soñadora-, te dije que tenías algo que me gustaba, no manoseabas a las mujeres, y algo que no me gustaba. ¿Sabes qué era?

-No.

-Que en tu casa no me diste pie para hacer esto. Desde que llegó la escritora no es lo mismo. Creo que es una cotilla que debería meterse en sus propios asuntos.

-Tienes razón. Nada escapa a su ojo orwelliano.

-Por eso prefiero que vengas aquí –susurró llena de deseo.

Sus penetrantes ojos no se perdían ni un detalle de mi cara. Me miró de frente. Le brillaban los ojos. Quizá hubiera en ellos un conato de lágrimas. Una criatura preciosa, no había la menor duda.

-Necesito amar y ser amada con ternura –susurró mientras yo jadeaba-. Los tipos posesivos me ponen enferma.

Y a los pocos minutos, decía: Oh, cariño... sigue, sigue... no pares... en ese tono de voz tan especial que una mujer sólo utiliza en esos momentos

especiales. Se agitaba entre los espasmos y convulsiones de su orgasmo, y entonces paré. Cesaron las convulsiones... Al producirse esa repentina y extraña interrupción, mi corazón se atenuó por un breve instante de la desvergonzada ansiedad a la que cabalgaba.

-Oh, no... Sigue, por favor, sigue follándome –gritó.

Después, un lento y gradual relajamiento, paz y quietud.

-¿Todavía satisfecho de mis piernas? -preguntó, como en un sueño.

-Nadie lo estaría jamás. Por muchas veces que te hiciera el amor.

-Eres un verdadero hijo de puta. Fóllame otra vez.

-Será un placer.

-No te amo -dijo ella.

-¿Por qué ibas a amarme? No seamos cínicos. Hay momentos sublimes..., aunque no sean más que momentos.

Se montó a horcajadas encima de mí y empezó a cabalgar como una jaca desbocada. Luego se dio la vuelta y se colocó a cuatro patas.

-Así, así... Me gusta... qué bien lo haces... Eres increíble... Sigue, sigue...

De pronto dio unas desordenadas culadas, luego la sentí correrse gritando:

-Oh, Alex... Me viene... Toma... qué gusto... toma... tómallo todo. Dámelo todo...

Y nuevamente, la misma lenta y agradable paz.

-Te odio -me dijo con la boca pegada a la mía-. No por esto, sino porque la perfección nunca se logra dos veces, acoplados y sincronizados a las mil maravillas. Nunca me había pasado. Me gustaría tenerte para toda la vida. Pero no puede ser.

-Y tú te has portado como una cualquiera que conoce demasiado el lado oscuro de la vida.

-Has hecho lo mismo que yo. Los dos nos hemos equivocado; y es inútil. Bésame fuerte. De repente saltó de la cama, casi sin ruido ni movimiento.

Al cabo de un rato, apareció en el umbral envuelta en un albornoz blanco.

-Adiós -dijo tranquilamente-. No creo que volvamos a vernos.

Desapareció. Yo me levanté, me vestí y escuché antes de irme. No oí nada. La llamé, pero nadie contestó. Cuando llegué a la acera, junto a mi coche, miré hacia atrás. La casa parecía estar completamente deshabitada.

Allí no vivía nadie. Todo había sido un sueño. Pero alguien me había llamado a las siete de la mañana. Subí al coche y regresé a casa.

Amistades peligrosas

A la semana siguiente, el cineasta había vuelto del festival de Nueva York. Había sido localizado con la nueva tecnología utilizada por Roy.

-Gordon es un tipo fornido, de mediana edad, que rueda en Green Valley cine porno violento. Un muchacho llamado Prat, que parece ir siempre disfrazado de algo, trabaja para él –me informó puntualmente Roy.

-Muy bien Roy –dije al tiempo que detenía el coche en el aparcamiento de un enorme complejo de comida rápida.

-Gordon y Ana mantuvieron una relación amorosa y laboral –dijo Roy-. Hasta que uno de los hombres más ricos del condado vio una película en la que trabajaba ella. Desde entonces su vida está rodeada de un halo de misterio.

-Muchas gracias. Estaremos en contacto –dije y colgué.

Eché una rápida ojeada a la exuberante iluminación del aparcamiento. Quizá estaba en el buen camino y también podría haber metido la pata hasta el corvejón. Volví de nuevo a la carretera y conduje todo lo deprisa que pude. Iba a ser una noche sin luna, y estaría oscureciendo cuando llegara a la entrada del rancho de Gordon. Oscuridad era lo que yo necesitaba.

El portón estaba cerrado a cal y canto. Encima colgaba un cartel: “PROPIEDAD PRIVADA. PROHIBIDA LA ENTRADA”. Pasé de largo y aparqué a cierta distancia de la carretera. Me apeé y regresé por el borde de la calzada hasta donde podía divisar el portón. Una oleada de aire frío me golpeó la cara. Salté la alambrada de espino que rodeaba la propiedad y avancé por el lateral de la colina. Apenas podían verse ya las sombras de los árboles en la hierba. De vez en cuando se oía el chasquido de una rama y en la distancia ululaba una lechuza. Los sauces dieron paso a los pinos californianos. Después de cruzar un puente y subir una loma, a lo lejos divisé algunas luces. Me pregunté quién viviría allí. Algún pez gordo de Hollywood, pensé; seguramente un mago del beso húmedo y el fundido pornográfico. Tras rodear el cobertizo y las caballerizas, llegué hasta un lugar desde donde podía contemplar el caserón. Puertas cerradas, ventanas cegadas por estores de bambú. Dentro las luces estaban encendidas y se oía música. De repente, se encendió un farol en la parte trasera del caserón. Me detuve en seco. Luego una puerta se abrió de golpe y salió Prat. En aquel momento supe ya que estaba en el sitio correcto.

Iba vestido de vaquero, llevaba una pistola enfundada al cinto y botas de montar. Era alto, esbelto, bien parecido. De pronto se oyó un ruido prolongado y grave, al que se unía una especie de estremecimiento más agudo. Desenfundó velozmente blandiendo la pistola en horizontal. Prat escrutó la oscuridad en busca de cualquier anomalía. Permanecí quieto, sin moverme. La pistola podía estar cargada. Pero la luz del farol le había deslumbrado y no veía nada. Volvió a meter el arma en su funda y regresó a la casa. La luz se apagó y yo eché a andar hacia la entrada.

Abrí la puerta muy despacio. Solo fui capaz de dar un par de zancadas hacia el interior del caserón antes de apoyarme contra la pared para recuperar el aliento. Entré con cuidado en el destartado y sórdido caserón, manteniendo las manos cerradas, tensas, caminando sigilosamente de puntillas para evitar que el ruido de mis pasos me delatase.

Se oían gritos frenéticos superpuestos a la música, quejidos de súplica, jadeos de rabia. Me quedé agachado detrás de un mueble de madera cuya función resultaba difícil de imaginar. Alcé la cabeza para ver quién gritaba. Solo dos focos iluminaban el escenario. En una cama yacía, boca arriba, una muchacha desnuda con expresión dolorida. Tenía las manos atadas al cabezal de la cama, como si quisiera echar a volar, con las muñecas hendidas por las cuerdas, y los ojos vendados por una cinta negra. Gordon daba las órdenes de rodaje desde un sillón, mientras otro hombre con una cámara de video se movía alrededor de la cama grabando la escena. Un individuo corpulento, completamente desnudo, que se cubría la cabeza con una capucha, blandía un látigo en medio del plató. A la señal del director golpeaba con fuerza la blanca y delicada carne de la muchacha. Después, armado con una verga descomunal, la sometía a toda clase de vejaciones y torturas.

Si hubiese tenido una metralleta habría entrado en tromba y habría encadenado a aquella jauría de animales salvajes y malvados. Y después habría liberado a la chica. Pero como mis medios eran escasos y ellos estaban armados, saqué el móvil de mi bolsillo y me puse a grabar.

Oí ruido de pasos al final del pasillo. Chirrió una puerta metálica y luego la sólida silueta de Prat apareció en el dintel de la puerta. Dio una calada al cigarrillo que llevaba en la mano y dejó escapar una bocanada de humo. Las cachas nacaradas de su revólver refulgían en la penumbra. La muchacha de la cama seguía sollozando. Gordon volvió a gritar “Acción” y siguieron filmando.

En ese momento, me apoyé sobre una endeble barandilla, con tan mala suerte que una maceta cayó al suelo produciendo un gran estruendo.

-¿Quién anda ahí? -gritó Gordon, dando muestras de miedo por primera vez.

Prat se llevó las manos al cinturón. Su rostro era inexpresivo. Apretando los dientes hasta hacerlos rechinar, avanzó despacio por el pasillo.

Me deslicé sigilosamente por el oscuro pasillo y antes de llegar a la puerta me topé con Prat. Fue tan rápido como un fogonazo. Se me acercó de un salto y la mano izquierda salió disparada. Tras esquivar el golpe, aproximé mi mano al puño americano y lo descargué contra la mandíbula de Prat, que cayó al suelo como un saco de patatas.

Lanzándome a la espesura de la vegetación salí corriendo a toda prisa. Se oyeron voces en la lejanía, incluso unos disparos sonaron más cercanos. Seguí corriendo sin mirar atrás. Crucé el puente, continué descendiendo por la falda de la colina y tras saltar la alambrada, di con el sendero que llevaba hasta donde había dejado el coche.

Cuando por fin me senté al volante, salí de allí a todo trapo. Descendí hasta la carretera dirección sur que lleva a Ventura. Algo después atravesé Encino. En la siguiente intersección me detuve unos segundos para contemplar las luces en lo alto de la colina donde se alzaban las casas de la gente importante. En una de ellas vía Kate Sullivan. Seguí adelante. Bordeé la ladera de una estribación y me encontré con la transitada carretera de circunvalación. Durante el camino de regreso a Los Ángeles no pasé de los ciento veinte. Bueno, es posible que rozara los ciento sesenta en algún momento. Cuando llegué a la calle Vista, metí el Chevrolet en el garaje y abrí la puerta de la casa.

Nora estaba en el despacho tecleando algo en el ordenador. Se alegró al verme. Quizá pensase que las nuevas pistas que podía haber encontrado, añadiesen un nuevo capítulo a la novela que estaba escribiendo.

-Me acaban de comunicar que eres valiente, atrevido –dijo mirándome directamente a los ojos-, que te metes en todos los charcos y que puedes salir mal parado.

En ese momento, caí en la cuenta en las pistas que podía haber dejado durante mi azarosa aventura. Si aquel caserón tenía una cámara de seguridad, tal vez saldría en ella.

-Tenía que hacerlo. He descubierto cosas espantosas –dije-. Pero ahora necesito beber algo.

-¡Y yo también! –exclamó mientras se levantaba del sillón y se dirigía como una exhalación hacia la cocina.

Me tumbé en el sofá y estuve escuchando, boca arriba, como si desde muy

lejos, en la noche, quizá fuese a llegarme una voz, el tipo de voz tranquila y paciente que todo lo aclara. No la oí y supe que tampoco la oiría en el futuro. Nadie me iba a explicar nada acerca de mi hija. Todo estaba más claro que el agua. Era mayor de edad, libre para poder hacer lo que quisiera.

La escritora apreció con dos vasos con hielo, bien cargados de un líquido ambarino. Se acercó y los dejó sobre la mesa. Luego, se sentó a junto a mí en el sofá.

-Los seres humanos me dejan continuamente asombrado con su manera de comportarse y también me dejan, de forma permanente, un poso de amargura –susurré mientras deslizaba una mano alrededor de su cintura.

-Soy escritora. Se supone que entiendo lo que hace funcionar a las personas. Pero no entiendo ni jota de lo que hace nadie.

Nora arrimó su cuerpo al mío y, tras abrazarme, apoyó la cabeza en mi hombro.

-Eres de lo que no hay. Ahora bésame, tonto.

Nora siguió echada sobre mí, medio desnuda.

-Ni deberíamos hacer esto. Te deseo, pero no sabemos cómo estaremos mañana, ni lo que nos espera de ahora en adelante.

Se apretó contra mí y me dio un beso húmedo y con lengua, y yo me pregunté si la policía habría instalado una cámara oculta, para poder entrar en cualquier momento. Tengo una casera molona y enrollada.

Imaginaba que si nos pillaban podíamos salir en los periódicos: “Alex Vázquez, masajista español viajó a Los ángeles en busca de su hija desaparecida. A pesar de su edad y condición de casado, Alex aprovechó su situación de inquilino iniciando rápidamente una tórrida aventura con su casera la famosa escritora Nora Lane con la que desde entonces no ha parado de follar.”

Sucedió de manera gradual. El roce hace el cariño. Acabé más colgado de lo que en un principio había pensado. Una aventura para reafirmar mi propio ego, para sentirme vivo, atractivo, macho. Necesitaba a Nora de verdad.

Siempre le había sido fiel a mi esposa. Pero eso había sido mientras era feliz. Y Nora estaba allí, escribiendo en su despacho, haciendo preguntas sobre mi anterior vida familiar. Haciéndome sentir que cada vez que cruzaba su umbral era un hombre nuevo, no el atormentado que buscaba a su hija.

Adivina quién viene esta noche

Los días pasaban con dudas y sobresaltos hasta que de repente todo explotara y saltara por los aires. La vida que llevaba hasta hace un par de semanas estaba hecha añicos y en la tarea de armar los pedazos Nora era mi tabla de salvación. No sería yo quien cerrara las posibilidades que esa nueva vida pudiera depararme.

Nora me hacía compañía y yo me dejaba querer. Compartíamos el sofá, la sala de masajes y a veces la cama. Aparecía casi cada día, deslizándose por toda la casa, plantándose en la cocina mientras preparaba café, caminando de la mano hasta el despacho para suministrar detalles relevantes, recordándome lo agusto que estaba conmigo y lo avanzada que iba la novela.

En más de una ocasión me alegré de encontrar a Nora de visita en su propia casa: me atraía su desenfado cínico y su desparpajo para juzgar a todo el mundo. Ahora era ella quien escudriñaba la actitud del hombre que compartía sus pensamientos más íntimos, sus secretos más oscuros. Mi disposición relajada podría haberla hecho creer que la tórrida escena en el sofá distaba de ser un sueño. Aunque Nora no era alguien que confundiera los sueños con la realidad.

Esa tarde había estado en Harry's y al regresar a casa me encontré a Nora con el sheriff en el salón. Era la primera vez que nos reuníamos los tres juntos en el salón donde el sheriff había hecho trizas el jarrón chino de la dinastía Ming. Nora parecía más arreglada que de costumbre, moviéndose por el salón mientras colocaba las copas sobre la mesa, como una anfitriona que busca quedar bien con los invitados. Brody la miraba sin perder detalle, babeando.

-Se te ve muy acicalado para tratarse de un padre que cree que su hija ha desaparecido -arremetió Brody.

-Es como una pesadilla que no acaba jamás. Solo deseo que mi hija vuelva a casa.

-Estás realizando una actividad laboral ilegalmente -dijo el sheriff.

-¿Qué clase de actividad? -pregunté.

-Según mis informaciones trabajas de personal trainer y de masajista. Sobretudo recibes a clientas femeninas.

Nora soltó una leve carcajada.

-Ah, te refieres a eso. En Tinder hay miles de contactos. Algunas se citan

conmigo.

-Las mujeres que vienen a esta casa no son escogidas al azar. Son damas de cierta fama y de muy buen ver.

-Uno que es guapo –dije con chulería madrileña.

-Debe ser la carga genética. Cosa del ADN y el cromosoma XY –apuntó la escritora con cierto tonillo.

El sheriff arqueó las cejas asombrado.

Mi imagen estaba sucia. Había acusaciones y pruebas que me incriminaban. Tenía que demostrar que era buen ciudadano. Saqué mi móvil y le mostré las imágenes grabadas en la casona del rancho.

-Bueno, tenemos que hablar de algunas de cosas –dijo Brody que se había acomodado como si fuera a quedarse a cenar-. Aclarar un par de cuestiones, contarte las últimas novedades.

Tenía la sensación de que iba a ser sometido al tercer grado. Aunque resultaría algo descafeinado. Era evidente que Brody trataba de irritarme para ver si cantaba La traviata.

-¿Creéis que podría haberse fugado? –interrogué esperanzado-. Las jóvenes suelen hacerlo.

-Estamos convencidos de que fue así –dijo Nora al tiempo que el sheriff hacía una especie de gesto de afirmación.

-Tengo entendido que la familia de tu esposa era muy rica –dijo Brody.

Ambos nos sonreímos mutuamente, como si aquello fuera una pantomima con las cartas marcadas de antemano. Luego, asentí con un leve movimiento de cabeza.

-O sea, que llevabas una vida acomodada.

-Sí, estupenda, era genial.

Intenté que el comentario sonara burlón, pero no parecían dispuestos a seguirme la corriente.

Nora y Brody charlaban, comían y bebían como si tal cosa, a la espera de pillarme en alguna contradicción.

-¿Qué se está haciendo para encontrar a mi hija? -pregunté-. ¿Qué se ha conseguido hasta ahora?

Mis interlocutores intercambiaron una mirada significativa, como si tramaran algo.

-Lo cual me lleva al tema del que quería hablar: mi hija no aparece por ningún lado –dije con voz enérgica-. Peor aún, el sábado pasado me di una

vuelta por la casa que tiene Frank en Granada Hills y encontré algunas pruebas.

-Debo confesar que Ana me intrigó un poco desde que oí hablar de ella, así que pedí a uno de mis chicos que le echara un ojo al asunto.

-Estoy preocupado, al parecer mi hija había recibido amenazas por parte de un poderoso empresario. Todo esto me parece excesivo.

Todo lo que acababa de decir lo había hablado extensamente con Nora durante el fin de semana.

El sheriff extrajo una libreta de su cazadora y revisó algunas notas antes de hablar.

-Lady Chantal es española. Se llama Ana Vázquez y nació en Madrid el 23 de agosto de 1994. Tiene visa para trabajar en Estados Unidos -dijo Brody, y desplazando el índice sobre la libreta añadió-: en calidad de modelo y azafata de congresos.

“Azafata de congresos”, pensé, pero preferí no interrumpir al sheriff.

-No ha salido del país todavía, o por lo menos no hay constancia de ello. Tiene una Mastercard Oro a medida; se han hecho algunos cargos en la última semana. No tiene teléfono a su nombre, lo más probable es que use alguno de Frank.

-¿Es todo? -dijo Nora decepcionada.

-Lo que sigue es más preocupante. Entró al país hace once meses, no obstante, a efectos prácticos es como si un agujero negro se la hubiera tragado por lo menos hasta julio, cuando comienzan los viajes en compañía de Frank y los consumos con su tarjeta de crédito. Antes de eso no hay registro de sus idas y venidas o de plano de su existencia, excepto la fecha de entrada.

-¿Eso qué significa? -preguntó Nora.

-Significa que vivía bajo la protección de algún pez gordo.

-Me cuesta trabajo creer que no quiera escapar -dijo Nora-. Una chica guapa, como Ana, puede ganar mucho dinero.

-A ver, si esto va a meter a la mafia en el asunto, deberíamos revisar a fondo cómo lo hacemos -terció Brody.

-Simplemente se trata de localizar a Ana para asegurarse de que la muchacha está bien. Eso no debería ser tan difícil ni tan arriesgado -argumentó ella.

-Seguramente Henry Logan la retiró del trabajo de escort -dijo Brody tratando de analizar hasta qué punto la muchacha podía encontrarse en apuros-. El hecho de que ella continuara recibiendo amenazas o se encontrara en

peligro bajo la protección de Henry, significa que el cineasta se quedó con Ana por la fuerza. Quizá Frank todavía se cree con derechos sobre ella.

-Eso lo explica todo –dije-. Por la fuerza de la extorsión y el chantaje.

Hablaba como si estuviera cabreado y eso me gustó. Había empezado con una invención, la incursión en la casa, y la había convertido en una conmovedora aclaración de los hechos.

-Gracias a su red de clientes adinerados y poderosos, está bien protegida y, seguramente guarda algún secreto comprometedor -dijo Brody con una sonrisa.

-Estoy totalmente convencida. Primero encontremos a la muchacha –intervino Nora ligeramente incómoda-. Admitiendo que Ana está escondida y no ha caído en las garras de alguna red de trata de blancas.

-De acuerdo -dijo el sheriff-, la cuestión es encontrarla sin llamar mucho la atención. Pero deberías ser capaz de adivinar lo que ha pasado. Está en una ciudad que apenas conoce. Durante una temporada gana bastante dinero. Puede que más de lo que ha ganado en su vida. Conoce a gente de una clase que no había conocido nunca. Y es una ciudad que no se parece en nada a Madrid. Ha roto con su vida anterior y no quiere que su familia se entere.

-Siempre la consentí, la mimé. ¿Cómo no iba a hacerlo? Con esa carita. Ana no tiene que demostrarme su amor -dije echando un trago de vino-. Sé que me quiere.

-Admiro tu amor incondicional. En serio –dijo Nora-. Esta mañana estaba curioseando las cosas de la mesa, cuando he encontrado en tu ordenador la propuesta de un libro de memorias sobre un masajista de Madrid que viene a Los Ángeles para buscar a su hija desaparecida. Guardas todo tipo de cosas raras en tu ordenador y la curiosidad me ha podido. Necesitaba saber de qué pasta está hecho mi inquilino. Tu historial me reveló los más recientes: películas porno, la página web de la editorial de tu esposa y un ensayo sobre la posibilidad de llegar a ser estrella en Hollywood.

Tenía el cerebro tan invadido con pensamientos de mi hija que mi cabeza resonaba como un campanario: “Ana, Ana, Ana”.

-Solo deseo que piense tanto en mí como yo en ella.

Brody se llevó la copa de vino hasta la boca, dio un trago y se lamió los labios.

-Según parece, Ana grababa en vídeo las prácticas sexuales de sus padres.

-¿Lo sabe la policía?

-Sí.

-¿Lo sabías tú?

-No hasta que el jefe de estudios me mostró un vídeo.

Nora tardó exactamente dos segundos en pensar.

-Entonces apuesto a que la teoría es que tu hija quería dejar el nido familiar. Estaba enamorada y asustada. Quería volar por su cuenta, sin dejar rastro por temor a que descubrieran sus videos y su nuevo amor.

-Eres muy buena.

-Para Ana el amor era como una droga dura. *The sky's the limit*. Para ella no había término medio.

-Necesito que seas sincero conmigo, es la única manera de que esto pueda funcionar. Así que cuéntamelo todo sobre tu matrimonio. De ese modo podré avanzar con la trama. Pero si me llevo alguna sorpresa, me enfadaré y te echaré de casa.

Me miraban a los ojos para juzgar si estaba diciendo toda la verdad.

-Tendrás que dejar de merodear por las casas –dijo. Empecé a replicar algo y el sheriff me interrumpió alzando la palma de la mano-. De inmediato. No puedes andar por ahí de picos pardos teniendo a tu hija desaparecida. Sabes que estoy de tu parte, ¿verdad, Alex?

-Claro.

-La personalidad desconcertante y enigmática de tu hija se había granjeado las simpatías de Hollywood –afirmó Nora

-El cerebro de Ana rompe todos los moldes habidos y por haber. Ser hija única acarrea una serie de problemas añadidos. Eso la llevaba a querer ser perfecta y también dueña de todo.

-Has creado un monstruo.

-La historia que cuentan de ti no es nada bonita, Alex –dijo Brody, pasándose una mano por la cabeza-. Sin permiso de residencia: estancia ilegal. Trabajo sumergido: masajes a mujeres. Allanamiento de morada. Traslados de dinero a su cuenta corriente de dudosa procedencia: blanqueo de dinero.

-Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por recuperar a mi hija. Nada ni nadie me detendrá hasta encontrarla.

-Ahora mismo aún podemos ayudarte, Alex -dijo el sheriff-. Después de que te hayamos arrestado ya no podremos.

Alguien se había propuesto quitarme de la circulación y verme entre rejas.

Agarré la copa y me arrellané en la silla, echando un trago de vino. El sheriff me observaba en silencio. Legué a sentir miedo. Permanecí con el rostro serio.

-¿Has estado recientemente en casa de Gordon? -me preguntó Brody-. ¿El doce de enero, por ejemplo?

-No.

Brody tragó saliva e intentó sonreír.

-Ya. ¿Dispones de una coartada para ayer por la noche?

Nora se inclinó sobre el respaldo de la silla y observaba como una gata al acecho. Ninguno de los dos se atrevió a hablar de lo que en verdad pasaba por sus cabezas. A Nora le habría gustado decir que el masajista y ella se habían convertido en una pareja profesional y construido una confianza mutua, que se tenían cariño y nada más.

-Vamos, no puede estar hablando en serio -dije.

-Es una putada que, además de tener que lidiar con la desaparición de tu hija, tengas que escuchar toda esta sarta de acusaciones.

En ese momento, Nora acababa de dejar sobre la mesa una bandeja llena de pasteles. Brody cogió uno y después otro. Su apetito era insaciable. Luego se levantó y dijo:

-Estaba todo delicioso, Nora.

La dueña de la casa acompañó al sheriff hasta la puerta. Yo les seguí a cierta distancia como si tratara de averiguar lo que había entre ellos.

Se abrazaron al despedirse. Yo hice un gesto con la mano antes de que el sheriff desapareciera en la oscuridad de la noche.

-El retrato que ha pintado de ti sigue sin ser nada halagador –dijo Nora pasando un brazo por mi cintura, caminando hacia el sofá.

-Menudo repaso me habéis dado. Parecías disfrutar con ello.

-Eres una caja de sorpresas, y una gran fuente de inspiración –dijo mientras apretaba su cuerpo contra el mío.

La tormenta perfecta

Había estado tomando una copa en Harry's. Había ido allí con la intención de ver a Mirna Logan, pero no la encontré. Cuando regresaba a casa, mi teléfono empezó a sonar. Detuve el coche junto a la acera y apagué el motor antes de contestar.

-Alex, al habla.

-Hola, señor Vázquez –dijo una voz femenina-. Por favor, venga a mi casa esta noche. Estoy sola y todo está a oscuras. El retumbar de los truenos y los destellos de luz de los relámpagos me tienen aterrorizada.

-En este preciso momento estaba pensando en usted.

-Debemos estar conectados telepáticamente –dijo con voz suave.

-En media hora estoy allí –afirmé muy convencido.

-De acuerdo –dijo y colgó.

Volví a poner el motor en marcha y antes de soltar el embrague, eché un vistazo al reloj. Era casi medianoche. La lluvia desbordaba las alcantarillas y salpicaba a los peatones al caer sobre la calzada. Mientras esperaba en un semáforo en rojo, pensé que la tormenta era la excusa perfecta para ir a su casa. El Chevrolet avanzaba por las calles mojadas, y el limpiaparabrisas apenas daba abasto para mantener un mínimo nivel de visibilidad en la conducción. Di dos vueltas a la rotonda antes de enfilear la carretera de circunvalación.

Los camiones pasaban rugiendo y lanzando oleadas de agua sucia pulverizada. Me dirigí hacia el norte cruzando el río, llegué hasta Pasadena, la atravesé, y casi de inmediato me encontré en una sinuosa carretera flanqueada por árboles. La lluvia incansable era una cortina densa delante de los faros.

Un rayo iluminó el cielo lo suficiente como para que viera que había llegado al valle. Mansiones edificadas a considerable distancia de la carretera general. Aparqué el coche frente a la casa, cogí la linterna y eché a andar hacia la puerta principal.

El resplandor de los relámpagos dibujaba sombras fantasmagóricas a mi alrededor. Nadie salió a recibirme. Encendí mi linterna y la enfoqué hacia el enorme edificio. Era la casa más grande y rara que había visto nunca. Un complejo de tres pisos, con tejado abuhardillado y tropecientos ventanas dobles. La entrada tenía dos columnas de mármol a cada lado, una escalera de

caracol exterior con barandilla de mármol, coronada por un torreón desde donde debía de verse el lago en toda su extensión. La residencia había sido construida siguiendo la disposición del Feng shui, y los materiales utilizados fueron traídos de diferentes partes del mundo.

Subí los escalones de piedra y al levantar la aldaba de bronce, noté que la puerta estaba abierta. El vestíbulo era más grande que una piscina olímpica. Mi linterna enfocaba el suelo de mosaico, las ventanas con vidrieras de colores. Después del vestíbulo atravesé una puerta corredera para llegar a una habitación en penumbra que bien podría servir como salón para bodas y banquetes. Otro rayo iluminó la habitación, seguido de un trueno que hizo temblar la casa. La señora Logan estaba sentada allí, en silencio, esperando.

Al verme, inmediatamente se levantó y vino hacia mí, mientras yo iluminaba sus pasos con la linterna.

-Gracias por venir, Alex –dijo-. No sabía a quién acudir. El ama de llaves no ha podido venir y el chófer parece que se ha ido con mi marido.

-No tema señora Logan, muy pronto todo volverá a la normalidad –dije tratando de sosegarla.

Mirna, de pie en el centro del cuarto de estar, hizo una mueca recordando lo que me había ocurrido la noche de marras.

-Tengo entendido que no vive usted en una casa muy segura..., para ser una persona tan temeraria, ¿no le parece?

-No hay sitios seguros.

-¿Qué le pasó aquella noche? ¿Quién le visitó?

-Carducho el guapo.

-¿Salió lastimado?

-Algo magullado. Pero Carducho salió peor parado. Cayó en una trampa. Tres policías se lo llevaron por la fuerza, con muy malos modos.

-Venga, acompáñeme, por favor –dijo saliendo de la habitación.

Caminamos por un largo pasillo, subimos una escalera de caracol y después de atravesar otro pasillo, fuimos a dar con la galería acristalada que conectaba con el pabellón de invitados. Ya habíamos recorrido aquel camino antes. Me encontré de nuevo en la suite cálida y acogedora, con grandes ventanales, con un jardín oscuro y árboles misteriosos en el exterior, que tenía una pequeña barra de caoba en el rincón. La habitación estaba llena de velas encendidas.

-Siempre supe que volverías -dijo suavemente-. Aunque pasaran años.

La miré detenidamente. Uno de los dos no estaba en sus cabales.

-Cierra la puerta -dijo con la misma voz acariciante-. No puedes imaginar cuánto he deseado este momento.

Me volví y cerré la puerta. Parecía una buena idea en aquel momento.

-¿Qué quiere beber? -preguntó.

-Cualquier cosa está bien –dije encogiéndome de hombros.

-He pensado en champán –dijo-. Hace años que lo reservo. Dos botellas. Veuve Clicquot. Una excelente cosecha.

-¿Reservado para qué? -pregunté.

-Para usted.

-¿Reservado para mí? No lo creo. Sólo hace tres meses que nos conocemos.

-Lo había reservado para una gran ocasión.

-Si quiere lo pongo a enfriar. Ya conozco el camino –dije sonriendo sin dejar de mirarla.

-Estupendo.

Fui hacia la barra y cuando ya tenía preparada la cubitera con hielo, Mirna sacó una botella de champán y la introdujo en la cubitera. Yo cogí dos copas y las coloqué sobre la barra. Sus ojos brillaban de una manera especial.

-Esto es algo nuevo -dijo despacio-. Algo completamente nuevo.

-¿En qué sentido?

-Nunca me ha dado un masaje. Ni ha intentado ligar, ni observaciones sugerentes, ni manoseos, ni nada. Creí que era usted un latin lover.

-Las apariencias engañan.

-Ahora está aquí y supongo que sin preámbulos, después de que hayamos cogido una considerable borrachera de champán, intentará llevarme a la cama. ¿Es eso cierto?

-Precisamente estaba pensando en eso –dije-. Nuestros cerebros están predispuestos de forma natural a conectarse.

-Me siento halagada, pero supongamos que no quiero que suceda así. Me gusta. Me gusta usted mucho. Pero eso no significa que me quiera acostar con usted. ¿No va demasiado deprisa..., por el simple hecho de que estoy asustada y sola?

-Puede que me haya equivocado –afirmé.

-No era mi intención ofenderle.

-Quizá prefiera guardar el champán para otra ocasión más ilusionante.

-Sólo son dos botellas –dijo-. Una ocasión verdaderamente ilusionante

requeriría una docena.

-¡Ya entiendo! –exclamé algo desconcertado-. Sólo soy uno más en su larga lista de amantes. Esto sí que tiene gracia. Si piensa que una botella de champán hará de mí un hombre objeto, le aseguro que está muy equivocada.

-Ya he reconocido mi error.

-El mundo no se va acabar porque no quiera acostarse conmigo. Pero, podemos tomar una copa o dos sin tener que discutir sobre quién seduce a quién, ni dónde, ni cómo.

-No hace falta que se ponga así –susurró con su voz envolvente.

Luego se me acercó y me tocó suavemente las mejillas con la punta de los dedos.

-Lo siento. Soy una mujer cansada e insatisfecha. Pórtese bien conmigo.

-No menos cansada ni insatisfecha que muchas mujeres casadas. Solo es una señora libertina que lo tiene todo y no sabe lo que quiere.

Mientras descorchaba la botella y llenaba dos copas de champán por la mitad, ella desapareció entre las cortinas del vestidor. Silbaba el frío a través de las ventanas; y la lluvia, azotando las vidrieras, producía un ruido sordo.

Al cabo de poco tiempo, me habló desde detrás.

-¿Pensaba que me había ido y le había dejado solo? –dijo jocosa.

Se había soltado el pelo y estaba envuelta en un kimono de seda roja. Se acercó a mí, despacio, con una sonrisa inesperadamente tímida. Le tendí una copa. La cogió, bebió un par de sorbos y me la devolvió.

-Excelente -dijo.

Luego, vino a mis brazos, unió su boca a la mía y nos besamos. Fue un beso largo y con lengua que me dejó confuso y sin saber qué decir. Después de mucho tiempo apartó la cabeza pero mantuvo los brazos alrededor de mi cuello. Sus ojos se habían vuelto soñadores. Luego se agitó con violencia y gimió. Sentía que mi erección iba en aumento, que una enorme excitación me envolvía. Una mujer así no hace semejante invitación con demasiada frecuencia.

-Desde el día en que le vi, ya pensaba en este momento –dijo-. Pero algo me lo impedía. Tal vez su hija.

-Eso mismo pensé la primera vez que nos vimos en Harry's.

Ladeó la cabeza y sonrió. De pronto el kimono que llevaba se abrió y debajo estaba tan desnuda como Afrodita saliendo del mar pero menos recatada.

-Por eso te he llamado. Quiero sentir tus manos -dijo-. En el cuarto de baño

hay aceite de lavanda y de almendra.

Acto seguido se quitó el kimono y se tumbó en la cama boca abajo.

-Tus deseos son órdenes –murmuré.

Entré en el cuarto de baño de Mirna, eché una meada, me miré en el espejo y me dije: Eres un marido infiel. Luego mientras buscaba el aceite de almendras me fui quitando la ropa hasta quedarme en calzoncillos.

Cuando me vio aparecer de nuevo, susurró:

-Quiero más champán.

Volví a llenar las copas. Ella vació la copa de un trago. Yo hice lo propio.

-Teníamos algo de qué hablar frente a una copa en una noche de lluvia; siempre que usted no estuviera muy ocupado.

-Nunca lo estoy –murmuré mientras me untaba las manos con aceite.

Algo así nunca habría sucedido en otras cien noches, pero aquella fue posible. La conversación, el champán, la tormenta, la casa. Me gustó desde el principio, antes aún de que me dijese que su marido se lo montaba de sumiso con mi hija. Tenía una manera de mirarte muy peculiar, cálida e intensa, como si fueras el único gallo del corral.

Sus muslos irradiaban un calor estimulante que subía a su entrepierna como el cosquilleo de una caricia. Un ramalazo de deseo me estremeció y provocó que se despatarrara, completamente relajada. Sin pensarlo, continué masajeando de su cuerpo abrazándola por detrás; mi verga se acomodó en la profunda hendidura de sus nalgas y creció con voluntad propia. Al sentirla, su trasero se frotó contra mi vientre e introduje mi aparato. Empujé con suavidad, sorprendido por la humedad de su vulva; su respiración se aceleraba por segundos.

Me pregunté si su complacencia se debía a la costumbre del pasado o con la pasión de las últimas noches. ¿Soñaba que estaba con algún amante, o era una entrega íntima y personal? Interrumpí mis divagaciones cuando el resto de mi cuerpo decidió hacerse cómplice del pene y me concentré en embestidas cada vez más rápidas y vigorosas. Fue arrollada entre las sábanas, agasajada por mis manos y lengua hasta el paroxismo. Era una sensualidad cortante y ardiente como el fuego que transforma el alma en un ascua, quemando las vergüenzas más secretas y más antiguas, en los lugares más profundos. La bestia salvaje que llevaba dentro la penetraba una y otra vez, consumiéndola, y cuando el fuego sensual se aferraba a sus entrañas creyó morir realmente de placer.

Hicimos el amor una y otra vez. Y entre polvo y polvo dábamos lentos

sorbos a nuestras copas de champán. Era una hembra insaciable. Ahora comprendo que su marido prefiera que mi hija le zurre la badana. Este ritmo sexual no hay quien lo aguante.

De pronto una puerta se abrió y Henry Logan apareció empuñando un Magnum 44. Su fría mirada y su sonrisa cínica me recordaron a Clint Eastwood en Harry el sucio. Había estado en el cuarto oculto tras el espejo.

Mirna saltó de la cama, se arrebujó en su kimono y salió apresuradamente de la habitación.

-No he pedido venir aquí. Se me ha llamado –dije tratando de mantener la calma, aunque he de reconocer que estaba bastante acojonado.

Henry estaba de pie y era realmente grande. Además de rico y poderoso. Se acercó hasta la cama y se detuvo delante de mí. Cuando me crucé con su mirada, sentí el revólver en mi sien.

-Una llamada telefónica, señor Vázquez, le expulsaría del país. No intente tomarme el pelo. No lo permitiría.

-Dos llamadas telefónicas y desaparecería del mapa.

Mostró una sonrisa más bien cínica.

-No es ésa mi manera de actuar. Creía que los masajistas, de tanto tocar nalgas, se vuelven maricones. Pero estaba equivocado. Es usted un auténtico semental. ¡Qué destreza! ¡Qué manera de follar a esposa! Como si no hubiera un mañana. Ahora puedo aceptar que usted es el padre de Lady Chantal. De tal palo, tal astilla.

-Me voy -dije, poniéndome en pie.

-Siéntese y póngase cómodo. Tenemos toda la noche por delante –dijo con un brillo extraño en la mirada-. No le caigo bien, ¿verdad, Alex?

-Esa pregunta está fuera de lugar.

-¿Sabe una cosa? Es usted un implacable hijo de puta. Haría cualquier cosa por encontrar a su hija. Incluso hacerle el amor a mi esposa aun a sabiendas que podía estar mirando tras el espejo.

Me encogí de hombros sin saber qué decir.

-Creo que es usted una persona franca y directa. Pero no se esfuerce por ser un héroe, muchacho. No es rentable.

-Si soy así, ¿qué puedo hacer?

-Todos tenemos un precio –dijo-. Su estancia en Los ángeles va a resultar muy cara. Ni siquiera cien mil dólares y mi mujer bastan para satisfacerlo. Puedo llegar has doscientos mil.

-Me marcho -dije.

-Quédese, muchacho. Cuando esté suficientemente borracho le hablaré de todos los amantes de mi mujer que he asesinado.

-De acuerdo, Henry. Me quedaré un poco más.

-¿Por qué no coge el dinero y se larga a una apacible playa del Mediterráneo? Deje de preocuparse tanto por su hija. Ni siquiera le he tocado un solo pelo. Es ella la que me zurra con toda su fuerza.

Acto seguido dejó el revólver en la mesilla y, para mi sorpresa, empezó a desabrocharse los pantalones.

-Mire, mire, no le miento –dijo mientras se agachaba y ponía el culo en pompa para mostrarme sus amoratadas posaderas.

-Vaya, vaya –dije cogiendo mi ropa y escurriéndome a lo largo del pasillo-. Ya veo... ya veo. Eso debe doler.

Henry murmuró:

-Muchacho, aguarde, oiga.

Impávido desaparecí en la oscuridad de la escalera de caracol. Me vestí a trompicones y caminé hacia la salida. La puerta de fuera estaba abierta, como antes. Se oyeron disparos que se mezclaban con el sonido de los truenos.

El Chevrolet Malibú estaba esperando en la calle para llevarme a casa de vuelta.

Susana

Había transcurrido la primera quincena de mayo, el cielo era azul brillante, los pájaros trinaban alegres y las colinas se veían exuberantes y verdes.

Esa mañana, había salido con Nora a pasear por la playa. Al acabar los ejercicios de estiramiento y meditación, me miró a los ojos y me dijo:

-No hay día que no irrites a alguien de arriba. La poli te sigue los pasos. Está deseando pillarte in fraganti para echarte el guante.

-¡Joder, Nora! No será para tanto.

-Ándate con ojo –dijo muy seria.

-Sabes que tengo mis motivos. No he jugado limpio en esta partida. Ellos lo saben y yo también. Sólo les voy a dar la oportunidad de darse un poco de bombo.

-Como si necesitaran que alguien se la diera –dijo poniéndose de pie y emprendiendo el camino de regreso.

Cuando llegamos a casa, desayunamos juntos en la cocina. Luego me aseeé, bajé al garaje y antes de ponerme en marcha, Nora me preguntó:

-¿Se puede saber a dónde vas?

-A dar un garbeo por el centro de la ciudad –contesté soltando el embrague.

-Ten cuidado por dónde pisas, Alex, ten mucho cuidado por dónde pisas.

La advertencia de mi casera me había acojonado un poco. La pasma me pisaba los talones. Sentía su aliento en el cogote.

Metí el coche en un parking cercano y me dirigí al departamento de policía de Los Ángeles (LAPD). No tenía nada claro a qué coño iba yo allí. Las acusaciones del Sheriff habían hecho mella en mi conciencia y quería comprobar si mi nombre figuraba en algún escrito comprometedor. Probablemente me estaba poniendo la venda antes de la herida.

Tras cruzar la puerta principal, me dirigí a una ventanilla de información, en la que se sentaba una de esas mujeres de edad indefinida que se ven en todas las oficinas municipales del mundo. Mujeres sin encanto que parece que son de piñón fijo. No necesitan ser simpáticas. Les ingresan la nómina cada mes. Se limitan a realizar su trabajo sin ningún interés. Prefieren una vida tediosa, pero segura. Jamás se arriesgan, ni son ambiciosas, ni sienten la adrenalina correr por sus venas. Iba a preguntar, pero decidí subir las escaleras hasta el primer

piso.

En la pared de enfrente había una puerta con un letrero que decía:

“MORRISON TOMAS, FISCAL DEL DISTRITO”. Me había animado a llamar a la puerta, pero al ver de refilón la jeta del sargento Jackson, frené en seco, di media vuelta y salí por donde había venido. Por un momento tuve la extraña sensación de que me estaba metiendo en la boca del lobo. ¿Necesitaba descargar mi conciencia o debía buscar un abogado?

*

Susana había elegido la segunda quincena de mayo para venir a Los Ángeles. De vez en cuando me enviaba algún que otro mensaje de texto: “¿Estás bien?” o “Estoy deseando verte”. Las transferencias de dinero ni las mentaba. Había abierto una cuenta a mi nombre en las islas Caimán y me había ingresado cincuenta millones de dólares. Sospecho que me está utilizando como cabeza de turco.

Mientras bajaba las escaleras, me sonó el móvil. Eché un vistazo a la pantalla. Era un mensaje de Susana.

“Acabamos de llegar a Los Ángeles. Estamos en el hotel Four Seasons. Te espero, no tardes”.

“Acabamos... Estamos...” Me eché a reír.

Dejé atrás la comisaría de policía y el café con la terraza al aire libre. Al llegar al aparcamiento subí a mi automóvil.

Media hora después estaba frente al Four Seasons. Tras aparcar, eché a andar hacia el hall del hotel. Me acerqué al mostrador de recepción. Una joven con el cabello castaño y los ojos negros, me preguntó:

-¿Puedo ayudarle en algo?

-¿En qué habitación se aloja Susana Beltrán? Por favor.

Tecleó algo en un ordenador y enseguida me contestó:

-Suite 928.

-Muchas gracias.

Tomé el ascensor y en menos que canta un gallo estaba llamando al timbre de la suite. Cuando la puerta se abrió, Susana se llevó el dedo índice a los labios y me susurró:

-Pasa. El niño está durmiendo.

Dejé que la puerta cerrase despacio a mi espalda y avancé hacia ella. Nos fundimos en un largo abrazo. Permanecimos abrazados un buen rato hasta que se oyó un ligero llanto.

Susana había instalado una cámara enfocando al bebé en la cuna. Así podía vigilarlo desde el salón. Fuimos rápidamente al dormitorio. El bebé dormía plácidamente. Lo miré un buen rato. A los niños da gusto verlos dormidos.

Susana me agarró de la mano y salimos del dormitorio.

-Qué alegría volver a verte, Alex.

-Eres la mamá más guapa que jamás he visto –dije mirándola de arriba abajo.

-Te estoy muy agradecida por todo el cariño que me diste cuando más lo necesitaba. Aquellos días que pasamos juntos en Nueva York fueron inolvidables.

-Gracias a ti. Me abriste la puerta de tu casa cuando vine a Estados Unidos. Pero cuéntame cómo te va.

-Este verano quiero dejar Nueva York y emprender una nueva vida en España. Voy a instalarme en Marbella. Y tú entras en mis planes. El niño necesita un padre y yo un compañero de confianza.

-Vaya, eso sí que es una sorpresa.

-¿Qué te parece? ¿Te vendrás conmigo?

-Posiblemente.

-No tienes que acostarte conmigo, ¿sabes? No te voy a obligar a hacerlo.

-¿Cuánto dinero tienes?

-¿En total? ¿Cómo quieres que lo sepa? Unos trescientos millones de dólares.

-Soy tu hombre.

-Mercenario -dijo ella-. Ahora háblame de tu hija.

-Ana se ha convertido en la niña de los ojos de un hombre muy rico y poderoso. Ignoro los detalles o las circunstancias, pero alguien en las alturas le tiene mucho cariño.

-Estoy asombrada. Eso sí que es llegar y besar el santo.

-Hay gente importante muy interesada en Ana. Gente a la que no se le puede decir que no. Son los mismos que mueven los hilos del poder; el puente que asegura el patrimonio de una parte de la élite californiana.

-¿Quieres que encargue algo para comer? –me preguntó.

-De acuerdo. Pide lo que quieras.

Susana descolgó el teléfono y tras hacer el pedido, me dijo:

-No te puedes imaginar lo que se aprende en Wall Street. Los verdaderos

amos del mundo no son los jefes de Estado, ni las grandes fortunas: son los operadores de los grandes fondos de inversión y los brokers que se mueven en la tenue línea gris de la legalidad.

-Siempre he pensado que las grandes fortunas evaden al fisco millones a lo largo de su vida –dije intentando ponerme a su altura-. Hacen inversiones inmobiliarias y necesitan a los profesionales para el blanqueo de su dinero.

-Los que en verdad detentan el poder son los circuitos que manejan miles de millones de dólares en paraísos fiscales por medio de cientos de cuentas e inversiones diseminadas por el mundo.

Me quedé mirándola pasmado. Era más inteligente de lo que pensaba. Había elegido Marbella: un refugio de los capitales internacionales procedentes de las zonas grises.

-Cómo me gustaría manejar esos circuitos financieros en lugar de estar dando masajes. Yo soy prescindible, tú no.

-Esos corredores de bolsa gestionan miles de millones de dólares. Los círculos financieros los necesitan porque ofrecen a los fondos de inversión tasas más altas que las del mercado; especulan con monedas, reinvierten en bonos el dinero lavado. Nadie se resiste a ellos. No tienen caras visibles, aunque si se lo proponen, pueden alterar el rating de un país en el S&P o Moody's. Los ministros de hacienda siguen al pie de la letra sus recomendaciones.

Susana se especializaba en finanzas internacionales y sus aspectos jurídicos. Poseía un instinto natural para encontrar recovecos en los códigos fiscales y explotar al máximo sus debilidades; operaba en ese espacio gris de la contabilidad que bordea lo ilegal. En los últimos años su jefe tenía la costumbre de consultar con ella las operaciones delicadas. En su asesoría no se mencionaban cantidades, nombres de empresas ni de personas. Ella conocía los nombres de los principales operadores financieros de las mafias rusas en Europa, lo cual no es moco de pavo.

-Pero en las películas americanas aparece la CIA, el FBI, la DEA y consiguen atrapar a los malos.

-Ves demasiadas series de televisión. Cierto es que han fortalecido su unidad de investigación de lavado de dinero en los últimos años, con eso de los escándalos en Wall Street. Pero no llegará la sangre al río. Además voy a emprender una nueva aventura en Marbella. Mi expediente está limpio. No soy sospechosa para ser investigada.

-¿Quieres decir que los nuevos ricos y las mafias necesitan de abogados y

financieros con experiencia internacional para lavar su dinero?

-Por ahí van los tiros. Aprendes rápido –dijo, luego agregó-: Esa gente carece de los contactos internacionales o de las habilidades para manejar el trasiego financiero de los flujos millonarios de origen clandestino que llegan a la costa española.

-Entonces tú eres la gestora ideal para mediar entre los nuevos ricos y los operadores de los capitales ilegítimos de varios continentes. Sin embargo, las autoridades luchan permanentemente contra la corrupción y el lavado de dinero en Marbella. Y a veces, cae algún pez gordo.

-Claro, claro. La impunidad absoluta no existe. Es cuestión de aumentar la seguridad en las transferencias y en la colocación de capitales y trabajar con clientes de confianza y con grandes sumas. Ese flujo de capitales hace de Estados Unidos el banco de todo el mundo. Los inversores de todos los países acuden a Wall Street; las autoridades saben que en el momento en que endurezcan la vigilancia, la pasta cambiará de destino.

Susana me sorprendió con el montón de información que había logrado reunir sobre la mafia y el blanqueo de dinero en la Costa del Sol. Yo escuchaba fascinado.

-Conozco a un tipo que pertenece a los consejos de administración de varias industrias y empresas de servicios, todas ellas de gran escala. Es uno de los principales asesores financieros del crimen organizado en el sur de Europa. El grueso de sus negocios los hace con Londres y Nueva York, muchos de ellos vía Gibraltar.

Esbocé una ligera sonrisa; todas las piezas encajaban a la perfección, como una partida de ajedrez que se desenvolvía inexorablemente de acuerdo a lo planeado.

-Un paraíso en la Costa del Sol, pero sin llegar a ser “fiscal”. ¿No es eso?

-Vas cogiendo el hilo –me contestó, para agregar-: La sociedad que promovió Gil y Gil se mantiene intacta. Jeques árabes, ladrones de guante blanco, cárteles, mafias, turismo de la élite mundial en busca del jardín del edén: todo desemboca allí. Hay millones de euros invertidos en activos inmobiliarios, pero hay muchos más que se mueven de manera subterránea. Con la ayuda de mi contacto, es posible organizar flujos financieros procedentes del blanqueo de dinero internacional en España, en proporciones considerables.

-Dejémonos de hipocresías. Estamos rodeados de grandes lavadoras de dinero: Suiza, Panamá, Gibraltar, Montecarlo, las islas Caimán... toleradas por

los países.

-Según dicen, el dinero nunca ha tenido color, ni patria, ni religión.

En ese momento llamaron a la puerta. Un camarero entró empujando un carro, lo dejó en el centro de la sala y se marchó.

Nos servimos directamente de la bandeja y nos sentamos a la mesa. Descorché la botella de vino rosado y llené dos copas por la mitad.

Y sentada a menos de un metro delante de mí estaba la hermosa y elegante Susana, con aquellos enormes ojos grises bajo sus rubios cabellos, los carnosos labios separados lo justo, pechos generosos, piernas largas y esbeltas. Susana, irradiando energía y aroma a jazmín, criando a su hijo, haciendo preguntas con voz suave, del estilo de:

-¿No querrás pasarte el resto de tu vida tocando culos?

-Con el tuyo me basta y sobra. Es precioso.

-Me avergüenzo profundamente de haberme visto involucrada con un hombre casado. Va en contra de todos mis valores. Creía sinceramente estar enamorada de Gregorio Smith –confesó arrepentida.

-Me siento huérfano. Mi hija no quiere verme. Mi esposa y mis suegros están en mi contra.

-¿No crees que sería maravilloso olvidar a tu esposa, olvidar esos tediosos años de casado, y seguir con tu vida? Tienes esa oportunidad, ¿sabes? La oportunidad de volver a comenzar completamente de nuevo con la mujer adecuada. Sería un error desperdiciarla.

Susana y yo encajamos bien juntos. Me ayuda a poner los pies en la tierra.

-Quizá tengas razón. Necesito empezar de nuevo.

-Solo quiero que seas feliz, Alex. Nos complementamos mutuamente de la manera más limpia y agradable posible. Divórciate e intentemos ser felices. Después de todo lo que has pasado, mereces ser feliz.

Susana comenzó a compartir conmigo información y apreciaciones sobre sus planes de futuro. La atmósfera de confianza y complicidad que se fue tejiendo entre ambos creció en ella hasta convertirse en una suerte de intimidad amorosa, pese a la ausencia de contacto físico.

Gregorio era su consejero cercano y su operador financiero. Susana no representaba ningún riesgo para Gregorio, pese a la información que tenía acerca de sus actividades. La complicidad de su asesora financiera era lo que les aseguraba mantener su riqueza.

Susana alzó su copa y brindamos mirándonos a los ojos.

Una vida por delante

Esta mañana me desperté pensando en el amigo hacker de mi casera. Necesitaba saber qué había averiguado acerca de mi hija. Tras darme una ducha rápida y vestirme, bajé las escaleras y entré en el despacho de Nora. Luego encendí el ordenador y me puse a leer los últimos capítulos del libro.

Nora entró en el despacho con pantalones cortos de franela y una camiseta de los Beach Bois que tenía desde la universidad, con una taza de café humeante en la mano.

-La poli te pisa los talones -dijo.

-Gilipollas de mierda.

Ahora era un ciudadano ilegal, mentiroso, merodeador.

-¿Alex? -dijo Nora en voz alta-. Esto es grave.

-Nora, no importa lo que piense la poli -dije yo-. Lo que importa ahora mismo es qué piensa mi hija. Si estoy consiguiendo acercarme a ella.

-Alex, ¿de verdad crees que puede pasar así de rápido de amar a su familia a olvidarse por completo de ella?

-Sí que lo creo. Pensaba que conocía a mi hija y estoy descubriendo a una Ana mucho más madura de lo que jamás pude imaginar. Si pudiera encontrarme con ella, le rogaría que regresara a casa. Eso quizá pueda abrindarla. ¿No crees?

-Creo que no es mala idea -dijo en tono conciliador.

Entonces saqué mi móvil, busqué en los contactos y pulsé el número de Roy.

-¿Cómo llevas la investigación? -pregunté sin preámbulos-. ¿Y el hackeo de sus cuentas y correos?

-Tiene tecnología punta, pero estoy a punto de penetrarlo -respondió Roy.

Roy era uno de los mejores hackers del país. Además de utilizar candados, seguía un método para borrar sus huellas y alguna de las cuentas de correo alternas que usaba para recibir mensajes. En alguna ocasión había accedido al círculo interno de Anonymous, la temible organización internacional de hackers y activistas cibernéticos. Aunque no era un miembro activo, había colaborado con ellos en diversas operaciones en el pasado. La información que Roy había acumulado era cuantiosa, aun cuando mucha de ella resultaba inútil. Sin embargo, pudo darse cuenta de que los recorridos más frecuentes

que mi hija hacía giraban en torno a Hollywood, Beverly Hills y Pasadena.

-¡Ya la tengo! –gritó eufórico.

-¿Qué?

-Lo que has oído. He hackeado el móvil de tu hija. La tengo localizada. Se mueve aprisa por Melrose avenida. Parece que va en coche.

-Nora, nos vamos de excursión. Roy ha encontrado a mi hija.

-Vete sacando el coche mientras me cambio de ropa –dijo Nora.

Al poco rato, Nora subió al asiento del copiloto y nos incorporamos a la autopista del Pacífico. Mientras yo conducía Nora me indicaba la ruta que Roy le transmitía por teléfono.

-Ha girado en La Ciénaga y se dirige al Strip –dijo Nora.

Salí de la autopista, tomé el desvío y continué por Sunset Bulevar.

-Se ha detenido frente al hotel Beverly Hills –gritó Nora-. Ahora se mueve despacio, como si se hubiera bajado del coche.

Al llegar al hotel, aparcamos y nos dirigimos hacia la puerta principal. Estábamos seguros de que encontrarla dentro.

-Déjame manejar esto a mi manera –me advirtió la escritora-. Mantente alejado, Alex.

-De acuerdo –dije mientras me sentaba en un sillón del vestíbulo.

Nora se encaminó hacia el bar. Desde la puerta me envió un mensaje indicándome que Ana estaba sentada en una mesa del rincón hablando con una mujer. Me levanté y me acerqué disimuladamente hasta una esquina desde donde podía ver a mi hija. Llevaba el cabello rubio recogido en la nuca. Iba vestida con un traje beige claro y una camisa blanca. En ese momento ladeó la cabeza y paseó una indiferente mirada a su alrededor.

Yo permanecí oculto durante algún tiempo, observando sus movimientos. Estaba pensando en mis propias preguntas: ¿Qué estás haciendo, Ana? ¿Qué es lo que sientes? ¿Quién es lo que quieres?

Nora se sentó en la mesa de al lado. Un camarero se acercó y a los dos minutos le sirvió un té. Mi casera tecleaba la pantalla de su móvil al tiempo que escuchaba y la miraba de reojo. Un pitido del móvil me alertó. Era un mensaje de Nora. Me decía que había dejado un trozo de papel encima de la mesa de mi hija. Y había escrito: “Tu padre está aquí”.

Al poco rato la señora que estaba hablando con ella se levantó cogió sus bolso y abandonó el salón. Nora me hizo un gesto con la mano. Atravesé la sala y fui hacia la mesa del rincón. Cuando me encontraba a metro y medio de

mi hija, dos tipos enormes vestidos de negro me cortaron el paso.

-Dejarle pasar –dijo Ana en tono suave-. Podéis retiraros.

Cuando los dos tipos grandotes se apartaron y se fueron a la barra del bar, yo pude dar un par de besos a mi hija.

-No hace falta que te pregunte. Ya veo que te va bien. ¿Pero esto te hace feliz?

-Perdóname: soy una chica mala y depravada. Necesito un castigo, me merezco ser azotada, pero ahora los castigos y los azotes los imparto yo.

-Muy bien remunerados, por cierto.

-Te quiero, pero ya no soy tu Anita, compréndelo. No pertenezco a nadie. Soy un espíritu libre.

-Ana, te quiero. Eres lo mejor que he hecho en mi vida. Por favor, vuelve a casa, cielo.

-Papá, hice algo terrible, algo imperdonable. De nada sirven las excusas. Me siento defraudada conmigo misma. Nunca había pensado que acabaría siendo una dominatrix.

-Es inexcusable, imperdonable. Solo deseo que vuelvas a casa.

Y allí estaba Ana, con aquella expresión en el rostro. Decidida. Como si se hubiera estado mentalizando para esto durante mucho tiempo. Estaba encantadora. Tenía miedo de ella.

-Sé que es difícil explicarlo todo -dije-, pero de todos modos me gustaría oírte decir algo más explícito.

La miré fijamente. Recordé días chapoteando en la piscina, cenas familiares en casa, donde su mamá sonreía feliz. Me pregunta débilmente por su madre.

Me parecía que en el último año Ana se había transformado en otra persona. Iba de alguna historia del colegio a una anécdota de la casa de Frank como si ninguna de ellas le perteneciera. Cuando hacía alusión a la trama de algún papel que había representado, tenía la sensación de que había más de ella en ese personaje que en los años transcurridos en Madrid.

-No te preocupes, papá. Cuando tenga el suficiente dinero escribiré un libro y me dedicaré a lo que realmente me gusta: ser actriz de cine.

-El libro podría escribirlo Nora. Es una escritora de éxito. Seguro que se convierte en best seller.

-Me tienes a tu entera disposición –asintió Nora.

-Puedes abandonar esta vida oscura. Nosotros te ayudaremos.

-No es tan fácil. Necesito algo más de tiempo –dijo bajando la mirada y el

tono de voz.

-De acuerdo. Todo se arreglará, cielo –dije en voz baja-. Es hora de que paguen por sus errores.

-Esto ya se acabó, Ana, hay fuerzas que te favorecen: aprovéchalas y deshazte de una vez y para siempre de cualquier cosa que tengan en contra tuya –dijo Nora.

-Los secuestros y rescates eran una cortina de humo para tapar otras fechorías: raptar chicas jóvenes e introducir las en sus redes de prostitución. Tengo copias de vídeo comprometedoras y mucha información para ser intocable. Un arsenal de argumentos para guardarme las espaldas. Cualquier equivocación llevaría a la publicación de esos materiales.

Ana recordó que Frank se había abierto camino en el mundo de la pornografía dura filmando y distribuyendo vídeos clandestinos de zoofilia, pederastia y sadomasoquismo. Lo había abandonado después de una investigación oficial en contra de las películas que contienen muertes reales, pero su habilidad para manipular archivos de vídeo seguía intacta.

-Hay algo que no te puedo decir. No quiero ponerte en peligro; cuanto menos sepas, mejor para ti –dijo poniéndose de pie.

Hizo una seña a sus guardaespaldas y dijo:

-Me tengo que ir. Tengo una cita.

Me lanzó una mirada muy intensa y caminó hacia la puerta, insolente como su abuela materna. En el umbral se volvió para mirarme con sus grandes ojos negros.

¿Quién sería yo sin ti?

Nora y yo abandonamos el hotel, subimos al coche y regresamos a casa. Durante el trayecto apenas hablamos. Mi mente intentaba asimilar todo lo que había pasado. Recordé la extraña sensación que experimenté al verla. No me sentía aliviado, ni feliz después de haber estado con mi propia hija.

Hacía mucho que había abandonado la idea de regresar a Madrid. Esa vida se había acabado; para conocidos y amigos siempre sería la calentorra a la que se follaron varios estudiantes. Soñaba con ser una estrella y a eso iba a dedicar su tiempo. Con tristeza se dio cuenta de que tampoco la extrañaría nadie. Para su familia había dejado de existir tiempo atrás, para Frank Gordon, ella era un pasado embarazoso, y para el resto de los que la conocieron nunca fue más que una chica que hacía porno o una exhibicionista. Mi hija había desaparecido hacía mucho, y todos se las arreglarían perfectamente sin Lady Chantal. Más aún, ella misma se las arreglaría perfectamente sin necesidad de Ana. Ella y el resto del mundo.

Al llegar a casa, metí el coche en el garaje y entramos en el salón. Me fui directo al mueble bar y abrí sus dos pequeñas puertas batientes, agarré una botella de whisky y serví en dos vasos unas medidas generosas de bourbon. Luego me dirigí a la cocina y llené hasta arriba los dos vasos de cubitos de hielo y agua mineral sin gas.

Con los dos vasos en la mano, volví al salón.

-Has tenido una idea excelente –dijo Nora extendiendo la mano para coger el vaso-. Lo estaba necesitando –añadió tras dar un buen trago.

-Si levanta la fiebre, sería una situación tremenda. Mi hija saldría hasta en los telediarios de la China.

ANA VÁZQUEZ APARECE EN LOS ÁNGELES

ANA VÁZQUEZ: LA DOMINATRIX MÁS SOLICITADA DEL CONDADO

-Ayer hablé con el sheriff Brody –comentó la escritora-. Y me dijo estas palabras: “Es mayor de edad. No podemos retenerla ni entregársela. Tiene todos los papeles en regla. Es libre. Puede hacer lo que quiera. Tiene una cuenta corriente muy saneada”.

-Ana cuando entró en Estados Unidos era menor de edad. Eso es cierto. No sé qué artimaña utilizaron para que no lo detectara la policía.

-De todas formas tu hija no aparentaba diecisiete años. Es toda una mujer.

Una hembra con un físico bien desarrollado para su edad. No es de extrañar que ese pequeño detalle pasara inadvertido a la policía.

-Mi hija había sido una libidinosa insaciable antes. ¿En qué se convertiría ahora?

-Fuisteis tú y su madre, quienes creasteis ese cuerpo tan perfecto y lo dejasteis suelto en el mundo. Qué elegancia la de Ana, qué estilazo. Una joven dama para una película de cine negro –dijo la escritora dando otro trago.

*

Al día siguiente, recogí a Nora y nos reunimos con Ana en el Starbucks de la avenida Montana. La escritora se las ingenió para persuadir a Ana de que acudiera a aquella cita. Cuando llegamos ya estaba allí, sentada a una mesa de la terraza. Esbozó una ligera sonrisa sin moverse de la silla.

Al verla sentí la llamada de la sangre, justo en el centro de mi ser. Ana me conocía mejor que nadie y si alguien sabía que yo no era perfecto, era ella.

-¿Dónde están tus gorilas? –pregunté mientras nos sentábamos a su mesa.

-Los he despistado y me los he quitado de encima, pero no creo que tarden mucho en dar conmigo.

-Regresarás a casa. Porque esta vida que llevas no te conviene, Ana.

-No puedo retornar a casa, papá. Estás loco, literalmente loco, si piensas que voy a volver –me respondió sin apenas despegar los labios.

-Has viajado a América para crear una nueva historia que te permitiese olvidar y ser amada por todos sin tener que asumir las responsabilidades de lo que hiciste. ¿No entiendes la ironía, Ana?

-No puedo volver. Y no lo haré. Debo olvidar todo eso, si quiero seguir adelante. Y seguiré adelante. Mis sumisos me necesitan. Soy su ama en su acto de contrición. Es lo mejor para todos en estos momentos.

-Piensa en mamá –la supliqué, pero ella hacía oídos sordos.

-El momento más sublime de un hombre es cuando cae de rodillas y confiesa sus pecados –dijo como si recitara a Oscar Wilde.

El secuestro había sido mentira. Para mí aquello fue lo más desolador. La idea de que mi hija fuera una mentirosa resultaba desagradable, repulsiva. La desaparición había sido mentira... durante el último año, mi hija había sido en gran medida una mentira.

-Eres mi guía. Déjame ayudarte –susurré.

Ana respiró hondo y todo su cuerpo se estremeció. Se cree que está cumpliendo una misión, Está convencida de que cumple una misión. Se cree un

ángel piadoso que viene a redimirles. Yo quería oír su versión.

-No es nada fácil –dijo en voz baja-. Regresar a España y conceder entrevistas a los medios de comunicación. Contar mi vida en Hollywood. Contar la vida íntima de gente importante. Contar que gente importante se ponen a cuatro patas para que les trate como animales. ¿Para que todo el mundo se entere de mis intimidades y perversiones? Qué pensaría mamá, los yayos, los amigos, compañeros... y de poner un pie en tu pueblo ni hablamos.

Se había convertido en una mujer implacable, enérgica e independiente. Era una mujer de armas tomar. Una bella amazona surcando los bulevares de Los Ángeles.

-Voy a quedar como el papá malo que abandona a su hija.

Los ojos de Ana permanecían clavados en los míos, sin parpadear.

Ana era enigmática y peligrosa y sin embargo la idea de vivir sin ella me hacía doler el pecho como si me clavaran un puñal. ¿Quién sería yo en un mundo sin Ana?

En ese momento, un todoterreno negro frenó en seco, y los mismos hombres de negro que ayer me cortaron el paso, saltaron del coche y en cuatro zancadas se colocaron uno a cada lado de Ana.

-No temáis, no son peligrosos –dijo, y dando media vuelta se marchó.

La miré caminar hacia el todoterreno, esperando que se volviera. Subió sin volver la cabeza.

Nora observaba todo aquello como si estuvieran rodando una película de acción.

Ana en Hollywood y yo comenzando una nueva vida en Marbella. Tenía que ser yo quien me fuera de allí. Igual que Ana se otorgaba el crédito de haber sacado lo mejor de mí mismo, yo debía aceptar la responsabilidad por haber hecho florecer su perversión.

Horas más tarde, Nora estaba en su despacho tecleando, contándole al mundo su maravillosa historia. Porque lo que estaba escribiendo no era una historia de amor.

-Hay varias editoriales interesadas en publicar la novela –me dijo Nora.

-Solo necesitas elegir la editorial que más pague y ponerte a escribir.

-Solo necesito conseguir que Ana colabore un poco para poner fin a esta historia.

Tenía que contar mi versión de la historia. Era evidente. Nora había firmado el contrato para escribir una novela. Ana y yo éramos los protagonistas de la

historia. La idea me parecía estupenda. Lo que Ana no había podido decir en voz alta, lo diría en el libro. Después saldría de gira con la escritora.

Miré la pantalla del ordenador y leí las palabras que Nora acababa de escribir: Todo lo que el hombre siembre, eso también segará. El que siembra para su carne, de la carne recogerá corrupción; más el que siembra para el espíritu, del espíritu segará vida eterna (Gálatas 6: 7, 8).

-La Fox quiere llevar la vida de Ana al cine. Ya tiene título: *Lady Chantal*.

-No estarán pensando en Ana como protagonista...

-Nadie mejor que ella para interpretarse a sí misma. Llegará al gran público. Es una magnífica oportunidad para lanzarla al estrellato –concluyó la escritora.

Creció rodeada de tanto amor, sexo y masajes que como un caballo se desbocó. Era mayor de edad. Sería inútil pelear por la custodia. Ana se había salido con la suya. Dios sabría cuántas cosas debía de haber hecho.

He estado soñando despierto. Ana nunca volverá a Madrid ni yo tampoco. Mis codiciosos y estúpidos suegros podrán quedarse con su hija. Porque no quiero recuperar mi antigua vida. Tengo una nueva vida con mi nuevo dinero y mi nuevo amor.

Susana me tendría para siempre o hasta que dejase de desearla. Entregaría literalmente mi vida por la de su hijo y lo haría encantado. Educaría a su hijo para ser un buen hombre.

Tras aporrear el teclado como una posesa y beber whisky hasta que la cabeza empezó a darle vueltas, bajamos a la playa, ensimismados, y nos tumbamos sobre la arena para contemplar el horizonte.

Table of Contents

1 Hogar dulce hogar	
1 Hogar dulce hogar	
2 Cuando menos te lo esperas	
2 Cuando menos te lo esperas	
3 Aquel masaje Premium	
3 Aquel masaje Premium	
4 Todos somos Ana	
4 Todos somos Ana	
5 Caprichos del destino	
5 Caprichos del destino	
6 El rescate	
6 El rescate	
7 Dos semanas antes de la desaparición	
7 Dos semanas antes de la desaparición	
8 Investigación policial	
8 Investigación policial	
9 En los abismos de la red	
9 En los abismos de la red	
10 Una oferta perversa	
10 Una oferta perversa	
11 Un lugar de relax	
11 Un lugar de relax	
12 Gajes del oficio	
12 Gajes del oficio	
13 Vázquez, investigador privado	
13 Vázquez, investigador privado	
14 La teoría Parceval	
14 La teoría Parceval	
15 Los más allegados	
15 Los más allegados	
16 Un plan arriesgado	
16 Un plan arriesgado	
17 La jungla de asfalto	
17 La jungla de asfalto	
18 New York, New York...	

[18 New York, New York...](#)
[19 Hotel California](#)
[19 Hotel California](#)
[20 Aquella casa de la playa](#)
[20 Aquella casa de la playa](#)
[21 Empezar de cero](#)
[21 Empezar de cero](#)
[22 Kate Sullivan](#)
[22 Kate Sullivan](#)
[23 Madame King](#)
[23 Madame King](#)
[24 Esa extraña pareja](#)
[24 Esa extraña pareja](#)
[25 La cara oculta de la luna](#)
[25 La cara oculta de la luna](#)
[26 El amor está en el aire](#)
[26 El amor está en el aire](#)
[27 Al límite](#)
[27 Al límite](#)
[28 Sobreviviendo a la Navidad](#)
[28 Sobreviviendo a la Navidad](#)
[29 En la cuerda floja](#)
[29 En la cuerda floja](#)
[30 Problemas en el paraíso](#)
[30 Problemas en el paraíso](#)
[31 La ciudad de las estrellas](#)
[31 La ciudad de las estrellas](#)
[32 El cielo puede esperar](#)
[32 El cielo puede esperar](#)
[33 Ese oscuro objeto de deseo](#)
[33 Ese oscuro objeto de deseo](#)
[34 Amistades peligrosas](#)
[34 Amistades peligrosas](#)
[35 Adivina quién viene esta noche](#)
[35 Adivina quién viene esta noche](#)
[36 La tormenta perfecta](#)
[36 La tormenta perfecta](#)
[37 Susana](#)
[37 Susana](#)

[38 Una vida por delante](#)

[38 Una vida por delante](#)

[39 ¿Quién sería yo sin ti?](#)

[39 ¿Quién sería yo sin ti?](#)